LA CASA DE LA CIÉNAGA

MICK HERRON



salamandra
black

LA CASA DE LA CIÉNAGA

MICK HERRON

Traducción del inglés de
Antonio Padilla Esteban

salamandra
black

Para Jo

La forma más sencilla de explicar el comportamiento de toda organización burocrática consiste en dar por sentado que está bajo el control de una camarilla de enemigos.

ROBERT CONQUEST,
tercera ley de la política

1

A ella, la mañana se le estaba quedando más corta de lo previsto. Con su abrigo con forro de piel para protegerse del frío helador, se dirigía a una reunión en las nuevas instalaciones: un complejo de granito en las afueras de la ciudad. Si a primera vista parecía la sucursal de una compañía de seguros, pues muy bien: hay cosas que se esconden mejor a la vista de todos.

El cielo estaba gris, aunque no amenazaba lluvia. Las calles estaban como siempre.

No estaba bien visto ir en coche, pero había un autobús lanzadera que salía cada media hora y hacía un recorrido circular por los barrios periféricos, y de camino a su parada pasaba por delante de una farmacia.

Necesitaba comprar sales de baño. Tres días de la semana, su jornada era puro ejercicio: quince kilómetros de carrera por la mañana, luego gimnasio y después cuatro cruces del lago —dos en barca y dos a nado—, rematados con otros quince kilómetros de carrera. Así que por las noches le venía bien darse un largo baño caliente en casa...

El día anterior se había quedado medio dormida en la bañera y el chapoteo del agua le había recordado el vaivén del lago donde, según se decía, en cierta ocasión habían echado sanguijuelas para

que los nadadores no bajaran la guardia. Pero ella nunca se había encontrado con ninguna, y eso era un alivio. Sólo pensar en las sanguijuelas le daba repelús: porque eran blandas como gelatina, porque eran casi pura boca y porque, si pisabas una, reventaba como un globo lleno de sangre.

«En serio», pensó. «Antes este tipo siguiéndome que una de esas cosas pegada a la piel.»

Porque acababa de notar que alguien la seguía. Tendría que haberlo detectado antes, pero sólo había tardado quince segundos: un margen asumible, incluso para los estándares de su departamento. Y ya estaba rehaciendo la ruta y torciendo hacia el mercado cubierto, un vasto anfiteatro donde había pollos colgando de ganchos y sacos de legumbres formando parapetos en los pasillos, demasiado estrechos para que un perseguidor se mantuviera oculto.

Aunque éste lo estaba intentando: cuando ella se detuvo a examinar una bandeja de huevos de pato, en el pasillo sólo había una anciana con dos bastones. Pero el tipo seguía por allí, en alguna parte, vestido con chaqueta de cuero negra: una prenda demasiado llamativa para un seguimiento a pie, lo que de hecho era un doble farol bastante astuto.

Y la naturaleza de su tarea quedaba bastante clara: era otra prueba. Tenía que darle esquinazo antes de llegar a la parada del autobús. Porque, aunque cruzaras el lago a nado cien veces y corrieras una barbaridad de kilómetros en una hora, nada de eso contaba si no eras capaz de sacudirte una sombra en la calle. Y si la llevabas hasta tu casa, bueno...

Había oído decir que había un departamento al que desterraban a los fracasados: los perdedores eran condenados a galeras oficinescas, a pasarse el resto de la eternidad sumidos en una bruma de ambiciones frustradas. Tan sólo tenías que meter la pata una vez. Lo cual era duro, pero —hasta que te pasaba a ti— también resultaba justo.

Pero eso no iba a pasarle a ella.

Durante su última misión, en una ciudad extranjera, la sombra había sido ella. Todo era bastante parecido. Salió del mercado, cruzó la calle y siguió a una mujer de chaqueta gris y falda a juego hasta el interior de una tienda de lencería situada en la acera de enfrente: territorio femenino. Eran las dos únicas clientas. Fuera, el tipo de la chaqueta de cuero merodeaba fingiendo mirar el teléfono.

Lo había obligado a dejarse ver y, en cuanto cayera en la cuenta, no le quedaría más remedio que desistir, cosa que, con suerte, ocurriría a tiempo para que ella pudiera coger el autobús.

¿Qué le impedía darle un toquecito al cristal del escaparate y saludarlo con la mano?

—Perdone... —Era la otra mujer en la tienda—. Ese hombre, el de fuera, con chaqueta de cuero, ¿la está siguiendo?

«Bueno», pensó ella, «vamos a ver a dónde nos lleva esto». Dejar que una situación siguiera su curso daba pistas sobre cómo actuar después.

—La verdad es que sí.

La mujer tenía los ojos oscuros y vivos.

—¿Es un acosador...?

—Ha estado siguiéndome desde que ha salido de casa.

—¿Quiere que llame a la policía?

Ya estaba echando mano al teléfono.

—No, no... Es un antiguo novio. La última vez que llamé a la policía, se presentó en casa más tarde y me pegó.

Era una explicación más bien pedestre, pero tampoco estaba ante un tribunal.

La dependienta las miraba desde detrás del mostrador.

—¿Necesitan ayuda, señoras?

La mujer de gris respondió:

—El tipo de allí fuera está dando problemas.

La dependienta no se sorprendió: al fin y al cabo era una tienda de lencería.

—¿Hay otra salida?

—Sí, pero no es para las clientas.

—Mire —señaló la mujer—, aquí no estamos hablando de clientas, sino de dos mujeres víctimas de un individuo que ronda la puerta de su tienda.

Lo dijo sin levantar la voz, pero con un deje de amenaza.

—Bueno... —Era una rendición elegante—. Claro que sí. Quizá ahora mismo, aprovechando que está de espaldas...

En efecto, el de la chaqueta negra estaba de cara a la calle y con la cabeza inclinada sobre el teléfono.

Ella consultó el reloj. Aún llegaba al autobús. Y eso sería más gratificante que darle una palmadita en el hombro al tipo y decirle que lo había pillado...

Mientras las conducían hacia la entrada de mercancías, la mujer de gris le sonreía radiante, como si todo fuera una aventura.

«Algo que comentar con el equipo», pensó ella. «La gente de la calle puede ser un recurso.»

Una vez que la puerta se cerró a sus espaldas y se encontraron a solas en un callejón lleno de contenedores de basuras, le dijo a la mujer de gris:

—Gracias.

—Ha sido un placer —respondió ésta, dando un paso adelante para abrazarla.

Tal vez todo aquello fuera producto de su imaginación, aunque eso implicaría que también lo eran el repentino dolor en el corazón, como de un estilete clavándose, y el gesto del mundo entero de llevarse una mano a la boca.

La mujer de gris la depositó en el suelo y se alejó con rapidez, dejándola comprender, en su último instante, que aquello no era una prueba o que, si lo era, el precio del fracaso era más alto de lo esperado. Pero ese pensamiento no fue más que una breve epifanía, ya extinguida mucho antes de que redactaran, encriptaran y enviaran la noticia de su muerte a una sala llena de gente, a medio mundo de distancia, donde un joven aplicado se la comunicó a una mujer de más edad revestida de autoridad como quien lleva una capa de armiño que la mantiene abrigada —y se nota.

La mujer tomó la tableta que el joven le ofrecía, leyó el mensaje en la pantalla y sonrió.

—«Smiert spionam» —dijo.

—¿Eh... señora?

—Ian Fleming lo ponía en sus libros. Significa: «Muerte a los espías» —aclaró Diana Taverner y, como el muchacho seguía mirándola sin comprender, agregó—: Búsquelo en Google.

PRIMERA PARTE

En pos de los caballos

2

Seamos sinceros. Al ver la fachada, uno piensa: «No es la propiedad más atractiva del mercado.»

Pero tengamos en cuenta su potencial.

Orientados al este, aunque protegidos del sol de la mañana por la imponente silueta del Barbican Centre, y con la protección adicional de su ubicación en Aldersgate Street, en el distrito londinense de Finsbury, famoso por su clima templado. El tráfico, regulado por semáforos cercanos; los autobuses, una presencia constante. Y el metro a la puerta, con las líneas Hammersmith & City, Circle y Metropolitan literalmente a un minuto.

La puerta delantera no sirve, pero no importa. Vamos por la de atrás.

Aquí tenemos un patio de mantenimiento mínimo, con espacio de sobra para contenedores de basura y muebles rotos. Ignoremos el olor: es un atasco pasajero en alguna cañería. Y ésta es la puerta trasera; hoy está un poco atascada —no suele pasar—, pero basta con arrimar el hombro y listo. Subimos por las escaleras, aunque mejor no cargar demasiado peso en la barandilla: es más ornamental que resistente. Eso sí, es la original.

Y llegamos al primer piso: un par de despachos gemelos con ventanas que dan al ladrillo visto de enfrente. Todo intacto, tal cual.

Fíjense en los acabados: un auténtico detalle de época. Los setenta están de vuelta, ¿no? Con sus disturbios, su recesión, su racismo... ja, ja, ja. Es broma. Ya en serio: con una mano de pintura podrán darle su toque personal. Un poco de amarillo, un poco de gris... nada como una pincelada de color para sacar a relucir la calidez de una estancia.

Pero el tiempo apremia, ¿verdad? Sigamos, arriba.

Otro tramo de escaleras —un poco de ejercicio, excelente para el corazón—. Eso del enlucido no es humedad, sino la decoloración normal al paso del tiempo. En este piso hay otros dos despachos, además de una cocina de dimensiones compactas: encimera para el microondas y el hervidor, y espacio para guardar la vajilla y poco más... El grifo sólo necesita un pequeño ajuste; nada serio. Aquí tenemos el baño y... eh, vaya. El último usuario debía de estar muy concienciado con el medio ambiente y no quería malgastar agua. Con tirar de la cadena, asunto resuelto.

Seguimos subiendo hasta los dos últimos despachos. Podrían convertirse en dos magníficos dormitorios. En éste, el techo está un poco combado, pero eso le da carácter, y hay espacio de sobra para vivir... siempre que se pasen por alto los listines telefónicos, los ceniceros a rebosar y las manchas sospechosas de la moqueta. Con una buena limpieza, queda como nuevo. Lo ideal habría sido retirar todo esto antes de la visita, pero no ha sido posible acceder, así que disculpen.

Las ventanas también parecen estar atascadas, aunque eso se arregla en un momento con un destornillador.

En fin. Tiene su encanto: es un poco distinto. Y con historia. Hablamos de una dependencia del servicio secreto, aunque no de las

más activas. Trabajo burocrático, al parecer. Los actuales ocupantes llevan aquí una eternidad, ¡y a ellos probablemente se les ha hecho aún más larga! Para eso no se hace uno espía, ¿no? A lo mejor nunca fueron muy buenos. Tal vez por eso están aquí.

Veo que no acaban de convencerse. Por lo del retrete, ¿verdad? Tal vez prefieran que nos vayamos hacia el otro lado, donde hay espacios más clásicos, con vistas a Regent's Park. No se preocupen por la puerta. La seguridad nunca ha sido una prioridad aquí; cosa rara, pensándolo bien.

En fin, no es asunto nuestro. Lo importante es vender la propiedad y quitárnosla de encima. Y antes o después aparecerá un comprador. Así funciona esto; como en cualquier sector: si algo está en venta, alguien acaba comprándolo.

Es cuestión de tiempo. Nada más.

¿BUSCA DONANTE DE ESPERMA?, rezaba el anuncio que quedaba por encima de la cabeza de Louisa Guy.

Ni hablar. Aunque, en la Central Line del metro londinense, y en hora punta, una «donación» indeseada tampoco podía descartarse del todo.

Prefería pensar que no corría peligro, aunque estaba acorralada en un rincón y de espaldas a la masa que la rodeaba. Se mantenía atenta a la ventanilla de la puerta contra la que la empujaban, pese a que en el reflejo todo se veía deformado como en una película en 3D sin gafas. Aun así, distinguía rasgos humanos: bocas borrosas que tarareaban al ritmo del iPod, rostros herméticos evitando cualquier contacto...

Las probabilidades de tener un rifirrafe con un desconocido eran mínimas —un incidente por cada millón de viajes, según las estadísticas—, pero lo último que quería era ser la excepción. En cualquier caso, mejor respirar hondo y no pensar en lo peor.

Al llegar a Oxford Circus, la gente se dividió en dos como una bandada de estorninos y ella siguió al grupo que se dirigía hacia las salidas.

No tenía por costumbre acercarse al centro de la ciudad después del trabajo. Las veladas de bar en bar habían quedado atrás casi por completo —cosa que apenas lamentaba—, las salidas de compras tenían lugar los fines de semana, y en cuanto a los eventos culturales —teatro, museos, conciertos—, pues bueno, se abstenía: era londinense, no una puñetera turista. Sin embargo, después de haber recorrido quince kilómetros bajo la lluvia la semana anterior, necesitaba unas nuevas deportivas. Una estupidez. Pero había tenido un mal día porque su cabezota insistía en pensar en Emma Flyte y no la dejaba en paz.

No te puedes escapar de los recuerdos, pero sí cansarte lo suficiente para que los detalles se vuelvan borrosos. Las deportivas habían encogido o cambiado de forma; en cualquier caso, ya no servían, y por eso estaba en el centro después del trabajo. Tras el cambio de hora, había algo más de luz por las tardes, pero aún se notaba el invierno en el aire.

Los anuncios de la escalera mecánica la instaban a replantearse sus decisiones fundamentales: cambiar de banco, cambiar de teléfono, cambiar de trabajo... En un mundo perfecto, habría hecho las tres cosas antes de salir a la calle.

La lluvia había dejado mojadas las aceras. Esquivó varios grupos de peatones, cruzó Regent Street corriendo mientras el semáforo marcaba la cuenta atrás —3, 2, 1— y entró en una tienda de deportes cuyo rótulo de neón, bajo aquella luz húmeda, era una pálida imitación de sí mismo. El suelo de baldosas era poco menos que una pista de patinaje. Un letrero amarillo advertía: cuidado.

Si hubiera tenido cuidado, Emma Flyte seguiría con vida.

Pero no tenía sentido pensar en eso: desde entonces habían adelantado la hora, y rara vez se da marcha atrás.

La sección de calzado estaba en el sótano. Volvió a entrar en un ascensor; siempre estaba subiendo o bajando, o eso parecía. Siempre arriba o abajo.

Las zapatillas se alineaban en la pared del fondo como cabezas en *Juego de tronos*. Como siempre, había rebajas: las tiendas físicas no levantaban cabeza desde el Brexit —también conocido como «ya sabes cuándo»—, pero incluso con descuento los precios seguían siendo altos. Los de las zapatillas bonitas, al menos.

Y aunque, en unas zapatillas, lo fundamental es que se ajusten bien al pie, y no necesariamente que sean bonitas, tenían que ser bonitas, y punto.

Cogió las más atractivas de la pared —lo que no demostraba nada, pero era un punto de partida razonable— y se las probó. Le iban bastante bien. Anduvo arriba y abajo y vio que le apretaban un poco, más que cuando estaba sentada, pero a saber si porque eran nuevas o porque la talla no terminaba de ser la justa. En esas tiendas deberían tener una cinta de correr. Flexionó la pierna para ver si eso ayudaba y se dio cuenta de que un tipo estaba mirándola. Estaba en la otra punta, examinando unas Nike. Volvió a hacer lo

mismo y el otro la miró de nuevo, aunque se esforzaba en fingir que no. Ella se acuclilló y apretó la punta de cada zapatilla para comprobar el ajuste. El desconocido dejó las Nike en la pared y dio un paso atrás con una expresión neutra evidentemente impostada.

«Pues sí, mira tú por dónde», pensó, regalándose un pequeño aplauso mental.

Aún se fijaban en ella: quien tuvo retuvo.

Volvió a sentarse y se quitó las zapatillas. Costaban más de lo que quería gastar. Eso rara vez la frenaba, pero mejor probarse otros pares antes de decidirse. Como si le diera la razón, el móvil le vibró en el bolsillo y, en el mismo instante, oyó un *¡ping!* cercano: un mensaje acababa de entrar en otro teléfono. Era el del tipo que había estado mirándola y fingiendo que no. Lo vio dar unos pasos hasta perderse tras un expositor de calcetines y muñequeras mientras se llevaba la mano a la chaqueta. «Podría ser el principio de una comedia romántica», pensó ella con ironía. «Dos mensajes a la vez... ¿qué probabilidades hay?» Casi sin pensarlo, sacó el móvil y miró la pantalla.

«Joder.»

Dio un salto y echó a correr descalza hacia el lugar donde se escondía el tipo. Resbaló, pero recuperó el equilibrio agarrándose a la estantería. No obstante, el otro ya se había esfumado. ¿O era ese que se escabullía por la escalera mecánica subiendo los escalones de dos en dos, como si acabaran de alertarlo sobre una emergencia?

«Ya, claro», pensó ella. «Tú y yo estamos en las mismas.» No tenía sentido seguirlo: no con los pies descalzos. Y acababa de perderlo de vista; ya estaría en la calle, tomando la dirección más concurrida para desaparecer entre el gentío.

«Cabrón», pensó. «Maldito cabrón taimado.»

Volvió hacia donde había dejado los zapatos, con la humedad del suelo calándole los calcetines a cada paso.

«¿Qué demonios está pasando aquí?»

Sin contar el mensaje de texto de hacía cinco minutos, era la primera vez en días que el teléfono de River Cartwright daba señales de vida. Tenía que hacer algo con su vida social.

—¿El señor Cartwright?

—Ajá.

—Soy Jennifer Knox.

Repasó mentalmente la lista de mujeres con las que había tenido trato en los últimos años. No tardó nada: entre la «A» y la «K» no había nadie.

—La vecina de su abuelo.

Eso explicaba el temblor de la voz: era la voz de una anciana. Fue un alivio. No estaba tan desesperado, dijera lo que dijera la gente.

—Sí, por supuesto.

Jennifer Knox: una habitual en casa del Viejo Cabrón. Proveedora de guisos y chismorreo local. Sus visitas, sin embargo, se habían ido espaciando hasta desaparecer a medida que el Viejo Cabrón perdía pie con los chismes, con los alimentos sólidos y con minucias como quién era aquella mujer a la que conocía desde hacía años. Tenía ese número porque era a él a quien había que llamar cuando al Viejo Cabrón le ocurría algo, aunque el viejo estaba ya más allá de esas contingencias y Jennifer Knox lo sabía perfectamente: había estado en el funeral.

—Por supuesto, señora Knox —repitió—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hay alguien en la casa.

Se refería a la casa de su abuelo, que llevaba tiempo desocupada. Ahora era suya... «técnicamente», como su madre insistía en recalcar —aunque «técnicamente» quería decir en todos los sentidos posibles, incluido el legal, salvo por la convicción materna de que el orden natural de las cosas se había alterado—. También «técnicamente» estaba en venta, aunque a un precio que el agente inmobiliario había calificado de «demasiado optimista» en esos tiempos, posteriores a «ya sabes cuándo».

A él no le venía mal que no se vendiera, al menos por el momento. Había crecido en casa de sus abuelos: su madre lo había dejado allí con siete años, cuando la posibilidad de que él fuera quien heredara la casa no estaba en el horizonte.

Era mucha historia que vender.

Jennifer Knox seguía hablando:

—... he pensado en llamar a la policía, pero luego me he dicho: ¿y si son amigos suyos? O, ya sabe, posibles compradores...

—Gracias, señora Knox. Debería habérselo dicho. Sí, son unos amigos que están de paso y necesitan un sitio donde dormir. Y ya sé que no hay muebles, pero...

—Sigue habiendo un techo y cuatro paredes, ¿no?

—Exacto, y sale más barato que un hotel. Están viajando y...

—Ya, ya: todos hacemos lo que podemos para ahorrar.

—Por la mañana se habrán ido. Muchas gracias, señora Knox.

El piso de River tenía una sola habitación, era de alquiler y estaba «alejado de las rutas turísticas», como en su día había afirmado un capullo que se creía muy listo. Por más que hubiera heredado una

buena casa en el campo, sus condiciones de vida seguían siendo cutremente urbanas. El piso estaba helado la mayor parte del año y oscuro incluso a plena luz del día. En el club nocturno de abajo había conciertos en directo dos veces por semana y la tapa de una alcantarilla cercana se había aflojado y, cada vez que un coche pasaba por encima, el *¡clanc!, ¡clanc!* le provocaba espasmos mandibulares. Volvió a suceder mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo. Más que una banda sonora era un dolor de muelas con altavoz.

Le hizo una peineta al mundo en general y decidió ir a ver quién se había colado en la casa de su difunto abuelo.

Mientras tanto, Roddy Ho estaba haciendo lo que mejor se le daba. Y lo que mejor se le daba era todo.

Lo cual tendía a mantenerlo ocupado, pero bueno: si ser Roddy Ho fuera fácil, todo el mundo lo sería. Habría algunos dobles suyos con dedos torpes, otros mal peinados; incluso algunos que no les gustaran a las tías.

Lo que entrañaba un sinfín de posibilidades cómicas, aunque el Roddy Ho de verdad no tenía tiempo para considerarlas, pues él —que se las sabía todas, que iba peinado que daba gusto verlo, que era un imán para las titis— estaba pero que muy atareado.

Pues, como de costumbre, lo estaba dando todo, absolutamente todo, para salvar a la Casa de la Ciénaga del colosal asteroide lleno de mierda que se cernía sobre ella, fuera lo que fuera.

Lo único indiscutible es que se aproximaba mierda; al fin y al cabo, aquello era la Casa de la Ciénaga. Pero, además, él mismo —el

Rodster— había alertado a Jackson Lamb de la «Extraña Limpieza», como la había bautizado.

La Extraña Limpieza significaba mierda en camino, sin duda, y que el asteroide lleno de mierda iba a ser de los que dejan cráter. Tampoco hacía falta ser un genio. Era el negocio del espionaje, y cuando las cosas se torcían, se torcían a lo grande.

Así que estaba analizando la mierda: comprobando su profundidad y su consistencia, intentando averiguar de dónde venía. Y si la metáfora de la mierda empezaba a agotarse, al menos ya había quedado claro.

Había mierda en camino y todo el mundo esperaba que él aportara el papel higiénico de doble capa.

Aunque, pensándolo bien, eso implicaba que él mismo tendría que encargarse de limpiar cuando llegara el momento.

Momentáneamente desconcertado, alargó la mano para coger otra porción de pizza. Estaba en su despacho y ya hacía un buen rato que había pasado la hora de irse, pero cuando HotRod estaba en una misión no miraba el reloj. Además, hay cosas que es mejor no hacer con tu ordenador de casa, y trastear con los registros del servicio era una de ellas.

El primer problema —la dirección de la mierda que se aproximaba — ya lo tenía resuelto, y no tenía misterio: cada vez que la Casa de la Ciénaga estaba en el punto de mira, se podía apostar lo que fuera a que Regent's Park estaba detrás.

Y en ese caso concreto —el caso de la Extraña Limpieza—, lo que habían barrido era la propia Casa de la Ciénaga.

Con lo de «barrido» quería decir borrado de la base de datos del servicio secreto. Y no tan sólo la Ciénaga, sino también a los propios

caballos lentos. Desde Wicinski, el último en llegar, hasta Jackson Lamb, todos y cada uno de ellos habían sido eliminados del sistema.

Bueno, seguían estando presentes en los niveles más profundos de datos, relacionados con los sueldos y cuentas bancarias, los cuales —tras un desagradable hackeo informático hacía unos años— funcionaban con números de empleado en lugar de nombres; así que seguían cobrando y teniendo trabajo. Pero sus historiales personales, sus expedientes, habían desaparecido.

Si alguien buscaba «Roddy Ho» en la base de datos del servicio, no encontraría nada. Cero. Como si SuperRod hubiera dejado de existir.

Tarde o temprano todo se acaba, y eso él lo tenía claro. Ahí estaban, si no, aquellas colosales estatuas de caballeros jedi que los talibanes habían hecho fosfatina a bombazo limpio. Pero él siempre había creído que su propia leyenda aguantaría un poco más.

Así que pensó en volver a insertarse en la base de datos: pan comido para alguien tan polivalente como Rodinator, perfectamente capacitado para colar una fotopolla como salvapantallas oficial del MI5 si le daba por ahí. Pero mejor no. En Regent's Park sabían perfectamente con quién se estaban metiendo, y lo lógico es que hubieran reforzado la seguridad para cuando el Rodillo acudiera para enmendarles la plana.

Eso exigía las habilidades de un ninja: sigilo y astucia. Básicamente su perfil de usuario. Era prácticamente invisible, así de claro. La mitad de las veces, la gente ni se daba cuenta de que estaba en la habitación.

Así que avanzó con sigilo de pantera entre los píxeles, fundiéndose y confundiéndose con la propia matriz. Recabar información era una

cosa; recabar la ausencia de información exigía auténtica sangre fría.

Y él era más frío que la leche del cereal del desayuno.

Hizo una pausa para quitar los restos de pizza del teclado y recapituló.

Lo que había descubierto, fundamentalmente, era que quienquiera que se hubiese encargado de limpiar aquellos datos había hecho un trabajo de una minuciosidad impresionante.

«De hecho», pensó, «un novato cualquiera, cualquier espía junior recién llegado al Park, no tendría ni idea de que la Casa de la Ciénaga existe».

Se le vino a la cabeza la imagen de un espacio vacío en la calle, un hueco ignorado por los transeúntes. Y, sin proponérselo, se preguntó durante apenas un instante si alguien notaría la diferencia.

«Hay que bailar como si nadie te mirara», pensó Shirley Dander. «¿Qué gilipollas se inventó esa chorrada?

»Porque la gracia del baile está en que todo el mundo te mire, ¿no? Sobre todo si lo haces bien.

»Esos que están bebiendo gin-tonics aromatizados junto a la pared tienen que estar pensando: "Ojalá tuviera yo ese ritmo." Y ni hablar del flipado de la pajarita y las gafas en el balcón.

»A ver, vosotros dos, tan monos. En lugar de estaros midiendo el uno al otro, moved el culo de una vez. Espabilad un poco antes de que tire una moneda para decidir a cuál de los dos me llevo a casa esta noche.

»Porque podría pasar. Y tan fácilmente que incluso debería llevar un cartel colgado del cuello: PRECAUCIÓN, MUJER EN PLENA FAENA, para que estos infelices se enteraran de con quién están tratando.»

Mientras, que alucinasen con su forma de bailar. No había mejor colocón que el colocón natural, porque seguro que los efectos de la coca ya se habían disipado. Lo que ahora fluía por sus venas era puro poderío personal: el poderío de Shirley.

Esa tarde había estado en la Casa de la Ciénaga. Cada tarde, de hecho, estaba en la Ciénaga; y hasta cuando no lo estaba, sentía que sí. La Casa de la Ciénaga proyectaba una sombra portátil, de forma que, aunque te encontraras a mitad de camino de Watford, seguías notando su peso sobre los hombros. La Ciénaga te succionaba la savia, o por lo menos lo intentaba. El truco consistía en dejar claro que eras más correosa de lo previsto. En fin, era lo que había. Esa tarde había estado en la Casa, trabajando en uno de los proyectos personales de Jackson Lamb: «El extrarradio hooligan», como él lo llamaba.

Su idea era que no te ponías un chaleco-bomba y te encaminabas a la calle principal de tu ciudad sin que tus tendencias antisociales se hubieran manifestado de alguna manera, ya fuese no pagando las multas por estacionamiento indebido o hablando a voz en grito por el móvil en el vagón silencioso. Ella no estaba tan segura, pero ésa no era la cuestión. La cuestión era que, si estabas en la Casa de la Ciénaga, hacías lo que Jackson Lamb te decía. La alternativa consistía en aceptar que tu carrera en el servicio secreto se había acabado, y como todo caballo lento antes que ella, y todos los que vendrían después, estaba convencida de que era la excepción a la regla de que Regent’s Park no readmitía a nadie.

Creía que la estaban esperando. Creía que, en algún armario de material de oficina, ya tenían preparada la pancarta para darle la bienvenida.

Y ese día también se pondría a bailar.

Por lo pronto —y sin duda también en ese futuro glorioso—, una mujer no dejaba de cruzar su mirada con la de ella y fingir que era casualidad. ¿Quién sabe?, la tía igual acababa teniendo suerte, pero de momento tendría que conformarse con mirarla embobada, como todos los demás, porque ella lo estaba dando todo en la pista, y más le valía a todo el mundo hacerse a un lado.

En reposo, ella tal vez podía parecer un bolardo de hormigón con malas pulgas —como había dicho en su día un antiguo colega—, pero eso era sólo la mitad de la historia: puede que no destacase por su estatura y quizá era demasiado cilíndrica para responder a los cánones de belleza tradicionales, pero la física pura dicta que todo cuerpo ejerce una atracción gravitatoria, y cuando bailaba, su poder de atracción estaba a la altura de las leyes de Newton.

En cuanto al antiguo colega, si le hubieran pedido que repitiese esa descripción un momento después, sin duda habría estado demasiado ocupado preguntándose qué era lo que le acababa de pasar a sus costillas. Ella era tan capaz de encajar una crítica como cualquiera, siempre que el otro estuviera dispuesto a encajar su respuesta.

Pero bueno, la tía esa seguía mirándola y fingiendo que no. Tanto empeño por su parte resultaba admirable, pensó Shirley. Quien te admira es digno de tu admiración, y quizá tendría que apiadarse un poco de ella, sacarla de entre la multitud y animarla a bailar como se debe. Aunque eso podría traer complicaciones después, porque sus

parejas —y estaba pensando en sus parejas profesionales, que en algunos casos adquirían derecho a roce— tenían tendencia a morir; sus cerebros salpicaban la pared de un despacho; sus tripas quedaban esparcidas en laderas nevadas de Gales...

Nunca se había considerado gafe, pero eso daba igual, ¿no? Lo que importaba era lo que pensaran los demás y, después de que dos de sus compañeros la hubieran palmado, no iba a ser fácil poner fin a las habladurías. «Como te emparejen con Shirley, mejor que vayas haciendo testamento.» No era el tipo de mensaje que querrías transmitir a quienes te miraban desde la barrera fingiendo que no.

Y las luces giraban, la pista de baile se estremecía y el potente bajo eléctrico hacía vibrar su cuerpo de arriba abajo. Todas las miradas estaban puestas en ella, y a ella le parecía bien.

Siempre que nadie fuera a morirse.

River tenía algo de dinero procedente de la herencia de su abuelo. Los cuidados del anciano habían consumido gran parte de los ahorros del viejo como un casero implacable, pero le había quedado lo suficiente como para comprarse un coche, el primero en unos cuantos años.

Antes de comprarlo había realizado las investigaciones de rigor, y examinado qué vehículos de segunda mano sufrían más desgaste según las estadísticas. Incluso había escuchado el consejo de Louisa: los coches amarillos sólo perdían el veintidós por ciento de su valor en los tres primeros años, frente al treinta por ciento de los de cualquier otro color.

Al final había comprado uno que vio por la calle con un anuncio de SE VENDE pegado al cristal, pero bueno, es que era una ganga.

Y por el momento todo iba bien, pensó mientras el Londres de media tarde iba dejando paso a las tiendas de alfombras y de colchones, a talleres y naves de trasteros en alquiler. Había dejado atrás su monótona existencia de peatón, lo que podría suponer un nuevo comienzo.

Ya tenía una mano en el pomo de aquella puerta y estaba listo para cruzar el umbral de lo que viniese después. Aunque antes tenía que lidiar con lo que fuera que estuviese pasando en Kent.

La casa de su niñez se hallaba en las afueras de Tonbridge, y Jennifer Knox era una vecina según los estándares rurales. En el centro de Londres, en el espacio entre su casa y la del Viejo Cabrón cabrían quince viviendas habitadas por completos desconocidos. Fuera de la ciudad, sin embargo, los forasteros resultaban más visibles, y se notaban las luces encendidas en casas que deberían estar a oscuras.

Así que no tenía motivo para dudar de lo que aquella mujer le había contado: que alguien estaba —o había estado— en la casa de su abuelo.

Podría ser un simple caso de allanamiento oportunista. En el periódico habían publicado una esquela, y los rateros también sabían investigar. Sin embargo, había otras posibilidades. El Viejo Cabrón había sido un espía, una leyenda del servicio secreto. La esquela había sido prudente —lo situaba en el Ministerio de Transporte, su tapadera—, pero había llevado una vida secreta, y no podía descartarse que algunos de sus secretos lo hubieran sobrevivido.

A estas alturas la casa estaba prácticamente vacía; la mayoría de los muebles habían desaparecido. Su madre se había encargado de ello. «Para que no tengas esa carga», le dijo.

Al principio, él pensaba que quería sacar tajada —joder, ¿qué decía eso de él?— y se plantó con lo que había en el despacho.

—Los libros me los quedo —dijo—. Quiero conservarlos.

Su madre lo miró como tantas otras veces: como si se hubiera vuelto loco.

—Pero si tú no lees, River.

—Sí que leo.

—Pero no tanto.

¿Y quién leía «tanto»? El despacho del viejo era una caverna forrada de libros, como si con la edad se hubiera vuelto medio *hobbit*. Sin embargo, durante su último año no había leído en absoluto porque las palabras se le escapaban de las páginas que tenía delante. En una de las últimas conversaciones coherentes que había mantenido con él, le había dicho: «Estoy perdiendo pie, River» mientras lo miraba con unos ojos que parecían un pozo sin fondo.

Así que el despacho parecía la habitación de muestra de una casa desocupada. Libros, butacas, cortinas... El estante con una estrambótica colección de trofeos —un globo de cristal, un pedazo de hormigón, un trozo de metal que en su día había sido una Luger —. El escritorio con su hoja de papel secante, como salido de una novela de Dickens, y el abrecartas, que era una daga con todas las de la ley y había pertenecido a Beria...

Si David Cartwright había dejado secretos tras su paso por el mundo, estarían en esa habitación, en aquellas estanterías, escondidos entre mil millones de palabras. Él no estaba seguro de si

se lo creía de verdad, pero tampoco de lo contrario, y si él pensaba así, otros también podían hacerlo, y actuar en consecuencia.

Los secretos de los espías suelen ser peligrosos para amigos y enemigos por igual, y el viejo había hecho muchos amigos y enemigos a lo largo de los años. Podía imaginarse perfectamente a alguno de ellos reventando una cerradura o colándose por una ventana; casi podía verlos peinando el despacho en busca de pistas.

Y si eso estaba ocurriendo, él tenía que impedirlo. Si su abuelo había dejado algún rastro, sólo él lo seguiría. Nadie más.

El tráfico fue disminuyendo a medida que caía la noche, así que llegó sin problemas. Aparcó a unos metros de la casa y siguió a pie. Desde fuera, la vivienda parecía desocupada. No se veía ninguna luz. Siempre era posible que la anciana se hubiese equivocado. Pero también era posible que no, por lo que rodeó la fachada manteniéndose a la sombra de los árboles y entró por la puerta trasera haciendo el menor ruido posible.

Lech Wicinski estaba haciendo masa para hornear siguiendo una lista de instrucciones que había aprendido de memoria.

Primero, pesar la harina —o calcular a ojo.

Luego, agregar levadura y una pizca de sal. Mezclar.

A continuación, agua templada y unas cucharadas de aceite de oliva.

Y después, meterle unos puñetazos al puto amasijo hasta dejarlo medio muerto.

En ese punto, perdió la concentración un momento.

El día había sido malo, o sea, igual que la mayoría. A Jackson Lamb le había dado por preguntarle cuándo pensaba limpiar las ventanas de la oficina, como si su origen polaco lo predispusiera genéticamente a labores como ésa. Los demás caballos lentos, sin llegar a simpatizar con él, se llevaban algo mejor. Y aun así, la atmósfera en la Casa de la Ciénaga seguía siendo la del funeral de un desconocido.

El trabajo que Lamb le había encomendado, tras haberse pasado meses contemplando la pared que tenía enfrente, resultaba aún menos estimulante que mirar la pared. Al parecer, el jefe había visto en la tele —o en un periódico, o simplemente se le había ocurrido— que muchos adolescentes radicalizados se estaban retirando de las redes sociales, y había decidido que Lech podría dedicarse a investigar ese asunto.

—¿Quieres que haga un listado de los chavales que hayan dejado de utilizar las redes sociales?

—Eso mismo: de Faceboom, Twatter y demás.

—¿Alguna pista de cómo puedo hacerlo?

Lamb había fingido meditarlo.

—Si quieres lo hago yo mismo —repuso finalmente—. Pero, en tal caso, tu presencia aquí tendría todavía menos puto sentido que hasta ahora.

En fin: uno de los intercambios habituales que uno podía tener con alguien como Lamb.

Desde entonces pasaba los días perdido en una ventisca de *hashtags* muy parecida a las marcas que veía en su rostro cada vez que se miraba en el espejo. Porque tenía la cara hecha un cromo. De lejos podía parecer que había sobrevivido a un brote de acné, pero

de cerca se veían las cicatrices de la cuchilla que había empleado para borrar lo que había debajo. Era como si se hubiera frotado las mejillas con un rallador.

Eso era malo de por sí, pero podría haber sido peor: la palabra que había intentado eliminar era PEDÓFILO, grabada a cuchilla en su cara por el mismo individuo que le había infectado el portátil con pornografía infantil.

Pensando en ello, asestó unos cuantos trompazos más a la puta masa para hornear.

Aquel sujeto ahora estaba fuera de circulación —gracias a Lamb, mira tú por dónde—, pero lo mismo sucedía con su propia carrera profesional y con su vida anterior en general. Regent's Park nunca iba a admitir que le habían tendido una trampa. Su exoneración supondría admitir un error, y en el Park no se cometían errores.

Así que no había camino de vuelta a sus iluminadas dependencias. Y si abandonaba la Calle de los Espías, tampoco había un futuro mejor. Si se marchaba, lo haría sin referencias y con pinta de extra de peli de terror. Los empleadores no se pelearían por él, ni mucho menos. Aunque ya no podían rechazar a nadie por ser viejo, gay, de una minoría étnica, discapacitado, hombre, mujer o tonto, cuando tenías semejante estropicio de cosecha propia en el rostro podían mirarte con lástima y soltarte un «gracias, el siguiente».

Tocaba quedarse en la Ciénaga, y a saber hasta cuándo.

Eso bastaba para inducir la paranoia. Esa misma tarde, mientras volvía a casa en autobús, había tenido la sensación de que alguien lo observaba; una sensación tan real que se había bajado antes de tiempo y se había quedado esperando a que el bus se alejara antes de seguir a pie. El resto del trayecto lo había hecho a pie. Sabía que

era poco probable que alguien se interesara en él; si había una ventaja en ser un caballo lento era que no le interesabas a nadie. Pero uno no se libraba de su instinto así como así.

Cubrió el cuenco con un trapo. Cuando la masa subiera, volvería a machacarla, la aplanaría sobre una bandeja, le echaría aceite de oliva junto con una mezcla de ajo y albahaca picados, y la dejaría reposar una hora antes de meterla en el horno. Y hala: una focaccia de rechupete.

«A ver», pensó. «¿Cómo se explica que tu vida sea un desastre si eres capaz de hornear una puta focaccia?»

Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no estampar el cuenco contra la pared, pero lo consiguió.

«Y mírame.»

No hacía mucho, Catherine Standish había vuelto a comprar alcohol. Se trataba de una recreación consciente de su época de bebedora, con una salvedad fundamental: no bebía. Era un coqueteo deliberado con el peligro, la escenificación del deseo alcohólico de olvidar, pero al final había hecho lo que tenía que hacer: vaciar las botellas en el fregadero y desmantelar la cueva de Aladino que había montado.

Después, la sensación fue como la de los días posteriores a la Navidad en su infancia, cuando se guardaban los adornos y volvía la grisura de siempre. Pero al mismo tiempo sabía que había evitado un peligro, y que su arrepentimiento por no haberle plantado cara no era más que la adicción hablando.

A la adicción le encantan los desafíos porque le dan una excusa para fracasar. Y en la Casa de la Ciénaga, las oportunidades de fracasar nunca andaban lejos.

Y si alguna vez estabas a punto de olvidarlo, lo más probable era que Jackson Lamb se encargara de recordártelo.

Pero Lamb se había ido de la oficina en una de sus misiones antes que ella, y ella misma se había marchado temprano. La tarde era fría —el cambio al horario de verano había venido acompañado de granizadas y cielos grises—, y llevaba su abrigo de invierno mientras esperaba en una parada de autobús; no la suya, ni cerca de su ruta.

Pasaron varios autobuses y no hizo ademán de parar ninguno, pero cuando una silla de ruedas dobló la esquina más próxima y pasó junto a la parada, echó a andar detrás. La ocupante no dio muestras de haberse fijado y continuó hasta el siguiente cruce, donde el zumbido eléctrico cesó un momento en el paso de peatones.

Catherine se mantenía fuera de su campo de visión, pero la mujer en la silla habló de todos modos:

—¿La conozco?

—Eso dígamelo usted.

—Deme un minuto.

Era el tiempo justo para que el semáforo cambiara. Y en cuanto lo hizo, la silla de ruedas volvió a ponerse en marcha. Mientras cruzaban la calle bajo el rugido impotente del tráfico londinense, la mujer volvió a hablar:

—Catherine Standish —indicó—. La antigua secretaria personal de Charles Partner, fallecido y poco llorado. Y hoy en día... ¿cómo podríamos describir su puesto...? ¿Amanuense? ¿Ama de llaves?

¿Chica para todo de Jackson Lamb, aún no fallecido, pero siempre impresentable?

—Le manda saludos.

—¿Ah, sí?

—La verdad, no.

—Ya me lo parecía. Entonces ¿no va a fingir que este encuentro ha sido casual?

—Llevo diez minutos esperando.

—Me sorprende que no se la hayan llevado. En este barrio son muy suspicaces con los que haraganean por las aceras.

El barrio de marras era el de Regent's Park, donde se encontraba el cuartel general del servicio secreto.

—Ser una mujer madura tiene ciertas ventajas —dijo Catherine—. Una se vuelve medio invisible.

—Lo dirá por usted.

Era una réplica justificada. Molly Doran tenía muchas facetas personales, pero la invisibilidad no se contaba entre ellas.

—Por lo general cojo un taxi —prosiguió—. Ha tenido suerte de encontrarme. —La silla se detuvo en seco—. Por cierto, lamento lo sucedido con su colega de la Ciénaga.

—Gracias.

—A Jackson le revienta perder agentes de campo.

—Supongo que a los agentes de campo tampoco les hace mucha gracia.

—Ah. Nos ha salido respondona. —La silla de ruedas reemprendió la marcha—. La razón por la que no estoy yendo a casa en taxi, señorita Standish, es que tengo cosas que hacer en el centro. Así

que tiene dos minutos para explicarme qué es lo que quiere exactamente, y luego cada una por su lado.

Catherine respondió:

—Hay cosas que nos preocupan.

—Ah, eso tiene que ser tremendo.

—Y estábamos preguntándonos si usted podría ser de ayuda.

—Habla en plural. ¿A quién se refiere?

—Sólo a mí, en realidad.

—Ya.

Molly iba maquillada de un modo que desafiaba las burlas: el rostro pálido como la muerte, las mejillas de un rojo absurdo. Parecía dirigirse a una audición para un circo distinto al de los servicios secretos, como payasa, o quizá como acróbata. Aunque esto último lo tenía particularmente difícil, porque sus piernas terminaban en las rodillas.

—¿Así que Lamb no tiene ni idea de que está hablando conmigo? —preguntó.

Catherine sabía que era un error afirmar con rotundidad qué sabía o dejaba de saber Lamb en un momento u otro, incluso cuando dormía. Pero se permitió suponer:

—No, no sabe nada de esto.

—Pues qué pena: cuando Lamb quiere que le haga un favor, se lo cobro a precio de oro.

—¿En serio?

—No con dinero, claro; con información: la moneda de cambio de los espías. —Molly esbozó una sonrisa poco amigable—. Digamos que me gusta atesorarla.

—Por eso quería verla.

—Es la única razón por la que la gente quiere verme. Es lo único que tengo que ofrecer: mi *raison d'être* en la vida. —La silla volvió a detenerse y Catherine intuyó que iba a soltarle un discurso—. Soy archivista, señorita Standish. Me muevo en el mundo del papel. Mi pequeño reino está lleno de carpetas abarrotadas con los secretos que la gente se guardaba cuando redactaba sus informes a máquina. Unos quince años atrás, más o menos, la gente no hacía más que decirme que la digitalización pondría punto final a mis funciones de guardiana. Pero luego, a medida que iba quedando claro lo vulnerable que es el mundo *online*, todos empezaron a ponerse nerviosos, *clic-clac*. —Hizo el gesto de encender y apagar un interruptor—. Basta un buen hacker en Beijing para que todo lo que está en la Web quede expuesto. Así que aquí sigo, y mis archivos siguen siendo los más fiables. Puede que el futuro no esté en mis manos, pero créame: el pasado es mi territorio. —Hizo una pausa—. Por cierto, «hacker» es una palabra relacionada con la informática.

—Sí, algo he oído al respecto.

—Bien, pues hábleme de eso que le preocupa. ¿Alguien ha estado sacudiendo sus cimientos? ¿La Casa de la Ciénaga está viniéndose abajo con usted dentro?

Antes de que Catherine pudiese responder, un aullido resonó a lo lejos, en la zona donde se encontraba el zoológico.

—¿Ha oído eso? —preguntó.

—Ah —dijo Molly—. Es el lobo feroz, que viene a echar su casita abajo, ¿no?

—Yo diría que alguien se le ha adelantado —repuso Catherine.

La puerta trasera daba a un porche en el que se colgaban los abrigos y se dejaban las katiuscas de goma, o al menos así era en el pasado.

Ahora no era más que un espacio frío y vacío entre el mundo exterior y la cocina. River lo atravesó sin hacer ruido. Ésa era la gracia de estar familiarizado con una casa: sabías dónde crujía el suelo de tablones, qué bisagra necesitaba aceite, dónde tenías que apoyar el peso de tu cuerpo. Allí, en el quicio de esa puerta, había una marca a lápiz, a la altura de su vientre. La había hecho su abuela Rose. «Ahí lo tienes: ésa es tu estatura.» Y luego su abuelo le había explicado las reglas de la vida: uno no dejaba sus datos personales a la vista de todos; no marcaba su estatura y su edad para que las alimañas las encontraran.

Fue el primer atisbo que tuvo del mundo secreto de su abuelo, y nunca volvió a pedirle a su abuela que lo midiera.

No se oía ningún ruido. El despacho estaba en la planta baja, al fondo; saliendo de la cocina a la izquierda. Podría haber hecho el recorrido con los ojos cerrados. La puerta estaba abierta unos centímetros. ¿La había dejado así al marcharse la última vez? Se quedó quieto mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, plenamente consciente del vacío que lo rodeaba. Incluso el reloj de pie que su abuelo había instalado en el pasillo mucho antes de que él naciera había desaparecido. La ausencia de su tictac era como una mano que le tocaba el hombro reclamando atención.

Pero en el despacho las estanterías seguirían estando llenas de libros, con las alfombras en su sitio, al igual que el escritorio, las cortinas y las butacas. Habría un canasto con leña junto a la chimenea y un viejo transistor sobre la mesita. Casi esperaba

encontrarse allí al Viejo Cabrón, con su copa de brandy en la mano. Pero no, su abuelo había ido a parar al limbo de los espías y, además, el aire olía a polvo quemado.

Apoyó la mano en la puerta del despacho y empujó. Se abrió de golpe.

Ese leve resplandor procedía de un viejo radiador eléctrico de una sola barra, normalmente situado detrás de la butaca de su abuelo. Bajo su halo, la estancia adquiría el aire de una pintura flamenca: donde sea que se posara la mirada, los detalles aparecían nítidos, mientras que los bordes se desvanecían hasta fundirse con la oscuridad.

Y allí, más o menos donde la luz incidía con mayor fuerza, estaba la butaca de su abuelo, cuya presencia le resultaba tan familiar como la del hombre que solía ocuparla. Quien ahora se sentaba en ella lo vio entrar sin moverse. Ni siquiera parecía respirar. Perfectamente podría haber sido un fantasma.

—Jesucristo —musitó él, y se adentró dos pasos en el despacho—. ¿Sid?

—Hola, River —respondió ella.

En ese mismo momento, a varios kilómetros de distancia, una ambulancia avanza a toda velocidad por Beech Street, con las luces estroboscópicas iluminando de azul la estación de metro de Barbican y luego los edificios de la siguiente manzana: el restaurante chino, el kiosco, la puerta entre ambos —que nunca se abre ni se cierra—. Y, durante el tiempo que tarda en pasar, la Casa de la Ciénaga queda iluminada y sus ventanas reflejan la luz como si participaran de la

vida londinense, como si el edificio respirara el mismo aire que los demás y albergara las mismas esperanzas y aspiraciones. Pero el espejismo no dura mucho. Un momento después, la ambulancia se aleja a toda pastilla por Aldersgate Street, con la sirena aullando por encima de los tejados, y las ventanas de la Ciénaga vuelven a ser los mismos pozos negros de antes, de modo que, si alguien se acercara y mirara dentro —suponiendo que pudiera asomarse desde esa altura—, no vería nada... y no hablamos de una nada cotidiana, de una simple ausencia, sino de la nada profunda que llega cuando todo se ha acabado.

Pero nadie se acerca jamás por allí ni mira por las ventanas. La Casa de la Ciénaga bien podría no estar, a juzgar por la poca atención que recibe; y aunque eso no sorprende —el mundo del espionaje no se caracteriza por su vistosidad—, también hace pensar que es prescindible. Porque, en Londres, un edificio que se pasa de largo no tiene razón de ser, y como tal puede tener los días contados; puede dejar de verse como ladrillo y mortero para convertirse en una oportunidad, en una columna de aire vacía a la espera de que el acero y el cristal le den forma. Su historia no cuenta para nada. Para quienes compran, venden, poseen y construyen, el pasado es sólo un atajo hacia el porvenir, y el porvenir promete riquezas deslumbrantes a quienes estén dispuestos a aceptar los cambios exigidos. O al menos eso dicen.

Porque las ciudades son tan efímeras como el mar, que no deja nunca de moverse.

Y, como el mar, tienen sus tiburones.

3

«En Brewer Street hay una tienda donde puedes comprar tabaco ruso, chicles polacos, rapé lituano...»

De no haber muerto largo tiempo atrás, el hombre que en su día había dicho esas palabras no hubiera tenido problema en encontrar la tienda en cuestión: no se había movido de donde estaba, no la habían redecorado, apenas había cambiado en absoluto.

Seguía ocupando la misma superficie del tamaño de un sello de correos, sobre el mostrador seguía descansando la caja registradora a la que llamaban «la eléctrica». En sus paredes seguía habiendo estanterías de suelo a techo, y cada uno de los estantes seguía exhibiendo la misma desconcertante variedad de artículos en venta: los mismos puros con vitolas verdes y amarillas; las mismas ranas de chocolate con idéntico envoltorio en papel de aluminio.

El mismo calendario, de 1993, seguía colgando sobre la puerta que daba a las escaleras, y la misma tapa de lata de galletas, con un vistoso Stalin de ojos centelleantes, seguía apoyada en un estante a la altura de la cabeza, y aún hacía las veces de instrumento de percusión cada vez que tenía lugar un «cónclave», término que el Viejo Miles usaba para designar cualquier reunión de más de tres personas en el piso de arriba. Si eran menos, solía rezongar, no

había motivo para marcar el ritmo, aunque él continuaba golpeando a Stalin en la cara con un martillito.

El Viejo Miles en realidad no se llamaba así, aunque se decía que, a sus años, había pasado por miles de vicisitudes, lo que explicaba su propensión a aferrarse a sus costumbres.

En todo caso, si la gente se aferra a las costumbres es porque intuye que se avecinan cambios, y la aparente inmutabilidad de la tienda ocultaba precisamente eso: una serie de pequeños cambios que obligaban a un replanteamiento total. Porque lo que en su día era un negocio más o menos boyante había dejado de serlo. Las tasas municipales no dejaban de subir, mientras que el número de clientes no dejaba de bajar —a causa de la edad, la decreciente movilidad física y, en último término, la muerte.

La tienda había formado parte de una red local de comercios de todo tipo donde un cliente con oficio podía aprovisionar a su familia como para resistir un asedio. Pero aquellos días habían quedado atrás, y el estanco-cueva de contrabandistas regido por el Viejo Miles había quedado varado en medio de una zona que los hípsters consideraban su patio de juegos. Y eso era el menor de los problemas. Londres se transformaba día a día, y aunque la ciudad nunca había sido tan amable y acogedora con los recién llegados como se complacía en fingir, sí que por lo menos había prosperado merced a la variedad que éstos aportaban.

Pero la neblina política del momento había modificado ese panorama y, como la historia demuestra, lo que mejor disipa las brumas políticas es el ondear de banderas y pancartas, que suele preceder al uso de porras y bastones.

Con la variedad pasada de moda, las concentraciones de los llamados «chalecos amarillos» en las calles del centro de Londres eran una muestra de la reducción de los horizontes mentales que acompaña al levantamiento de un puente levadizo.

Milosz Jerzinsky —el Viejo Miles— no había dedicado su juventud a luchar a distancia contra los comunistas para que los fascistas de al lado lo atacaran a la puerta de su casa. Además, el contrato de alquiler de su pequeña tienda iba a expirar el mismo año de su jubilación: una nítida simetría de plazos que podía interpretarse como una señal de los cielos. De ahí que hubiera aceptado, según reconocía ante sus últimos clientes, el dinero del especulador. Levantaba el campamento; se marchaba de allí. Su establecimiento seguiría como siempre hasta el último día, pero ese último día estaba al caer, a medianoche exactamente, y, hasta entonces, en el piso de arriba estaba teniendo lugar un último cónclave: una reunión de incondicionales y no tan habituales por igual que se disponían a contar las horas bebiendo un vaso tras otro, y cuya mera presencia confirmaba el comentario elogioso que aquel cliente muerto largo tiempo atrás había hecho una vez sobre la tienda del Viejo Miles: «Da igual en qué momento entres, la mitad de los clientes son espías.»

«Hay momentos buenos y otros menos buenos», estaba pensando el estanquero.

Acababa de vender las tres últimas cajetillas de cigarrillos rusos que le quedaban —una marca mortal de necesidad que sólo los suicidas podían apreciar de veras— a un tipo gordo envuelto en un abrigo sucio y con aspecto de pasarse media vida encerrado en una casa de apuestas, ya fuera detrás de la ventanilla enrejada o

sentado en un taburete frente al televisor, contemplando cómo su paga semanal se rompía una pata en el hipódromo de Doncaster. Sin embargo, mientras esperaba para recibir el cambio, sus ojos mostraban una concentración sombría, como si estuviera grabándose en la memoria el interior del pequeño local. Quizá, en su día, aquel tipo gordo había perdido más cosas que una paga. No podía descartarse que su fea cabezota albergase todo un archivo de fracasos, y quizá por eso el Viejo Miles le dirigió la palabra mientras contaba las monedas que iban a parar a su mano abierta:

—Cerramos —dijo.

—Eso he oído.

—Este negocio no tiene futuro.

El tipo gordo soltó un gruñido.

—Ni presente, por lo que veo.

—¿Es la primera vez que vienes?

El otro no respondió. Tenía la vista fija en las monedas, como si el Viejo Miles pretendiera engañarlo con el cambio o colarle alguna sin valor. Pero terminó por metérselas en el bolsillo del pantalón, miró al anciano a los ojos y le dijo:

—Había oído hablar de este lugar, pero no había venido nunca.

—Pues esa marca que fumas no la venden en ninguna otra tienda de por aquí.

—Tal vez por eso vas a cerrar la tienda —dijo el otro—. Quizá eres demasiado fisgón para sobrevivir.

—No te digo que no —convino el Viejo Miles—. Aunque también te digo que siempre he sabido sobrevivir. —Señaló con la cabeza la puerta situada a su izquierda—. ¿Quieres subir al piso de arriba?

—No eres mi tipo.

—Hay bebida y gente de ideas afines. —Se inclinó hacia él—. Has estado en esto, ¿no? Suelo notarlo. —Se echó atrás—. Digamos que es un velatorio.

—No soy sentimental.

—Pero tienes pinta de bebedor.

El tipo gordo sacó un cigarrillo de no se sabe dónde. Daba la impresión de ser idéntico a los que el Viejo Miles le había vendido —con un tabaco negruzco y el papel medio suelto en el filtro—, pero el estanquero no se explicaba cómo había podido sacarlo de la cajetilla con la mano metida en el bolsillo.

—Bueno... —dijo el tipo gordo con el cigarrillo entre los labios—. Igual subo un momento a ver si veo alguna cara conocida.

—Y en el caso de que te reconozca a ti —repuso el Viejo Miles—, ¿con qué nombre te va a saludar?

—Quién sabe —respondió Jackson Lamb.

Y desapareció por la puerta que le había señalado el estanquero.

Las carnes rojas eran la especialidad de la casa.

Y, si la carta no bastaba para dejarlo claro, sólo había que mirar las caras de los comensales.

Diana Taverner hizo el cálculo elemental: descontando al personal de servicio, era la única mujer en el restaurante. Y no le importaba. La igualdad no significaba nada si no implicaba ganarte un sitio en la mesa; una mesa que ahora ocupaba el reservado de la planta superior de un pub; y no un pub cualquiera, sino uno de esos *gastropubs* que aparecen reseñados en los suplementos dominicales, con chef renombrado.

El susodicho se había pasado poco antes por la mesa para presentarse y explicar los cortes que pensaba servirles; le había faltado poco para preguntarles si querían conocer personalmente a la vaca. A ella le gustaba comer bien, pero los rituales asociados a la restauración le resultaban, sencillamente, tediosos.

Un tenedor golpeó repetidamente un vaso. El grupo guardó silencio.

—Gracias a todos.

Era Peter Judd. Había ganado peso. Para ser un hombre al que nunca le había importado que lo fotografiaran corriendo por las mañanas, se parecía muchísimo a la imagen del «antes» en una de esas composiciones fotográficas de «antes» y «después». Pero los paparazzi ya no lo perseguían, aunque no era descartable que volvieran a hacerlo el día menos pensado: dar por acabada la carrera de un político como él —cuyas ansias de poder eran tan descarnadas que casi debería llevar un letrero de PRECAUCIÓN dirigido a las almas sensibles— implicaba «fliparse», como se dice en jerga callejera. Y la jerga callejera era uno de los registros que él dominaba. Otro era la cordialidad corporativa, que esa noche estaba explotando al máximo.

—Quisiera empezar diciendo que es maravilloso verlos a todos ustedes aquí, en la que sin duda será la primera de muchas, muchísimas ocasiones semejantes, para celebrar esta nueva empresa en la que nos hemos embarcado, tan imaginativa como audaz. Todos conocen a Diana Taverner, y sin duda coinciden conmigo en que su nombre de pila le viene como anillo al dedo. Porque Diana es una cazadora de primera. Y por eso esta noche

rendimos homenaje a sus recientes incursiones en el terreno de la intriga internacional... a sus últimos... eh... devaneos, por así decirlo.

Durante los años en que Peter Judd había estado luchando para convertirse en primer ministro, había quienes decían que sus bufonadas enmascaraban una total y absoluta dedicación a sus intereses personales, pero era un error suponer que sus chascarrillos y astracanadas eran puro espectáculo. No sólo le encantaba el papel de presentador de circo; además, hacía que incluso quienes lo conocían bien tendieran a subestimarlo. Esto —como bien sabía Diana— era un componente clave de su capacidad para manejar a los demás. Largo tiempo atrás, había estudiado a fondo la lealtad —los lazos que nos unen y cómo respondemos a ellos—, aunque, por su parte, nunca se había sometido a ese tipo de restricciones.

—Como ninguno de ustedes habrá olvidado, no hace mucho que nuestra soberanía nacional y nuestra tranquilidad se vieron violentadas por un episodio lamentable, cuando, por razones que aún no han sido del todo esclarecidas, un servicio de inteligencia extranjero envió a un par de sicarios... un hombre y una mujer, para ser precisos... para cometer un asesinato en nuestro territorio. Éstos llegaron haciéndose pasar por turistas interesados en admirar las maravillas de nuestro país, pero en lugar de venir pertrechados con una guía turística y el consabido palo *selfie*, se presentaron con una sustancia tóxica y una intención homicida. Hasta aquí, nada que no estemos acostumbrados a ver en las pantallas de los cines mientras hacemos manitas y degustamos palomitas. Y, sin embargo, a la hora de pensar en un precedente cinematográfico sería más oportuno mencionar al inspector Clouseau, en vez de a James Bond; al Gordo y el Flaco, en vez de *The Fast and the Furious*. Pues, en su torpeza e

ineptitud, estos dos infelices no sólo fueron incapaces de llevar a cabo su misión, sino que dejaron tras de sí a una mujer muerta y a un hombre gravemente herido. Dos ciudadanos inocentes que, infortunadamente, se convirtieron en víctimas colaterales de una intriga internacional. Lo mismo que yo, ustedes habrán sentido... cómo decirlo... auténtica vergüenza al comprobar que este episodio lamentable se saldaba sin castigo alguno, al ver que los perpetradores de estos crímenes eran recibidos como héroes de la patria en la televisión de su país de origen y que su presidente, sin ningún empacho, declaraba que nada habían tenido que ver con lo sucedido, que se trataba de dos simples visitantes sin la menor implicación, totalmente inocentes, sometiendo así a sus víctimas, y por extensión a todos los ciudadanos de esta nación, a un desprecio que, en otros tiempos, habría hecho pulir botas, preparar petates y botar cañoneros.

Hizo una pausa. En su rostro apareció el mohín habitual; en sus ojos, el brillo taimado de siempre.

«Para hacer de Nerón sólo le faltan la toga y la lira», pensó Diana.

Judd continuó, bajando la voz:

—Por supuesto, me veo obligado a agregar que, por deplorable y sórdido que fuera lo sucedido, podría haber sido mucho peor. Muchísimo peor. Eso de untar con una sustancia tóxica el pomo de la puerta de la casa de su antiguo compatriota, en un intento de acabar con él que no salió según lo esperado, sin duda fue ignominioso, ignominioso a más no poder. Pero lo que hicieron después: deshacerse del tóxico sobrante, metido en un botellín de perfume, tirándolo a un parque, con el resultado de que una pareja que había salido a realizar labores comunitarias y estaba haciendo

limpieza se tropezara con él, eso... eso no tiene nombre, no se puede describir con palabras. Sin duda, que la pobre mujer muriese ya fue trágico de por sí, pero no hace falta tener mucha imaginación para pensar en otros posibles desenlaces. Al dejar allí tirada su ponzoñosa arma mortal, los desalmados verdugos ni se pararon a pensar en otras consecuencias potenciales. Muchas otras personas podrían haberse contaminado con ese veneno. Niños, incluso. Niños pequeños, niños británicos.

El público estaba cautivado por su retórica, con los cuchillos y tenedores en ristre sobre los sanguinolentos trozos de carne. Damien Cantor asentía con la cabeza al ritmo de sus palabras como si hubiera estado bailando a su son desde la primera vez que pisó una discoteca siendo un chaval. Diana se había llevado una sorpresa al verlo entre los asistentes. Pero él, lo mismo que los demás, era quien pagaba todo aquello. Así que Diana suponía que tenían derecho a disfrutar del momento, incluso si eso los llevaba —de forma típicamente masculina— a considerarse sus artífices.

—Y bien, como he dicho, el resultado se puede resumir en una sola palabra: vergüenza. La vergüenza de ver que nuestro gobierno no hace nada, pues el supuesto ruido de sables con que amagaba nunca pasó de ser un grotesco remedo; nada de acero, sino hojalata de tres al cuarto, la hojalata propia de los incompetentes. Lo que hicimos fue cubrirnos la cabeza con el delantal y esconder nuestro rostro ante el mundo. En un momento en que el matón global nos provocaba y se mofaba de nosotros, nuestra única respuesta fue plañir como cobardes. ¿Podemos sorprendernos de que los ciudadanos de a pie se sintieran escandalizados? ¿De que empezaran a hacerse preguntas sobre sus dirigentes? ¿Quién de

nosotros no lo hubiera hecho, en vista de que nuestros dirigentes se mostraban incapaces de estar a la altura de las circunstancias? Cualquiera supondría que los ocupantes de los principales despachos del país estaban preparados para afrontar ese tipo de situaciones. Y, puestos a suponer, que incluso habrían hecho sus necesidades antes de acceder a dichos despachos. —Se detuvo y recorrió la mesa con la mirada—. Así pues, tan impresionado como admirado, tengo el placer de expresar nuestro agradecimiento colectivo a la bella Diana por la eficiencia y el aplomo con que situó al objetivo en su punto de mira. Un objetivo, no hace falta que se lo recuerde a ustedes, que consistía en responder de la forma debida, a fin de igualar el tanteo. Dos sicarios, ya lo he dicho, dos sicarios fueron enviados a nuestra nación soberana, aunque, como todos ahora sabemos, uno de esos dos sicarios de hecho era, no es preciso esconderlo, una «sicaria». Y ahora ella, la hembra de la especie... y no hace falta citar a nuestro poeta nacional para tener claro que es mucho más mortífera que el varón... ha sido devuelta al suelo del que procedía, o, mejor dicho, al muladar, al muladar del que procedía, después de que uno de nuestros héroes que trabajan en la sombra... ¿o quién sabe, quizá fue una heroína?... se encargara de... eh... de darle el finiquito. De acuerdo con las instrucciones de nuestra valerosa Diana cazadora, aquella sicaria adiestrada para acabar con las vidas de otros ha sido borrada del mapa, y casi no alcanzo a imaginar, como sin duda les pasa a ustedes, la naturaleza del pavor que su antiguo compañero de vilezas siente en este momento. La venganza, caballeros... caballeros y dama... la venganza suele tener mala prensa. Se nos pide que pongamos la otra mejilla, que perdonemos las ofensas. Y todo eso está muy bien, muy bien, claro que sí. Pero también hay

momentos para la ira y el escarmiento, para empuñar la espada y acabar con quienes nos han hecho tanto daño. Que por fin esto haya sucedido es ahora motivo de celebración, y a la vez que rindo homenaje, como todos estamos haciendo, a la hermosa Lady Diana, aprovecho para darles las gracias a todos ustedes por haberle facilitado el trabajo, por haberlo hecho posible. Pues fueron ustedes los que aportaron el acero y el plomo, los que proporcionaron el arma. Diana apuntó, y su puntería, como sabemos, es más que certera. Y de nuevo podemos andar con la cabeza alta por el mundo, a pesar de que nuestro orgullo por ahora se vea limitado a la callada satisfacción, sin que nos esté permitido el jubiloso rugido de triunfo. Pero ya llegará el momento de rugir, ténganlo por seguro. Ya llegará el momento de rugir. Y cuando rujamos, el mundo entero se va a enterar. Gracias.

La tumultuosa reacción a sus palabras se prolongó unos cuantos minutos.

Había que reconocerlo, pensó Diana: Judd sabía perfectamente qué teclas había que pulsar.

El cuarto situado encima de la tienda del Viejo Miles tenía más de casita del árbol que de club para caballeros: básicamente era un espacio con suelo de tablones y sin mobiliario digno de tal nombre. Alineadas en una pared, unas cajas de embalaje de madera hacían las veces de mesas en las que colocar las botellas —de vino tinto, vodka y whisky— y los ceniceros, ya a rebosar. El resto del cuarto estaba ocupado por corrillos de hombres ancianos, o casi ancianos; algunos vestidos con trajes que habían visto mejores tiempos, otros

con prendas llamativas para la ocasión. Por la pequeña ventana de guillotina, que se mantenía entreabierta gracias a una lata de tabaco insertada a manera de cuña, se colaba el rumor de unos cánticos en la lejanía.

Las conversaciones eran en distintas lenguas y se solapaban entre sí. En lo alto flotaba una bruma azul, y la solitaria bombilla del techo se balanceaba ligeramente, como la luna en una noche encapotada.

Lamb había encontrado una botella de whisky de malta y estaba fumando en un rincón; tenía toda la pinta de un contenedor de basura al que alguien le hubiera prendido fuego. En la pared, a la altura de su hombro, había una diana para dardos en cuyo centro se veía una foto de Vladímir Putin con el torso desnudo y a lomos de un caballo. Algo más allá, una pequeña tarjeta postal de una iglesia de madera en un paisaje nevado constituía la única decoración de la sala.

—¿Estás fumando o eso que tienes en la boca es un arma química? —Quien le había hecho la pregunta era un poco más joven que la mayoría de los presentes e iba vestido con un traje gris marengo con raya diplomática. Su pelo, un tanto ralo, tenía una tonalidad arenosa, y la montura de sus gafas era de color azul—. Ese cigarrillo huele a la era soviética. ¿Dónde los fabrican, en Chernóbil?

Lamb miró en derredor. Al entrar había notado que muchos lo observaban, pero se tomaban la molestia de fingir que no.

—Aquí hay unos cuantos elementos que en su día trabajaron como agentes —dijo—, y más de un par de ellos seguramente vendían secretos según la dirección del viento. Pero ni siquiera el tabaco ruso llega a encubrir el olor que tú desprendes. Porque tú eres un chupatintas.

—¿Un chupatintas, dices? En su momento estuve a punto de ocupar la mesa de jefe de departamento.

—¿Y qué pasó? ¿Alguien perdió la llave Allen y no pudieron montarla?

El otro se echó a reír.

—Había otra persona más espabilada. Son cosas que pasan. Por cierto, me llamo Chester Smith. Ya sé: es un apellido de lo más anodino.

—¿Y qué mesa en concreto estuviste a punto de ocupar, Smith?

—La de enlace con los estadounidenses. Al final se la dieron a una mujer que había hecho un máster en el Barnard College de Nueva York. Queda claro que allí se hacen contactos, y no hay como ir tejiendo redes desde joven. ¿Queda algo en esa botella?

Lamb la levantó. Todavía quedaban unas tres cuartas partes.

—No —respondió.

Un hombre de muy baja estatura apareció en el umbral y al momento fue engullido por el gentío.

Smith dijo:

—Esto parece la ONU.

—¿Un refugio para raritos y solitarios?

—Exacto. ¿Sabías que el Viejo Miles nunca llegó a estar oficialmente en nómina? Ha estado regentando esta especie de club para espías bebedores desde los años setenta, pero siempre de forma extraoficial. Y seguro que aquí se han planificado un montón de operaciones...

—A ver, Chester Smith. ¿Tú sigues trabajando en Regent’s Park?

—No. Me pillé la jubilación anticipada después de que no me asignaran la mesa prometida. La indemnización no estuvo nada mal.

—Bebió un sorbo—. Ahora me dedico a hacer alguna que otra operación inmobiliaria.

—No me digas.

Lamb vació el resto del vaso y lo volvió a llenar de inmediato.

—Pues sí. Con edificios de oficinas, sobre todo, y apartamentos de lujo de vez en cuando. Pero siempre me atengo a una cosa, llámalo un principio si quieres: no trabajo con dinero de los rusos.

—Seguro que estás muy orgulloso de eso.

El hombre bajito volvió a asomar brevemente, encajonado entre tipos más altos. La habitación se había ido llenando desde la llegada de Lamb, y en un momento hizo su aparición el Viejo Miles en persona. La gente lo recibió con entusiasmo. Acababa de cerrar su tienda por última vez, dijo. Era un momento triste, pero los momentos tristes son tan dignos de celebración como los felices; de lo contrario, la mitad del alcohol del mundo se quedaría sin beber. Y qué mejor que compartir un momento así con antiguos colegas. Eso, más o menos, fue la base de su breve discursito. Se oyeron algunos vítores y se alzaron las copas. Otro rumor de cánticos se coló por la ventana, como si unos desconocidos situados a lo lejos también fueran antiguos colegas.

—Tú en su día fuiste agente sobre el terreno, ¿verdad? —apuntó Smith una vez que el clamor se atenuó—. ¿Por eso estás aquí hoy, porque echas en falta los viejos tiempos?

—Lo que más me gusta de los viejos tiempos es que ya se acabaron —respondió Lamb.

—¿Sabes una cosa? Creo que acabo de deducir quién eres. Tú eres Jackson Lamb, ¿me equivoco?

El rostro de Lamb permaneció inmutable, pero finalmente asintió con la cabeza.

—¡Ésta sí que es buena! ¡Jackson Lamb! Si llego a saber que iba a encontrarme con una leyenda como tú, vengo con mi librito de autógrafos.

—Si llego a saber que esta noche iba a encontrarme con esto, me habría aseado un poco —repuso él, se tiró un pedo como para rematar la frase y le dio una última calada al cigarrillo antes de que el cilindro se separara del filtro y cayera al suelo lanzando chispas. Lamb hizo caso omiso de cada fase de ese proceso, salvo por la calada. Cuando expulsó el humo fue como si conjurara una nube de tormenta.

Smith pisoteó el pequeño incendio hasta apagarlo del todo.

—¡Jackson Lamb! ¿Es verdad que cierta vez hiciste...?

—De lo que alguna vez hice o dejé de hacer no me acuerdo en absoluto. —Sacó un nuevo cigarrillo—. ¿O no llegaron a explicarte por qué el servicio secreto se llama así?

Chester Smith se llevó el dedo a los labios.

—*Mea culpa*. Pero entenderás que un simple oficinista se sienta impresionado al hablar con un agente de campo.

—Yo mismo soy un simple oficinista últimamente. Y tú eres... ¿cómo lo llamáis? ¿Asesor inmobiliario? ¿Consultor? ¿O con gilipollas basta?

—¡Muy buena! «¿Con gilipollas basta?» Ésa me la guardo. —Smith sacó un encendedor y le dio lumbre—. Pero tampoco soy un civil sin más. Una vez al mes como con Oliver Nash en un club cerca de Wigmore Street. Él me mantiene al día.

Nash presidía la Comisión de Supervisión, encargada de vigilar los gastos del servicio, por lo que en teoría ataba en corto a Diana Taverner. No era de sorprender que quedara con los amigotes para cenar y contarles los rumores que llegaban a sus oídos. Era la pesadilla de cualquier agente sobre el campo: un burócrata de carrera con derecho a veto sobre las operaciones.

Lamb continuó:

—Oliver Nash siempre ha sido un hombre muy considerado. ¿Publica los chismes en un boletín o se conforma con un megáfono?

Smith volvió a meterse el mechero en el bolsillo y respondió:

—¿Sabes que tu amado servicio secreto llevó a cabo una ejecución el mes pasado?

—El megáfono, por lo visto.

—Se cargaron a una de esas alimañas del GRU. Y esa alimaña, una alimaña hembra, para ser exactos, estaba implicada en el asunto del novichok, la sustancia tóxica. La liquidaron en su propio terreno, en la zona del Volga. Es lo que yo llamo marcarle un gol al enemigo por la escuadra. —Hizo girar su vaso vacío—. Dicen que Putin está que echa chispas.

—Putin siempre está echando chispas. Las echa él y hace que las echen otros, con electrodos de por medio.

—Oye, ¿qué tal si me invitas a un chorrito de eso que tienes?

—No soporto a los gorrones —respondió Lamb, que aun así vertió un dedo de whisky en el vaso de Smith tras asegurarse de llenar el suyo hasta el borde.

—Gracias. —Smith hizo un brindis en dirección a la foto en la diana para dardos y se puso a canturrear una parodia de *Rasputin* de Boney M.—: «Ra, ra, ra-Putin, eres toda una *drag queen...*» —

Hizo una pausa y añadió—: Lástima que le diera por el despotismo. Lo tenía todo para triunfar en el mundo de la pornografía gay. Podría haber sido el nuevo Joe Dallesandro.

Lamb emitió un gruñido, pero no dijo nada.

—Ese hombre al que Putin trató de envenenar... aquí, en Inglaterra —añadió Smith.

—¿Qué pasa con él?

—Era un espía al que en su día intercambiamos. Ya no estaba en activo. Él...

—Sé cómo funcionan estas cosas —interrumpió Lamb—. No soy la puta mujer de la limpieza.

—En fin, bienvenidos al nuevo orden mundial, ¿eh? Se acabaron los miramientos. Pero no me malinterpretes: yo a Lady Di sólo puedo aplaudirle la jugada. No sé si me explico: estoy a favor de la paz, el amor y demás, pero siempre y cuando haya un empate en el número de muertos. De lo contrario, corremos el riesgo de convertirnos en el hazmerreír de los rusos. —Vació su vaso de un trago. Era posible que estuviera hablando con sarcasmo—. Seguro que el amigo Putin ha hecho que ruede alguna cabeza allá, en la Madre Rusia. La Reinona del Kremlin. Seguro que ha mandado a unos cuantos infelices a Siberia. Para que se enteren de lo que vale un peine siberiano, ¿no? —añadió mirando a Lamb de reojo—. Pero con eso no va a tener bastante, ¿verdad? Después de que Regent's Park se la haya metido doblada, el tío debe estar muerto de ganas de tomarse el desquite. O será incapaz de mirar a su fotógrafo a la cara.

—Ya. Pues tú sigue sin venderle pisos. Seguro que así se lo piensa dos veces.

—Ahora que lo pienso, no me extrañaría que estuviera detrás de esa turba de los chalecos amarillos —dijo Smith, señalando con la barbilla la ventana entreabierta, por la que seguía llegando cierto alboroto lejano—. *Les gilets jaunes*, el equivalente en carne y hueso a una horda de trolls de internet.

—Si tú lo dices —repuso Lamb—. Por mi parte, me los tomaría más en serio si no se pasaran el día eligiendo el modelito. —Se metió la botella en el bolsillo del abrigo y extendió la mano libre. Chester Smith hizo amago de estrechársela—. No, lo que quiero es tu mechero. Al mío se le ha acabado el gas.

Smith se lo pasó y luego se quedó mirando cómo Lamb cruzaba la sala. La gente se apartaba a su paso sin rechistar. Al llegar a la puerta se detuvo sin mirar atrás, aunque él tuvo la sensación de que, de un modo u otro, se las arreglaba para escudriñar la sala al completo. Pero, fuera lo que fuese lo que buscaba, al parecer no lo encontró, porque se esfumó al cabo de un momento. Sin él, el lugar parecía medio vacío.

—Jackson Lamb... —murmuró sin ninguna razón evidente y se fue a buscar a otro con quien charlar.

Sentado junto a Taverner, Judd rebosaba satisfacción por todos los poros. Diana le posó la mano en el hombro y dijo:

—Odio admitirlo, pero casi tengo una erección al oírte ahí dentro.

—Igual que yo.

—Y gracias por tus amables palabras.

—Cada sílaba es más que merecida.

No estaba acostumbrada a recibir elogios de Peter Judd, que tampoco era proclive a admirar los logros ajenos: para él, era como ver a otros caminar con unos zapatos que pensaba comprarse. Pero había estado dirigiendo una empresa de relaciones públicas desde que dejó la política activa; quizá había aprendido algo, aunque sólo fuera a escoger la mentira más adecuada en cada momento.

—Y la cosa ha servido para conseguir la respuesta deseada —prosiguió—: la rabia y la furia del Kremlin, o eso es lo que cabe esperar. Putin es muy capaz de hacer «tales cosas... que han de ser, aún no sé...». Eso es de *El rey Lear*, ¿no?

—Es muy posible.

—Lo estudié para un examen en el colegio. ¿Tú crees que ese tío va a embarcarse en una guerra?

—Si lo creyera no habría dado luz verde a la operación —respondió Diana.

—Ay, por favor. ¿Cómo es la vida sin un poco de riesgo?

—¿Quizá más larga?

—Eres lo que no hay, Diana.

—Putin no va a declarar una guerra —repuso ella—. Porque lo que hizo fue romper la baraja. Eso de ordenar la ejecución de un espía al que en su momento habían intercambiado no es de recibo. Tendría que saberlo.

—Y ahora que tú has hecho que asesinaran a esa asesina a sueldo, estamos en paz, o tendríamos que estarlo. Porque, como tú misma has subrayado, Putin no se somete a las reglas del juego.

—Supongo que eres consciente de que quien devolvió a esa persona «al estercolero», por usar tu expresión, no fue uno de nuestros agentes.

—Al muladar —corrigió Judd, y luego añadió—: Claro, claro. Por supuesto, di por hecho que habías contratado a un mercenario.

Taverner se limitó a asentir.

—Pero lo que nos interesa es insuflar orgullo nacional, y si eso supone pasar por alto algún que otro detalle, tampoco pasa nada. —Judd cogió su vaso—. Por lo demás, la cuestión de fondo sigue siendo la misma. Los caballeros aquí presentes se encargaron de proporcionar los recursos necesarios. ¿Y qué más da si el que hizo el trabajo fue alguien de la casa o un *freelance*? Nuestros gobernantes, por llamarlos de alguna forma, no hicieron más que el ridículo, pero estos señores, por suerte, estuvieron a la altura. El orgullo nacional estaba en juego. Lo entendieron y sacaron la chequera.

—Son héroes, sin duda.

—No te rías. Bien que aceptaste su dinero. Así que menos humos.

De haber tenido a otra persona delante, Diana tal vez se hubiera esforzado en mostrarse contrita, pero Judd era tan poco amigo de las convenciones sociales como ella misma.

—Y has de admitir que, de momento, todo está funcionando bastante bien.

Así era. O al menos eso parecía.

A finales del invierno, Judd se había acercado a ella para ofrecerle una oportunidad: la oportunidad de «colgarse una medalla», en sus propias palabras. Tales ocasiones habían escaseado en los últimos tiempos. Una agente había muerto en la nieve, en Gales. Era una de los caballos lentos de Jackson Lamb, pero aun así su muerte había quedado registrada en los archivos del servicio. Y lo mismo había pasado con otro operativo que se había marchado hacía poco de Regent’s Park: también había resultado muerto en el mismo fiasco.

En principio, nadie podía culparla a ella directamente por lo sucedido, pero el mal olor persistía. Y el fiasco había tenido lugar poco después de que su solicitud de una revisión y renovación integral de las prácticas operativas —o sea, la petición de un incremento considerable en el presupuesto— hubiera sido rechazada. Y poco después llegó el Momento Innombrable, que obligó a hacer recortes presupuestarios.

La última retirada británica a gran escala del continente europeo, acontecida en Dunkerque y llevada a cabo por una flotilla improvisada, había sido una derrota disfrazada de victoria; esta nueva versión, también un supuesto triunfo, podría haber tenido lugar a bordo del *Titanic*. No era raro que la propuesta de Peter Judd le hubiera sonado a música celestial:

«Supongamos que el servicio secreto llegara a ser... ¿cómo decirlo?... autosuficiente. Que tuviera los recursos necesarios para operar como es debido en situaciones críticas, sin necesidad de autorización por parte del gobierno. No estamos hablando de una privatización, sino tan sólo de recibir los fondos necesarios de fuentes que tienen un interés personal en la seguridad nacional.»

Esos fondos habían sido bien invertidos, aunque hasta ese momento el expediente de la operación llevada a cabo en Kazán seguía siendo un milagro de costes inexistentes. Ciertamente, eso era más fácil de gestionar que lo contrario. Por poner un ejemplo, los que controlaban el presupuesto no tenían problema en hacer la vista gorda al precio absurdamente bajo de cierto dispositivo de vigilancia extraterritorial. A lo que se sumaba que el coste real de hacer que se cargaran a alguien seguía siendo una cuestión de muy

mal gusto que era mejor no debatir en público, por lo que tampoco estaba sujeta a un escrutinio demasiado intenso.

Judd se distrajo con algo y el hombre a la izquierda de Diana aprovechó para dirigirse a ella:

—Lo que dijo de aquel asunto me hizo reír. Me refiero a lo de «Smiert spionam».

—¿Y cómo sabe usted lo que dije?

—Venga. Lo dijo precisamente para que estuviera en boca de todos. Porque sabía que no tardaría en correrse la voz.

A ella siempre le había molestado que le dijeran qué sabía o dejaba de saber, aunque ya hacía mucho que nadie se atrevía a hacerlo. Tanto que el tipo a su lado, Damien Cantor, seguramente era un colegial por entonces. Ahora debía tener treinta y cinco años, y era de esos que empiezan a hacerse un nombre en el mundo de los negocios sin abandonar su aspecto de hípster, con barba de tres días y zapatillas deportivas. Dicen que los sesenta de ahora son los cuarenta de antes, pero los treinta y cinco vienen a ser los doce.

—Y bien —prosiguió Cantor—. Supongo que estará contenta de cómo marchan las cosas.

—¿Se supone que debo estar contenta?

—Se ha pasado usted muchos años atada al reglamento. —Cantor iba desmigando un panecillo mientras hablaba, aunque la comida ya había terminado—. Pero ahora va más o menos por libre, ¿no?

—No tengo ninguna intención de saltarme el reglamento, señor Cantor.

—Llámeme Damien, por favor. —Cogió una servilleta—. Me alegro de haber sido de utilidad. Y todos estamos esperando la próxima aventura.

—Y yo agradezco su ayuda. Pero la próxima aventura, por usar su expresión, muy probablemente consista en mejorar los procesos administrativos. No sabe usted lo caro que sale actualizar un cortafuegos informático.

—Me lo imagino. Aunque creo que todos preferiríamos algo un poco más vistoso, algo en tecnicolor. Después de un comienzo como éste, sería una pena bajar de nivel, ¿no es cierto?

Ella se lo quedó mirando sin que él se mostrara especialmente incómodo. Era, de lejos, el más joven de los asistentes: un gurú mediático de última generación. Criado en internet y graduado en YouTube, ahora era propietario de un canal que emitía noticias las veinticuatro horas del día, en su mayor parte alimentado por contenidos de particulares. «Créalo, no lo simules» era el lema del canal Go TV, o tal vez su eslogan. Por lo demás, su función primordial era azuzar la indignación de los espectadores, de manera que había que reconocer que el tío sabía cómo sacarle rédito al espíritu de la época.

Judd se volvió hacia ellos.

—El señor Cantor acaba de ofrecerme sus sugerencias —dijo Diana—. Por lo visto, tengo que esmerarme para que esta teleserie sea cada vez más trepidante.

—Damien es famoso por su sentido del humor. Pero aquí nadie está diciéndote lo que tienes que hacer, Diana. Nosotros trabajamos entre bambalinas, de eso se trata.

—Desde luego —convino Cantor—. A mí no tienen que hacerme el menor caso.

Los camareros estaban retirando los platos y la gente empezaba a formar corrillos. Un grupo se separó del resto y se dirigió a la zona

de fumadores.

—No tendremos que aguantar estas tonterías mucho más tiempo —oyeron decir a uno de ellos.

—De hecho —continuó Cantor—, personalmente prefiero justo lo contrario: que todos le hagamos más caso a usted.

—Bueno, bueno, tampoco hay que precipitarse —dijo Judd.

—Venga, Peter. Está claro que ése es el paso que debemos dar ahora —recomendó Cantor mirando a Diana a los ojos—. El canal Go TV emite un noticiario a las siete de la tarde. Sería magnífico que usted apareciera en él; daría mucho que hablar. Sólo para ofrecer un breve resumen de... los acontecimientos recientes. Sin necesidad de entrar en detalles. Manteniéndolo todo tan secreto como le plazca, pero dejando claro que nuestro orgullo nacional vuelve a ser el de siempre, que el león ha rugido. En fin... no hace falta que le escriba el guión.

—Empezaba a parecerme lo contrario —respondió ella.

—Si lo prefiere, podemos grabarla detrás de una cortina.

—Yo podría hacer lo mismo por usted, si quiere.

—Quizá deberíamos dejar todo esto para más adelante —intervino Judd con suavidad—. ¿Podemos hablar en privado, Diana?

Le posó la mano en el hombro y ella notó que Cantor se daba cuenta. Hacía bastantes años que no había nada entre ella y Judd, pero la inexactitud no restaba valor a la información, y las *fake news* podían ser tan útiles como las noticias veraces.

Se cuidó de sonreír abiertamente mientras se levantaba del asiento.

En los últimos tiempos había concentraciones callejeras casi todas las semanas; no se trataba de manifestaciones exactamente, sino de lo que se describía como «muestras de solidaridad», por mucho que en realidad mostraran una profunda división. Los chalecos amarillos formaban una coalición informal de descontentos; sus orígenes franceses constituían un homenaje involuntario a la libre circulación de las ideas, y su ira —inicialmente dirigida a quienes no los escuchaban, o a quienes los escuchaban pero no hacían lo que ellos exigían, o a quienes hacían lo que ellos exigían pero de una forma que por las razones que fuesen no llegaba a satisfacerlos— hacía tiempo que había dado paso a un odio indiscriminado por todo aquel que se pusiera en su punto de mira: parlamentarios de origen judío, periodistas gays, activistas estudiantiles, agentes de tráfico... A todos ellos los tachaban de «nazis» por sistema, lo que, como poco, hacía pensar que los criterios que definían la raza superior se habían relajado un tanto desde su momento álgido.

Esa noche, los chalecos amarillos se habían concentrado a lo largo de Wardour Street, donde Reece Nesmith III los esquivó a paso rápido, haciendo caso omiso de sus gritos y burlas. Todo eso ya lo había oído antes y, además, estaba cumpliendo una misión.

Pero el hombre al que estaba siguiendo, corpulento como era, parecía haberse esfumado entre los pliegues de la noche.

Había salido tras él momentos después de que abandonara el local del Viejo Miles y, pese a la presencia de los *gilets jaunes*, las calles no parecían más concurridas de lo habitual. No había niebla, las farolas funcionaban...

Y sin embargo no se lo veía por ninguna parte.

Eso sí: un ligero olor a tabaco extranjero flotaba en el aire, como si el tío fuera dejando una estela tras de sí.

Volvió sobre sus pasos, sorteando de nuevo las mofas de los de los chalecos, pero estaba perdiendo el tiempo. El gordo se había volatilizado.

«Sé cómo funcionan estas cosas», había dicho. «No soy la puta mujer de la limpieza.»

El otro tipo con el que había estado charlando, el del traje, era un satélite sin importancia, un simple fan de los espías. Pero éste, incluso gordo, seboso y vestido con prendas que parecían rescatadas de un contenedor de basura, tenía algo que lo identificaba como un espía de verdad. Andy no habría dudado a la hora de señalarlo en una rueda de reconocimiento: «Éste se pasea por la Calle de los Espías, estoy seguro.» Pero Andy ya no estaba allí para decirlo. Y de eso iba el asunto.

Se dio por vencido y se marchó a casa atravesando Oxford Street, subiendo por Edgware Road y cruzando por debajo del paso elevado. Su piso estaba sobre una tienda ficticia cuyo escaparate exhibía un mosaico de carteles con propiedades en alquiler, pero cuya puerta permanecía siempre cerrada. Su propia puerta estaba justo al lado, encajada en un entrante de la fachada. Nada más abrirla y franquear el umbral, todo se puso patas arriba. Lo último que alcanzó a ver fue un chaleco amarillo. Luego perdió el conocimiento.

—No esperaba encontrarme a un puto pez gordo de la tele entre tus invitados.

—Bienvenida al siglo veintiuno, Diana —respondió Peter Judd, burlón—. No es posible atraer a patrocinadores con dinero sin que entre ellos haya gente de los medios de comunicación, y eso lo sabes. Pero el principio de Rupert Murdoch sigue siendo válido: ¿para qué hundir a un primer ministro cuando puedes tener a toda una ristra de ellos con los que jugar a voluntad?

—Eso no me tranquiliza mucho, que digamos.

—Me limito a poner de relieve que Cantor está de nuestro lado y que le interesa más mantener una relación amistosa y duradera con una persona con poder que venirle a la gente con un titular de tres al cuarto que todo el mundo considerará un bulo. Y en cuanto a esa entrevista que propone, mejor olvidarse.

—Desde luego: mejor que vaya olvidándose por completo.

—Aunque tampoco sería mala idea que...

—Yo en tu lugar me lo pensaría mucho antes de pronunciar una sola palabra más.

Judd guardó silencio un instante.

—Contigo no hay quien pueda. Supongo que te das cuenta, Diana.

Ella se quedó callada.

—En cualquier caso, no estaría de más que mostraras un poco de gratitud —continuó él—. Nadie espera que vayas a salir en la tele, eso es un desvarío. Pero recordemos que unas cuantas personas se han rascado el bolsillo para hacerte llegar unos fondos nada desdeñables, y esas personas tienen derecho a cierto reconocimiento. Por no hablar de los que nos hemos encargado de facilitarlo todo.

—¿Este sitio tiene habitaciones arriba? —preguntó ella—. Lo digo porque siempre puedo alquilar una... y tú encargarte de que vayan

haciendo cola más o menos ordenadamente ante la puerta.

—Sólo digo que nunca está de más reconocer la generosidad ajena.

—Se supone que han aportado ese dinero de forma desinteresada, Peter. Eran, según tú, una especie de ángeles de la guarda: patrocinadores sin voz ni voto, y punto.

—Los ángeles también tienen derecho a que les acaricien las alas de vez en cuando.

—Excepto los que se conjuraron contra Dios —replicó Diana—. Ésos se ganaron la condena eterna, si la memoria no me falla.

Aquellos discutibles seres angelicales —salvo que formaran parte de la legión de los condenados— estaban dispersos por la sala, ocupados en urdir pequeñas conspiraciones. No era un grupo precisamente variopinto: todos blancos y de mediana edad en adelante, con la única salvedad de Cantor. Ya imaginaba que todos serían nuevos ricos urbanos, pero la inquietaba haber visto entre ellos a tres o cuatro cuya presencia no esperaba, incluido el propio Cantor, pese a lo que Judd le había dado a entender.

—Agradezco el apoyo —prosiguió—, pero empiezo a cuestionar la viabilidad de este acuerdo. —El rostro de Judd no se alteró, lo que nunca era buena señal—. No autoricé la operación en Kazán para que tus patrocinadores se dedicaran a comentarla en una cena.

—¡¿Mis patrocinadores?!

—Por algo los has traído a este restaurante, ¿no?

—Pues sí, y pienso aprovechar para tomarme cuatro copas con ellos antes de que se haga tarde. Confío en que no tengas intención de aguar la fiesta. —La estudió un segundo—. Lo sucedido en Kazán

sin duda va a poner cachondo a cualquier inglés con sangre en las venas...

—A cualquier inglés con sangre en las venas que llegue a enterarse —corrigió ella.

—Y serán más de los que imaginas. Ya empiezan a correr rumores por la red. Y cuando los historiadores escriban sobre esto, tu nombre figurará en letras bien grandes. «La mujer que vengó el honor nacional... y además, en la sombra, sin buscar la gloria.» ¿Sigo?

Ella asintió y él cogió el decantador de la mesa y volvió a llenar las copas de ambos. Después continuó:

—Tengo entendido que te han regalado una casita muy pintoresca en uno de los mejores barrios de la ciudad.

—A mí personalmente, no.

—Claro que no. Faltaría más. Al servicio, quiero decir. De modo que ahora el servicio dispone de un pequeño activo que no figura en ningún registro, lo cual resulta de lo más conveniente. —Judd dejó el decantador en su sitio—. ¿Y qué les has contado a los de la Comisión de Supervisión, si puede saberse?

—Oliver Nash puede ser muy comprensivo —respondió Diana.

—No me digas, ¿de verdad? Aun así, me cuesta creer que pueda mostrarse comprensivo con algo de lo que ni siquiera está al tanto.

—De acuerdo —dijo ella.

Judd fingió quedarse sorprendido.

—¿Perdón?

—No se lo hemos comunicado a la Comisión de Supervisión. Como creo que ya sabías.

¿Cómo se habría enterado?, pensó ella. Habría dado una mano por saberlo.

—Tampoco estaba previsto que se lo comunicaras a la comisión —agregó Judd—. Ha sido un regalo, sin más, pensado para darte un pequeño margen de maniobra. Una casa segura siempre viene bien, de ahí el nombre. ¿Y qué sentido tiene tener nuevos... eh... patrocinadores... si éstos no tienen oportunidad de mostrarte su apoyo? Claro que, si se enterara la Comisión de Supervisión, o cualquier otro de esos comités llenos de gente empeñada en cortarte las alas, volverías a encontrarte en la casilla de salida, incapaz de reunir los recursos necesarios para montar operaciones como la que estamos celebrando esta noche.

—Entendido. Gracias.

—¿«Entendido»? Lo digo porque tengo la impresión de que no acabas de hacerte cargo de lo que está pasando. Estas buenas gentes que nos acompañan hoy están aquí por algo: son patriotas. Quieren ayudar. ¿Y qué piden a cambio? Nada excesivo, Diana. Nada que pueda hacer que te arrepientas de haber aceptado su generoso apoyo. Pero, además de la íntima satisfacción de ver prosperar al servicio de seguridad de nuestra patria, es lógico que deseen compartir una pizca de esa gloria. Participar, aunque sea de lejos. —Hizo girar el brandy en la copa—. Tampoco estamos pidiendo que tus agentes de campo vistan camisetas con los logos de sus empresas. Entendemos que eso sería... contraproducente.

—¿Así es como lo veis?

—Y, en fin, sería una lástima que la Comisión de Supervisión, o cualquiera de esos otros parásitos empeñados en tocarte las narices, acabara enterándose de nuestra pequeña iniciativa y no le hiciera ninguna gracia. ¿Qué crees que pasaría? ¿Se limitarían a darte una

leve reprimenda? «Venga, Diana, no seas traviesa, prométenos que no volverá a ocurrir.»

—Espero que esto no sea una amenaza, Peter.

—Me limito a recordarte que no es buen momento para empezar a tener dudas sobre la eficacia de nuestro acuerdo. Todavía nos queda mucho camino por recorrer. ¿Y a quién le interesa volver atrás en el tiempo y reevaluar lo que hoy se considera un éxito?

Lady Di pensó en ello y en las humillaciones sufridas el año anterior: el atentado con intención asesina que había tenido lugar bajo su mando; los cínicos encogimientos de hombros en Moscú, como si no tuvieran nada que ver.

La autorización de una represalia mediante un ligerísimo, casi imperceptible, asentimiento de cabeza («Mire qué opciones hay, Diana; haga sus cálculos, vea si es viable») implicaba graves riesgos, aunque no tantos como para que ella se arredrara. Aquello era demasiado importante. O le pedías perdón a tu acosador por haberte puesto en su camino o le dabas un puñetazo en la nariz. El matón era más fuerte que tú, estaba claro. Pero no por ello tenías que someterte, ni mucho menos. O volvería a hacer lo mismo.

Para facilitar dicha represalia se había visto obligada a aceptar la recaudación de fondos que Judd había orquestado por su cuenta. Qué se le iba a hacer. Judd tenía razón, no era cuestión de volver atrás en el tiempo: lo sucedido desde entonces había sido de lo más provechoso. Bebió un sorbo de brandy para superar el momento que se avecinaba: iba a tener que decirle a Peter Judd que estaba más o menos de acuerdo con él. Pero resultó que éste tenía la vista clavada en un punto impreciso del espacio. Una sonrisa reptaba por sus labios de querubín.

Volvió a la tierra y dijo:

—Perdona, me he quedado en las nubes un momento. —Levantó la copa para brindar con ella—. Eso de una Diana traviesa me ha hecho soñar despierto...

—Nunca cambiarás, ¿verdad? —dijo ella—. Discursos con mensajes subliminales para el votante, mente calenturienta cuando una mujer anda cerca...

—Veo que lees lo que escriben sobre mí —repuso él.

El olor a tabaco ruso volvía a notarse. Reece Nesmith III abrió los ojos y después parpadeó varias veces. Estaba tirado en el suelo de la salita de su piso. El tío gordo ocupaba el único sillón con un chaleco amarillo hecho un amasijo a sus pies y el cigarrillo responsable de aquel tufo colgándole del labio inferior. Su gesto era digno de un tótem: serio e inexpresivo.

—Me has pegado —le dijo él con voz más aguda de lo normal.

El otro no respondió. No le quitaba la vista de encima, pero daba la impresión de tener la habitación entera bajo control, como poco antes en el garito de Miles. Ahora había menos que vigilar, claro, y tampoco mucho mobiliario: el sillón, una mesita con el televisor, estanterías repletas, con más libros de los que podían albergar, y otros tantos en montones esparcidos por la habitación: zigurats de volúmenes en equilibrio precario, muchos de ellos con múltiples papelitos asomando entre sus páginas, como si hubieran estado engendrando otros textos en miniatura. Eran las notas de Andy, garabateadas con letra de renacuajo. Juraba que podía reconstruir

toda su biblioteca a partir de ellas, pero tal vez fuera una fanfarronada. En todo caso, él nunca lo había puesto a prueba.

Intentó levantarse, pero no pudo porque la habitación le daba vueltas. Se contentó con aclararse la garganta y volver a decir:

—Me has pegado.

Esta vez su voz no sonó tan aguda.

El cigarrillo ruso brillaba intensamente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el gordo.

—¡A cagar!

—Así que eres ruso, ¿eh? Camarada Akagar, algo me dice que aprendiste inglés mirando la Super Bowl en la tele. Porque ese acento que gastas es americano.

—¡Acabas de agredirme en la puerta de mi casa!

—Y después te he dado cuatro patadas en la escalera. Por si quieres llevar la cuenta. —El gordo se quitó el cigarrillo de la boca, examinó la punta incandescente, como si estuviera produciéndose algún error de naturaleza técnica, y se lo volvió a poner—. Has estado siguiéndome desde ese cubil de espías. O lo has intentado.

—¡Tú me has estado siguiendo!

—Da igual. La cuestión es que esto de jugar a policías y ladrones no es lo tuyo. —El cigarrillo no tiraba; lo dejó caer al suelo—. ¿Vas a decirme cómo te llamas o tendré que sacártelo a patadas?

Nada en su expresión sugería que hablase por hablar.

Reece miró el chaleco amarillo, sobre el que ahora descansaba el cigarrillo encendido. Era una prenda de trabajo, de las que se usan en la construcción; seguramente no ardía así como así. Pero más valía no tentar a la suerte.

—Me llamo Reece Nesmith —dijo.

El gordo soltó un gruñido.

—Reece Nesmith Tercero —aclaró Reece.

—¿Hay dos más como tú? Estamos hablando de casi la mitad de la pandilla. ¿A qué hora viene a recogeros Blancanieves?

—Muy gracioso.

—Me alegra que lo veas así. A veces me veo obligado a explicar mis chistes. ¿Y lo tuyo a qué se debe, si se puede saber? ¿Es una enfermedad o simplemente eres una especie de monstruito?

—No soy un monstruo —contestó Reece.

—Bueno, bueno, no te lo tomes así. Tendrías que ver a los payasos con los que me veo obligado a trabajar. La deformidad física en su caso supondría una mejora. —Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una botella de whisky medio llena, cuyo tapón desenroscó—. Pero volvamos a la cuestión de por qué estabas siguiéndome. Y ya puestos, ¿qué hacías metido en un garito de euroespías? De euroespías jubilados, además. —Bebió un trago—. Y que en su momento no pasaron de ser unos recaderos de tres al cuarto, y eso en el mejor de los casos.

—Tú eres espía, está claro.

—Si eres uno de esos frikis de James Bond que creen que se les va a pegar el glamour del Cero Cero Siete, conmigo te has equivocado de persona. —Se tiró un pedo y sacó otro cigarrillo—. Para tener clase hay que entrenar en serio.

—No enciendas esa cosa, por favor.

—Tú ya no vas a crecer más. ¿Qué más da?

—Estás en mi casa.

—Y un buen incendio no haría más que incrementar su valor. —Aun así, no encendió el cigarrillo, o por lo menos no todavía—. ¿Por

qué me estabas siguiendo?

—Te he oído hablar con el otro británico, el que se las da de haber estado en el ajo, pero nunca lo ha estado.

El gordo asintió con la cabeza.

—Estabais hablando de Putin, de lo del novichok. De cuando untaron una pasta tóxica en el pomo de una puerta y dejaron el frasco en un parque.

—Donde alguien la encontró —completó su interlocutor—. Y acabó muerto. ¿Y tú a qué te dedicas? ¿Eres reportero de uno de esos periódicos que regalan en el metro? Todo eso es historia antigua.

—Corre el rumor de que hubo una ejecución en represalia. De que vosotros, los británicos, os cargasteis a uno de los responsables. De eso hablabais.

—Si estás pensando en adquirir los derechos cinematográficos, vas por mal camino, porque ninguno de los presentes en la cueva del Viejo Miles tiene la menor idea de lo que pasó realmente. —Volvió a levantar la botella y dio otro trago—. Y Chester Smith menos que ninguno.

—Por eso precisamente no intenté seguirlo a él.

El chaleco reflectante había empezado a arder. Reece se levantó como pudo, fue hacia allí y lo pisoteó, levantando un jirón de humo negro que parecía un espíritu maligno. Junto a una de las paredes había una caja vacía de las que se usan para transportar el té. Agarró la lámpara que estaba encima y la dejó en el suelo. Luego se sentó sobre la caja y preguntó:

—¿Y tú cómo te llamas?

—Las preguntas las hago yo, retaco. Así que me seguías porque te ha parecido que sé de lo que hablo. Y por eso precisamente estabas

allí, ¿verdad? En busca de alguien como yo.

El cigarrillo entre sus dedos, todavía sin encender, daba la impresión de ser un arma mortífera. Reece se preguntó si no habría cometido un error, pero ya no había marcha atrás. Y ese gordo cabrón no iba de boquilla: era un profesional. Lo había seguido casi un kilómetro por el centro de Londres sin que se diera cuenta. Chester Smith no habría podido.

—Mi colega Andy solía ir a ese lugar —respondió—. El Viejo Miles organizaba muchas reuniones; una vez al mes o así. Las llamaba «cónclaves». Y Andy solía acercarse porque algunos de esos viejos que asistían le resultaban útiles como fuentes.

—¿Fuentes para qué?

—Estaba escribiendo un libro.

—¿Sobre qué?

—Sobre Putin. Tenía un montón de material. Había estado investigando a fondo, centrándose sobre todo en sus primeros años. Sabía exactamente qué clase de hombre es, de qué cosas es capaz. Y Chester Smith tenía razón: tratará de vengarse si alguien ha matado a uno de los asesinos que envió aquí. Pero Smith se equivoca en una cosa: no lo está planeando. Ya está pasando. La venganza está en marcha.

—¿De qué me estás hablando, pequeñín?

—Putin hizo que asesinaran a Andy. Lo mandó matar...

Al pronunciar esas palabras, no pudo evitar echarse a llorar.

El taxi que la llevaba a casa, y que compartía con Peter Judd —aunque no durante tanto rato como éste seguramente esperaba—,

quedó atrapado en una concentración de los chalecos amarillos. La gente, con letreros y pancartas, se había desbordado hacia la calzada, no se sabía si por accidente o a propósito, aunque de ser lo primero, la paradoja era evidente, en vista de los repetidos lemas que exhortaban a «recuperar el control de la nación». Cuando el conductor hizo sonar la bocina, los manifestantes le respondieron de inmediato, alzando los puños y soltándole palabrotas. Alguien aporreó el capó. El taxista revolucionó el motor y se apartaron de su camino, pero siguió mascullando imprecaciones un buen rato, hasta que Judd exclamó:

—¡Hay una señorita en su vehículo!

—No vaya a ser que me desmaye al oírlo, ¿eh? —dijo Diana—. Estás hecho todo un caballero.

—Una de las numerosas tragedias del feminismo es que las mujeres ya no están dispuestas a aceptar la galantería.

—Te agradecería que me ahorraras el listado completo. Tengo que estar en mi despacho a las siete.

Judd asintió. Señaló la luneta trasera y dijo:

—¿Tenéis gente ahí?

—¿Gente?

—Gente. Entre nuestros amigos concentrados ahí detrás.

—No estoy segura de que sean mis amigos —dijo Taverner—. Ya puestos, ni siquiera creo que sean amigos entre ellos. Yo lo dejaría en una simple coalición de rabiosos.

—Estás esquivando la pregunta, y eso ya es una respuesta, ¿no? —Judd frunció el ceño, lo que siempre era augurio de sesudas consideraciones—. ¿Estás segura de que esas concentraciones entran dentro de tus competencias?

—¿Me preguntas si el desorden en las calles supone una amenaza para la seguridad nacional? Déjame que lo piense... sí.

—Porque caes en el error, tan extendido, de pensar que estas buenas gentes son enemigas de la democracia. Cuando, en realidad, son los defensores de la nueva democracia. Una nueva democracia que, en última instancia, implicará la transferencia de poder a un espectro más amplio de representantes.

—Cómo has cambiado —indicó ella—. Pocos años atrás los habrías descrito como una panda de piojosos. Pero, claro, entonces tus ambiciones eran más convencionales.

—Las cosas cambian —dijo él sin alterarse—. Las circunstancias cambian. La forma tradicional de hacer las cosas ya no sirve. Las nuevas realidades del poder están evolucionando ante nuestros ojos, y esta gente forma parte de ese proceso. Digamos que el negro ya no está de moda, ahora triunfa el amarillo.

—Eso sería una estupenda ironía si tú fueras negro —apuntó Diana—. Aunque, bien pensado, quizá la ironía es lo que está de moda. Está por todas partes. —Lo miró a los ojos y agregó—: Antes teníamos a la extrema derecha por un lado y a la extrema izquierda por el otro. Ahora se dan la mano por detrás. Supongo que racistas y antisemitas siempre tendrán puntos en común, pero preferiría que no se pasaran el día desfilando y coreando consignas.

—Sólo son ciudadanos descontentos.

—Que desahogan su insatisfacción de la forma más típica: buscando a ciudadanos más débiles a los que intimidar. Por favor, no me digas que estás pensando en ponerte al frente de su movimiento, Peter. Porque entonces vamos a tener un serio disgusto.

—Cosa que no podemos permitirnos, ¿verdad? —La ausencia de luz en sus ojos desmentía el tono de voz que había adoptado—. Así que lo mejor es no pelearnos. Aunque me veo obligado a plantearte otra cuestión que también podría llevarnos a discrepar.

—Damien Cantor.

—Siempre te las arreglas para dejarme con la boca abierta. Sí, Damien Cantor.

—Quien, la verdad sea dicha, no me ha caído especialmente bien. Lo has notado, ¿verdad?

—Yo diría que hasta él mismo lo ha notado, y mira que no se le da muy bien eso de analizarse a sí mismo. Bueno, la verdad es que hay división de opiniones sobre el joven Damien. Unos piensan que es un idiota y otros que es un cabrón. Pero todos están de acuerdo en que es una figura que no se puede ignorar, porque se ha ganado el oído de la opinión pública. Y también los ojos. Y sin duda otras partes de su anatomía. Pero lo que de momento hay que tener en cuenta es su influencia mediática. Sé que no eres aficionada a mirar las cuentas, y lo entiendo: para eso estoy yo... pero no olvides que Cantor es uno de los principales contribuyentes a la causa y, como tal, quizá sea buena idea permitirle cierto nivel de acceso. Un pase entre bastidores, por así decirlo.

—¿Estás bromeando?

—Tú y yo sabíamos que estos nuevos acuerdos iban a exigir cierto grado de flexibilidad. Y esto forma parte de eso. Damien no tiene por qué caerte bien, pero debes aceptar que forma parte de un panorama más amplio. Y desde luego no estoy sugiriéndote que aparezcas en su programa de noticias. Estamos de acuerdo en que eso no nos interesa.

—Me alegra ver que te preocupas por mí, pero ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Soy Primera Mesa en Regent's Park, ¿de veras crees que voy a hacerme amiga de un buscavidas de internet sólo porque se puso el primero en la cola de donantes cuando pasaste el sombrero? Eso te corresponde manejarlo a ti, Peter. He aceptado venir al restaurante esta noche para estrechar unas cuantas manos y repartir alguna sonrisa que otra, pero no voy a bailar la danza del vientre para tus amiguitos. Si tanto quieres complacer a ese tipo, menea tú mismo el trasero. ¿He sido lo bastante clara?

Por lo visto no lo había sido, porque Judd replicó:

—Sólo te pido que le hagas creer que forma parte del equipo, que tiene acceso a lo que se cuece entre bastidores. Cantor no es un periodista de verdad, no tiene interés en investigar ni conseguir exclusivas. Lo que le interesa es estar cerca de los resortes del poder. Hazle creer que lo está, y verás cómo afloja aún más billetes la próxima vez que... eh... que yo vuelva a «pasar el sombrero», por usar tu expresión.

Diana le clavó los ojos, pero él fingió no darse cuenta; estaba mirando al frente, por encima del hombro del conductor, a las calles que iban desplegándose frente al coche, a los reflejos en los charcos y ventanas que convertían la noche londinense en un caleidoscopio, haciendo que los locales de comida rápida y las oficinas de radiotaxi centellearan como espejos. Pero esa expresión de inocencia le sentaba tan bien como una toca a una bailarina de *striptease*.

—¿Qué has hecho? —le preguntó ella.

—No sé de qué hablas.

—Esa frasecita la podrías usar como tono de llamada en tu teléfono, pero a mí no me engañas. Me estás diciendo que le haga la

rosca a Damien Cantor porque te conviene, porque algo has hecho mal. Porque has metido la pata de alguna manera. ¿De qué manera?

—Diana...

—No voy a preguntártelo dos veces.

—A fin de afianzar los apoyos adecuados para nuestro proyecto —respondió él—, y aquí estoy refiriéndome a personas que creen en lo que estamos tratando de hacer, a personas con el carácter apropiado, he tenido que... revelar algún que otro pequeño detalle sobre esto y aquello. Nada que pueda dejarnos en evidencia. No hay de qué preocuparse.

—Pues la expresión de tu cara no invita precisamente a la tranquilidad.

—No he divulgado nada que pueda hacernos daño, Diana. Me conoces y sabes que no haría nada parecido. Sólo he contado... algún chismorreo interno de nuestro negocio.

—Tú no formas parte del negocio, Peter. Ni como cliente siquiera. Como mucho, te dedicas a deambular por la tienda con la idea de mangar cuatro chocolatinas.

—No dejas pasar una sola metáfora. Ésa es otra cualidad tuya que me encanta. —Se volvió para mirarla de frente—. Como he dicho, Damien quizá no sea el compañero ideal para una cena. Pero es alguien a quien debemos tener en cuenta. Un *influencer*. De manera que sí, es posible que le haya permitido echar una miradita tras el telón. Un pequeño vistazo, podríamos decir. Para mantenerlo de nuestro lado, que es lo que nos interesa.

—¿Qué clase de vistazo?

—Le conté un par de cosas sobre ese grupo de deficientes que tenéis, los caballos lentos. Sobre el uso que les dais. Eso es todo. —

Hizo un mohín y sus labios de querubín temblaron ligeramente—. Le pareció gracioso. Igual que a ti. Por eso tú misma me lo contaste a mí tiempo atrás, ¿no?

—Pero no para que fueras diciéndolo por ahí.

—Todo va a ir sobre ruedas, no te preocupes —dijo él con suavidad. El taxi aminoró la velocidad cerca de la casa de Diana—. Recuérdame: ¿te dejo aquí? ¿O... eh... quieres que baje contigo?

—Tú te vas a casa con tu señora.

—Claro.

—Y estoy pensando seriamente en ponerle fin a nuestro «pequeño acuerdo» —agregó ella, haciendo hincapié en las últimas dos palabras mientras el coche se detenía. Abrió la portezuela y se bajó con elegancia.

Peter se despidió con un gesto tras la ventanilla.

—Tiene su gracia que sigas pensando que eres la que manda aquí —dijo mientras agitaba la mano. Pero el taxi ya se había puesto en marcha y era imposible que ella lo hubiera oído.

Al cabo de un rato Reece consiguió recuperar el control —que tampoco había perdido del todo, hay que decirlo—. Derramó algunas lágrimas, sí, pero eso a un adulto se le puede perdonar. Andy tenía veintiocho años cuando murió, los mismos que él. Perder a alguien a esa edad, sentirte perdido a esa edad... lo menos que se podía esperar eran unas cuantas lágrimas.

El gordo no se había movido del sillón, pero las luces de los coches que pasaban por la calle proyectaban su sombra en las paredes y daba la impresión de que estaba montado en un carrusel

demoníaco. Reece sintió el impulso de echar las cortinas, pero el efecto era casi hipnótico, y si se movía quizá el tipo se le echaría encima. Daba la sensación de que era muy capaz de hacerlo, a pesar de su voluminosa figura, del mismo modo que un dragón de Komodo puede lanzarse contra una cabra que pasa cerca.

—¿Quién es Andy? —preguntó el gordo finalmente.

—Mi pareja.

—Y está muerto.

—Lo mataron.

—¿Cómo?

—Dijeron que fue un paro cardíaco, pero...

—¿«Dijeron»? ¿Quiénes?

—Estaba en Moscú, y no padecía del corazón.

—Tu amigo murió de un paro cardíaco en Moscú, y tú crees que fue cosa de Vladímir Putin...

—Porque estaba escribiendo un libro.

—¿Andy era uno de los tuyos?

—¿Qué quieres decir?

—Dios mío, por una vez que intento ser fino al hablar... A ver, ¿cuál es la palabra políticamente correcta para referirse a un enanito?

—Tengo acondroplasia. Es un trastorno genético. —Se sentía invadido por una rabia que le resultaba familiar—. ¿Quieres que te lo deletree?

—No, joder. O nos van a dar las tantas de la noche. —La botella destelló al levantarla. Bebió un largo trago y preguntó—: ¿Así que los dos erais igualitos?

—Su enfermedad era más rara que la mía, pero el resultado era el mismo. Era una persona con un trastorno del crecimiento, sí.

—Pues más le habría valido mantener la cabeza gacha, ¿no?

—Para ti todo esto es un chiste, ¿verdad?

—Por el momento, sí —replicó el gordo—. ¿Qué era lo que estaba haciendo en Moscú? ¿Investigar?

—Sí. Y... bueno, él antes vivía allí. Sus padres siguen viviendo allí.

—Así que era ruso.

—Sí. Se llamaba Andréi.

—Un ciudadano ruso que murió en Rusia. ¿Tú estabas allí?

—No.

—¿Llegaste a ver el certificado de defunción?

—No, pero...

—¿La policía investigó el caso?

—No.

—¿Sus padres montaron un follón?

—No, ellos creen que...

—Y el cadáver ¿dónde está?

—Lo incineraron.

—¿Estuviste presente?

—No.

—Y bien, para resumir: en la otra punta del mundo pasó algo que no llegaste a ver y de lo que nadie sospecha. ¿Qué crees que deberíamos hacer? ¿Organizar una maratón benéfica para llamar la atención sobre el tema?

—Putin hizo que lo asesinaran.

—¿Y qué? Todos sabemos que ese tipo tiene sangre en las manos. Mejor dicho, hasta los codos. Pero lo que piense el resto del mundo

a él le importa una mierda, y lo que pasa dentro de Rusia es como si ocurriera detrás de una puerta cerrada. Además... —Dio otro trago —. Me doy cuenta de que la pérdida de tu amigo debe de haber dejado un pequeño huequecito en tu vida, pero el hecho de morir en Rusia no siempre supone un asesinato por orden del presidente. Y si fueras cardiólogo, me extrañaría que vivieras en un puto agujero como éste. Yo pensaba que los de tu cuerda erais muy limpitos y os gustaba tenerlo todo como los chorros del oro.

—Ya veo por dónde vas: supones que todos los gays somos fanáticos del orden y la higiene.

—Estaba refiriéndome a los enanos, para ser sincero. ¿O igual son los gnomos los que son tan apañados? Con vosotros me hago un lío.

—Ahora sólo intentas ofenderme.

—Algo de eso hay, sí. Y no estaría de más que te mostraras mínimamente amable. He tenido un día muy largo. —Contempló la botella en su mano—. ¿Te apetece beber algo?

—Sí, gracias.

—Pues ponme otra a mí también, de paso. Esto que tengo aquí es material del bueno. Mejor me lo guardo para después.

Se metió la botella en el bolsillo.

Reece repasó mentalmente lo que acababa de oír y luego volvió a repasarlo para estar seguro. Se acordaba bien de lo que había en la nevera, y no tenía más que cervezas: unas botellas de Beck's. Se levantó de la caja de madera, fue a la cocina y volvió con una en cada mano.

—¿Esto es lo mejor que puedes ofrecerme? Joder, tío. —Aun así destapó su cerveza y tiró la chapa abrefácil a un rincón.

—Andy había estado investigando a fondo —explicó Reece—. Y tenía un contacto en el GRU. Es la...

—Mira, vamos a dar por hecho que sé bien lo que es el GRU.

—Pues ese contacto le contó que tienen una unidad especial, un departamento de ejecuciones.

Volvió a sentarse en la caja y abrió su propia botella.

El gordo dijo:

—Si ésa era la gran noticia que Andy había descubierto, ¿cuál era su idea de una exclusiva mundial? ¿La carga de la Brigada Ligera?

—Operan en grupos de dos personas que fingen ser un matrimonio. Y a una de esas personas la mataron no hace mucho, en territorio ruso, en la ciudad de Kazán, en venganza por aquellos atentados con novichok.

—Es un rumor que corre, sí. Y veo que ha llegado hasta Brewer Street, y más puntualmente al garito del Viejo Miles... —Se llevó la botella de cerveza a los labios y se tomó de un trago la mitad de su contenido—. Pero no me vas a decir que asesinaron a alguien por un mero rumor.

Sin embargo, Reece no había acabado:

—Su contacto también le dijo a Andréi que Rasnokov le había declarado la guerra al servicio secreto británico por orden de Putin. Que se habían enterado de que aquí, en el Reino Unido, había una unidad parecida, asignada a las ejecuciones, y que planean cargarse a sus miembros uno a uno en suelo británico. Andy estaba escribiendo sobre eso.

—En su libro —dijo el gordo sin mostrar ninguna emoción.

—Tenía pensado venderle la información a un periódico.

—Pero no le dio tiempo porque, al parecer, murió de un paro cardíaco.

—Andy no tenía problemas de corazón.

—Nadie los tiene. Hasta que los tiene. —En un dos por tres se había acabado la cerveza. Lanzó el casco vacío al mismo sitio donde había tirado el tapón y soltó un eructo estruendoso—. ¿Y Andy te contó todo esto poco antes de morir?

—El día anterior. Hace diez días. Estuvimos hablando por teléfono.

—Hay mucha gente que escribe libros —dijo el gordo—. O que vende reportajes a la prensa. Y no todos acaban siendo asesinados. Aunque igual no sería mala idea, hablando con franqueza.

—Andy se tropezó con algo muy grande y de pronto murió. ¿Tú crees que fue una coincidencia?

—Es cuestión de perspectiva. Si Andy era de tu tamaño, todo aquello con lo que se tropezara sin duda le parecería enorme. ¿Hay más cervezas?

—No.

—Mejor. Porque ese mejunje era una puta abominación. —Se levantó de forma tan repentina que Reece pensó que iba a lanzarse contra él. El cigarrillo le colgaba de la boca—. Mira, la gente se muere. Mejor que te vayas haciendo a la idea. Pero si prefieres dejarte llevar por la paranoia, eso es cosa tuya. Un consejo, en todo caso: ándate con cuidado a la hora de mencionar nombres como el de Rasnokov y no vayas contando tus fantasías por ahí o acabarás siendo un incordio. Y eres lo bastante pequeño como para que te aplasten. A estas alturas tendrías que saberlo.

—Vete a la mierda —le espetó Reece.

—Hombre, ahora sí que me dejas hecho polvo. Pensaba que me dirías que «siguiera el camino de baldosas amarillas».

Y dicho esto, se marchó.

Reece se acercó a la ventana y lo vio alejarse calle abajo dejando un rastro de humo a su paso. El chaleco reflectante había quedado tirado en el suelo: el gordo ya no lo necesitaba para camuflarse. Se preguntó dónde lo habría robado en el breve trayecto desde la cueva del Viejo Miles. Se preguntó también si habría dejado tirado en el suelo al dueño del chaleco amarillo. Daba igual. Andréi habría pensado que valía la pena investigar esa posibilidad, pero él era escritor, y mira de qué le había servido.

Aunque era posible que el gordo cabrón estuviera en lo cierto. La gente se moría, y tal vez la muerte había sido tan sólo lo último que le había ocurrido a Andy en su corta —en todos los sentidos— existencia.

Presa de un súbito arrebato de ira, arreó una patada al montón de libros más cercano. Las anotaciones insertadas entre las páginas salieron volando por los aires, acompañadas de los garabatos de Andréi: unas pistas inútiles, pues él era incapaz de descifrar la mitad de lo escrito en aquella letra de renacuajo, y lo demás estaba en ruso. Pero no importaba. Nada de cuanto pudiera hacer iba a devolverle a Andy, y su intento de abordar a un espía de verdad en el garito predilecto de Andy tan sólo le había valido una retahíla de insultos y una nube de humo apestoso en la sala de estar de su piso. No había más que cabrones en el mundo, y eso incluía a Andy y, probablemente, a él también.

Al cabo de un rato recogió los libros y volvió a ponerlos en un montón. Las anotaciones ya no iban a poder encontrar el camino de

vuelta a las páginas correspondientes, por lo que se limitó a agruparlas y a meterlas en el volumen que estaba en lo alto de la pila. Quizá esa noche había puesto algo en marcha, algo de lo que nunca llegaría a enterarse. Pero lo más probable era que no hubiera pasado de proporcionar media hora de entretenimiento a un espía gordinflón.

Dejó las botellas vacías en la caja para el reciclaje y el destrozado chaleco amarillo en el cubo de la basura.

Y se metió en la cama.

4

La cocina de la Casa de la Ciénaga era de finales de los setenta, aunque desde entonces se había hecho alguna que otra reforma, como la adición de un calendario del año 2010 que alguien había clavado en la pared. El calendario ya no estaba allí, pero el clavo que lo mantenía sujeto en su momento seguía en su sitio, y ahora sostenía un trapo de cocina que, hasta hacía bien poco, colgaba del único pomo de la cajonera que no se soltaba al tirar de él. Ese nuevo emplazamiento a veces facilitaba que el trapo se secara casi por entero, sobre todo ahora que no se usaba demasiado, de modo que era capaz de absorber gran parte de la humedad ambiental.

La otra ventaja de aquella cocina era que su tamaño casi permitía que dos personas estuvieran en ella a la vez sin que estallaran discusiones, siempre y cuando ninguna de ellas fuese Roderick Ho.

Un Roderick Ho que, justo en ese momento, estaba olisqueando la comida de Wicinski.

—¿Y esto qué se supone que es?

—Una focaccia.

—Tiene cosas encima.

—Como se supone que tiene que ser. No me digas que nunca has visto una focaccia. Si no paras de comer pizzas.

—Las pizzas son redondas.

—Sabes que la redondez no es una categoría de alimentos, ¿no? —La focaccia que Lech Wicinski había hecho la víspera descansaba en papel de aluminio sobre la maltrecha encimera de la cocina—. Prueba un poco. No te va a matar.

—No quiero que se me peguen migas a la camisa.

Lech contempló la prenda en cuestión: un trapo verdoso con estampado de paramecios, que Ho llevaba abotonado hasta el cuello.

—Unas cuantas migas igual mejoran el conjunto.

Louisa entró en la cocina con un tazón vacío en la mano. Miró a Ho, luego a Lech, luego al trozo de focaccia y a Lech otra vez.

—¿Esto lo has hecho tú?

—Sí.

—A ver, ¿con harina y esas cosas?

—Con harina, sí. Y también con esas cosas.

Louisa asintió, aunque no de una manera que indicara que lo había entendido del todo.

—¿Y qué pasó luego? ¿Se te cayó al suelo y quedó aplanado?

—Por Dios, pero ¿esto qué es? Hice un poco de focaccia y no me la acabé, así que he traído el resto. ¿Dónde está el problema?

—Es que esto por aquí no se ve mucho.

—¿El qué? ¿Hornear cosas o traerlas?

—Ambas cosas —indicó Louisa. Vació el hervidor en el fregadero y lo llenó con agua otra vez, un proceso que Ho contempló con cierto asombro—. Agua fresca —explicó ella—. Para hacerme un café, ¿sabes? —Se volvió hacia Lech y añadió—: Si estás pensando en montar un concurso de repostería aquí, que sepas que la cosa puede acabar fatal.

—Si se me ocurre montar un concurso de ese tipo —repuso Lech—, será para decidir a cuál de vosotros meto en el horno.

—Pero ¿qué sentido tiene hornear pan? —quiso saber Ho—. En las tiendas hay de sobra. Parece mentira que tenga que explicarlo.

—Me duele decirlo —apuntó Louisa—, pero el de la camisa rara tiene razón.

—Así que tú tampoco cocinas en casa.

—¿Yo? Apenas soy capaz de descongelar algo como es debido.

—¿Y mi camisa qué tiene de rara? —preguntó Ho.

—Parece que una rana te haya vomitado encima.

—Es un diseño italiano.

—Lo mismo que mi focaccia, mira tú por dónde —dijo Lech—. Aunque en este caso la ha preparado un polaco del East End.

Catherine acababa de aparecer en el umbral.

—¿Qué estáis haciendo todos aquí?

—¿Ahora eres la delegada de curso o qué? —preguntó Louisa—. A lo mejor hemos viajado en el tiempo y estamos otra vez en el colegio.

—Ojalá tuviéramos esa suerte.

—Como puedes ver, en el hervidor está calentándose agua, eso debería darte una pista.

—No estoy tan interesada en saber qué estáis haciendo como en por qué no estáis arriba. Hay una reunión de equipo, ¿os acordáis? A las nueve en punto.

—Pensaba que Lamb aún no había llegado.

—Y no lo ha hecho —dijo Catherine—. Pero ¿acaso crees que eso le impedirá exigir que todo el mundo sea puntual? Esa focaccia tiene buena pinta, por cierto.

—Gracias —dijo Lech.

—Pero ahora vas a ser la comidilla de todos, supongo que te das cuenta.

Louisa se sirvió el café mientras Ho hacía lo posible por leer la etiqueta en el cuello de su camisa sin desabrochar botón alguno. Lech volvió a envolver la focaccia, con una expresión que denotaba su arrepentimiento por diversas decisiones existenciales, empezando por haber traído la focaccia a la Ciénaga y, posiblemente, hasta por no haberse quedado en Australia cuando estuvo allí de vacaciones en el noventa y seis.

—No lo decía en serio, Lech —dijo Louisa—. Lo de que esto parecía un colegio, quiero decir.

Lech puso los ojos en blanco, pero Louisa ya estaba subiendo las escaleras, por lo que no alcanzó a verlo.

En el piso de arriba, Shirley ya estaba en su sitio. En el despacho de Jackson Lamb no había sillas para las visitas, o al menos ninguna que a él le gustara que ocupasen. La que en teoría estaba reservada para ello albergaba una pirámide de recipientes de comida asiática con restos de todo tipo de salsas. Pero había un espacio en concreto más codiciado que ningún otro, porque se suponía que quedaba fuera del campo visual de Lamb. Los más recelosos sabían que nada quedaba fuera del campo visual de Lamb, y sospechaban que se trataba de otra puta jugarreta mental de largo recorrido, pero ella estaba dispuesta a apostar fuerte y se había situado a la izquierda de la puerta, junto al tablero de corcho con recortes y papelitos que

alguien, presumiblemente el propio Lamb, y presumiblemente por alguna razón, había clavado allí siglos atrás.

Shirley no dijo nada cuando Louisa, Lech y Roddy entraron en fila india; quizá se había quedado dormida, allí, de pie. River llegó el último y tampoco dijo nada, aunque, para él, el sueño era un desconocido o un enemigo personal.

Louisa intentó cruzar miradas con él, pero River la rehuyó. No era nada raro, aunque ese día River parecía cargado de energía, lo que sí resultaba inusual. La Casa de la Ciénaga no recargaba tus pilas; más bien te chupaba la energía. Era como si sus paredes albergaran fuerzas telúricas negativas, como si la Ciénaga se ubicara en ciertas coordenadas especiales en las que se cruzaban campos de no fuerza que absorbían el ánimo de cualquiera que se encontraran allí. Fuera lo que fuese lo que electrizaba a River de ese modo, no era la perspectiva de pasar el día en el trabajo.

Una puerta se cerró de golpe; no la del patio interior que daba acceso al edificio, sino la del retrete situado en el piso de abajo. Eso significaba que Lamb había flotado varios tramos de escaleras arriba sin mover una telaraña a su paso, como un tapir jugando a la rayuela.

De pronto, un intenso olor a tabaco rancio irrumpió en el despacho, y los caballos lentos se hicieron a un lado para dejar espacio al hedor, primero, y después a Lamb, quien al pasar entre ellos iba negando con la cabeza con incredulidad.

—¡Menudo agujero mugriento! —exclamó.

Louisa miró las paredes llenas de manchas de humedad, la moqueta pringosa y raída, el grabado de un puente de algún otro país que parecía invitarte a tirarte de él...

—¿Ahora te das cuenta? —preguntó.

—Me refiero a esa letrina —precisó Lamb—. Hay que tirar tres o cuatro veces de la cadena para que el agua se lo lleve todo. —Se dejó caer en su butaca, que algún día iba a responder desintegrándose en cien fragmentos—. Siento haberos hecho esperar. Me he pasado casi toda la noche consolando a un enano gay estadounidense.

Todos se lo quedaron mirando.

—¿Qué pasa? ¿Es que uno no puede tener vida social?

—Lo que pasa es que tú raras veces te disculpas —recordó Catherine.

—Ya, pero tampoco me equivoco con frecuencia, ¿no? —Le tiró algo a Shirley, que cometió el error de atraparlo sin pensar. Era un pañuelo de papel inusualmente pesado que amenazaba con descomponerse de un momento a otro—. Líbranos de eso, ¿quieres?

—Pero... tú estás más cerca de la papelera.

—A ver. No quiero tener esa cosa en las narices, así que, ¿cómo voy a querer tenerla en la papelera? —Recorrió con la mirada a todo el equipo reunido en su oficina—. Hoy me falla un poco la memoria, así que hacedme un favor y recordádmelo: ¿qué coño hacéis aquí?

Shirley salió al rellano reprimiendo una arcada mientras todos los presentes descartaban mentalmente la teoría del punto ciego.

—Puesta al día —indicó Catherine.

—Ah, sí. Puesta al día. Siempre es un placer compartir estos momentos con vosotros. Así no tengo que ponerme a leer las necrológicas del periódico para echar unas risas. Muy bien, es hora de ponernos al día... —Se llevó las manos a la barriga y sonrió con

benevolencia—. Os recuerdo que éste es un espacio seguro: nadie va a deciros lo tarados que estáis. ¿Quién empieza?

Louisa dio un paso al frente:

—Alguien estuvo siguiéndome ayer, a última hora de la tarde.

—Felicidades. ¿Te lo tiraste en su coche o te lo llevaste a casa?

—Se me pegó en Central Line y estuvo siguiéndome hasta Oxford Street. Lo desenmascaré en una tienda de artículos deportivos. Y cuando se dio cuenta se largó.

Lamb volvió a mirar a los presentes.

—¿Lo veis? Esto es lo que pasa cuando vas dejando tus datos de contacto en las paredes de los baños públicos.

—Ese tipo era de Regent's Park.

—Ah, entonces todo queda en familia, ¿no? ¿Y esto último lo sabemos porque...?

—Porque recibió el mismo SMS que nos enviaron a todos a las 6.59 de la tarde. Uno de esos mensajes de Recursos Humanos para comprobar que el sistema de alertas sigue funcionando.

«Está recibiendo este mensaje de texto para certificar que sus datos de contacto están actualizados. Presione en el enlace para confirmar recepción.»

Lamb entrecerró los ojos.

—Creía que nos habían hecho desaparecer de los registros del servicio. Esto estropea la magia, ¿no?

—Los datos de contacto siguen en los sistemas internos —terció Ho.

—Sí, oí a unos que hablaban de algo por el estilo, aunque no voy a fingir que lo entendiera en su momento.

—Esto ya lo hemos hablado antes —intervino Lech—. Lo que han borrado son nuestros expedientes personales: nombres, fotos, historial en activo, participación en operaciones, todo eso. La información confidencial, que es anónima, sigue en los registros: nuestro número de empleado, datos bancarios y demás. Si no fuera así, no estaríamos cobrando, para no ir más lejos.

Lamb fingió que se sentía afligido.

—Pero ¿vosotros cobráis un sueldo? Yo creía que el propósito de todo esto era desmoralizaros al máximo.

—No nos pagan mucho, la verdad.

—Menos mal. Si os pagaran lo que valéis, les deberíais dinero. —Se volvió hacia Ho—. Esto es nuevo, ¿no? Me refiero a la camisa con paramecios.

—¿Cómo? —preguntó Roddy—. Es una camisa de cachemir con estampado paisley.

—Lo que tú digas. —Fingió reflexionar—. «Para necios»; sí, tiene sentido. —Se arrellanó en el asiento y puso los pies en el escritorio. De un modo u otro, se las había arreglado para quitarse los zapatos —. Entonces, ¿a todos os llegó ese mensaje?

—A ti también —dijo Catherine.

—¿En serio? —Se palpó los bolsillos, pasando de uno a otro con histrionismo hasta encontrar el móvil en el primero que había revisado. Todos esperaron a que lo encendiese—. Sorpresas te da la vida; al final va a resultar que no soy mejor que vosotros. —Dejó caer el teléfono sobre la mesa y prosiguió—: A ver si me aclaro: una pequeña yegua lenta fue a comprar al mercado y resulta que un aprendiz de espía andaba siguiéndole los pasos.

—¿Qué te hace pensar que era un aprendiz?

—Al final lo descubriste, ¿no? A ver, los demás. —Señaló a Shirley, que había vuelto en silencio y estaba haciendo visibles esfuerzos por disociarse de sus propias manos—. ¿Tú qué hiciste anoche? No, déjame adivinarlo... Estuviste moviendo el esqueleto en la pista de baile hasta altas horas de la madrugada. ¿Alguien te estaba vigilando?

—Cuando estoy en un club nocturno siempre hay gente que me mira.

—Claro, porque tienen miedo de que les robes las copas. —Hizo una pausa—. No, un momento... la borracha eres tú —le dijo a Catherine—. Con vosotras siempre me confundo. ¿Habéis pensado en llevar chapas con el nombre?

—¿Para hacerte la vida más fácil? Olvídalo —replicó Catherine—. Y no, a mí nadie estuvo siguiéndome anoche.

—¿Estás segura?

—Acabo de decírtelo.

—Ah, las ventajas de la sobriedad... Debe de ser estupendo eso de recordarlo todo, segundo a segundo. —Volvió a mirar a Louisa—. Y ojo, que esta señora aquí presente habría podido darte lecciones en su juventud. Tenía debilidad por los marineros, si mal no recuerdo. Pero de verdad, ¿eh? De haber tenido ocasión, se habría tirado a toda la oficialidad del *Titanic*.

Sacó un cigarrillo de la nada y un mechero del mismo sitio, y encendió el uno con el otro. Luego se quedó contemplando el mechero un momento antes de tirarlo hacia atrás por encima de su hombro y señalar a Lech Wicinski.

—¿Estás pensando en tapar la obra de arte que tienes en las mejillas con esos pelillos púbicos? ¿O es que tu maquinilla eléctrica,

tu *Elektrorasierer*, está *kaputt*? Sin ánimo de ofender, ¿eh?, lo pregunto sólo por curiosidad.

—Soy polaco, no alemán —respondió Lech.

—Bueno, no será porque los alemanes no lo intentaran en su día. Por cierto, ¿esa focaccia la hiciste tú?

—Sí.

—Pues hay que ponerle más ajo. —Soltó un eructo—. En fin, ¿algún fantasma te estuvo siguiendo anoche? ¿O estabas demasiado ocupado tocándote la zambomba como para darte cuenta?

—No estoy seguro —dijo Lech—. Es posible que hubiera alguien.

—«Es posible que hubiera alguien...» Eso abre un enorme abanico de posibilidades. ¿Te importaría ser un poco más preciso?

—Puede que hubiera alguien en el autobús, al volver a casa. —Se encogió de hombros—. Igual no era nada, pero me bajé en la parada anterior, por si acaso.

—Seguro que eso les dio un buen susto. ¿Alguno se rindió con las manos en alto?

—Nadie se bajó en esa parada.

—Porque estaban demasiado asustados, seguro. ¿Y tú?, ¿tienes algo que contar?

Esto último iba dirigido a River Cartwright.

—Nada que reseñar —respondió River.

—¿Anoche no llegaste a oír pasitos fantasmales a tus espaldas?

—Tendrían que haber ido muy rápido. Estuve conduciendo.

—Ah, claro, ahora tienes coche. Fundiéndonos la herencia, ¿eh? ¿Qué coche te has comprado? No, déjame adivinar... un Aston Martini, seguro.

—Algo así —dijo River.

—¿Y adónde fuimos con el bólido?

—A ningún sitio en particular. Salí a rodarlo un poco, y ya.

Lamb se lo quedó mirando, pero no dijo nada más.

El humo de su pitillo era más denso de lo normal, casi parecía el de un colchón en llamas. Los ojos empezaban a lagrimear, las gargantas a picar.

—A mí todavía no me has preguntado —intervino Roddy.

Lamb suspiró.

—Muy cierto, mi querido Donkey Kong. ¿Alguien ha estado siguiéndote últimamente?

—No.

—Pues vaya intercambio provechoso.

Con el cigarrillo en la boca, Lamb metió ambas manos en la cintura del pantalón para reajustarse los calzoncillos. Cumplida la misión, se quitó el cigarrillo y echó la ceniza en la taza más cercana. Pero el cigarrillo se deshizo por completo. Contempló el estropicio con amargura antes de dejar caer el filtro en la taza.

—Y que quede claro asimismo que, o todos los demás estáis demasiado alelados para daros cuenta de que Regent's Park nos vigila, o sólo están vigilando a la mujer de vida alegre que tenemos en nuestras filas. Aunque también es posible que ésta se lo haya imaginado porque le aterroriza la posibilidad de acabar sus días soltera y sin pareja.

—También puede haber sido una coincidencia, por raro que parezca —apuntó Catherine.

—Ah, gracias. Siempre podemos contar contigo para que hagas de avutarda del diablo.

—Abonada —dijo ella automáticamente, y se corrigió de inmediato —: Abogada. Maldita sea, estoy empezando a hablar como tú.

—Ese tipo se largó por piernas en cuanto vio que lo había descubierto —puntualizó Louisa—. Ni me lo imaginé ni fue una coincidencia.

Lamb bajó los pies al suelo, y lo hizo con tanto cuidado que sólo derribó unas pocas cosas del escritorio.

—No. Porque de haberlo sido estaríamos hablando de dos coincidencias, en vista de que alguien ha estado machacando nuestros expedientes en la base de datos del servicio. —Volvió a mirar a Wicinski—. Lo de «machacando» va sin segundas, ¿eh? Aquí no me refiero a tu afición predilecta.

Lech no replicó, pero el mensaje de su mirada, su postura y su cuello enrojecido no podían ser más explícitos: «Que te jodan, Lamb.»

—¿Has hablado de esto con Regent's Park? —terció Catherine.

—¿De nuestro estatus de refugiados? No. Prefiero saber qué es lo que Taverner se trae entre manos antes de preguntarle, y todavía no he averiguado de qué se trata. Estoy demasiado ocupado. Algunos de nosotros tenemos una vida fuera del trabajo, ¿sabéis?

—Consolando a unos enanos gays estadounidenses —soltó Shirley.

—Me alegra ver que hay alguien que presta atención a lo que digo.

—Eso has dicho, ¿no?

—Era sólo un enano —matizó Lamb—. Su amigo está muerto. —Sin solución de continuidad, se tiró un pedo rápido y funcional—. ¿Alguna cosa más? Por Dios, qué caras. Ni que fuerais el coro en el

funeral de un sin techo. Inspiráis tanta confianza como una autopista española.

—Nada como una arenga para insuflar ánimos a la tropa —observó Catherine.

—Yo tengo algo —dijo Ho.

Lamb lo fulminó con la mirada.

—¿Ladillas, quieres decir? Eso explicaría que andes tan nerviosillo.

—Sé cuándo eliminaron nuestros expedientes.

—¡Joder, lo nunca visto! ¡Información de verdad! —Lamb volvió a arrellanarse en el asiento—. Venga, desembucha. Sorpréndenos a todos.

—En la primera semana de enero; el día cinco, para ser precisos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó River—. Si los expedientes ya no están, no veo manera de saber cuándo los borraron.

Ho adoptó el aire de superioridad con que los gatos miran a los meros mortales.

—Comprobé cuándo se actualizó la base de datos del personal, dejando al margen las copias de seguridad rutinarias. Y luego comprobé en qué momento se hizo una actualización sin añadir nada nuevo.

—¿Y cómo deduces que...?

—Porque la información disminuye.

—Lo que significa que estuvieron borrando algo —dijo Louisa.

—Pues claro. —Ho entrelazó los dedos con suficiencia—. Además, la actividad del administrador queda registrada. Pero hay que saber dónde buscar.

—Y por eso te tenemos aquí —dijo Lamb—. Ya sabía yo que tenía que haber una razón, más allá de mi proverbial generosidad. —Con

una amplia sonrisa en el rostro, fue mirando a los demás, uno por uno—. ¿Os dais cuenta? Eso de ser un mequetrefe sin escrúpulos a la larga tiene sus recompensas. Muy bien, Austin Powers; como premio, puedes conservar la camisa. Iba a obligarte a comértela.

—¿Y de qué nos sirve saber la fecha? —preguntó Shirley.

—Por difícil que te resulte hacerte a la idea —contestó Lamb—, saber cosas es mejor que no saberlas. Para que lo entiendas, la diferencia es como llevar un gramo de cocaína en el bolsillo o no llevarlo. Espero que así lo pilles.

Shirley se las arregló para no ponerse a revolver en sus bolsillos, pero le faltó poco.

—Bueno, bueno... —dijo Lamb—. Ya he tenido bastante por hoy. Venga, a mover el culo y a trabajar. Y no olvidéis que todos estamos en la misma alcantarilla, aunque algunos estáis dando vueltas alrededor del desagüe.

—Gracias.

—Podría ser peor. Podríais formar parte de una unidad de élite que se dedica a ejecutar a personas por todo el mundo. Entonces sí que tendríais un problema.

Nadie se atrevió a preguntar a qué se refería. Salieron en tropel.

De camino a sus despachos, Shirley le preguntó a Louisa:

—¿Te has metido en algún lío últimamente?

—¿Yo? —dijo ella—. No.

—Entonces, ¿por qué en Regent's Park les ha dado por seguirte?

—No necesitan una razón —respondió Louisa—. Somos caballos lentos. Con nosotros pueden hacer lo que quieran.

Louisa esperó hasta después de la pausa del bocadillo para ir al despacho de River Cartwright, que no pareció sorprenderse al verla aparecer. Tenía encendido el ordenador, cuya pantalla se reflejaba en el cristal de la ventana a sus espaldas: columnas con números, probablemente sacadas de un registro electoral. Gran parte de su trabajo consistía en rascar bajo la superficie de las vidas de sus conciudadanos en busca de irregularidades que nunca llegaban a aflorar, porque no existían. Pero no tenía las manos ocupadas con el teclado o el ratón. Sostenía algo que dejó caer en el cajón en cuanto ella entró.

—Hola —la saludó.

—¿Estás bien?

—De maravilla.

Ella se sentó en una esquina del escritorio, arqueó una ceja y preguntó:

—¿Al final te has comprado un Aston Martini?

—No: un Renault Crisis.

—Conociéndote, lo veo mucho más probable. —Se inclinó hacia delante y él cerró el cajón de golpe—. ¿Eso que tienes ahí metido es lo que yo creo que es?

—No es nada. Háblame del tío que te estaba siguiendo.

—Sólo era un tío que me estaba siguiendo —dijo ella—. Eso de ahí es un pasador de pelo, ¿verdad?

—¿Un pasador?

—Déjalo —repuso ella—. Pero los dos sabemos de qué estamos hablando.

—Sólo estaba poniendo un poco de orden en el cajón, eso es todo —aseguró él.

—Claro, porque cuando llega la primavera siempre te da por hacer limpieza a fondo. Te he visto hacerlo mil veces. Ese pasador era de Sid, ¿me equivoco?

—¿Y yo por qué iba a tener...?

—Porque lo encontraste en su escritorio después de que la... después de lo que pasó. Venga, River, estás hablando conmigo. ¿Qué sucede? ¿Por qué te ha dado por pensar en Sid?

Él puso el gesto obstinado de siempre.

—Porque cuando te hicieron esa llamada creíste que era ella, ¿no? Pero podía haber sido cualquiera. Alguien que se equivocó de número, un cruce de líneas. Quienquiera que fuese no dijo nada, ¿verdad? No puedes reconocer a alguien por un silencio al otro lado del teléfono —dijo ella.

River se quedó callado, curiosamente, con un silencio típico de él.

Se había echado hacia atrás en la silla, que ahora se sostenía sobre las dos patas traseras, y la miraba con el ceño fruncido.

Ella desvió la mirada hacia el otro escritorio de ese despacho, ahora vacío. Su antiguo ocupante ya no era más que una mancha difusa en la ladera de una colina lejana. Igual que Emma Flyte, que nunca había llegado a ser un caballo lento y que, francamente, era mejor que cualquiera de ellos. Esas muertes eran más recientes que la de Sidonie Baker, pero, como ella sabía muy bien, las heridas recientes hacen que las viejas cicatrices vuelvan a picar. No hacía falta ser un genio para deducir por qué River había estado toqueteando el pasador de Sid: ese pasador era el único rastro de la presencia de Sid que el personal enviado por Regent's Park había dejado en la Ciénaga.

—Sé que no soy psicóloga, River, pero...

—Está viva.

—Eso quieres creer, y yo también. Pero hasta que no aparezca en carne y hueso...

—Hablo en serio, Louisa. —Dejó que la silla volviera a descansar sobre sus cuatro patas y puso las palmas sobre el escritorio—. Ha aparecido en carne y hueso: Sid está viva.

Ella lo miró fijamente. No tardó en darse cuenta de que iba en serio.

—Pero... ¡por Dios, River! ¿De verdad?

Él alzó la vista al techo y negó con la cabeza.

—Vamos a otro sitio.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta agarrando de paso su abrigo, colgado de un gancho.

Louisa lo siguió un segundo después sin que le importara la posibilidad de que Lamb pudiera oírlos ni la certeza de que salir de la Ciénaga sin su permiso era un crimen sancionado con la pena capital.

Un minuto más tarde estaban en el patio. Y algo después, en el pub situado calle arriba.

Ahora tenía el cabello diferente. Tal vez por efecto de la muerte. Seguía siendo más o menos rojizo, pero lo llevaba corto, casi al estilo punk. Una franja blanca en la sien izquierda y el surco que la bala había dejado al pasar le daban el aspecto de haber sido esculpida de un modo imperfecto.

Las pecas de su rostro se habían desvanecido y su piel parecía más blanca, aunque eso podía deberse a la ausencia de luz. También

estaba más delgada, hasta el punto de que su torso parecía perderse bajo los pliegues de una sudadera con capucha y con el emblema de una universidad estadounidense.

Antes era toda líneas limpias y aire fresco; ahora hacía pensar en ropa tendida en una cuerda. Pero tenía los ojos de Sid y la boca de Sid, por lo que seguía siendo Sid. Había regresado del limbo de los espías y estaba sentada en casa del Viejo Cabrón, en plena campiña. ¿Cómo era posible?

¿Y qué dijo River al verla?

Lo que dijo fue:

—Jesús... ¿Sid?

Dos resurrecciones en una sola frase.

Ella lo observó mientras él cerraba la puerta a sus espaldas como si fuera imprescindible que ese encuentro tuviera lugar en un espacio cerrado, aislado del vacío exterior. Tenían que estar a solas en esa estancia que aún le resultaba familiar, que no había cambiado hasta un instante antes y ahora se transformaba de pronto.

—Hola, River —dijo. Su voz era la misma de siempre, quizá un poquito más frágil. Había algo meditado en su forma de hablar, como si fuera una actriz y estuviera colando una morcilla porque no se sentía segura con su parlamento—. Te he oído llegar. Sabía que eras tú.

Estaba sentada en el sillón del Viejo Cabrón, pensó él. Si entrecerraba los ojos, casi podía ver las zonas pulidas de los reposabrazos, los hundimientos en el tapizado, la desvaída silueta de su abuelo. Su propia butaca, en la que tantas veces se había sentado a escuchar las historias que el viejo rememoraba, no había llegado a amoldarse a su cuerpo de esa manera. Los asientos

preferidos eran como una premonición del futuro: la forma que acababan adoptando dependía de lo que uno aportara, de su propio compromiso. Él llevaba tiempo sin sentarse en esa butaca, y ya no era necesario hacerlo: su abuelo había fallecido.

Cruzó el despacho y se acuclilló junto a ella.

—¿Sid? Eres tú, ¿verdad?

—Sí, soy yo, de verdad.

Quería tocarla, asegurarse. Todo aquello podía ser una extraña alucinación: una alucinación que lo había empujado a recorrer un montón de kilómetros por culpa de una vecina, así que necesitaba asegurarse de que su carne seguía siendo carne. Extendió la mano y ella se la cogió. Su mano estaba inesperadamente cálida.

—Estás viva.

—Pues claro.

Hablaba como si la alternativa fuera impensable, aunque la última vez que él la había visto estaba tendida en la acera sobre un charco de sangre. Su recuerdo de lo que ocurrió después se limitaba a un confuso recorrido por calles llenas de zombis bajo el ulular de las sirenas. «Las heridas en la cabeza sangran mucho... Las heridas en la cabeza sangran mucho...», iba diciéndose. Se había aferrado a esa idea. Y el hecho de que estuviera perdiendo mucha sangre no implicaba que el desenlace fuera fatal por necesidad. Podía ser una herida superficial. Pero entonces... ¿por qué parecía tan muerta?

—Y estás aquí. ¿Por qué no me avisaste?

—Iba a hacerlo, pero sabía que acabarías apareciendo por aquí tarde o temprano. —Recorrió el despacho con la mirada—. ¿Y esto?

Se refería a que aquella habitación estaba intacta en una casa por lo demás vacía. Uno no vaciaba una casa entera y dejaba un solo

espacio tal cual, con sus muebles y demás.

—Tu abuelo ha muerto, ¿verdad? Y has dejado esto como un santuario para preservar su memoria...

—No exactamente. Bueno, sí, en cierto modo, pero... eso ahora da igual. ¿Dónde estabas? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?

—Te llamé.

Él se acordaba perfectamente de esa llamada: el teléfono había sonado en su despacho y, cuando descolgó, nadie dijo nada al otro lado de la línea; sólo se oía una respiración. Estaba seguro de que era Sid, por mucho que no creyera en esas tonterías esotéricas. Su forma de respirar... Durante la breve temporada en que habían trabajado habían estado casi todo el tiempo metidos en aquel despacho sin hablar apenas. Con el tiempo, él se había acostumbrado a su presencia silenciosa: era capaz de escucharla sin que ella dijera nada.

—Pero no supe qué decir, la verdad.

—¿Que estabas viva, quizá?

—Pero eso ya lo sabías, ¿no? ¿O es que no lo sabías?

—Nos dijeron que habías muerto, Sid.

—Vaya...

Ella había desaparecido del hospital, se había esfumado como si nunca hubiera estado en ese lugar. De hecho, ésa era la versión oficial: Sidonie Baker jamás había estado allí. Y cuando él trató de averiguar qué había sucedido, se encontró con una puerta cerrada tras otra. Sidonie Baker había muerto y no tenían por qué darle explicaciones. Ella estaba muerta, y él era uno de los condenados a

la Casa de la Ciénaga, así que no le quedaba otra que joderse, volver a su escritorio y dejar de hacer preguntas.

Se había adentrado en un mundo turbio y lodoso, y Diana Taverner había sido la encargada de enturbiarlo, así que no le hacía ninguna gracia que alguien insistiera en revolver el barro con un palo.

A ella no pareció sorprenderla escuchar que había estado muerta, aunque de pronto parecía menos animada. Durante su larga ausencia había adquirido cierto grado de templanza. Sin duda había tenido que esperar mucho antes de volver a aparecer, y saltaba a la vista que, con el tiempo, había ido acostumbrándose a la espera.

—Hubieras podido...

Pero no valía la pena seguir por ese camino. Sí: ella hubiera podido avisarlo, ponerse en contacto con él. Pero ¿qué sabía él sobre desaparecer? En la Casa de la Ciénaga al menos podía abrir una ventana y, si le daba por ahí, ventilar sus frustraciones a grito pelado. Nadie le prestaría atención, pero podía hacerlo. Probablemente la situación de Sid era muy distinta.

—Estuve mucho tiempo recuperándome. —Se llevó la mano a la franja blanquecina de la sien—. He perdido un par de años de mi vida.

—Lo siento.

—No fue culpa tuya.

Sí lo había sido, o al menos así lo recordaba él. Un momento de confusión en una calle mojada por la lluvia, un único disparo... Unas cuantas personas más habían estado involucradas, y todas estaban muertas.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo has dado con esta casa? ¿Y cómo supiste que lo mejor era venir aquí?

—Estaba en tu expediente. Tuve que leerlo, ¿recuerdas?

Pues claro que lo recordaba.

Porque ella había formado parte de los caballos lentos, sí, pero también había sido algo más. La habían enviado a la Casa de la Ciénaga para mantenerlo vigilado a él. La iniciativa había sido de Taverner, sin duda alguna, aunque él nunca llegó a conocer los detalles porque a ella le pegaron un tiro pocos minutos después de habérselo confesado.

—He perdido muchas cosas por el camino —dijo ella.

Claro, sus cosas se habrían ido perdiendo entre un hospital y otro.

—Pero me acordaba de ti.

Si él respondió algo, no se dio cuenta. Y a lo mejor no había nada que decir.

—Cuando mejoré un poco —siguió Sid—, me trasladaron a una casa en Cumbria. ¿Has estado allí?

Él tardó unos segundos en reaccionar. No tenía claro qué era real y qué no.

—Una vez. Hace mucho tiempo.

Había estado en Cumbria durante unas breves vacaciones con su abuela Rose. El Viejo Cabrón no había ido. A saber dónde andaría. Aunque en teoría estaba jubilado, seguía habiendo huecos en su vida familiar.

—Es precioso, ¿no? —dijo ella—. Esas colinas, lagos, prados enormes... En fin, hay una granja allí que funciona como albergue...

Probablemente era un centro del servicio, pensó River. Seguían existiendo uno o dos lugares como ése. Por mucho que se hicieran

recortes aquí y allá, el MI5 tenía que cuidar de sus agentes heridos, aunque sólo fuera para asegurarse de que seguirían pudiendo reclutar a otros en el futuro.

—¿Y ahora estás mejor? ¿Estás completamente recuperada?

—A veces me duele la cabeza, pero estoy más o menos bien.

Aun así, pensó River, había algo que ya no estaba, y era imposible no notarlo. Sid ya no parecía tener la vitalidad de antes. Pero ¿cómo iba a tenerla? ¡Si había estado muerta! Bueno, no —y la prueba irrefutable la tenía delante—, pero quitarse de la cabeza la idea de que había muerto no era nada fácil: equivalía a reescribir su propio pasado.

Así debían de sentirse quienes abrazaban una nueva religión, pensó: como si un rayo o un trueno ensordecedor los sacudiera.

—Entonces sabías dónde vivía —dijo—. Al menos dónde había vivido en mi niñez. Pero ¿por qué has venido, y por qué justo ahora?

—Porque necesitaba un lugar donde esconderme.

Eso era perfectamente creíble porque daba la impresión de que Sid iba a echar a correr en cualquier momento para esconderse bajo las hojas del jardín.

River seguía cogiéndola de la mano. Nunca se habían tocado de ese modo cuando compartían despacho.

—Bueno, pues aquí estás a salvo —dijo—. Aquí nadie puede hacerte nada.

No necesariamente era cierto, pero le pareció que era lo que ella necesitaba oír.

—Quizá por el momento.

—¿Y de qué estás escondiéndote?

Sid tardó unos segundos en responder.

—Alguien trata de matarme.

Parecía un momento lo suficientemente dramático como para que River hiciera una pausa en el relato.

El pub situado frente a la Casa de la Ciénaga daba la sensación de ser una prolongación de sus vidas laborales: un lugar en el que la rutina se imponía a la relajación. Te servían el café en una jarrita, pero sabía al mismo café instantáneo de la oficina. A River le habría venido bien algo más fuerte, una bebida de verdad, pero eso sería un error, porque en cuanto pudiera pensaba volver a la carretera y dirigirse de nuevo a Tonbridge. Anoche le costó lo suyo dejar a Sid a solas en esa casa, y sólo lo hizo porque ella insistió: «Es mejor que todo siga igual. No llames la atención.»

—¿Y no se lo has contado a Lamb? —preguntó Louisa.

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que igualmente acabará por enterarse.

—Sid estaba asustada, tenía miedo. Me pidió que no se lo contara a nadie, y eso es lo que estoy haciendo.

—Pero me lo estás contando a mí.

—Bueno, sí... Te lo estoy contando a ti.

—Gracias. Creo que debo agradecértelo, al menos. ¿Y quién está intentando matarla?

—Eso ella no lo sabe. Lo único que sabe es que alguien ha estado siguiéndola.

Louisa se lo quedó mirando.

—Eso ahora se lleva mucho.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo que qué quiero decir? ¡Anoche estuvieron siguiéndome! ¿O ya lo has olvidado?

—Sí, claro, perdona... Por supuesto que me acuerdo... ¿Crees que hay alguna conexión entre ambas cosas?

—No estoy diciendo que haya una conexión. Lo único que digo es que... en fin, no importa. De modo que Sid tiene la sospecha de que alguien está vigilándola. ¿Y no cuenta con un controlador o alguien con quien hablar? Tampoco es que se desentendieran de ella y la dejaran sin más en la campiña, ¿verdad? Estaba recuperándose de un traumatismo craneoencefálico.

Después de pasar unos meses en la granja de Cumbria, a Sid la habían trasladado a una casa de campo en las afueras de Kendal. Allí estuvo durante más de un año, aprendiendo a llevar una vida normal y a valerse de nuevo por sí misma. A River esa frase le impresionó, incluso se había imaginado a Sid saliendo con una placa de principiante para hacer las compras en el supermercado o sacar dinero de un cajero automático. O abriendo sobres de color manila con instrucciones básicas de sus obligaciones cívicas: tasas municipales, registro en el censo electoral, convocatorias para formar parte de un jurado...

—Sid tenía una controladora asignada a la unidad de los lecheros —dijo River—. Se acercaba dos veces por semana para asegurarse de que todo estaba en orden. De que Sid estaba saliendo adelante.

Los «lecheros» eran los que se ocupaban de atender a los espías jubilados. Y, por lo visto, también a los agentes que habían sido abatidos en una misión sobre el terreno.

—Y esta lechera... porque estás diciéndome que era una mujer, ¿no?, y eso la convierte en lechera... ¿qué opinaba de su

recuperación? ¿Cómo la veía?

—Ni idea. —River bebió un sorbo de café e hizo una mueca de asco—. Tampoco he sometido a Sid al tercer grado. No he querido agobiarla, así que no conozco todos los detalles.

Louisa se lo quedó mirando.

—No me gusta tener que preguntártelo, River, pero... ¿ella está bien?

—¿En qué sentido?

—Bueno, ya sabes lo que les pasa a muchos... —River estaba mirándola con cara de pocos amigos, pero ella insistió—: Mira, a Sid le pegaron un tiro en la cabeza. Queda claro que sigue viva, y ya me has contado eso que tiene en el pelo, lo de la franja blanca, pero ¿cómo la ves, por lo demás? ¿Sigue teniendo un aspecto angelical, como salida de un cuadro de Burne-Jones? ¿O ahora parece más bien una obra de Picasso?

—Conserva su belleza —respondió River—. Aunque diría que se la ve un poco más frágil.

—¿Y mentalmente?

—Muchas veces parece estar en una nube. Pierde el hilo al hablar... Pero ten en cuenta que hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Varios años, de hecho. Un reencuentro así siempre es complicado, y es difícil distinguir entre la torpeza y lo que es... en fin, permanente.

—Lo siento, pero no es tan difícil —repuso Louisa—. Sid era brillante, ingeniosa... Siempre tenía una réplica a punto. Eso significa que la Sid con quien has estado hablando no se ha recobrado del todo de la herida que sufrió. —Cogió su taza de café, recuperó la cordura y volvió a dejarla en su sitio—. No es lo mismo pensar que

alguien está vigilándote que creer que alguien quiere matarte. Y hasta es posible que esos misteriosos vigilantes sean sólo un síntoma de una enfermedad: la paranoia.

—Y esto lo dice la misma mujer a la que anoche estuvieron siguiendo al interior de una tienda de artículos deportivos.

—Bueno, eso sucedió de verdad, no me lo estoy inventando. El teléfono de ese tipo hizo ¡ping! al mismo tiempo que el mío, ¿te acuerdas?

—Yo creo que Sid dice la verdad.

—Pues vale.

—Algo pasó, y eso la empujó a darse a la fuga.

—Claro. Pero no olvidemos que ella no fue la única en salir herida esa noche. Tú has estado sintiéndote culpable desde entonces.

No necesitaba que Louisa se lo recordara. El recuerdo estaba impreso a fuego en su memoria: la lluvia y la sangre mezclándose en la acera; el posterior recorrido nocturno hasta el hospital, donde unas puertas se cerraron de golpe mientras se llevaban a Sid en una camilla con ruedas... River acabó encerrado en un armario, vigilado por uno de los Perros, hasta que Lamb acudió al rescate.

—Eso explica que estés dispuesto a creer todo lo que dice.

—Me lo creo porque estamos hablando de Sid.

—Tal como están las cosas, eso ahora importa poco —dijo Louisa —. Mira, ¿quieres un consejo? Te lo voy a dar de todas formas, así que no te queda otra. Cuéntaselo a Lamb. Siento decirlo, pero... o bien Sid está en peligro, en cuyo caso es mejor que él lo sepa, o bien no lo está, en cuyo caso también es conveniente que se sepa. Así podrán hacer algo por ella.

—¿Y qué pasa si Lamb ya lo sabe?

—¿Que Sid está en casa de tu abuelo?

—Que sigue viva.

—Bueno, eso siempre es posible —convino Louisa—. Lamb sabe un montón de cosas que no debería saber. Pero en último término es Lamb. Y Sid es su agente, no conviene olvidarlo.

—Lo que a veces tampoco es de gran ayuda, ¿verdad? —dijo River, y ambos pensaron por un segundo en el escritorio vacío de sus respectivos despachos.

—Será mejor que volvamos —dijo Louisa, levantándose. Y mientras se abotonaba el abrigo, añadió—: A la Casa de la Ciénaga, te recuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Que la conexión entre Sid y yo es precisamente ésa: la Casa de la Ciénaga.

River se limitó a emitir un gruñido.

A la hora del almuerzo, mientras se dirigía hacia la salida, Catherine Standish oyó que Jackson Lamb estaba torturando a un jabalí verrugoso en su despacho. Lo mejor que podía hacer era seguir su camino escaleras abajo, en dirección a la puerta siempre atrancada, hiciera frío o calor, y continuar por el patio trasero y el callejón hasta Aldersgate Street, cuya grisácea monotonía era como un arroyo primaveral de aguas cristalinas después de haberte pasado la mañana en la Casa de la Ciénaga. Pero algo la impulsó a asomarse al despacho de Lamb, más que nada para cerciorarse de que ningún animal estaba siendo maltratado, y lo interrumpió a mitad de un ronquido. Como solía suceder, se diría que aquel despacho era

sutilmente distinto cuando él era el único ocupante, como si la pequeña estancia lo envolviera en un abrazo mohoso, aunque la familiar mezcolanza de olores —a alcohol, cigarrillos y sudor rancio— continuaba estando tan presente y siendo tan palpable como de costumbre.

Lamb abrió los ojos antes de que Catherine pudiera escabullirse.

—¿Qué?

—Me parecía que estabas sufriendo uno de esos ataques que te dan a veces.

—¿Qué ataques? Yo no tengo ataques.

—Ah, perdón, te lo digo de otra manera: uno de esos accesos de tos en los que parece que vayas a echar los pulmones por la boca.

—Tengo alergia a las solteronas entrometidas —replicó Lamb—. Probablemente sea eso. —Se rascó la nuca con fuerza y, cuando su mano reapareció, en ella había un cigarrillo.

Ya hacía mucho que a Catherine no le impresionaban semejantes trucos de magia. Aun así, se quedó atónita al ver el aspecto industrial del cigarrillo en cuestión.

—¿No sería más rápido pegarle fuego a un neumático y ponerte a inhalar el humo?

—No te digo que no —dijo Lamb—. Pero ya sabes lo pesados que se ponen hoy en día con la seguridad laboral y esas cosas. —Se encajó el cigarrillo en los labios, pero no hizo ademán de encenderlo. Y mejor, porque se lo había puesto al revés—. ¿Qué es lo que quieres decirme pero no me dices?

Standish guardó silencio unos segundos.

—Si empiezo con el listado, no acabaré nunca —respondió. Pero era una réplica un tanto patética, y en la cara de Lamb estaba

pintándose una meliflua expresión benévola, del tipo que la bruja mala suele adoptar en los cuentos de hadas, así que Catherine se adentró un paso en el despacho y añadió—: Anoche estuve hablando con Molly Doran.

La expresión de Lamb no cambió.

—Le tendí una emboscada mientras volvía a casa.

—Muy bonito, abusar así de una inválida.

—Yo sólo...

—Pero bueno, Molly es como es. Y como obviamente no te despellejó ni te colgó del árbol más cercano, debía de estar de buen humor.

—Los expedientes de su archivo son previos a la digitalización —indicó Catherine. A veces, si no te dejabas desorientar, si seguías por donde ibas, lograbas que Lamb te prestara atención—. Quería averiguar si también habían eliminado las versiones en papel de nuestros expedientes.

Lamb consultó el reloj en su muñeca.

—¿Qué? —preguntó Catherine.

—Abril, cinco de abril —dijo Lamb—. Enhorabuena. Para llegar a tan brillante ocurrencia sólo has necesitado... ¿cuántos meses?, ¿tres?

Catherine reprimió un suspiro.

—Ya lo habías comprobado por tu cuenta, ¿no?

—Sí, pero a Molly no la avasallas así como así. La chica es como es... Eso ya lo he dicho, ¿no? —Se quitó el cigarrillo de la boca y volvió a encajárselo, del modo adecuado esta vez—. Hace años que nadie ha solicitado o mirado nuestros expedientes. Es motivo de

orgullo, ¿no crees? Que se hayan olvidado de nosotros, quiero decir. ¿O igual es cosa mía?

—Pero los expedientes en papel siguen ahí —insistió Catherine—. De manera que, por mucho que se hayan olvidado de nosotros, olvidan olvidarse de nosotros como tiene que ser.

—Si vas a venirme con cuestiones filosóficas, necesito echar un trago. —Abrió el cajón y metió la mano en él como si fuera un oso rebuscando miel en un tronco hueco—. En fin, todo esto es un montón de mierda. No lo que acabas de decir, aunque eso también. Estoy hablando de nuestra condición de parias intocables. No se han olvidado de nosotros. Están «reconvirtiéndonos».

Pronunció esta última palabra con una mueca de desprecio, como haría un sumiller de restaurante al ofrecerte un vino barato endulzado con gaseosa.

Catherine dio un paso al frente, agarró el respaldo de la silla de las visitas y volcó al suelo su cargamento de recipientes de comida para llevar. Luego sacó un pañuelo de la manga de su vestido y se puso a limpiar el asiento. Cuando estuvo más o menos satisfecha, se sentó.

—Dijiste que no sabías qué era lo que Taverner se traía entre manos.

Lamb la miró con satisfacción.

—Fue lo que dije, sí. Pero lo curioso de mí, y eso es lo que me diferencia de vosotros los payasos, es que mi cerebro sigue en la brecha, así que, aunque antes no lo sabía, ahora sí lo sé. Si no lo has entendido, te lo repito sin problema.

—Lo he entendido más o menos. ¿Qué es lo que está pasando?

—Es lo que le dije a Guy. Ella reparó en él, así que el tipo que la seguía sin duda era un principiante. —Lamb había encontrado una botella en el cajón, de Talisker—. ¿Vas pillando la idea?

—Están llevando a cabo un ejercicio de adiestramiento —dijo ella.

—¡Premio para la señora, se lo ha ganado!

—Por eso nos han borrado de los registros.

—Justamente, para que Lady Diana esté en situación de pintar unas idems en nuestras espaldas y darle unos dardos a sus agentes novatos. —Lamb volvió a arrellanarse en su silla, que crujió con rabia—. Supongo que esperaba que, en algún oscuro recoveco de vuestros supuestos procesos mentales, no era del todo descartable que aún os acordaseis de las cuatro reglas fundamentales del oficio. Como la de asegurarse de que nadie te está siguiendo mientras haces tus cosas. O hasta poner un poco de puta atención al entorno, como hace la gente normal. Lo que podría haber hecho que el ejercicio resultara un pelín más exigente de lo esperado para sus aprendices de espía. —Desenroscó el tapón de la botella—. ¿Te apetece un trago?

Catherine ignoró su invitación.

—Así que Regent's Park ha estado utilizándonos para labores de entrenamiento. Y antes nos borraron de los registros para que esos agentes novatos no supieran que también éramos espías.

—Para ser justos —dijo Lamb—, suponer que unos impresentables como vosotros sois espías requiere toda una acrobacia mental. Es como llamar estadista a Farage.

—Y ahora Kay White está muerta.

Lamb estaba absorto en la contemplación del chorrito de whisky que iba vertiendo muy despacio en el vaso, así que Catherine no

llegó a ver su expresión cuando preguntó:

—¿Eso te lo ha contado Molly?

—No hacía falta que me lo contara.

Cuando Lamb levantó la vista, nada sugería que la noticia lo hubiera pillado desprevenido.

Kay White había sido uno de los caballos lentos algunos años atrás. Lamb la puso de patitas en la calle después de que, según él, los vendiera a todos a Regent's Park, presumiblemente con la condición de que la readmitieran en su seno. Cosa que no sucedió. Porque nunca sucedía.

—Kay seguía relacionándose con algunos antiguos colegas —dijo Catherine—. Y éstos siguen en contacto conmigo.

—Toda una red de verduleras, qué gracioso —repuso Lamb.

—Se cayó de una escalera de mano mientras estaba haciendo limpieza en el desván de su casa.

—Dicen que la mayor parte de los accidentes se producen en el propio domicilio —apuntó Lamb—. Es la razón por la que nunca visito a nadie.

—No, es la razón por la que nadie te invita a sus casas.

Lamb alzó el vaso en su dirección y se lo bebió de un trago.

—Esto no es propio de ti.

—¿El qué?

—Que uno de tus agentes muera y ni siquiera pestañees.

Lamb dejó el vaso en el escritorio. Ahora tenía el cigarrillo sin encender entre sus dedos.

—¿Uno de mis agentes? Esa tipa no pasa de ser un recuerdo lejano. No llegaba ni a eso hasta que mencionaste su nombre hace un momento.

—Vale, de acuerdo, ya no estaba en activo. Pero en su día formó parte de tu equipo. Eso debería importar, ¿no?

—Quizá lo haría si no la hubiera despedido por dejarnos a todos con la mierda hasta el cuello. Vamos a ver, ha pasado mucho tiempo de todo eso, y yo no soy rencoroso. —Volvió a meterse el cigarrillo en la boca—. Pero la tipa merecía morir. Hasta Gandhi estaría de acuerdo.

—¿Nunca te has parado a pensar que, para ser una sección insignificante del servicio secreto, sufrimos un montón de bajas?

—Siempre me he dicho que no era de extrañar que tanta gente os tuviera manía.

—¿Me estás diciendo que esta presunta muerte «accidental» no te preocupa? ¿En este preciso momento?

—¿En serio? ¿De verdad me preguntas eso? —Lamb echó la cabeza atrás y soltó un ladrido al techo. Casi podría parecer una risa —. Mira, yo confío tanto en Taverner como en mi capacidad para volar sin motor. Pero está claro que no va a poner a los de la Ciénaga en el punto de mira con el simple propósito de adiestrar a sus alevines de espía. No me malinterpretes, Taverner sería muy capaz de hacerlo si tuviera una razón de peso. Pero éste no es el caso.

Catherine se limitó a fruncir los labios.

—Por Dios, Standish. A los de Regent's Park nunca les ha hecho falta matarnos. A ver, míranos. ¿Qué sentido tendría una cosa así?

—Me preocupa que esto esté sucediendo precisamente ahora.

—Es primavera. ¿Qué mejor momento para ponerte a limpiar el desván?

Catherine se levantó.

—¿Qué querías decir esta mañana con lo de la unidad de élite que se dedica a ejecutar personas?

—Nada por lo que tengas que exprimirte demasiado los ovarios. Si es que ya no están exprimidos a base de bien.

Ella se mantuvo a la espera, pero Lamb no dijo nada más.

—Y ahora que has deducido qué es lo que está pasando —prosiguió Catherine—, ¿tienes previsto hablar con Taverner al respecto?

—Eso viene a ser como preguntar si Notre Dame es inflamable. Hablando de lo cual...

De pronto, en la mano tenía un mechero. Lo encendió y acercó la llama al cigarrillo.

Catherine se estremeció.

—Tendrías que empezar a tomarte tu salud en serio.

—Todo lo que ignoro sobre la vida sana —dijo Lamb— te lo podría escribir en la parte de atrás de un paquete de cigarrillos. —Soltó una densa bocanada de humo—. Y dile a Cartwright y a Guy que, la próxima vez que se escabullan sin autorización, a ella la colgaré de sus testículos. O viceversa.

Volvió a llenar su vaso, y Catherine lo dejó a su aire.

5

Mientras se preparaba para marcharse, Oliver Nash dijo:

—Por cierto, al llegar aquí he visto algo que me ha llamado la atención.

Tratándose de Nash, lo más probable era que estuviese refiriéndose a una de esas atracciones para los turistas que Londres se sacaba de la manga de vez en cuando: un asombroso elefante mecánico o un rebaño de vacas de fibra de vidrio.

La reunión había sido un éxito desde ambos puntos de vista: para Diana, porque había logrado lo que quería, y para Nash, porque no se había dado cuenta. El escenario era el despacho de Diana, en la planta baja del centro de control. Los anteriores detentadores de la dirección del MI5 solían ocupar algunos de los despachos en los pisos superiores, cuyos costosos ventanales daban al frondoso parque de enfrente, pero Diana prefería encontrarse donde estaba la acción. La mayor parte de su carrera profesional se había desarrollado allí, casi siempre en funciones de Segunda Mesa (Operaciones), aunque su meteórico ascenso inicial se vio frenado en su momento de forma abrupta. Desde aquel episodio, a veces tenía la sensación de haber estado haciendo poco más que aguardar su oportunidad, a las órdenes de las Primeras Mesas que la habían precedido, mientras observaba los errores que iban cometiendo y los éxitos que iban

consiguiendo, a sabiendas de que, si ella hubiera estado al mando, se hubieran dado muchos menos de los primeros y bastantes más de los segundos. Y ahora se encontraba allí donde había querido estar durante tanto tiempo, lo que en gran parte implicaba reunirse con Oliver Nash y otros burócratas de alto rango de Whitehall: unas personas que no eran malas de por sí, pero que no llegaban a hacerse a la idea de las urgencias que los tiempos exigían.

En el tema de la ciberseguridad, sin ir más lejos.

Se había visto obligada a recordarle a Nash que, en la actualidad, las altas esferas no estaban por la labor de poner en marcha operaciones encubiertas de alto riesgo. El software estaba sustituyendo a la iniciativa humana como piedra angular del trabajo de inteligencia: cientos de horas de conversaciones grabadas, kilómetros de correos electrónicos —pues así era como los medían, en kilómetros— y barriles, bañeras, depósitos llenos de litros y litros de datos: todas estas cosas, recopiladas a distancia, eran los frutos de la Calle de los Espías.

E incluso una vez cosechados, la iniciativa humana continuaba estando en segundo plano, pues el cribado de la información se dejaba en manos de algoritmos cuyos acrónimos cada vez resultaban más ridículos, pero que, en el mejor de los casos, eran tan vulnerables a la subversión como el espía físico más desencantado.

A un algoritmo no tenías que invitarlo a copas ni ofrecerle una noche de sexo rápido, sólo descubrir qué lo activaba y, una vez conseguido —una vez que le habías tomado la medida—, pasaba a ser tuyo y hacía lo que tú quisieras. Y así de vulnerable era todo en

estos tiempos: bastaba un solo ataque informático para que todos pudieran ver lo que el gobierno había estado haciendo.

—Necesitamos unos cortafuegos de mayor envergadura, Oliver. Más potentes, mejores. De esos que se ven desde el espacio.

—¡Ja! Como la Gran Muralla...

—Exactamente.

—Tiene su gracia, en vista de las circunstancias.

Dejó que su interlocutor se riera, calculando con precisión el momento en que la risa se extinguiría para dejar paso a un suspiro.

—Diana, que sepas que en esta cuestión estoy de tu lado...

—¿Por qué será que esa frase no me inspira la menor confianza?

—... pero tampoco debes perder de vista el panorama general.

—No hay panorama general que valga. Estamos hablando de la seguridad nacional, Oliver, de la protección de nuestras fronteras virtuales. Por Dios, fíjate en el daño que nos hemos infligido a nosotros mismos en nombre de la soberanía nacional. Y yo que pensaba que estábamos dispuestos a transgredir casi todos los límites para conseguir ese santo grial tan anhelado.

—Dejando de lado tu sesgada interpretación de la historia reciente, creo que estás exagerando. Además, no han pasado ni veinticuatro meses desde la última reestructuración de ese tipo, que pudimos abordar gracias a un incremento en el presupuesto más que considerable, por no decir sin precedentes. No creas que lo ignoro.

—Dos años es mucho tiempo en el ciberespacio.

—No te digo que no, pero no va a ser fácil convencer a los de la Comisión de Supervisión. Claude Whelan tenía unos cuantos amigos bien situados, no lo olvidemos. Y discúlpame si hiero tu amor propio,

pero tú no tienes tantos apoyos como él, quizá porque no estás tan dispuesta a «jugar para el equipo», como dicen nuestros primos estadounidenses.

—Yo no estoy en este negocio para jugar para el equipo, ni me gusta arreglármelas con cuatro apaños. Tampoco ando buscando amigos o compañeros de juego en Whitehall. Tan sólo espero que me respalden mientras hago lo posible por mantener a raya a nuestros enemigos comunes.

—Como lo demuestra el episodio sucedido en Kazán.

—Un episodio que la Comisión de Supervisión recibió con una ovación, por si lo has olvidado.

—Lo sucedido estimuló las zonas erógenas indicadas, claro; sin embargo, con la perspectiva que da el tiempo, se ha llegado a la conclusión de que ahora no es momento para echar más gasolina en unos cuantos incendios de por sí problemáticos. Y algunos que se han tomado la molestia de examinar las actas no han dejado de señalar que en ningún momento se te dio carta blanca para recurrir al... eh... al procedimiento del que estamos hablando. Simplemente se te pidió que estudiaras la viabilidad de una operación de ese tipo.

—Bueno, pues yo creo que hice precisamente eso, de la forma más clara posible.

—Y además hay otras necesidades que atender, no sólo las tuyas, y muchas de ellas son igual de urgentes. No digo que no haya argumentos para la renovación que tienes pensada, pero eso es precisamente lo que tienes que hacer: argumentarla. No limitarte a exigirla.

—¿Y si te digo que no tengo previsto exigir nada? ¿Que lo único que quiero es que me autoricen a reorientar unos recursos que ya

existen? —Descruzó las piernas y luego volvió a cruzarlas—. Todo cuanto me hace falta se puede conseguir a través de un reajuste presupuestario interno.

Nash lo pensó un momento.

—Hablo en serio, Oliver —continuó ella—. He encontrado una forma de ahorrar.

—Pensaba que estabais casi sin blanca.

—Lo estamos. Pero siempre puedo establecer prioridades.

—Cuéntame más, por favor.

—Hay un proyecto conocido como Quimera.

—Ah, un nombre muy apropiado. ¿Y cómo es que no he oído hablar de él?

—Porque yo me encargo de que no haya filtraciones. Quimera no aparece mencionado en ninguna agenda de los últimos años porque ha estado haciendo exactamente lo que tenía que hacer y cuando tenía que hacerlo, y además sin salirnos del presupuesto.

—¡Dios mío! ¿Y estás segura de que quieres cerrar ese proyecto? Lo pregunto porque me entran ganas de ponerlo en un pedestal para que todos puedan verlo. —Se removió en la silla—. Bueno, bueno... un poco de humor nunca viene mal. Pero, dime, ¿cuál es la naturaleza exacta de esta... eh... quimera?

—Quizá es preferible que no hagamos hincapié en lo que vamos a perder y nos centremos en las ganancias que podemos obtener.

—Por supuesto. Y estoy seguro de que tienes razón y de que no hay motivo para abrumar al comité con detalles técnicos, pero, para quedarme tranquilo, necesito saber de qué estamos dispuestos a prescindir.

—Muy bien —convino ella—. Quimera fue establecido a mediados de los noventa y se centraba en el análisis en tiempo real y a largo plazo de los efectos psicológicos que experimentan los topos cuando se infiltran en ciertos grupos de presión nacionales.

—Ah, como los que se infiltraron en el Frente de Liberación Animal. Es eso, ¿no?

—No estoy autorizada ni a confirmarlo ni a desmentirlo.

—Vaya, esto no puede ser más misterioso, más... ¿«subterfugioso»?

—No me gusta tener que repetir lo que resulta obvio, pero somos el servicio secreto.

—¿Hay un adjetivo derivado de «subterfugio»?

—Me lo apunto, Oliver. Haré que alguien se ocupe de mirarlo.

—¿Y este proyecto tenía un coste tan alto como para suponer un ahorro sustancial si se le pone fin?

—Estamos inmersos en la burocracia. Todo lo que hacemos cuesta dinero porque todo ha de ser debatido en comités cuyos miembros cobran las consabidas dietas. Pero bueno, ¿hemos de ponernos a debatir cuestiones de principio o puedo contar con tu apoyo cuando se produzca la próxima reunión de la Comisión de Supervisión? Si este comité me da luz verde, todo se puede llevar a cabo de forma interna, de tal forma que, cuando vuelvas a oír hablar de ello, ya estará implementado. Sin complicaciones ni sorpresas.

—Voy a meditar la cuestión. Pero en principio no veo razón para objetar.

—Te lo agradezco. Bueno, tengo que hacer una llamada. ¿Hay algún otro asunto del que quieras hablarme?

—Sí, espera un momento. —Nash consultó el teléfono, donde guardaba sus notas—. Ah, esto... Un estadounidense residente en el país ha estado llamando al ministerio. Asegura que a su pareja... entiendo que era su pareja... la asesinaron en Moscú... por orden de Putin.

—¿Y el difunto era de los nuestros?

—¿Un británico, quieres decir? No, por lo que entiendo tenía pasaporte ruso.

—De manera que, incluso en el supuesto de que lo asesinaran, tampoco es asunto nuestro. ¿Por qué me vienes con este tema?

—El ministro tampoco me ha dado instrucciones específicas —dijo Nash—. Lo único que quiere es dejar de recibir esas llamadas.

—De esto ha de ocuparse la policía. A ver, no es de recibo que por un lado me vengas con que tengo que reducir costes y por el otro...

—*Mea culpa*.

—... vayas ofreciendo mis servicios a tus amiguitos de Westminster cada vez que tienen un problema.

—Lo siento, Diana. Como siempre, tienes razón. Gracias por tu tiempo. —Se levantó para irse, pero, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo, añadió—: Por cierto, al llegar aquí he visto algo que me ha llamado la atención.

«Un asombroso elefante mecánico», pensó ella. «O un rebaño de vacas de fibra de vidrio.»

—Me he encontrado con un grupo de personas en el vestíbulo —explicó Nash—. Una de esas visitas guiadas para funcionarios de otros departamentos.

Eran una especie de aquelarres bastante frecuentes, de hecho. A los funcionarios de marras los llevaban a hacer un recorrido

relámpago por Regent's Park, o cuando menos por ciertas zonas de acceso no restringido que bastaban para provocar su entusiasmo, aunque fuera por proximidad a la acción.

«Aquí es donde James Bond cuelga la gabardina al llegar por la mañana. El centro de control se encuentra unos pisos por debajo...»

—Tampoco es algo extraordinario —dijo Diana—. Esas visitas guiadas llevan años haciéndose.

—Sí, claro. En realidad, lo que me ha llamado la atención ha sido uno de los integrantes del grupo. Damien Cantor, el jefe del canal Go TV. Lo conoces, ¿no? El hombre más rico del país antes de haber cumplido los treinta y cinco años, o eso dicen.

Ella descubrió que en su escritorio había algo que requería su atención. Al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿Y estaban enseñándole el edificio?

—Igual está planteándose hacer una oferta para comprarlo —dijo Nash—. Estoy bromeando, ¿eh?

—Ha sido una reunión provechosa, Oliver. Gracias.

Había algo desolador en una casa sin muebles, al menos si eras una especie de fantasma que se marchaba de allí. Un extraño quizá encontraría que ese amplio recibidor tenía potencial, pero River Cartwright —que acababa de llegar pasando por la cocina, tras haber entrado en la casa por la puerta trasera, como solía hacer de niño— tenía la impresión de encontrarse en una abadía saqueada y expoliada: el baúl de madera que en otro tiempo estaba situado bajo aquella hilera de ganchos para colgar los abrigos había desaparecido, al igual que el grabado de Howard Phipps colgado de

la pared opuesta. Pero ésas eran emociones secundarias. Estaba en esa casa por Sid Baker, que se encontraba en el despacho y que, a juzgar por las apariencias, no se había movido de allí desde la madrugada. «Sid era brillante, ingeniosa...» Ahora, más que nada, daba la impresión de estar sencillamente exhausta, y lo saludó como una paciente de larga duración saludaría a un visitante habitual en el hospital, tendiéndole la mano pero sin levantarse del sillón, con las piernas cruzadas encima del asiento. Se diría que la franja blanca en su pelo no pasaba de ser una afectación, lo que una niñita desvalida llevaría, para dárselas de punk, en un relato de Dickens puesto al día.

—Gracias por venir.

Él no estaba seguro de haber tenido elección. Habría podido irse a casa, pero pasaría la noche pensando en lo sorprendente que resultaba que Sid se encontrara en el despacho del caserón de su abuelo, en Kent.

Comieron como si estuvieran haciendo un pícnic con las provisiones que él había comprado por el camino.

—No te han seguido, ¿verdad?

—No, no me han seguido. —Había dado dos vueltas seguidas a una misma rotonda y hasta dado media vuelta y recorrido tres kilómetros en sentido contrario para estar bien seguro—. Cuéntamelo todo otra vez —dijo—. Háblame de esos tipos que te están persiguiendo.

—Te preguntas si voy a cambiar la historia, ¿verdad?

—Me pregunto qué es lo que podemos hacer para encontrarlos.

—Yo no quiero encontrarlos —repuso ella—. Lo que quiero es que no me encuentren a mí.

—Conmigo vas a estar a salvo. Descríbemelos.

—Eran dos. Un hombre y una mujer. Iban vestidos como misioneros.

Con sendos trajes negros y camisas blancas, le explicó. El hombre tenía la piel oscura e iba bien afeitado; la mujer era rubia y llevaba el cabello recogido en la nuca y unas gafas redondas con montura de pasta. Habían estado yendo de puerta en puerta por la urbanización donde ella llevaba tiempo alojada.

—¿Estás segura de que no eran... eh... misioneros?

Ella le dirigió una mirada que él recordaba bien: ésa era Sid, la misma con quien había compartido despacho en su día.

Cuando aquellos dos llegaron a su casa, ella había estado observándolos desde la ventana del dormitorio. Se quedaron frente a la puerta más rato de lo normal, y ella se había visto obligada a apartarse con rapidez cuando la mujer miró hacia arriba.

—¿A qué hora?

—Por la mañana.

—¿Y adónde fueron cuando se marcharon?

—A la puerta de al lado. —Y siguieron yendo de puerta en puerta por aquella calle en curva, y luego por la acera de enfrente, como lo habrían hecho dos misioneros. Continuó—: Quizá no iban de puerta en puerta solamente para no despertar sospechas. Tal vez no estaban seguros de en qué casa concreta me encontraba.

—¿Y qué hiciste?

—Llamé para informar.

Lo que era el procedimiento habitual: si tenías un controlador, si tenías a uno de los lecheros, siempre llamabas para informar.

River dijo:

—Se suponía que estabas en una casa segura. ¿Cómo demonios averiguaron dónde encontrarte?

—Quizá estaban al corriente de la existencia de la granja en la que estaba recuperándome —respondió ella. En el brazo del sillón, un trozo de pan que no había tocado descansaba en precario equilibrio —. El MI5 lleva años usándola.

Y seguramente no era tan difícil establecer una conexión entre la granja y la urbanización de Kendal, situada pocos kilómetros carretera abajo. Quizá no habían podido seguir al lechero de turno para que los condujera a la dirección exacta donde vivía Sid —pues aquella urbanización era un laberinto de calles sin salida o de un solo sentido—, pero sí podían haber descubierto su paradero aproximado y, a continuación, haber decidido ir de puerta en puerta.

—¿Y por qué estás tan convencida de que quieren matarte?

Ella cogió el pedazo de pan y lo contempló un tanto desconcertada. Luego, con cuidado, volvió a dejarlo donde estaba.

—¿Qué otra cosa podrían haber planeado?

A él se le encogía el corazón al verla allí, porque se trataba de Sid y porque estaba en aquel lugar preciso. Sid, a la que había dado por muerta. Allí, donde el corazón de él había echado sus primeras raíces.

De niño, su madre lo había ido llevando de un sitio a otro como quien carga con una maleta. Sólo después de que lo abandonara en casa de sus abuelos llegó a descubrir lo que era un hogar de verdad. Al pensar en ello cayó en la cuenta de que no sabía nada de la familia de Sidonie Baker ni sobre las posibles amistades que había

dejado atrás. Aparte de él mismo, claro. Y entonces se preguntó: ¿de verdad había llegado a ser su amigo? Durante su corta relación se habían pasado la mayor parte del tiempo discutiendo. Lo que era normal tratándose de él y cualquiera de las mujeres con las que se había relacionado, aunque era preciso agregar, en su defensa, que no todas habían acabado con un tiro en la cabeza.

Y resultaba imposible no pensar en la herida de la cabeza, en sus secuelas. Que te pegaran un balazo en la cabeza sin duda podía dejarte con miedo a que te volviera a pasar. Pero dos... Él lo entendía: a la segunda, cualquiera escarmienta. Sin embargo, no podía dejar de observar que Sid parecía percibir las cosas de forma más difusa, que era más vulnerable a las interferencias. En cualquier caso, aunque no todos los desconocidos fueran peligrosos, más valía evitar a quienes sí lo eran. ¿Por qué no iba a imaginárselos llamando a su puerta con propósitos siniestros?

La expresión de su cara debía de reflejar algo de todo eso, porque ella dijo:

—Piensas que estoy paranoica.

—No.

—Sí que lo piensas.

—Sid, has pasado por una época muy difícil, y lo siento. Fue culpa mía.

En realidad, no tenía claro si aquello era cierto. Ella estaba allí aquella noche, en una calle de Londres, bajo la lluvia, pero él no le había pedido que fuera.

—No fuiste tú quien apretó el gatillo.

—No.

—Pues eso.

—¿Por qué has venido aquí?

—No se me ocurrió ningún otro lugar. Y tú eres de fiar. —Se llevó la mano a la franja blanca del pelo—. Eres uno de los caballos lentos. No sé lo que está pasando, no tengo la menor idea de lo que sucede, pero tú no estás involucrado. Los caballos lentos nunca lo están.

Lo que era verdad sólo parcialmente, pensó él. Los caballos lentos dedicaban gran parte de su tiempo a no involucrarse en nada. Y cuando eso no salía según lo previsto, por lo general ya era demasiado tarde.

—¿Por qué crees que te persiguen?

—Porque quizá sé algo.

—¿Como qué?

—No sé... quizá antes sabía algo que ahora he olvidado. Pero eso no significa que haya dejado de tenerlo aquí dentro.

Hizo un vago gesto señalándose la cabeza, pero se refería a una zona de su mente vedada desde que recibió el disparo.

Él se imaginó que la bala había abierto un surco formando montones de tierra tras los que ahora se escondían los recuerdos, unos terrones de información que se habían vuelto irrecuperables.

«¿Qué podría ser más típico de un caballo lento que estar en posesión de una información crucial y ser la última persona en darse cuenta», pensó.

—¿Qué crees que debería hacer? —preguntó ella.

—Puedes quedarte aquí un tiempo.

—Esto no es una solución. Es un escondite.

—Es lo mejor que se me ocurre ahora mismo. —Sentía el impulso de acercarse a ella para ofrecerle consuelo, pero no estaba seguro

de que fuese la mejor forma de hacerlo. Así que se limitó a levantarse y a encender la lámpara del rincón, ahuyentando la penumbra creciente—. Puedo tratar de averiguar algo más sobre esos misioneros.

—No eran misioneros.

—Pues lo que fueran. Supongo que puedo hacer que Ho los investigue.

«Aunque eso significa que tendremos que tragarnos una buena ración de mierda.»

—Roderick Ho... ¿aún está con vosotros?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Pues ya sabes —respondió River—. Como siempre, por desgracia.

Una vez más, aquella noche no quería irse, pero quedarse no iba a resultar cómodo. Fue al coche, abrió el capó y sacó unas cuantas cosas que se le había ocurrido llevar: un hervidor de agua, un edredón y una toalla. Se las llevó a Sid y le preguntó qué tal andaba de ropa. Se marchó con una lista que ella le garabateó —ropa interior, una sudadera, champú— mientras intentaba recordar si su antigua colega siempre había tenido tan mala letra. Entretanto, Sid se había acurrucado en un nido de cojines, y así se la imaginó él durante toda la noche: como alguien que se ha perdido en un bosque y se ha cubierto con hojas de árbol con la esperanza de que eso la mantendría a salvo.

Antes de que la luz del día hubiera desaparecido del todo, Diana estaba sentada en un banco de espaldas al Globe, contemplando el Támesis. Era su banco favorito desde hacía tiempo, ubicado justo en medio de un tramo de doce metros que quedaba fuera del alcance de las cámaras de vigilancia urbana. Pero, además, ella misma se había encargado de mejorar las cosas, haciendo que lo cubriera casi por entero una gran salpicadura de mierda de pájaro. Era una calcomanía de plástico, sí, pero lo bastante realista como para conseguir que nadie más se sentara. El banco de marras también le ofrecía la oportunidad de fumar, un hábito al que casi nunca se rendía en presencia de otros.

No era fácil dilucidar cuál de las dos cosas repugnaba más a los turistas que pasaban por allí: el cigarrillo o los excrementos.

De vez en cuando, en momentos como ése —mientras la nicotina hacía su efecto por primera vez en la jornada, mientras contemplaba el discurrir del río que se dirigía a su hogar—, podía permitirse no pensar en nada y, sencillamente, sentirse viva. Ese día, sin embargo, nada de eso iba a suceder. Llevaba horas echando chispas.

—Ah, una mujer hermosa dejándose llevar por el vicio. ¡Qué imagen más estimulante!

Si Peter Judd comprendía los requisitos de un encuentro clandestino, también hacía todo lo posible por contravenirlos.

Ella despegó la calcomanía y le dejó espacio para tomar asiento. Mientras posaba su bien trajeada corpulencia en el banco, el recién llegado añadió:

—Me has convocado de urgencia, ¿eh? ¿Quién te ha echado arena en el tarro de vaselina, Diana?

—¿Cómo se explica que Damien Cantor formara parte del grupo de visitantes que ha venido a Regent's Park esta mañana?

—Veo que me crees capacitado para pasarme el día moviendo hilos. Es muy halagador, pero por lo general estoy tan sumido en la oscuridad como tú misma.

—Yo no suelo estar sumida en la oscuridad.

—No. Si recuerdo bien, prefieres hacerlo todo con las luces encendidas. ¿Puedo coger uno de ésos?

Taverner sacó la cajetilla y el mechero del bolso y se los pasó. Judd se estremeció al dar la primera calada, como si estuviera experimentando un intenso placer.

—Gracias. Mira, Cantor es un inversor. Quiere levantar los zócalos de la casa, comprobar si hay humedades. Y probablemente ha pensado que sería buena idea, o incluso divertido, sumarse a un grupo de visitantes, pero eso hay que achacarlo a su juventud... y al hecho de que es megarrico. Los megarricos siempre piensan que son la polla en vinagre.

—Hablando de pollas en vinagre —dijo Diana—, haz que tenga presente que la suya corre peligro, y que a los Perros se les puede cortar la polla sin que por eso dejen de estar operativos.

Lady Di acabó de fumarse el cigarrillo y aplastó la colilla con el tacón. Una gaviota cercana contemplaba la escena con hambriento interés.

—Es un poco pronto para pensar en modificar la composición de... eh... de nuestra pequeña camarilla —repuso él—. Además, como ya creo haber mencionado, Cantor es uno de nuestros principales donantes. Marginarlo en este momento sería como prescindir de Beckham en una semifinal.

—Queda claro que tus referencias deportivas se han quedado anticuadas. Supongo que ya no te hace falta caerle en gracia al electorado.

—El electorado puede irse a la mierda.

—Cantor puede ser todo un figurón en su propio mundo, pero aquí estamos hablando de mi mundo —prosiguió ella—. Y su papel en mi mundo se limita a darme apoyo y aceptar mi gratitud. O a quitarse de en medio por completo.

—Siempre que te pones a trazar líneas rojas resultas arrebatadora —dijo él sin inmutarse—. Despiertas al feminista que hay en mí. Voy a hablar con nuestro amigo Damien, ¿de acuerdo? Y todo irá sobre ruedas, no te preocupes. Comeremos perdices y todo eso. Pero bueno, ya pasó la crisis, hablemos de otras cosas. Tu reunión con Nash ha ido bien, ¿no?

—Más o menos.

—No hace falta que me cuentes. Te has inventado un proyecto, un supuesto proyecto que se ha quedado obsoleto, y le has ido con el cuento de que puedes recortar gastos suprimiéndolo y redirigiendo esos fondos a otras iniciativas más interesantes. Y lo único que hace falta es que el comité lo autorice de forma automática.

—Está todo controlado.

—¿Y no crees que Nash es capaz de... bueno, de sumar dos y dos?

—¿Dos y dos? Ya le costaría sumar uno y uno.

Era injusto, cosa que ambos sabían, pero la política era el arte de despellejar a los que no estaban físicamente presentes.

—Estupendo. Me alegra ver que ya no tienes los reparos que mostraste ayer. Este trabajo que estamos haciendo, este camino que

hemos emprendido, es sumamente beneficioso para la nación. Me siento embriagado de heroísmo. —Los ojos se le fueron a su propia entrepierna—. Hay otra cosa más, una cosita de nada. He estado hablando con nuestros... ángeles de la guarda, por así decirlo, y hay consenso en que nos gustaría que pusieras coto a tu infiltración en el movimiento de los chalecos amarillos.

El río seguía fluyendo, la brisa seguía soplando, el cielo seguía filtrando algo de luz del atardecer.

Ella sacó otro cigarrillo del paquete, pero el mechero no se encendió a la primera.

—Estoy segura de que no te he oído bien. Durante un segundo me ha parecido entender que te crees con derecho a dictar la política del servicio secreto.

—De política nada. No es eso. No quiero entrar en disquisiciones semánticas, simplemente estamos refiriéndonos a una operación de vigilancia menor. Nada más.

A ella no le hacía falta mirarlo para saber que ya estaba esbozando un mohín que anunciaba el discursito inminente.

—Vamos a ver. Entiendo que no te guste que los desharrapados anden descontrolados por las calles, pero se trata de un episodio sin importancia. Las protestas terminarán por apagarse, como siempre sucede, y en el paisaje lleno de humo que dejarán aparecerán una o dos figuras a las que convendrá prestar atención. Fíjate en lo sucedido con el Momento Innombrable. Un político de pacotilla como Nigel Farage, un tío que es de chiste, que nunca había logrado ser miembro electo del Parlamento, se pone al frente de un partido que todo el mundo desdeña como una caterva de xenófobos descerebrados y, diez años después, ese mismo individuo ha logrado

lo que quería y ha cambiado el curso de la historia. Y estos otros, los chalecos amarillos, pues ¿quién sabe? Bien podrían suponer el comienzo de algo parecido, de una nueva fase en nuestra evolución política. La democracia está muy bien, Diana, pero nadie ha dicho nunca que sea lo mejor del universo. Y mucho menos la panacea. Que sí, que procede de la antigua Grecia, de acuerdo, pero ¿cómo está Grecia hoy en día? En el furgón de cola, mendigando las migajas. Ahí los ha conducido esa gran idea que tuvieron en su momento.

—Gracias por la lección de historia —dijo ella—. Pero ese panorama que describes no es lo único que me preocupa. No, lo que me inquieta es que estás diciéndome que esa decisión ya ha sido tomada, si lo he entendido bien, y que estoy aquí para seguir vuestras instrucciones. Y esto no funciona así.

—Lleváis demasiado tiempo sepultados bajo una montaña de burocracia. Todas esas comisiones y subcomisiones de supervisión, todos esos mierdecillas de funcionarios de medio pelo cuyo único propósito consiste en fingir que son importantes, cuando hasta el más ciego se da cuenta de su insignificancia... Te guste o no, es el mundo del que procedes. Un mundo en el que tan sólo te permiten tomar unas decisiones tan triviales que ni merecen la pena del papeleo, pues las decisiones serias resultan tan incendiarias que nadie quiere encontrarse cerca del fuego. ¿Todo esto te suena?

—Peter...

—Nadie está tratando de obligarte a hacer algo que no quieres, Diana. Nuestro único propósito es animarte a ver las cosas desde una perspectiva más amplia ahora que estás al frente de un equipo con unos intereses más diversificados. —Negó con la cabeza con

solemnidad—. Si pensara que alguien está tratando de coaccionarte, yo sería el primero en impedírselo.

Ése era uno de los clichés preferidos de Judd. En teoría, él siempre estaba dispuesto a tumbarse delante de una apisonadora en defensa de este o aquel principio. En la práctica, sin embargo, solía estar bien lejos en el momento de sacar la pajita más corta.

—Sea como fuere, ya puedes decirles a tus angelitos que no vamos a tener en consideración sus deseos. No mientras yo esté tomando decisiones operacionales o de cualquier otra clase. Y si, cuando sepan esto, alguno de ellos prefiere retirar su apoyo, es muy libre de hacerlo. ¿Queda claro?

—Clarísimo. Pero ten presente que, si deciden retirarte el apoyo, volverás a encontrarte en la casilla de salida, pasando el sombrero ante un comité formado por inútiles y pigmeos. —Se tocó el nudo de la corbata con el dedo índice—. Siempre que te las arregles para lidiar con la mala publicidad que pueda salir a relucir, claro.

—Repíteme lo que acabas de decir.

—Tan sólo quiero señalar que, si disgustas a unos hombres ricos y poderosos, harán lo posible por evidenciar su disgusto. Pero estoy seguro de que las cosas nunca llegarán a ese punto. Sólo es un pequeño favor, Diana. Deja que la campaña de los chalecos amarillos llegue a su final natural sin tratar de desacreditar a quienes la encabezan. ¿Por qué te parece tan mal?

—Que pases una buena noche, Peter.

Mientras cruzaba por el Millennium Bridge, Diana recordó que se había olvidado de volver a pegar la calcomanía que imitaba la mierda de pájaro. Pero bueno, ése era el problema con la mierda:

una vez que empezabas a esparcirla, nunca iba a parar exactamente adonde tú querías.

La mayoría de las grandes ideas, o muchas de ellas, en su momento fueron descartadas como disparatadas, y lo normal era que te considerasen un idiota por haberlas concebido.

Por otra parte, lo mismo pasaba con las ideas estúpidas.

Lo más complicado era distinguir entre las unas y las otras.

De manera que, un par de años atrás, cuando a Struan Loy se le iluminó la bombilla, fueron legión los que le dijeron que estaba como un puto cencerro. Pero él tuvo la fuerza de carácter necesaria para estar por encima de las críticas, para reconocer la genialidad de su invención personal y negarse a escuchar los comentarios de los mediocres, y el resultado era que ahora estaba viviendo en un contenedor de transporte, alimentándose de salchichas caducadas que cocinaba en un hornillo de camping y preguntándose si esos ruiditos procedían de otra rata o de una araña gigante de Madagascar.

Esos contenedores habían dado la vuelta al mundo, por lo que las arañas exóticas no podían descartarse.

En su momento, no obstante, la idea le había parecido excelente.

Por aquel entonces, además, las cosas prometían. Tras haber dejado un empleo y a la espera de ponerse a trabajar en otra cosa, había pasado a ser uno de los socios sin derecho a voto de un centro de *fitness*. Bueno, lo de socio tampoco era del todo cierto, pero sí tenía derecho a roce, pues llevaba un tiempo acostándose con una de las propietarias, una divorciada llamada Shelley, quien,

con intención de mosquear a su ex —la otra mitad del negocio—, había dejado que él alquilase el recinto por las noches para impartir clases de defensa personal. Como alguna vez dejaba caer aquí y allá, en una etapa anterior había formado parte de los servicios de seguridad. No estaba autorizado a dar detalles, pero había recibido adiestramiento y actuado sobre el terreno. Dicho de otra forma: más valía no tocarle las narices, lo que acojonaba un poco y era un buen reclamo para el cursillo «Adelántate a tu agresor», unas clases más bien moviditas que al final resultaron no ser muy indicadas para los mayores de cincuenta años.

Después de que se llevaran a uno de sus clientes en camilla, Shelley le dijo que aquello era la gota que colmaba el vaso y él se quedó boquiabierto, pues no había sido consciente de que cayera gota alguna, y al final resultaba que habían estado acumulándose sin que él lo supiera.

Había que reconocérselo, Shelley fue generosa mientras su acuerdo se mantuvo, y para muestra el viaje que hicieron juntos a Sudáfrica, con safari incluido. En aquellos idílicos parajes todo había salido a pedir de boca, pero durante los dos días que estuvieron en Johannesburgo a él se le había ocurrido de pronto aquella genialidad: contenedores de transporte.

En Johannesburgo podías ver bloques de apartamentos enteros construidos con esos armatostes: colosales bloques de contenedores apilados unos encima de otros y pintados de vivos colores, como si fueran juguetes infantiles, con gente que vivía en ellos. En resumidas cuentas: por un lado había una crisis de vivienda, como todo el mundo sabía, y por el otro existía esa solución, con la que

habían topado casualmente algunos habitantes de Johannesburgo, y nadie mejor que él para trasladarla a su propio país.

Contenedores de transporte. Mucho más baratos que los edificios de verdad. Saltaba a la vista que valía la pena invertir hasta su último penique en esta empresa, así como muchos otros peniques que no tenía pero que pudo pedir prestados con unos intereses que, a largo plazo, también saldrían baratos. Así que, después de que su rollo con Shelley terminara, ni corto ni perezoso compró una docena de contenedores a una empresa de transportes que había ido a la quiebra y estaba liquidándolo todo, incluidos esos activos concretos, apilados tras un polígono industrial en las afueras de Leicester.

Struan Loy, emprendedor. Lo único que faltaba era reclutar a algunos expertos en arquitectura y diseño, que abundaban entre los jóvenes brillantes de Sudáfrica, y su futuro estaría más que asegurado.

Para resumir: dos años más tarde no tenía trabajo, no tenía dinero y estaba recortando gastos en todos los sentidos, lo que había implicado mudarse a vivir a uno de los contenedores, por mucho que éstos todavía no hubieran sido renovados. Aquello era casi como vivir en la calle, como carecer de hogar. De hecho, era esto último exactamente.

En comparación, su etapa en los caballos lentos podía ser descrita como el momento álgido de su carrera profesional.

Así era como los llamaban: los caballos lentos, los desalojados de sus puestos en Regent's Park debido a la envidia, el resentimiento y a la estrechez mental de otros; aunque, en su caso concreto, también porque había cometido la imprudencia de enviar a varios destinatarios un correo electrónico en el que sugería que la persona

que por entonces ocupaba la Primera Mesa era un títere de Al Qaeda.

Fue toda una lección de cómo funciona la burocracia: entre otras cosas, carece del menor sentido del humor. Luego tuvo lugar el secuestro de un chico, un caso en que el equipo —los caballos lentos — se vio involucrado de lleno, por lo que él acabó por tomar la decisión perfectamente racional de salvar su pellejo vendiéndolos a todos a Diana Taverner con la esperanza de redimir su propia carrera profesional. El resultado fue que se quedó en la calle. Era descorazonador hasta qué punto un hombre valioso podía encontrar obstáculos en su camino...

Pero ahora en serio, ¿qué demonios eran esos ruiditos en el rincón?

Aunque de hecho no procedían del rincón, según advirtió en ese momento, sino del exterior: eran unas pisadas en el resquebrajado suelo de hormigón que cubría aquel páramo.

Fue hacia la puerta tan sigilosamente como pudo y escudriñó la oscuridad. El aire olía a lluvia. Unos pocos metros más allá, frente al siguiente contenedor, vio a un hombre y una mujer. Ambos se volvieron hacia él, aunque había tratado de no hacer ruido. No pudo evitar fijarse en que llevaban sendas botellas de vodka en la mano.

Se acercaron y la mujer lo saludó con una sonrisa.

—Struan Loy, ¿verdad? El señor Struan Loy.

Había hecho hincapié en lo de «señor», a pesar de las circunstancias.

Él preguntó:

—¿Y ustedes quiénes son?

—Nos hemos enterado de ese proyecto de negocio que tiene entre manos.

—El proyecto de los contenedores de barco —dijo el hombre, dirigiendo su mirada al que le servía de alojamiento y a los contenedores contiguos—. De los contenedores «residenciales», vaya.

Iban vestidos con impermeables, trajes negros y camisas blancas. La mujer era guapa, pero llevaba el pelo recogido en un moño de aspecto monjil, como si no quisiera que te fijaras en ella, al menos de entrada. El hombre, bien afeitado, se mostraba tranquilo y cortés.

—Un servidor, sí. Yo mismo, quiero decir.

De pronto cobró conciencia de su propio atuendo: unos vaqueros viejos y un suéter cuyas mangas le iban largas. No era el mejor vestuario para una reunión de negocios, pero no parecía que a sus visitantes les importara, porque seguían plantados ante lo que podríamos llamar el umbral de su casa —aunque distaba de serlo—, expectantes y con las botellas en la mano, como a la espera de una invitación.

«De no ser por el vodka», pensó, «los habría tomado por una pareja de misioneros».

Diana Taverner había cenado comida italiana y bebido dos copas de vino chileno, pero al llegar a su hogar en Notting Hill no podía sentirse más británica: fatigada, irritable y con el recelo metido en el cuerpo. Y eso de «hogar»... en fin, cuando le preguntaban al respecto siempre decía que su hogar estaba en la pintoresca región de los Cotswolds, teniendo buen cuidado de no dar el nombre

concreto del pueblecito donde se hallaba su *cottage*. Se suponía que Londres era tan sólo su lugar de trabajo, el lugar donde estaba su oficina. Pero durante las contadas ocasiones en que se había decidido a soportar un fin de semana en el tan pintoresco Temple Guiting, al final se había encontrado pegada al teléfono y contando las horas que faltaban para volver a la ciudad. La casita tenía estufas de leña y vigas de madera a la vista, suelos de piedra y un curioso asiento de ventanilla enclavado a mitad de la angosta escalera, cosas que, una vez de vuelta en Londres, describía como llenas de encanto rústico, pero que más bien suponían un soberano coñazo. Allí podía contemplar las estrellas, era verdad, pero entre las cuatro paredes se veía obligada a andar con la cabeza gacha. Las vigas a la vista eran un peligro. Su hogar, de hecho, estaba en Regent's Park. Pero la casa de Notting Hill era elegante y sobria, y estaba sembrada de alfombras que amortiguaban los sonidos; tenía luces indirectas, las paredes estaban impolutas y disponía de una nevera llena de vino. Se despojó de los zapatos, cogió la correspondencia, fue hacia la cocina y se sirvió otra copa más. A través de la acristalada puerta corredera vio que la luz de alarma detectora de intrusos estaba encendida, lo que significaba que un zorro había atravesado el jardín. En un minuto se apagaría. Dejó el correo en la mesa y subió al piso de arriba con la copa de vino.

Se quitó el maquillaje y respiró hondo unas cuantas veces. Estaba al frente de la puta Primera Mesa, y no había llegado hasta allí para rendirse sin más. En su momento ya había eliminado amenazas mayores que las que ahora suponían Damien Cantor y Peter Judd. Y los ángeles problemáticos tampoco eran una novedad: algunos

habían intentado desafiar al mismísimo Dios y todo el mundo sabía cómo habían acabado.

Tras terminarse la copa, dejó en paz el espejo y bajó para volver a llenarla.

La luz de alarma seguía encendida.

El jardín era una delgada franja de terreno en su mayor parte pavimentada. Un jardinero acudía una vez a la semana para encargarse de las enormes plantas que crecían en unos macetones igual de enormes. También había mobiliario de exterior, por si un día hacía amigos, los invitaba a su jardín y ellos se mostraban dispuestos a pasar un buen rato en su compañía. Era un sólido mobiliario de madera que, con la luz de alarma encendida, daba la impresión de ser una escenografía.

Descorrió el cerrojo de la puerta y salió al jardín. Enseguida percibió el humo del cigarrillo de Jackson Lamb y poco después vio que su corpachón ocupaba una de las sillas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo en mi jardín? —le soltó él.

Ella negó con la cabeza.

—Ahora te toca decir: «Perdona, pero es mi jardín», y a partir de ahí vamos improvisando —añadió él.

—Vete a tomar por saco. No tienes idea de lo rápido que van a venir los Perros. Y te aseguro que no van a tener miramientos a la hora de sacarte de aquí.

—En tal caso, mejor esperar sentados.

Diana lo fulminó con la mirada, volvió a negar con la cabeza y se dirigió a la cocina, donde llenó la copa hasta el borde. Tuvo que andarse con cuidado al salir otra vez, para que el vino no se derramara.

La dejó en la mesa, arrastró otra de las pesadas sillas de madera y se sentó.

Lamb miró la copa y dijo:

—No hace falta que te molestes. Estoy bien.

—Ya lo sé. La botella que llevas encima asoma por el bolsillo del abrigo.

—Ah, eso. —La sacó y desenroscó el tapón—. Salud.

Ella levantó la copa con la intención de parecer agresiva y sardónica, aunque no quedó claro si lo había conseguido.

—Y bien —dijo él—. Supongo que estarás preguntándote por qué te he invitado a charlar un rato aquí fuera.

—Deja los chistes de una vez. Al grano.

—Has estado utilizando a mi gente como señuelos en ejercicios de adiestramiento, como blancos en una galería de tiro.

—Uy, perdona. ¿Hay alguna razón para no hacerlo?

—Una razón obvia: esos putos blancos son míos.

—Lo que dice mucho a tu favor, desde luego. —Echó una ojeada a los pies de Lamb, donde las colillas de cigarrillo habían brotado como setas—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Más de lo previsto. ¿Desde cuándo tienes vida social?

—Siento haber tardado tanto.

—Y que lo digas. Hasta es posible que haya tenido que echar una meada en una de tus macetas.

Ella no creía que estuviera hablando en broma. Señaló el cigarrillo de Lamb y dijo:

—¿Me invitas a uno de ésos?

Él suspiró.

—Hay gente que se cree con derecho a hacer lo que quiera con las cosas de los demás.

Aun así, le pasó uno.

—¿Lo has liado tú mismo? —preguntó ella.

—Has de sujetarlo en ángulo.

Él deslizó un mechero de plástico por la mesa, y ella dio una calada que le recordó a la primera que había dado en la vida.

—Santo cielo, ¿de dónde has sacado esta cosa?

—De la tienda del Viejo Miles.

—¡Vaya por Dios! Ha cerrado, ¿no? —Sacudió la cabeza—. La vieja guardia solía reunirse allí, en los tiempos en que Partner estaba al frente.

—Allí sólo iban los encorbatados y los parásitos —corrigió él.

—«Encorbatados» y «parásitos»... —repitió ella. Y luego añadió—: Pero todo está cambiando, ¿no crees? Yo creía que las cosas ya habían cambiado lo suficiente, pero parece que no.

—Si hubiera querido escuchar los lloriqueos de una mujer con malas pulgas, habría ido a uno de esos bares para pijos de la City. —Bebió un trago de su botella, cuya etiqueta ella no reconoció—. Por eso borraste nuestros expedientes, ¿no? —agregó Lamb—. Para que tus agentes novatos no llegaran a saber que estaban siguiendo a profesionales de verdad.

Ella exhaló un humo que parecía más negruzco de lo acostumbrado.

—Te ha llevado tu tiempo descubrirlo.

—En cuanto comprobé que seguían pagándome mi salario, el tema ya no me pareció urgente. Además, te encargaste de que nadie me siguiera a mí.

—Claro —convino ella—. No quería que el novato al que le tocase la china quedara traumatizado de por vida.

Él asintió, como si eso último fuera obvio.

—También me he enterado de lo sucedido en Kazán. Algo me dice que los encorbatados de Whitehall se corrieron en los pantalones y que luego se echaron atrás.

—Nada a lo que no esté acostumbrada.

—¿Y el primer ministro qué piensa?

—Oficialmente no sabe nada. Así, su asesor especial no tiene que decirle lo que debe pensar.

Los dos guardaron silencio. Sobre sus cabezas, en el cielo oscuro y sin estrellas, no sucedía absolutamente nada. O al menos nada que pudieran ver.

Unos segundos después, Lamb continuó:

—En mis tiempos estuve más de una vez en intercambios de prisioneros en un puente. Veías cómo uno de los tuyos volvía hacia tu lado y cómo uno de los otros se alejaba en dirección contraria. Y ahí se acababa la historia. Quedaban fuera del tablero. Eran intocables. Nadie lo puso jamás por escrito, pero no por ello era menos cierto. Era una norma sagrada. En caso de no cumplirla, estabas entrando en terreno chungo, en territorio comanche. —Inclinó la botella en dirección a ella—. Putin se ha cagado en esa norma concreta. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Gracias.

—Pero lo más probable es que nos haya declarado la guerra. Supongo que lo sabes.

—Yo creo que terminará por captar el mensaje.

—Lo digo porque he oído un rumor —repuso él.

—¿Y tú haces caso a ese tipo de cosas?

—Pues claro que hago caso, no te jode. Soy un espía. —Tiró la colilla en el montón a sus pies—. Por lo visto, contamos con una unidad de élite especializada en ejecuciones.

—¿Ése es el rumor?

—No, el rumor es que los han puesto en el punto de mira. Ojo por ojo. Te cargaste a una de las estrellas de su elenco y ahora vienen a por las tuyas. El verano promete ser interesante.

—Para lo de Kazán recurrimos a alguien que no está en nómina —dijo ella.

—Lo suponía.

—Porque la situación no está tan clara como antes. A la mitad de los organismos de seguridad europeos ahora les ha dado por ponerse a vigilar a nuestra gente. Se acabaron las colaboraciones extraoficiales, se acabó eso de mirar para otro lado cada vez que hacemos una incursión menor en su territorio. Se acabó lo de recurrir a atajos a través de países amigos. La cooperación ahora tiene lugar ateniéndonos de forma estricta a lo que está escrito en el papel, y resulta que hay mucha más letra pequeña de lo que sospechábamos. —Contempló su copa de vino sin tocarla, lo que ahora resultaba más fácil, pues no quedaba más que la mitad—. Es otro de los incontables beneficios de «ya sabes cuándo».

—A mí no me mires —dijo él—. Yo voté al Partido Liberal Demócrata.

—Muy gracioso. Pero la verdad es que, en efecto, contamos con equipos tácticos, y tenemos unos agentes que podrían eliminarte incluso a ti con las manos desnudas, aunque estoy convencida de que preferirían hacerlo usando guantes de goma. Pero lo que no

tenemos es una unidad como la que tú has descrito. ¿De dónde viene ese rumor?

—Me lo contó un hombrecillo que conocí en la cueva del Viejo Miles.

—Ya, ¿y ese tipo cómo se enteró? ¿Lo leyó en Twitter?

—Su pareja era periodista y estaba escribiendo un libro sobre Putin.

—Ah.

—Y está muerto.

—¿Lo asesinaron?

Él se encogió de hombros.

—¿Dónde?

—En Moscú.

—Ese hombrecillo... es estadounidense —preguntó ella.

—De pura raza.

—Y su pareja era un ciudadano ruso, ¿no? —Estuvo a punto de dar otra calada, pero se lo pensó mejor—. Pues tu hombrecillo ha estado escribiendo al ministro. Sin embargo, la información que tenemos habla de un fallecimiento por causas naturales.

—¿Y cabrear a Putin no equivale a «causas naturales»?

—A ver, no sería el primer periodista ruso que cae en una trampa para osos —dijo ella, dando un sorbo a su copa—. Si los cadáveres empiezan a acumularse, tendré claro que nos encontramos ante un problema. Uno más para mi lista, que no deja de crecer. Pero bueno, estoy cansada. ¿Te importaría mover el culo y largarte de una vez?

Él levantó su corpachón de la silla no sin dificultad. Cuando logró ponerse en pie, ella volvió a pensar en las trampas para osos.

Lamb sacó un nuevo cigarrillo, a saber de dónde, y dijo:

—Eso de financiar la ejecución de una de las figuras de Moscú sin autorización oficial de los de arriba me ha sorprendido incluso a mí. Es impresionante, hay que reconocerlo.

—Tal vez cuento con algún padrino que otro.

—Pues espero que no acabe por hacerte una oferta que no puedas rechazar.

De pronto, ella se sintió abrumada por un mal presentimiento y, sin poder evitarlo, susurró:

—Es posible que haya cometido un error, Jackson.

Él se mantuvo a la espera, pero ella no quería entrar en detalles:

—En fin, qué más da. Es lo que hay. Eso es lo que dice la gente hoy en día, ¿no?

—Las reglas de Londres, Taverner. Si eres lo bastante maduro para reconocer que has cometido un error, eres lo bastante estúpido para cometer otro más.

—Gracias.

—Y deja de joder a mis agentes.

—No son verdaderos agentes.

—Ésa no es la cuestión. La cuestión es que dejes de joder. —Señaló la puerta de la casa con la cabeza—. ¿Puedo entrar?

—No. Puedes irte por donde has venido.

—He venido desde la casa.

—No es verdad.

Diana cerró con llave la puerta corredera y entró en el cuarto de baño. Al salir, la luz de alarma estaba apagada y el jardín, vacío.

—¿Le importa si entramos un momento a echar un vistazo?

Si esa pregunta la hubiera hecho la mujer, Loy no habría dudado lo más mínimo.

El hombre añadió:

—Por cierto, somos Jim y Jane.

—Jim es él —aclaró ella—. Yo soy Jane.

—Somos dos emprendedores interesados, por así decirlo...

—... interesados en su concepto, concretamente.

—Contenedores de transporte: es una idea brillante.

—Sin duda.

—Y estamos muy interesados en explorar a fondo su potencial.

—Mediante un acuerdo de franquicias, posiblemente —indicó Jane.

—Con esto queremos decir que los costes de diseño correrían a nuestro cargo, y también los costes de producción, por supuesto.

—Mientras que usted seguiría conservando la propiedad intelectual y el control creativo del proyecto.

—No pretendemos que nos venda su sueño.

—Está claro que nadie con dos dedos de frente estaría dispuesto a vender su sueño.

—Lo que nos gustaría es saber si estaría usted dispuesto a concedernos una licencia —dijo Jim.

Struan Loy tenía la sensación de estar siendo masajeado por unas manos amigables. Como si estuvieran embadurnándolo de aceite y aplicándole toallas calientes, con un final feliz inminente.

—Jim y Jane... —dijo. Hizo una pausa y agregó—: De acuerdo, Jim y Jane. Pasad, pasad. Y traed esas botellas.

No pudo evitarlo y empezó a adquirir maneras de comercial en cuanto se hizo a un lado para que entraran.

—Es bonito y espacioso, como podéis ver. Con un gran... potencial.

Sólo había una luz, un farolillo a pilas, pero era suficiente para iluminar las «comodidades» del lugar: el sillón y el cajón de madera que hacía las veces de mesa y de cocina a la vez. Encima se encontraba el hornillo de camping, así como la sartén en la que había estado friendo salchichas. Sin duda todavía estaba caliente, pero eso era lo bueno de su estilo de vida actual: ¿qué más daba si la sartén se chamuscaba un poco?

—Ahora mismo es como un pequeño campamento, no os voy a engañar. No está para entrar a vivir, pero me propuse... probarlo.

Jim miraba el contenedor con interés. Jane preguntó:

—¿Qué diseño tiene en mente?

—Bueno, pues... tendría tres ambientes. Un área principal para dormir y vivir, que ocuparía la mayor parte del espacio; una ducha, claro, con todo lo necesario, y una cocina aparte.

—Y un gran ventanal en la sala de estar, ¿no? —comentó Jane—. Me gusta. Por el momento, ¿qué usa a la hora de... en fin... en lo referente a las necesidades?

—Salgo y voy a la parte de atrás —respondió él.

Jim emitía sonidos de admiración mientras desenroscaba el tapón de la botella de vodka. Se oyó un agradable *icris!* cuando el precinto de papel se rompió.

—¿Tiene vasos? Da igual si son de plástico. Estamos entre amigos, ¿no?

Tenía dos vasos de poliestireno y un tazón de metal descascarillado.

—Perfecto.

Jim sirvió una generosa medida de vodka para cada uno de ellos y los tres brindaron por el futuro.

Y mientras Jim volvía a llenar los vasos, Jane siguió alimentando la charla. Habían oído hablar del proyecto cuando investigaban oportunidades de inversión y les había parecido muy atractivo. La situación de la vivienda... era importante hacer algo en ese sentido, ¿no le parecía? Sí, le parecía. Pero bueno, ella entendía que la respuesta del mercado estuviera siendo lenta: a la gente suele faltarle imaginación, pero cualquiera con un poco de empuje... Qué demonios, ella no tenía pelos en la lengua; cualquiera con un par de cojones tenía que darse cuenta de que lo que se le había ocurrido: esa idea genial era justo lo que la sociedad llevaba tiempo esperando. Con un soldador eléctrico y un poco de entusiasmo, un espacio como ése podía quedar perfectamente arreglado en un abrir y cerrar de ojos. Hacía bien en no querer complicar las cosas. Tres ambientes: dormitorio, cocina y cuarto de baño. O incluso... aunque ella tampoco pretendía decirle lo que tenía que hacer, claro... incluso era posible reducirlos a dos. Muchas propiedades, numerosos estudios y pisos pequeños, incorporaban la cocina al espacio principal, ¿verdad que sí? Eso permitiría reducir los gastos de renovación. Y había otra ventaja añadida: los contenedores de transporte eran apilables, como todo el mundo sabía. De manera que, en lo fundamental, estábamos hablando de todo un bloque de pisos a la espera de ser montado. Alguna solución ingeniosa para las escaleras exteriores y listo. ¿Qué tenía pensado él? ¿Amueblados o sin amueblar? Lo primero, seguro. Estaba claro que tenía buen ojo.

—Beba un poco más de vodka, no se corte.

Jim le sirvió un poco más de vodka y Loy dio otro trago.

La verdad es que entraba de maravilla, igual que la entusiasta charla de Jane, que le recordaba lo que había entrevisto en Johannesburgo. No una simple oportunidad, sino un verdadero viaje personal; una meta a la que dirigirse para luego ir más allá... lejos de la mala suerte que llevaba tanto tiempo persiguiéndolo.

El único problema —la única china en el zapato— era que esas cosas no pasaban. O al menos no le pasaban a él.

Porque, cuando las cosas empezaban a irse a la mierda, se iban a la mierda cada vez más rápido. Era la segunda ley del movimiento. Su reciente trayectoria había tomado un rumbo claramente mierdoso, y de ninguna manera iba a mejorar por el simple hecho de que un par de desconocidos acabaran de aparecer prometiéndole el oro y el moro. No, allí pasaba algo raro. Y si pensaban que a estas alturas no se había quedado con la copla, más les hubiera valido seguir fingiendo que eran un par de misioneros, como su aspecto daba a entender.

—¿Y quién os ha dado mi dirección? —preguntó.

Tuvo la impresión de haber pronunciado «dirección» de forma algo pastosa, o igual no, quizá la palabreja se las traía. Aunque, en último término, todo aquel debate mental no era más que un indicio de que llevaba un rato bebiendo vodka a palo seco.

Jane y Jim intercambiaron miradas.

—Pues... se llamaba Peter, ¿no?

—¿Peter Fairfax? —preguntó Loy.

—Fairfax, sí. Creo que sí.

Estaba bien que respondieran a sus preguntas, y más cuando la respuesta indicaba algo con claridad: que esos dos estaban mintiendo. No conocía a ningún Peter Fairfax.

Quizá sería preferible invitarlos a abandonar su espacio lo antes posible.

—En fin... —dijo—. Perfecto. Perfecto. Está claro que hay mucho en lo que pensar.

—Sin duda —convino Jim.

—Muchísimo —corroboró Jane.

—Pero ahora mismo... y aunque agradezco los tragos y todo lo demás... me conviene sobar un poco. —Hizo el gesto de dormir juntando las palmas de ambas manos sin saber muy bien por qué: todo el mundo sabía qué aspecto tenía uno al dormir—. Por la mañana tengo que estar bien despierto.

—¿En serio? ¿Y por qué? —preguntó Jane.

—Bueno, ya sabéis... —Hizo un gesto vago con la mano—. Tengo cosas que hacer.

Jim estaba desenroscando el tapón de la segunda botella de vodka, aunque esta vez no se oyó ningún *icris!*, como si el precinto ya hubiera estado abierto.

—No, de verdad. Creo que ya he bebido bastante...

—Sí, es probable —convino Jim, que miró a Jane y preguntó—: ¿Te parece que el asunto está arreglado?

—¿Que si está arreglado? Está que arde —respondió ella. Y entonces, dirigiéndose a él, pronunció unas palabras que él no consiguió descifrar: un suave repiqueteo de la lengua contra el paladar, el idioma de un país lejano.

—¿Cómo?

—Nada, nada, una simple observación.

Ahora Jim sostenía la botella boca abajo y vertía su contenido sobre su saco de dormir.

—¡Oye! Pero... ¿qué coño estás haciendo?

—¿El qué? Ah, esto... —Jim levantó la botella—. Verás, de esto no puedes beber. Fijo que no.

—Está jodidamente claro que no —agregó Jane, y ambos rompieron a reír.

Jim se puso a recorrer el contenedor meneando la botella arriba y abajo y esparciendo el líquido por todas partes.

—¡Que pares, joder!

Fue hacia él dispuesto a impedírselo por la fuerza, pero de repente se encontró en el suelo con las piernas hechas un lío bajo el cuerpo.

Jane dio un paso atrás con una ligera sonrisa en el rostro y Jim se puso a verter el líquido sobre él, salpicándole la parte frontal del suéter; su viejo suéter con agujeros y las mangas demasiado largas.

—¡Está bien, se acabó lo que se daba! ¡Fuera de una puta vez los dos!

—Creo que el amigo tiene razón —dijo Jane.

—Además, la botella ya está vacía... —apuntó Jim.

—¿Te parece que lo arropemos en la camita?

—No sé si está de humor para esas cosas.

—¡Fuera de una puta vez! —repitió él. Tenía la certeza de estar sobrio de nuevo—. ¡Ahora mismo!

Quiénes eran, qué querían... Si hacía más preguntas, seguirían allí por la mañana. Pero ahora tenía muy clara una cosa: esos dos, Jim y Jane, eran vestigios de su antigua existencia, de sus viejos tiempos en el MI5. Era una llamada a la acción. Al día siguiente se presentaría en Regent's Park y aporrearía la puerta hasta que le abriesen. El hogar era aquel sitio al que, cuando volvías, no les quedaba otra que dejarte entrar. Y esto iba a interesarles, y mucho.

Notó que una chispa iluminaba su interior, una chispa que conocía de años atrás: la sensación de pertenecer a un lugar, de ser alguien útil, de tener algo que aportar a la lucha. Aún no sabía de qué lucha se trataba exactamente, pero no tenía la menor duda de quién era el enemigo.

Y también estaba seguro de que, ahora, percibía un olor extraño. Un olor que no provenía del vodka, un olor más intenso, por no decir acre, por no decir peligroso.

Por no decir...

... que Jim y Jane estaban saliendo del contenedor, que el mechero que Jim acababa de lanzar hacia el saco de dormir giraba sobre sí mismo, en pleno vuelo, con una lentitud que desafiaba las leyes de la gravedad y una llama que no se apagaba a pesar de tanto giro en el aire.

Él ya estaba incorporándose, y logró ponerse a cuatro patas antes de que el mechero chocara contra el saco de dormir, tal como la mierda proverbial chocaba contra el ventilador: con un *¡bum!* repentino y la sensación de que aquello ya no tenía arreglo.

Jim y Jane estaban en la puerta. La puerta se cerró de golpe y se oyó un traqueteo sordo, algo que no se sabía bien qué era, como no fuese la inserción de un tablón a través de las dos asas metálicas. No tenía modo de confirmarlo desde el interior, pero el hecho de que la puerta no se abriera por mucho que él empujara terminó por dejarlo claro. Aporreó el metal con tanto estrépito como un grupo de rock alemán.

—¡Por favor...!

A sus espaldas habían empezado a alzarse lenguas de fuego. El saco de dormir parecía flotar entre ellas, y el fuego se expandía por

todas partes, engullendo ávidamente el líquido que Jim se había encargado de desparramar y devorando todo lo demás a su paso: prendas de ropa, algunos libros, la grasa acumulada en la sucia sartén, el suéter que él llevaba puesto...

—¡Abrid la puerta, por favor!

Te pasabas media vida suplicando que te permitieran entrar y al final iba a resultar que lo que de verdad querías era que te dejaran salir.

Pero poco importaba lo fuerte que aporrease, los gritos que pegase, porque la puerta no iba a abrirse de nuevo, y él, rodeado de humo y de un ruido ensordecedor, iba a arder entre las lenguas de fuego, que quemaron carne, hueso y metal hasta que todo volvió a quedar en silencio.

6

Damien Cantor estaba mirando un vídeo —imágenes de un ciudadano— en el que unos agentes de policía acosaban a un grupo de chalecos amarillos, cuando se abrió la puerta de su despacho y entraron dos hombres. Iban vestidos con vaqueros y jerséis negros de cuello alto, y estaban conectados a su nave nodriza, a juzgar por sus diminutos auriculares. Sin decir palabra, procedieron a examinar su despacho.

Silenció el portátil, se los quedó mirando atónito y finalmente acertó a decir:

—¿Perdón? ¿Perdonen? ¿Qué demonios...?

Ninguno de los dos le hizo el menor caso.

Descolgó el teléfono, pero se lo pensó mejor y volvió a colgar: si Sally no estaba ya en el despacho disculpándose, o la tenían retenida por la fuerza o se había hecho el harakiri en recepción. De manera que puso al mal tiempo buena cara, se arrellanó en el asiento y dijo:

—Vale, chicos. A vuestro aire.

Eso hicieron, más o menos. Terminaron su trabajo en silencio, metódicamente: no se trataba de asegurar el despacho, sino de dejarle claro quién mandaba. En eso consistía la política en las oficinas, y nadie llegaba a su posición —en el piso cincuenta y dos

de la torre Needle, en pleno corazón de la City, entre banqueros, abogados y demás estafadores de cuello blanco— sin saber encajar una puñalada.

Así que, cuando llegaron a su mesa, se limitó a alzar los brazos para que pudieran levantar el portátil y comprobar la parte de abajo.

—¿No me vais a cachear? —preguntó—. ¿Me pongo contra la pared? —No hubo respuesta—. No se olviden de llamarme para charlar de vez en cuando —les dijo mientras se iban—. No se corten, ¿eh?

Dejaron la puerta abierta, pero unas manos invisibles la cerraron en cuanto Diana Taverner entró en el despacho.

—Eso ha sido emocionante —dijo él—. Me he sentido como un extra en una película.

—Ya, bueno. Estoy segura de que en realidad se sentía bastante más importante —respondió Lady Di. Luego tomó asiento al otro lado del escritorio y, sin hacer el menor caso al entorno, clavó la vista en él.

Cantor pensó que eso era lo bueno de contar con ayudantes profesionales: mientras ellos te preparaban el terreno, tú podías concentrar toda tu atención en lo que te interesase.

—¿Café? ¿Té? Creo recordar que tengo una secretaria por ahí.

—No voy a quedarme mucho rato. Usted estuvo ayer en Regent's Park...

—Pues sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Fui a una de esas visitas guiadas. Es un lugar fascinante; fascinante de verdad.

—Y le pareció buena idea sumarse al rebaño y repetir con ellos «¡ooooh!» y «¡aaaah!».

Cantor llevaba un traje azul con corbata a juego y barba de tres días, pero había optado por sumar a su atuendo un impermeable ligero y unas gafas de empollón con montura de pasta y cristales sin graduar. No parecía sorprendido de que lo hubieran reconocido.

—¿Hace falta que le explique por qué no conviene que se nos relacione? Señor Cantor...

—Damien...

—Damien. Le voy a explicar de qué va todo esto. Si no está de acuerdo en algo, quiere decir que lo nuestro no va a funcionar.

—Muy bien.

—Esto no es un trato entre iguales. Aquí usted pone el dinero y, a cambio, el país protege lo que a usted le importa. ¿Me sigue?

—Sí.

—Y supongo que Peter Judd le habrá dejado claro que usted no tiene, ni tendrá jamás, ningún control sobre cómo se usa ese dinero.

—Sí, sí.

—Dicho esto, puede haber ciertas ventajas. Por ejemplo, cierto acceso preferente cuando empiecen a saberse algunas cosas. Pero olvídese de que yo vaya a aparecer en su canal.

Él alzó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo. Entonces no hay más que hablar —agregó Diana.

—Claro. Pero sólo para asegurarme de que lo he entendido: es como si dono dinero a la Cruz Roja. Eso no me da derecho a decirles cómo poner los vendajes. ¿Correcto?

—Correcto.

—O como si le doy dinero a un vagabundo. Si luego decide mear contra una pared, es cosa suya.

—Y puede que acabe meando sobre usted. También sería cosa suya.

Diana se levantó.

—¿Está segura de que no quiere quedarse a tomar un café?

—Estoy segura.

—¿Y hacer un recorrido por la sede de la compañía? Usted me ha enseñado la suya, ¿no? Por cierto, algo que siempre he querido preguntarle, ¿a usted también la llaman «M»?

—Que tenga un buen día, Damien.

Él insistió:

—Una cosa más. ¿Qué tal lo está haciendo Doyle?

—¿Perdón?

—Le hablo de Tommo Doyle, uno de mis chicos. Hace unos meses entró a trabajar en su policía interna, ¿cómo la llaman? Los Perros, ¿no?

Taverner se lo quedó mirando.

—¿Qué quiere decir con eso de «uno de mis chicos»?

—Doyle trabajó para mí en seguridad un par de años, pero, siendo sinceros, estaba desaprovechado. Yo no soy precisamente un objetivo de alto riesgo. Y él es muy bueno: viene del SAS. Lo suyo es esto.

—No lo conozco personalmente —dijo ella.

—¿No? Yo procuro conocer a todos los que trabajan para mí —dijo Cantor—. Pero no pretendo decirle cómo tiene que dirigir su servicio.

—Hace bien.

Taverner se marchó. Cantor volvió a poner el vídeo y aprobó su emisión en el informativo del mediodía. En teoría la decisión era del editor, pero en última instancia era él quien le pagaba el sueldo.

Se acercó a la ventana y miró Londres: el ir y venir de la ciudad, su caos de cada día. No debería haber mencionado a Doyle, pero lo peor que podía pasar era que perdiera el puesto, y siempre tendría un sitio allí, con él. Doyle tenía buenas historias cuando se soltaba. Un par de copas y empezaba a contar cosas que te ponían los pelos de punta.

Hay que tratar con humanidad a aquellos a quienes desprecias, sobre todo si los desprecias por su falta de humanidad. Ésa era una de las lecciones que aprendes en la vida: una pequeña chispa de sabiduría —con la intención de ser mejor persona— que se convierte en un anclaje moral, aunque tan sólo sea porque esas palabras están ahí, metidas en tu cabeza. Por eso Lech Wicinski pensaba a veces que así debería tratar a sus compañeros de trabajo —con humanidad—, en vista de que todos ellos parecían despreciarlo, aunque lo que pensaba con más frecuencia era otra cosa: que debían irse a la mierda todos juntos, con Jackson Lamb al frente.

—¿Qué queréis que os diga primero, la buena o la mala noticia? Eso sí, os adelanto que la mala es que no hay ninguna buena.

Así los había recibido Lamb cuando acudieron a su despacho tras la convocatoria general, transmitida a la manera de los tambores de la selva: a base de pisotear el suelo una y otra vez.

Catherine fue la primera en intervenir:

—Por una vez en la vida, ¿podrías dejar las payasadas a un lado y limitarte a explicarnos qué hay de nuevo?

Lamb, que estaba bebiendo lo que parecía ser té en un tazón del tamaño de un cubo para fregona, arqueó una ceja y dijo:

—¿Me encuentro ante un motín en mis filas? Pues vale, soy un hombre razonable. Vamos a someterlo a votación. Que levanten la mano los que estén de acuerdo con Standish. Oído barra. Y ahora, que levanten la mano los que están al mando. Vaya, ¿parece que soy el único? —Bajó la mano—. Los únicos salen ganando.

—Estupendo, nos ha quedado claro —terció River Cartwright—. ¿Cuál es la mala noticia?

—Creíais que vuestra autoestima no podía estar más por los suelos, ¿verdad? Pues felicidades. La cosa ahora promete llegar al nivel subterráneo. Cuéntales, Standish, anda.

—Louisa tenía razón —indicó Catherine—. Alguien estuvo siguiéndola, un recién incorporado a Regent's Park. Y a los demás también os han estado siguiendo, de forma intermitente.

Una información que fue acogida de forma algo tumultuosa. Por su parte, Lamb seguía bebiendo de su cubo para el té con mucha finura, como si fuera un gorila circense bien amaestrado.

—Se trata de un ejercicio de adiestramiento —prosiguió Catherine en cuanto se atenuaron las voces—. Por eso la Casa de la Ciénaga fue borrada de los registros. Para convertiros... para convertirnos... en objetivos anónimos.

—¿Y ahora qué somos? —intervino Louisa—. ¿Unos patos de feria en una caseta de tiro al blanco?

—Algo por el estilo —convino Lamb—. Aunque con menor personalidad individual.

—Esto es cosa de Taverner, seguro —dijo River.

—Hay que reconocerlo, la cosa tiene su gracia. Es un ardid retorcido y taimado, algo muy típico de ella, pero tiene gracia.

—Un puto abuso, eso es lo que es —dijo Shirley Dander.

Ho iba mirando de un caballo lento a otro, como si tratara de dilucidar cuándo iba a llegarle el turno de hablar.

—¿Le has pedido a Taverner que ponga fin a todo esto? —preguntó Louisa.

—Joder, claro que no. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—¿Para evitar que sigan tratando a tu equipo con semejante falta de respeto...? Perdón. Olvida lo que acabo de decir.

—Ya lo he hecho. —Lamb dejó el tazón en el escritorio con sumo cuidado, y a continuación eructó sonoramente, con tan poco recato como una monja recién expulsada del convento—. En todo caso, tampoco veo dónde está el problema, la verdad. No es que vosotros se lo vayáis a poner muy difícil. Y si ahora mismo servís para dos cosas en lugar de para una sola, esto viene a ser como si os hubiera recortado el salario a la mitad. —Los miró sonriente—. Al final todos salimos ganando.

—¿A qué nivel de vigilancia estamos sometidos? —quiso saber Lech.

—¿A qué nivel de qué...? ¿De qué estás hablando?

—Nivel de vigilancia. ¿Se limitan a usarnos para adiestramiento en las calles o hemos de dar por sentado que también nos siguen electrónicamente?

—Ah, sí. Entiendo que eso suponga un problema para ti. Con tanto porno a la espera de que uno lo busque en Google... —Adoptó una expresión meliflua—. Suponiendo que la gente haga esas cosas,

claro. Y en lo referente a tu pregunta sobre la vigilancia, mi respuesta es que no tengo ni puta idea. Pero gracias, joven Manostijeras. Buen aporte.

—Entonces ¿la respuesta es aguantar sin rechistar todas las tonterías que Regent's Park quiera imponernos? —preguntó Catherine.

Lamb puso los ojos en blanco.

—Mira que eres pesadita, ¿eh? Siempre quejándote, siempre lamentándote. Estar a tu lado es como vivir encadenado a Bob Marley, el fantasma de las Navidades Pasadas.

—Ése era Jacob Marley.

—¿Jacob Marley no cantaba con los Wailers? —preguntó Lamb.

Después de esa conversación, la mañana transcurrió lentamente. Lech Wicinski estaba concentrado en su registro de desertores de las redes sociales, a los que mentalmente etiquetaba como autosilenciados. No parecía existir un algoritmo que pudiera ser de ayuda, por lo que se limitaba a rastrear al azar temas polémicos, sobre todo los que surgían tras atentados terroristas. Entre la aflicción y la rabia, siempre asomaba el odio.

En un momento dado cayó en la cuenta de que, pese a su mentalidad predigital, Jackson Lamb era una versión humana de Twitter: igual que la plataforma, soltaba bilis a diario y no parecía que fuera a dejar de hacerlo.

Era el tipo de ocurrencia que antes habría compartido con Sara al volver a casa, pero aquello se había acabado: ya no estaban comprometidos ni vivían juntos. Pocas relaciones sobrevivían a una acusación de pedofilia. No podía culparla por haberlo dejado, aunque en el fondo sí la culpaba.

Un usuario llamado @labomba_delaverdad celebraba los asesinatos de Nueva Zelanda. «Donde las dan las toman», había escrito. Probablemente era un tío. «Probad vuestra propia medicina para variar.» No había vuelto a tuitear desde entonces; igual le habían cerrado la cuenta o simplemente había cambiado de nombre.

Shirley Dander estaba de pie en el umbral.

Lech supuso que iba a hablar con Roderick Ho, que tenía los cascos puestos y estaba a lo suyo como siempre. Pero Dander se plantó junto a su mesa y se quedó allí, en silencio, esperando a que reaccionara, como una muda pidiendo un donativo para una causa benéfica.

—¿Qué?

—¿Tienes algo que hacer?

Lech miró su ordenador, luego la miró a ella, luego al techo y finalmente a ella de nuevo.

—¿Ahora?

—A la hora de comer.

—¿Qué quieres?

—Pensaba ir a por algo de pescado.

—¿Y por qué quieres que vaya contigo? —preguntó Lech.

—Para hacer de cebo.

«La guardiana de episodios históricos pasados por alto», pensó Diana. «La comisaria de los archivos polvorientos.»

O simplemente una vieja loca que andaba en silla de ruedas.

Eran distintas formas de describir a Molly Doran.

En todas las demás plantas de Regent's Park, las Reinas de las Bases de Datos gestionaban la información: la almacenaban, la catalogaban y la dejaban a total disposición de los muchachos y muchachas de la oficina central. Como eficientes hormiguitas digitales que eran, se enorgullecían de lo meticuloso de sus registros. Y cuando estaban en el pub, también lo hacían fenomenal en los juegos de preguntas y respuestas. Molly Doran, en cambio, merodeaba por el perímetro de su finca analógica como un guardabosques a la vieja usanza, aunque fuera sobre ruedas. El archivo que regía, comparable a toda una señora biblioteca, estaba situado varios pisos por debajo de la superficie, al final de un corredor con luces azuladas, y ocupaba una larga sala flanqueada por altas estanterías, dispuestas sobre unos raíles que permitían juntarlas a modo de acordeón cuando no hacía falta recurrir a ellas.

Y en dichas estanterías languidecían hectáreas enteras de polvorienta información, las vidas y glorias de Regent's Park de tiempos pasados, así como sus fracasos y lúgubres infortunios. Todo ello cabía en un lápiz de memoria, en el supuesto de que hubiese dinero para su digitalización, un proceso que tan sólo podría darse pasando por encima del cuerpo exánime de Molly Doran, como ella misma había afirmado más de una vez, quizá pensando que eso supondría un factor disuasorio. Doran tenía claro que los contenidos que albergaban sus estanterías iban a ser los únicos que seguirían siendo secretos y estando limpios de polvo y paja cuando la Bestia colapsara (la Bestia: nombre que Molly daba a aquel despliegue de bases de datos y cachés supervisados por las Reinas), o cuando —como cada día parecía más probable— resultara que esos datos también estaban disponibles en mandarín. Por eso había estado

protegiendo el pasado del presente, lo que a ojos de Diana Taverner era casi exactamente lo contrario de lo que había que hacer.

En cualquier caso, fuera útil o no, a Molly Doran desde luego la veías muy poco. Su archivo era su isla, y nunca se asomaba a la orilla. Si bien los datos de entradas y salidas dejaban muy claro que pasaba más tiempo dentro del edificio que cualquier otra persona aparte de la propia Diana, bien hubiera podido ser un fantasma sobre ruedas en el que nadie reparaba excepto los más sensibles, y al que todos los demás descartaban como una simple anécdota. Y sin embargo, ocho semanas antes, había elevado una queja formal por el comportamiento de un miembro del departamento de policía interna —los Perros—, más en concreto por «intromisión injustificada, uso de lenguaje inaceptable y comportamiento de capullo en general». Esto último no estaba reconocido como infracción de las normas vigentes en la casa, por lo que seguramente tenía que ser considerado como una evaluación personal del carácter del intruso. La queja había sido investigada y un lacayo de Recursos Humanos había sido enviado al archivo subterráneo con la misión de aplacar a Molly, probablemente el trabajo menos grato que se le podía encomendar a uno de Recursos Humanos. El infractor, el Perro en cuestión, no salió muy mal parado, pues simplemente le enviaron un correo electrónico recomendándole la lectura de los protocolos sobre discapacidad descritos en el manual para los empleados. Y, a continuación, las ruedas de Regent's Park siguieron girando de la forma acostumbrada, al igual que las ruedas bajo la silla de Molly, o eso se suponía.

El Perro de marras era Tommo Doyle, el «chico» de Damien Cantor.

Información que había descubierto al examinar su expediente al volver a Regent's Park tras su reunión con Cantor.

«¿Qué tal lo está haciendo Doyle?», le había dejado caer el tipo: una impertinencia destinada a menospreciarla, sin duda. Cantor era un bocazas, un niño con pantalones largos, como la mayoría de los hombres, un tipo que se creía más listo que el hambre.

Había revisado la visita guiada por Regent's Park en las imágenes de las cámaras de seguridad. No tardó en detectarlo, con impermeable y gafas de pasta. Disfrazado. No era de extrañar que Oliver Nash se hubiera fijado en él. Aquello era puro marcaje de territorio: el tipo estaba meándose en una farola.

Esa clase de conductas eran tan comunes en el negocio del espionaje como en cualquier otro: hombres en segundo plano que se creían protagonistas. Los más jóvenes eran más cuidadosos y conscientes de la necesidad de mantener a raya a su pequeño Harvey Weinstein interior, pero los mayores, como Peter Judd, lucían su machismo como si fuera una medalla. Y ni hablar de los especímenes como Jackson Lamb, que seguramente pensaba que lo del «techo de cristal» para las mujeres era algún servicio de un burdel berlinés.

Se acordó de la conversación, inusualmente informal, que había mantenido hacía poco con la joven Josie, que trabajaba en la oficina central.

—No deja de ser curioso —había dicho Josie—. A las mujeres siempre nos toca lidiar con las inseguridades de los hombres. El famoso test de Bechdel aquí no funciona ni por asomo, y eso lo vemos cada día.

—Nuestro trabajo consiste en afrontar las crisis y solucionar los problemas —le había respondido ella—. Lo que, de forma casi obligatoria, termina por llevarnos a conversar sobre los hombres... Eso encaja con el test de Bechdel, ¿no?

Nadie sabía qué había hecho exactamente Tommo Doyle para cabrear hasta tal punto a Molly Doran, pero no era descabellado pensar que, al final, todo llevaba al despacho de Damien Cantor.

Nada más entrar en el archivo había una especie de recoveco, un nicho justo del tamaño apropiado para una silla de ruedas. Era donde esperaba encontrar a Molly, pero estaba vacío, y la estancia entera, en silencio.

Costaba creer que alguien pudiera moverse por allí sin hacer ruido —y mucho menos Molly—. Los pasillos eran demasiado estrechos para una silla de ruedas. Tendría que avanzar despacio, con cuidado, deteniéndose a cada poco para maniobrar.

Pero no fue eso lo que ocurrió.

De pronto, unas ruedas doblaron la esquina con un rumor apenas perceptible. Era Molly Doran, y avanzaba directa hacia ella a toda velocidad.

No frenó hasta detenerse a medio palmo de sus pies.

—Me dejas impresionada —dijo Diana, seca.

—Tengo mucha práctica —respondió Molly Doran.

Diana se hizo a un lado y la otra ejecutó un complejo movimiento que la dejó justo en el centro del recoveco.

—Hace poco elevaste una queja —dijo Diana en cuanto Molly estuvo quieta por completo.

—Ya lo creo que elevé una puñetera queja.

—Con relación a Doyle.

—No sé cómo se llama ese tipejo, y me da lo mismo. Era uno de tus gorilas de seguridad. En su día ya les dije, y voy a seguir diciéndoselo, que no quiero Perros en mi sótano. Ni siquiera perros guía.

—¿Puedo preguntar qué sucedió exactamente?

—Poder, puedes. Pero no soy adivina, así que no sé qué pasará después.

—Como no cooperes de inmediato, te explico con todo detalle cuál es el futuro que te espera. Por si eso ayuda.

Molly proyectó la barbilla hacia delante, lo que no le daba muy buen aspecto precisamente, aunque hacer el listado de aspectos que llegaba a presentar no era tarea fácil. Desde hacía largo tiempo —Diana sospechaba que poco después del episodio que la había dejado confinada en una silla de ruedas—, le había dado por maquillarse el rostro de formas que un payaso podría llegar a patentar, si las patentes de payaso fueran una realidad y no una leyenda de internet. Mejillas rojas y cutis blanco, con unos emplastos tan gruesos como un almohadillado de fibra sintética en un chaleco antibalas. El pelo desgreñado, la ropa demasiado holgada. Su aspecto suponía un desafío dirigido al mundo en general, pero a Diana era mejor no desafiarla, porque lo que hacía era agarrar el desafío de marras, hacerlo trizas con las manos y tirarlo al cubo de la basura más cercano.

—Esos tipos acostumbran a mostrarse irrespetuosos —dijo Molly.

—En el caso de este elemento concreto, ¿de qué clase de falta de respeto estamos hablando?

—De una entrada sin autorización.

—¿Te importaría dar más detalles?

—Lo sorprendí husmeando en el archivo al llegar por la mañana. Lo que significa que se coló y entró sin mi permiso. Un permiso que, por otro lado, tampoco hubiera obtenido.

—Los Perros están autorizados a acceder a todas las plantas del edificio —le recordó ella—. Y da igual que te caigan bien o mal. ¿Qué era lo que estaba haciendo exactamente?

—«Mirando cosas» —repuso Molly—. Eso fue lo que me soltó. Un cuento chino muy poco original.

—¿Y no le creíste?

—Me llamó «lisiada».

—¡¿Cómo?!

—Le dije que se fuera y me contestó que él no obedecía las órdenes de una lisiada.

—Y entonces elevaste una queja.

Molly se limitó a asentir.

Diana miró en derredor. Eran las dos únicas personas en la sala, como era de esperar. Los secretos que Molly guardaba no exigían una supervisión urgente; más bien descansaban agazapados como trampas para seres humanos en una tupida jungla. Cuando volvió a mirarla, reconoció en ella una expresión familiar: denotaba la existencia de una capa freática de conocimientos a la que su interlocutor no estaba ni cerca de llegar. Daban ganas de soltarle un bofetón, la verdad, aunque eso no era lo que más convenía. Más valía seguir cavando un poco más. Y tampoco tenía muchas opciones.

—Entonces, creías que estaba mintiendo.

—En ese momento no pensé nada —matizó Molly—. Sólo me puse furiosa. Era un tiarrón, con pinta de haber estado metido en

fregados muy serios. De habérselo propuesto, podría haberme lanzado a la otra punta de la sala con la silla y todo.

—Y los hombres fuertes no son unos perdonavidas. Esa actitud es más propia de los hombres débiles.

Ambas conocían personalmente a la excepción a esa regla, claro, pero era un caso aparte.

—Sin embargo, después de que los de Recursos Humanos me enviaran a aquel subnormal para apaciguarme, me puse a pensar con más calma —indicó Molly—, y se me ocurrió que el gorila me insultó por un motivo concreto: para que dejara de preguntarme qué era lo que había estado haciendo aquí dentro.

—¿Has comprobado si falta algún expediente?

Molly ni se molestó en echarse a reír.

—Lo haré cuando disponga de una década libre.

—Y el gorila sólo necesitaba un teléfono móvil... —concluyó Diana.

Después de estar diez minutos a su aire en ese lugar, el tipo podía haberse marchado con cien años de historia metidos en el bolsillo.

«Es culpa mía», pensó Diana. Al menos lo parecía, lo que venía a ser lo mismo. Hasta hacía pocos meses, la jefa de los Perros había sido una tal Emma Flyte, y ella había tenido mucho gusto en propiciar su marcha después de que irrumpiera en su reino. Y poco después se había producido un pequeño éxodo desde las filas del departamento, pues tres o cuatro de los colegas de Flyte habían decidido irse también. Lo que no supuso un gran problema: se buscaron sustitutos y punto. Y en vista de que muchos de los Perros en su día habían sido miembros de cuerpos militares de élite, seguramente se consideró que un antiguo oficial del SAS con

experiencia en la seguridad privada estaba más que cualificado para ocupar una de aquellas vacantes.

Dejó a Molly y subió en ascensor a la oficina central con la mente en ebullición. Josie estaba junto a la puerta de su despacho con los informes matinales en la mano. En ellos se detallaba lo sucedido durante la noche.

—¿Algo que destacar?

—Nada realmente importante. Básicamente, unas cuantas actualizaciones sobre la vigilancia a esa gente de Mánchester.

—No necesito revisarlas. Lo que necesito es un café.

—Sí, señora. —Josie hizo amago de irse, pero se acordó de algo—. Ah, y hay una muerte sospechosa. Horrible de veras. Un incendio en un contenedor de transporte.

—Por Dios. Las víctimas habrán sido unos inmigrantes, como de costumbre.

—No. Para empezar, hay una sola víctima. Un hombre.

—Tampoco nos corresponde hacer de policías.

—Un hombre que antes estaba en Regent's Park —aclaró Josie.

Catherine Standish rellenó la taza-cubo de Lamb unas cuantas veces a lo largo de esa mañana. Su jefe no siempre bebía té, pero cuando lo hacía, engullía cantidades industriales. Las primeras veces que ella entró en el despacho, Lamb estaba sumido en uno de sus trances: con los pies descalzos sobre el escritorio, las manos unidas sobre la panza y los ojos abiertos clavados en el techo. La experiencia le había enseñado que ni por asomo debía intentar establecer comunicación. En la cuarta ocasión, Lamb clavó la mirada en ella,

como si estuviera leyéndole la mente. Y, como sin duda era el caso, optó por decir lo que pensaba:

—No hubiera estado de más prestarles un poco de apoyo.

—Cállate, anda. Le dije a Taverner que no siguiera jodiendo a mis agentes. Lo más probable es que no me haga caso, aunque eso de que sus novatos y pardillos se dediquen a seguirlos por las calles tampoco es que sea una jodienda de verdad. Un pequeño magreo, como mucho. —Levantó el enorme tazón—. Además, se lo he contado a todos ellos, ¿no es así? Y algo me dice que Dander no va a quedarse de brazos cruzados.

Catherine procesó lo que Lamb estaba diciéndole.

—Es posible que alguien acabe malherido.

—Me alegra ver que vas captando la idea. —Lamb pegó un sorbo colosal al té—. Y otra cosa más, Taverner no está muy metida en este asunto. Está pendiente de otras cosas que no marchan bien.

—¿Y eso es motivo de alegría para ti? Todos estamos en el mismo bando, ¿o ya lo has olvidado?

—Por Dios, ¿es que no has aprendido nada? Cuando te dicen que hay que tomarse las cosas como vienen, eso no significa que por las mañanas tengas que hacer un borrado de memoria. —Dejó el tazón-cubo en la mesa. Era virtualmente imposible que lo hubiera vaciado —. Si todos estuviéramos en el mismo bando, no tendríamos que pasarnos media vida cubriéndonos las espaldas.

—Uno no puede cubrirse las espaldas. Lo que sí se puede es cubrirles las espaldas a los demás.

—Con el debido respeto a su señoría, eso es pura pedantería —sentenció él imitando lo mejor que pudo a Winston Churchill—. Y dicho esto, ya puedes largarte de una puta vez.

Era imposible tratar con Lamb cuando estaba de mal humor. Aunque a veces podía ser peor cuando tenía buen día.

Aun así, le preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que a Taverner las cosas no le van bien?

—Quiero decir que es posible que haya cometido un error.

—¿Al meterse con tu gente?

—No, por Dios. Está claro que eso da igual. No, me refiero a algo que dijo y luego fingió no haber dicho. Hay algo que la inquieta, y dado que esa mujer no tiene vida personal, ese algo tiene que estar relacionado con Regent's Park. —Entrecerró los ojos en dirección al techo—. Y se trata de un asunto no oficial, o no estaría inquieta. Si fuera un asunto normal y corriente, siempre podría echarle la culpa a cualquier otro.

—¿Tú crees que está llevando a cabo una operación clandestina?

—Es posible, y última vez que lo intentó rodaron cabezas. Bueno, tampoco rodaron exactamente. Digamos que alguna que otra cabeza con cara de susto acabó plantada encima de un escritorio.

—Gracias por recordármelo. ¿Qué piensas hacer?

—Pienso pegarme un almuerzo de campeonato, seguido de una buena siesta —aseguró Lamb—. Pero primero dile a Ho que suba a verme. No veo por qué tengo que ser el único en poner toda la carne en el asador.

Situado al lado mismo de Kingsway, el hotel era discreto y un tanto cutre, la clase de establecimiento al que podías llevar a una fulana, pero sólo si tenías lo suficiente para apoquinar una noche entera.

Peter Judd recogió su llave en recepción y preguntó si en la habitación había un hervidor eléctrico. Señaló la bolsa de plástico que llevaba en la mano y dijo:

—He traído mis propias galletas.

Lo dijo como felicitándose a sí mismo, como si creyera que entrar en un supermercado, hacerse una idea general de su funcionamiento y salir con la compra suponía una proeza sólo comparable al día en que el príncipe Carlos fuera a echar una carta al buzón por sí solo, sin ayuda de nadie.

—En nuestras habitaciones encontrará todo lo necesario —le respondieron.

—Me alegro mucho de saberlo —dijo él—. Aunque no sé muy bien a qué se refieren. ¿Podrían llamarme cuando llegue mi invitado?

Cosa que sucedió al cabo de una hora.

Su invitado era un hombre de mediana edad, tirando a gordo, con unos carrillos sudorosos y mal afeitados, más por descuido que con intención de andar a la moda. Hacía tiempo que no se lavaba el pelo y la camisa le quedaba tan ceñida como para incomodar a quien estuviera cerca, por lo que tan sólo Dios sabía qué se sentía al llevarla puesta. El recién llegado escudriñó la habitación con suspicacia antes de entrar, y se quedó de pie con la puerta abierta a sus espaldas, en lo que parecía ser un torpe plan estratégico por si había que salir corriendo. Judd, que había colocado las dos butacas disponibles en el centro de la habitación, estaba vertiendo agua caliente en una tetera.

—Estoy «echándole leña a la chimenea» —comentó pretendiendo ser gracioso—. Eso decís los del norte, ¿no?

—Yo soy de Hertfordshire; o sea, del suroeste.

—Claro. —Llevó la tetera a una mesita en la que había dispuesto dos tazas y el paquete de galletas abierto—. No se me ha ocurrido ponerlas en un plato —se disculpó—. Doy por hecho que no eres de los que se andan con remilgos.

El otro finalmente había cerrado la puerta. A su invitación, tomó asiento en una de las butacas.

—Y bien, Desmond Flint —dijo Judd, sentándose en la otra—. Flinty, te llaman, ¿no? Supuestamente eres duro como el pedernal.

Flint se lo quedó mirando sin decir nada.

—Es un suponer, claro está —agregó él—. Perdóname si doy la impresión de estar un poco nervioso. —Estaba tan nervioso como un gato acurrucado en una canasta—. Es verdad que en Oxford llegué a tratar con unos cuantos que decían ser de origen... eh... obrero, pero se referían a que habían estudiado en internados privados de segunda categoría. ¿El té lo tomas con leche? Hay unos cartoncitos...

—¿Por qué me has hecho venir aquí?

—Para que me cuentes lo que estás haciendo; lo que crees que estás haciendo con esos... ¿cómo los llamáis?... chalecos amarillos.

—¿Y por qué demonios iba a contártelo?

—Porque podrías obtener algún beneficio.

Flint se lo quedó mirando unos segundos más hasta que consiguió dejar atrás la suspicacia. Cuando habló, lo hizo con fluidez, como si sus palabras estuvieran lubricadas por la costumbre:

—Todo se reduce a que la voluntad del pueblo acaba viéndose frustrada una y otra vez. En los últimos años lo hemos visto continuamente: unas promesas electorales que quedan en nada, un Parlamento que se hace el remolón a la hora de llevar a la práctica

lo que el pueblo quiere, lo que el pueblo exige. Los políticos están a nuestro servicio, ¿no es cierto? En tal caso, ¿cómo se explica que unas veces hagan lo que se les ordena y otras no lo hagan en absoluto? Todo esto tiene que terminar. Y es lo que estamos haciendo: poniendo punto final a esta situación.

Él esperó a que Flint terminara y aplaudió con cortesía.

—¿Sabes qué es lo que más me ha gustado de todo? Que en realidad no has dicho una puta mierda.

—Acabo de explicar...

—No, lo único que has hecho es hablar. Decir palabras. Pero no me malinterpretes. —Cogió la tetera y sirvió—. Ahora mismo es lo único que tienes que hacer: decir esas palabras y hacer el ruido necesario. La gente en realidad no escucha, se limita a seguir el ritmo con los pies.

—A mí sí que me escuchan.

—No. Se fijan en ti y punto. Pero eso ahora mismo no tiene por qué ser un inconveniente. La línea divisoria entre la notoriedad política y la respetabilidad política es muy fina, y tú ahora te encuentras haciendo equilibrios sobre ella. Es un buen punto de partida para hacer carrera.

—Si me interesara la respetabilidad política, me habría presentado a las elecciones. ¿Y de qué carajo habría servido? —Flint cogió su taza, pero volvió a dejarla en su sitio sin haber probado el té—. Todos sabemos que el sistema está trucado en favor de la clase dirigente. De la que tú formas parte, dicho sea de paso. De manera que, ¿por qué he de escuchar lo que tengas que decirme?

—Porque he conocido la situación de cerca y me he alejado de ella —dijo él con aplomo—. Sé muy bien lo que es ocupar uno de los

principales cargos del Estado y sentirse insatisfecho, desilusionado con todo el proceso. —Rebosaba sinceridad—. Yo tenía la convicción de que podría hacer cosas positivas dentro del marco existente, pero con el tiempo me di cuenta de que siempre habrá personas que harán cuanto esté en su mano para que nada cambie en absoluto, por mucho que la situación sólo beneficie a un pequeño porcentaje de la sociedad.

—¡Vete a la mierda!

—Buena respuesta, sí, señor. Coge una galleta, anda. —Él mismo cogió una—. Reconozco que no suelen enviarme a la mierda tantas veces como merezco, en vista de las sandeces que digo. Por otra parte, hoy en día trabajo en el sector de las relaciones públicas. Si no dijera sandeces, no estaría haciendo mi trabajo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ver hasta dónde puedo empujarte.

—¿Empujarme?

—Hacia arriba, por el palo untado de grasa. Hasta llegar a lo más alto. O cualquier otra metáfora que sea de tu gusto. Una metáfora consiste en referirse a una cosa como si fuera otra.

—Vete a la mierda otra vez.

—¿Lo ves? Al final nos estamos entendiendo.

Flint cogió una galleta.

—Corrieron rumores de que no te quedó más opción que dejar el cargo. De que entre bastidores abundaban las intrigas.

—Para eso están los bastidores, amigo mío. Para encubrir lo que tiene lugar detrás. Y el hecho de que no lo sepas deja patente lo mucho que me necesitas en tu equipo. Y en cuanto a mi abandono de la primera línea de la política, ¿quieres saber la verdad? Pues sí,

es cierto que ambicionaba ocupar el cargo más alto de todos, pero se interpusieron en mi camino. En cualquier caso, eso fue entonces, y ahora es ahora. Las cosas están cambiando, y a vuestro modo estáis haciendo una pequeña contribución a ese cambio, que aun así iba a producirse, por otra parte. Quizá no esté de más tener presente esto último.

—Es verdad que hay un cambio en marcha, eso lo has captado. Un cambio descomunal, y necesario desde hace mucho.

—A ver. No conviene sobreestimar su impacto. Cuando la clase dirigente se derrumbe, ¿sabes quién va a sustituirla? Más clase dirigente. Todo se reducirá a imprimir nuevos membretes en el papel. Y lo que yo te ofrezco es la oportunidad de subirte al carro ganador. Más te vale, porque si no subes tú, otro subirá en tu lugar.

—¿Te estás quedando conmigo, colega? Lo digo porque en cualquier momento me levanto y me largo, ¿sabes? Y soy muy capaz de romperte la nariz antes de hacerlo.

—Sin duda eres muy capaz. Tienes pinta de ser un tipo duro. Pero como hagas cualquiera de esas dos cosas, como poco vas a quedarte sin saber algo que te conviene saber.

Judd bebió un nuevo sorbo de té y se mantuvo a la espera.

Flint tenía las palmas puestas en los brazos de la butaca, dispuesto a levantarse. Pero no lo hizo.

Judd bebió otro sorbo de té. A la espera.

Finalmente, Flint dijo:

—¿Y bien?

—El servicio secreto tiene gente metida en tu organización.

—Nosotros... no somos una organización propiamente dicha.

—¿En serio? ¿No lo sois? Pero tenéis gente que se ocupa de hacer cosas, ¿me equivoco? Alguien se ocupa de imprimir folletos, ¿no? ¿Quién redacta vuestras proclamas? ¿Quién se encarga de imprimirlas? ¿Quién las empaqueta?

—Entendido.

—¿Quién las distribuye? ¿Quién decide cuándo y dónde se hace lo siguiente, y quién decide de qué se trata?

—He dicho que entendido.

Judd sonrió con benevolencia.

—Por mucho que no tengáis un comité directivo, estáis obligados a tomar decisiones y contáis con gente que os orienta al respecto. Es posible que entre esa gente haya algunos que están ahí con el único propósito de informar de vuestras intenciones a lo que supongo que hemos de llamar «las autoridades». También es posible que se hagan pasar por simpatizantes que se suman a las concentraciones que organizáis. Son los que instarán a los demás a agarrar un ladrillo y estrellarlo contra una ventana. O los que sugerirán no moverse de la calzada cuando el señor agente de policía así lo indique, y los que os invitarán a responder soltándole un puñetazo. Agentes provocadores, los llaman. Porque están ahí para provocar, como la lencería, y con la misma finalidad —volvió a sonreír—: conseguir que a alguien lo jodan a base de bien.

—Y estás diciéndome que ese alguien voy a ser yo.

—Y, por asociación, todos cuantos apoyan tu movimiento. —Dejó la taza en la mesita—. ¿Un poco más? ¿Seguro? ¿Te importa si me sirvo otra? —Se volvió a llenar la taza—. Es posible que yo haya conseguido poner freno a estas actividades encubiertas. Y, si no es el caso, no tardaré en conseguirlo. Y a todo esto, permíteme volver

a mi argumentación inicial. La respetabilidad política. La cuestión no es salir elegido, sino contar con una voz.

—Por eso no te preocupes, que yo ya tengo una voz a la que la gente escucha y presta atención.

—¿En serio? Lo digo porque, si de los medios de comunicación tradicionales estamos hablando, no pasáis de ser un chiste. Una turba de desharrapados que anda por las calles. ¿Y cómo se explica que tus secretillos hayan estado saliendo a la luz? ¿Que hayan estado mirando tu historial profesional con lupa? ¿Que hayan salido a relucir unos cuantos impagos de la manutención de tus hijos y algún caso menor de alteración del orden público? Y un fraude hipotecario también, ¿no?

—¡Eso fue un error burocrático!

—Ya, sin duda. Pero el hecho es que los titulares de prensa no hacen más que repetir estas cosas cada vez que tu foto sale impresa. No es que te describan como un impresentable porque seas un impresentable. Lo hacen porque tienen miedo. Y lo que tú tienes que hacer es capitalizar ese miedo.

Flint estaba frotándose el estómago con la mirada perdida. Se diría que era lo que acostumbraba a hacer cada vez que estaba dándole vueltas a alguna cuestión, por lo que cabría suponer que Judd en aquel momento ya estaba incluyendo ese gesto en el listado de cosas que sería necesario pulir.

—¿Qué es lo que propones?

—Pretendo ayudarte —le dijo Judd—. Yo puedo ponerte en contacto con la gente adecuada, con personas que te escucharán sin prejuicios y harán lo posible para que tu voz sea escuchada sin la acostumbrada condena editorial.

—¿Y?

—Y me aseguraré de que te vean en los sitios adecuados y en compañía de las personas oportunas. Por ahora no eres más que una cara habitual en las noticias y el blanco de las burlas en las tertulias de la televisión. Pero en cuanto empieces a firmar una columna diaria en un periódico, la cosa cambiará. Entonces empezarán a tomarte en serio. —Judd dejó la taza sobre la mesa—. Habrá que empezar desde abajo, en Go TV. Es un canal con grandes aspiraciones y anda buscando a alguien con quien alinearse ideológicamente. Si deciden apoyarte, tendrás una influencia que hasta ahora no habías soñado. Y una vez que entres en esa dinámica, con el tiempo te convertirás en una fuerza imposible de detener.

—Lo dices como si fuera muy fácil —comentó Flint—. ¿Y tú qué ganas?

—Poder.

—Muy... sincero por tu parte.

—Muchas veces lo soy. A ver, yo miento como un bellaco siempre que me conviene, como hace todo el mundo. Pero aquí y ahora no tiene sentido mentir. Tu movimiento podría llegar a tener mucho éxito, y nunca me ha gustado estar en el lado equivocado de la historia. O sea, en el lado de los perdedores.

—¿Y si decido que tu ayuda no me interesa?

—Entonces pondré el mismo esfuerzo en tratar de destruirte. Pero no te enfades. No es algo personal.

Flint asentía con la cabeza, dando a entender que había llegado a una conclusión.

—Siempre te he tenido por otro pijo de mierda como los demás. Como el que hoy es primer ministro. Pero tú eres un cabrón de mucho cuidado, ¿verdad?

—Sí —convino Judd—. Y otra cosa, la vida que llevo tampoco es un secreto para nadie. Y el número de hijos que tengo es de dominio público.

—Por curiosidad, ¿cuántos...?

—He dicho que ese número es de dominio público. No he dicho que lo tenga presente en la memoria. Te llamaré esta noche. Así que ten preparada tu respuesta.

Y dicho esto, Judd lo ignoró por completo, como si Desmond Flint ya se hubiera ido de la habitación.

—Mejor te aviso —indicó Shirley Dander—: las dos últimas veces que formé equipo con otros, ambos acabaron muertos.

—¿Los... mataste?

—No, nada de eso. —Negó con la cabeza para subrayar su inocencia—. Bueno, cualquier día me cargo a Ho si surge la oportunidad. Pero aún no ha surgido.

Habían comprado unas enchiladas en el mercado de Whitecross y estaban comiendo en una de las terrazas del complejo Barbican, con los platos de papel apoyados en el hormigón de un gran parterre de flores que parecía salido de una ficción distópica. Lech cayó en la cuenta de que hacía meses que no compartía una comida con nadie. Tan sólo media hora antes, la mera idea le hubiera resultado absurda. Shirley no era una amiga, era simplemente una presencia cercana, como un fenómeno meteorológico perturbador.

Dio un bocado y miró en ambas direcciones. No vio a nadie vigilándolos. Aunque, por otra parte, ése era precisamente el objetivo del ejercicio de adiestramiento en curso.

—No hagas eso —dijo Shirley.

—¿Qué?

—Hacerles saber que lo sabemos.

Wicinski pasó la frase por el software de traducción.

—¿Has detectado a alguien?

Shirley se encogió de hombros.

—En el mercado había un tío que igual estaba siguiéndonos. Pero en cuanto sabes que alguien puede estar siguiéndote, empiezas a ver a los cabrones por todas partes. Como pasa con los ratones.

Lech se acordó de la trampa para ratones que en cierta ocasión metió en su papelera: una pequeña sorpresa destinada a Roddy Ho, a quien le había dado por revolver entre sus desperdicios. Ah, los viejos tiempos...

—Si están siguiéndonos a todos, esos tipos acabarán por tropezar entre ellos —dijo—. ¿Y a estas alturas no estarán preguntándose ya cómo es que todos trabajamos en el mismo edificio?

—Será porque es un edificio lleno de pringados. Y también es posible que no nos sigan a todos simultáneamente, sino a uno solo cada vez. ¿Quién sabe? Lo que a mí me mosquea es que estén haciéndolo.

—Te mosquea lo bastante como para unir fuerzas con el paria de la Ciénaga, ya lo veo.

Ella frunció los labios, como si estuviera muy triste.

—Ay, pobre de mí. Me pillaron mirando porno infantil. Qué pena...

—Vete a la mierda, Dander. Yo no lo hice, nunca lo he hecho y nunca voy a hacerlo.

—Ya.

—Nunca.

—Ya. Es lo que dijo Catherine.

Lech estuvo a punto de atragantarse.

—¿Qué dijo?

—Que lo del porno con niños fue un montaje. Que te tendieron una trampa. No dijo por qué. El asunto está clasificado como confidencial. —Shirley esbozó unas comillas con las manos para subrayar la última palabra y, al hacerlo, salpicó de salsa el pantalón de Lech—. Uy, perdón.

Lech contempló la salpicadura roja en su pantalón de loneta. Luego miró a Shirley, que estaba metiéndose en la boca lo que quedaba de su almuerzo. Ella puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Me he disculpado, ¿no?

—Así que todos sabéis que me tendieron una trampa. Empezando por Lamb. Pero seguís tratándome como si fuera un trozo de mierda.

Ella respondió con la boca llena:

—Es verdad que lo pasaste mal. Pero eso no significa que nos tengas que caer bien. Normalmente eres bastante capullo, ¿sabes?

—¡Por el amor de Dios! ¡A mí me han destruido la vida!

—Ninguno de nosotros está contento con su suerte. —Engulló el bocado que estaba masticando y le ofreció una servilleta de papel—. Lo mejor es que pongas un poco de agua en la mancha. Y luego le das un toquecito, pero sin hacer presión.

—Eso sólo servirá para empeorar las cosas.

—Pero al menos estarás haciendo algo. —Como él no cogió la servilleta, ella la usó para limpiarse la boca—. Mira. Tu vida se fue a la mierda. Pues bienvenido al club. Mientras tanto, Regent's Park sigue cagándonos encima desde las alturas con su escuadrón de palomas. ¿Piensas quedarte ahí tirado con la boca abierta o vas a coger un arco y unas flechas?

Él reprimió el impulso de frotar la mancha del pantalón y se frotó la mejilla en su lugar. Las cicatrices seguían pareciéndole algo ajeno, como si llevara una máscara y a cada momento se olvidara de ello. O como si hubiera despertado una mañana metido en una fiesta de disfraces o en un atraco a mano armada.

—Tú también eres bastante capulla —dijo.

—Vale —repuso ella—. Con el tiempo te acostumbrarás. ¿Tú tomas coca?

—No. Bueno, alguna que otra vez. Pero no.

—Tampoco estoy invitándote a una raya. Lo digo porque en uno de los puestos de comida tai de por aquí hay cierto fulano que... Bueno, si un día te entran ganas, no tienes más que hablar con él.

Él tuvo la extraña sensación de que era una señal de amistad. A modo de pipa de la paz. Y tampoco había que ser un lince para adivinar lo que Shirley metería en la cazoleta de cualquier pipa.

—Entendido —dijo finalmente. En la terraza ya no había nadie más. Entre el dosel formado por las nubes se colaban jirones de cielo azul—. Y bien, ¿qué es lo que tienes planeado?

Shirley respondió:

—Vamos a bajarle los humos a uno de esos cabronazos.

River estaba en su despacho. Se había pasado el día ante la pantalla o mirando por la ventana, por la que entraba un cuadrado de luz solar que iba a parar al escritorio vacío que en su día había ocupado Sid. Para él, había seguido siendo su escritorio, incluso durante la etapa de J. K. Coe, lo cual no había sido justo para Coe, pero la Casa de la Ciénaga nunca había destacado por el sentido de la justicia.

Y ahora Sid había vuelto. Todo aquel tiempo había seguido en el mundo, escondida; parcialmente borrada, pero todavía viva, esperando el momento de aparecer ante él en el despacho de la casa de su abuelo.

Durante meses, él había estado preguntándose qué secretos seguiría albergando aquel despacho en el viejo caserón, encriptados entre una pléyade de hechos y ficciones. Sacarlos a la luz sería una labor propia de un archivero como Molly Doran. Se acordó de la vez que se había quedado sentado en la cocina, mirando cómo su abuela preparaba un ganso para la cena de Navidad. El proceso había implicado la extirpación de las vísceras, que ella efectuaba con la misma tranquila morosidad con que abordaba casi todas las cosas, aprovechando para explicarle, de paso, el significado de la palabra «aruspicina»: la adivinación del futuro a partir de las entrañas de los pájaros u otros animales. Él había pensado hacer algo parecido, pero al revés: sacar aquellos libros de las estanterías, abrirlos y examinar sus entrañas en busca de indicios sobre el pasado. El pasado de su abuelo, concretamente. Aunque lo que había encontrado esa noche en el estudio del Viejo Cabrón era un fragmento de su propia vida. Tocaba seguir leyendo.

Roderick Ho había respondido a la convocatoria de Lamb tras la reunión matinal, pero ahora estaba en su despacho otra vez. En la

Casa de la Ciénaga no te hacía falta ser un espía, pues los crujidos en la vetusta escalera y las bisagras chirriantes de las puertas no paraban de darte pistas sobre dónde estaba cada quien. Al bajar, River vio que Ho había dispuesto sus monitores en lo alto, de tal forma que se proyectaban sobre su rostro como si fueran lámparas de bronceado. Con la salvedad de que las pantallas le conferían un tono cerúleo. Agazapado tras ellas, Ho lo miró de reojo, con suspicacia.

—¿Qué pasa? —preguntó River.

—¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

Ho negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua:

—*Tch, tch, tch.*

—¿Lamb te ha encomendado una misión especial?

Ho entrecerró los ojos y él lo interpretó como un sí. Pero Ho siempre creía que todo lo que hacía era una misión especial, aunque fuese descargarse los menús de los garitos de comida para llevar.

—Bueno, pues yo tengo una misión de ésas. Cuando estés libre...

—Yo no trabajo para ti.

—Ninguno de nosotros trabaja para los demás. Lo que hacemos es trabajar en equipo. Cooperar, no sé si me explico. —Ho lo miraba como si no acabara de asimilar el concepto, por lo que le dio una pista—: Como los Vengadores, ¿lo pillas?

El otro puso los ojos en blanco.

—Me refería a la vieja teleserie. Porque, ahora que lo pienso, eres clavadito a Emma Peel.

—¿Me has llamado?

Era Louisa, que había seguido a River al piso de abajo.

Ho saltó como un resorte:

—Tengo cosas que hacer. Dejadme en paz.

Louisa entró, se situó detrás de él y contempló las pantallas. Él hizo amago de taparlas con los brazos, como haría un escolar en un examen, pero como no era un pulpo, lo consiguió sólo a medias.

—¿Estás mirando registros de Uber? —apuntó ella—. ¿Qué es lo que pretendes hackear?

—No estoy hackeando nada. Sólo estoy mirando.

—Imagínate —propuso River— que te doy el nombre de una calle y una fecha, y te digo que hay unas personas que han estado yendo de puerta en puerta asegurando que son misioneros...

—No te entiendo.

—A que no serías capaz de indicarme si son misioneros de verdad o no.

Louisa sonrió.

—No trates de engatusarlo. Roddy es demasiado listo. —Señaló una de las pantallas—. ¿Diana Taverner? ¿Le estás siguiendo la pista a Lady Di?

Todo lo que tenía que ver con Lady Di captaba la atención de River.

—Esto es para Lamb, ¿verdad? ¿Qué se trae entre manos?

—Es estrictamente confidencial.

—Llevabas años con ganas de soltar esa frasecita.

Louisa seguía leyendo lo que había en la pantalla —una lista de fechas, otra de conductores, otra más de recorridos—, lo que la obligaba a inclinarse cada vez más.

—Principios de enero... —dijo.

—Justo la semana en que nos borraron del mapa —recordó River.

Ho hizo un rápido movimiento y las pantallas se apagaron.

—¡Ey! ¡Estaba leyendo!

—Fuera de mi despacho —ordenó Ho.

—¿Qué está pasando aquí?

Catherine acababa de aparecer.

—¡Señorita! ¡Señorita! —dijo Louisa con voz aniñada—. ¡Ho está usando el ordenador para espiar a la gente!

—Muy gracioso —dijo Catherine—, pero estáis haciendo más ruido del que Lamb tolera cuando está despierto. Y lo estará pronto si seguís así.

Ho se chivó:

—Cartwright quiere que investigue a unos misioneros.

Catherine se volvió hacia River y arqueó una ceja.

—He tenido un arrebato de espiritualidad —explicó él—. Pensaba que Roddy podría ayudarme. Se me había olvidado que es un capullo.

—No pienso ayudarte —repuso Ho.

—¿Te acuerdas de que Lamb espera la siguiente lista de posibles casas seguras antes de las cinco? —dijo Catherine.

La lista que River estaba elaborando debía incluir propiedades que los elementos hostiles pudieran utilizar como escondrijos en el país entero, detalle que él se repetía en voz alta cada vez que pensaba en el encargo: «En el país entero... el país entero.»

—Y tendrá su lista antes de las cinco —aseguró—. Sólo estoy tomándome un pequeño descanso con los compañeros. Siempre viene bien para la moral.

—Ándate con cuidado —dijo Catherine—. Como a Lamb le dé por nombrar a un responsable de moral, nos va a amargar la vida a

todos.

Dicho esto, se dio media vuelta y se fue.

Louisa examinó las pantallas apagadas.

—Mejor así —dijo—. Nadie puede encontrar a un par de personas anónimas que van llamando de puerta en puerta.

Ho negó con la cabeza.

—Habías dicho que no valía la pena intentar engatusarlo —recordó River.

—Ya lo sé. Es demasiado listo —respondió Louisa.

—Ya, claro —dijo Ho. Toqueteó el teclado y las pantallas volvieron a la vida—. ¿Nombre de la calle?

River le dio el código postal y la fecha que le había indicado Sid.

—Ahora vais a ver magia de la buena.

River y Louisa se miraron.

—¿Té? —dijo ella.

Una vez en la cocina, él se puso a abrir y cerrar las puertas de los armarios sin ton ni son. El desaliento lo invadió. El azúcar, prehistórico, estaba hecho piedra; los filtros del café estaban húmedos. Cogió el asa rota de una taza y la hizo girar entre los dedos.

—¿Nunca te has preguntado dónde estarías ahora si hubieras dicho que no cuando te mandaron aquí?

Louisa estaba ocupada lavando su pequeña cafetera personal.

—Por favor. ¿Cuándo te darás cuenta de que no todo gira en torno a ti? —dijo—. Por ejemplo, que Sid siga con vida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Sid es algo más que un simple capítulo en tu vida. Deberías tenerlo presente.

—Se supone que eres del MI5, no una consejera sentimental con columna en un periódico de tercera.

—Nadie ha dicho que no pudiera ser las dos cosas a la vez. —Se detuvo, dejó la cafetera y dijo—: Sid cree que la están siguiendo.

—Ya lo sé. Yo mismo te lo conté.

—Sí, pero resulta que a nosotros también nos están vigilando, ¿no? Y Sid también es un caballo lento, o lo fue en su momento. ¿Te has enterado de lo de Kay?

—¿Kay? ¿Kay White?

—¿Te acuerdas de ella?

—La que no se callaba ni a tiros —dijo él—. ¿Qué le pasó?

—Catherine me dijo que se cayó de una escalera de mano o algo por el estilo. Un accidente doméstico. Fácil de simular.

River miró el asa rota que tenía en la mano y la tiró al fregadero. Rebotó contra el fondo haciendo ruido.

—A ver si lo entiendo. ¿Estás insinuando que esos payasos de Regent's Park no se limitan a seguirnos, sino que están eliminándonos? No me parece probable. Además, hace años que Kay ya no está con nosotros y...

No llegó a terminar la frase.

—Lo mismo que Sid —recordó Louisa.

Se miraron.

—¿Qué estás pensando ahora mismo?

River respondió:

—Que es de locos. De locos.

—Sí, ya. Como tantas otras cosas que tienen que ver con la Ciénaga.

—Pero estamos hablando de Regent's Park. Y de Taverner... Taverner nunca autorizaría una cosa así.

Le vino a la mente uno de los aforismos de Jackson Lamb: «En este mundo se ven cosas muy locas.»

—Tendríamos que contárselo a alguien que esté por encima de nosotros.

—No —dijo River—. Ella me hizo prometerle que no se lo diría a nadie.

—¿A quién le prometiste qué? —Roderick Ho acababa de aparecer en la puerta.

—A nadie, a nadie —contestó River—. ¿Qué es lo que has encontrado?

Ho lo ignoró y se dirigió a Louisa:

—¿Lo ves? Te he dicho que sí podía hacerlo.

—La verdad es que no me lo has dicho —repuso ella—. No con palabras, al menos.

—Da igual. —Roddy pasó de largo frente a River y abrió la nevera, donde encontró media pizza abandonada en su caja de cartón. Sacó la pizza y dejó la caja donde estaba—. En ese código postal hay siete usuarios activos de Twitter. —Cerró la nevera sin dejar de mirar a Louisa—. Y dos comentaron que alguien llamó a sus puertas la mañana que me has dicho.

—El que te ha dicho de qué mañana se trataba soy yo —intervino River—. Por si sirve de algo.

Al parecer no sirvió de nada, porque Ho siguió hablando como si no lo hubiera oído:

—A uno le dijeron que eran de la Iglesia del Cielo de los Últimos Días, y al otro, de la Iglesia del Cristo Redentor de los Últimos Días.

Ni la una ni la otra existen. Así que esos misioneros no eran verdaderos misioneros de verdad.

—Esas frases que dices ¿son espontáneas o las practicas?

Ho frunció el ceño.

De arriba les llegaron unos ruidos sordos con los que estaban familiarizados. Era Jackson Lamb, que reclamaba su atención dando taconazos en el suelo.

River dijo:

—Lamb quiere que le entregues la información sobre Lady Di que has estado descargando. ¿De qué va ese asunto?

—Está por encima de tu nivel —contestó Ho metiéndose la pizza en la boca antes de desaparecer escaleras arriba.

—Qué lujo —apuntó Louisa—. Ya te ha recetado otra de sus frases.

—De manera que esos dos no eran misioneros... —musitó River.

—Es lo que parece.

—Lo que implica que Sid tenía razón: iban a por ella.

—Es posible. —El aroma del café recién hecho empezaba a impregnar la cocina. La Ciénaga se transformó por un momento—. Por eso decía que hay que contárselo a alguien que esté por encima de nosotros.

—¿A alguien de Regent's Park? ¡Pero si están usándonos como dianas de tiro al blanco!

—A Lamb.

—Hay algo que no entiendo —dijo River—. Si nos han borrado de los registros, ¿cómo se explica que estos tipos sepan dónde pueden encontrarnos? Si es el caso, claro.

Louisa se lo quedó mirando.

—¿No estarás sugiriendo que Lamb tiene algo que ver con el asunto?

—No lo sé. Yo no sé nada. Lo único que sé es que Sid corre peligro.

—Y tienes pensado montártelo a lo Jason Statham para protegerla.

—Le dices a Catherine que me he puesto enfermo y me he ido a casa, ¿vale? Dile que he visto comer a Ho.

Enfiló hacia la puerta, pero Louisa lo detuvo.

—¿River?

—¿Qué?

—No quiero perder a nadie más.

—¿Tú has visto que el amigo Statham saliera malparado alguna vez?

—Bueno, básicamente lo he visto protagonizar películas infumables —respondió ella, pero River ya se había ido.

Las tardes solían hacerse largas, pero aquélla parecía estar llegando a su fin. Pronto se haría de noche, Sid estaba segura, aunque los pocos árboles que había alrededor no servían para indicar el descenso del sol como lo harían los edificios en las grandes ciudades: se movían demasiado. Y nada recordaba el norte, donde había estado los últimos años. Allí anochecía de otra manera. En todo caso, lo más cercano a un indicio de la proximidad del atardecer podía ser la oscilación de las ramas.

Se veía mejor desde el piso de arriba. Le había dicho a River que se pasaba el día en el despacho del caserón, pero no era verdad. A

veces tenía que ir al baño, y aunque esas visitas siempre resultaban breves, pues nunca se prolongaban más de lo estrictamente necesario para lo imprescindible, otras veces, como ahora mismo, se aventuraba escaleras arriba y entraba en el dormitorio principal con vistas al camino que serpenteaba entre los árboles. Un camino sorprendentemente bien mantenido, para lo poco que se usaba. Algo más allá, ese mismo camino desembocaba en una carretera mayor, que a su vez llevaba a una autovía, que a su vez acababa en Londres. Una ciudad que, a tantos kilómetros de distancia, era una turbulencia casi incomprensible. Aquí, en la calma rural, la casa de al lado estaba separada por una generosa franja ajardinada y un seto imponente. Y la siguiente vivienda se hallaba cien metros camino abajo. Antes de llegar a ella te encontrabas con un sendero que conducía al pueblo vecino. Sid sabía todo esto porque lo había visto en un mapa que había encontrado en el despacho. En él distinguió otros senderos, marcados mediante líneas de puntos, por los que podía aventurarse y olvidarse de que estaba en la campiña. Una campiña que no ofrecía ningún consuelo.

Esa noche, la angustia la había empujado a subir al piso de arriba una vez más. El hecho de estar sola el día entero la desestabilizaba. El silencio permanente resultaba opresivo, pero cualquier ruido inesperado —el paso de un camión, el eco de unas voces— la llevaba a agazaparse contra una pared, a la espera de que dejara de oírse. Y de repente se encontraba palpándose la cicatriz del cráneo, preguntándose hasta qué punto su identidad, la de Sidonie Baker, se había visto afectada por el paso de aquella bala. No era propio de ella agazaparse contra una pared. Era una secuela del disparo: un nuevo rasgo personal, el producto del dolor y el desconcierto.

No sentía mucho dolor físico, todo había que decirlo. De vez en cuando tenía unas jaquecas tremendas, que surgían de la nada y se esfumaban de forma igualmente repentina, pero cada vez se daban menos. Sin embargo, sus sueños ahora eran muy extraños, por lo que las horas de descanso resultaban inquietantes y poco reparadoras. A veces se le aparecía la bala de marras, encarnada en un ciudadano belga vestido con traje blanco y con un asimétrico bigote en la cara. Por incomprensible que fuera, le llevó mucho tiempo descubrir que se trataba de Hércules Poirot. «Nuestra pequeña materia gris, *non*?», comentaba socarrón. «Tantas... ¿cómo las llaman?... Tantas neuronas echadas a perder... *tch, tch, tch*.» Esa pequeña reprimenda, en la que las vocales se fundían, se repetía durante las horas de vigilia. «Es culpa tuya, te entrometiste en mi camino... *tch, tch, tch*.»

Le habían extraído la bala de la cabeza pocas horas después del tiroteo. Sin embargo, seguía presente, como una pasajera mortífera empeñada en acompañarla de por vida.

Antes de subir al piso de arriba, había cortado una rebanada del pan que River le había llevado y una loncha de queso cheddar. Pan y queso. Pensó que River seguramente tenía cosas mejores que hacer que planificar menús, pero aun así... Quizá le haría alguna broma cuando volviera, aunque ahora mismo tenía que preparar las bromas de antemano.

Si por casualidad llegaba a recuperar su antigua vida, necesitaría algo más que un mapa de aquella zona rural, que de repente se iluminó —la zona, no el mapa— con un par de faros que atravesaron la penumbra como dos medias lunas, iluminando un instante el

dormitorio: las paredes desnudas, el marco de la ventana sin cortinas...

Sid dejó de masticar. El coche no era el de River, pero había reducido la marcha. Acabó deteniéndose en la cuneta. El conductor apagó el motor. Sid sintió un sobresalto en su interior y se estremeció.

El coche seguro que volvería a ponerse en marcha y se iría. Y River llegaría poco después, y ella le haría alguna broma sobre aquel régimen de pan y queso. «Tch, tch, tch», musitó Hércules Poirot en su cabeza.

Pero el coche no se movió. En cambio, se abrieron las puertas y bajaron dos personas, un hombre y una mujer a los que reconoció de inmediato, pues habían llamado a su puerta en Cumbria, vestidos de misioneros. Y allí estaban de nuevo, dispuestos a matarla.

Camino abajo, todos los árboles cambiaron de forma al paso de una ráfaga de viento. De haberse encontrado fuera, los habría oído suspirar al moverse, pero, desde el interior de la casa, la impresión que tuvo fue que estaban dándole la bendición en silencio. Ellos ya habían cumplido, la noche había caído, y ella tuvo la sensación de que estaban diciéndole adiós con las ramas.

SEGUNDA PARTE

Caballos que se muerden la cola

7

A aquella rotonda la llamaban Silicon Plaza porque en su órbita estaban agrupadas varias empresas de tecnología punta. Desde ese extremo de Old Street, en lo alto del corredor en descenso que llevaba a Subway 3, el paisaje a la vista era la familiar mezcolanza londinense de lo avejentado y lo nuevo: los bloques de pisos de protección oficial y el centro de oftalmología contrastaban con la hinchada cúpula de cristal, que Lech tomó por un hotel, y con la compleja fachada de un edificio de oficinas que parecía salido de un cómic de ciencia ficción. Sobre la propia rotonda, parcialmente cubierta por una gran lona de construcción, se alzaba una pantalla de vídeo de cuatro caras que reproducía en bucle anuncios publicitarios del Pixel 3a, aunque el armatoste daba la impresión de estar hecho para mostrar algo más acorde con los tiempos: peleas en jaula, Rollerball o la lucha por el liderazgo en el seno de un partido político.

Atardecía, y él y Shirley estaban esperando a que pasara lo peor de la hora punta sentados en un pub de la zona. El local tenía una ubicación idónea que facilitaba las cosas. Lech pidió una copita de vino que le duró cuarenta minutos, lapso en el que Shirley engulló dos grandes jarras de cerveza mientras le explicaba, por motivos que él no llegaba a comprender, los distintos tipos de modelado

corporal que se ofrecían en doscientos metros a la redonda: bifurcaciones de lengua, orejas de elfo, dilatación de oreja... La dilatación implicaba practicar unos boquetes en los lóbulos lo bastante anchos como para que un lápiz pudiera pasar por ellos. Lech se preguntó si no habría sido preferible que Shirley pasara por completo de él. Por entre las ventanas del pub, parcialmente oscurecidas por las promesas dirigidas a los transeúntes —¡BUENA COMIDA! ¡HAPPY HOUR DE CINCO A SIETE DE LA TARDE!—, veía a los oficinistas de camino a la parada de autobús o del metro. El aire olía un poco a lluvia, las aceras estaban algo mojadas, y se preguntó si su impermeable seguiría colgado de un gancho en el piso de su ex novia, si era buena idea seguirle la corriente a Shirley en esa movida y si una hora que duraba el doble de lo normal era dos veces más feliz o tan sólo la mitad.

—Pues eso —dijo Shirley—. Estoy pensando en afilarme las orejas también. ¿Cómo lo ves?

Lo que él veía era que Lamb estaría encantado, tanto que seguramente sería presa de uno de sus sísmicos ataques de tos.

—Yo creo que mola. No te lo pienses más.

Shirley dio la impresión de sentirse complacida.

—Igual lo hago. —Miró su reloj y dijo—: Muy bien. Ha llegado la hora de ponernos en marcha.

Lech decidió no acabarse el medio dedo de vino que le quedaba en la copa. Se levantó y, al ver que ella no lo secundaba, la miró con extrañeza.

—Tú no te preocupes —le dijo Shirley—, yo estaré por allí.

Pero ya llevaba un rato observando y Shirley no estaba allí, o él por lo menos no la veía. Tras subirse el cuello de la chaqueta, bajó

por el corredor en dirección a Subway 3, giró por él y entró en aquel complejo soterrado que siempre le hacía pensar en un coliseo, aunque no estaba claro si los oficinistas en circulación eran unos gladiadores o carnaza para leones. Aquí abajo se concentraban unos cuantos comercios sin pretensiones, de esos que seguramente no sobrevivirían ni diez minutos a cielo abierto —aunque no podía negarse que, en los resquicios y recovecos de Londres, florecían especies bastante raras—. Pasó junto a una librería, una tienda de postales y pósteres, una cafetería y una cerrajería; eludió una pantalla del tamaño de un buzón de correos que regurgitaba los mismos anuncios que su monstruoso pariente en lo alto y se fijó, sin detenerse, en un cartel que informaba de la renovación de Subway 2. La puerta de acceso a esa sección estaba tapiada con tablones, y pudo oír el ruido de una taladradora. Aún había gente por allí, por lo general de camino a la estación del metro, pero siguió adelante y giró a la derecha, hacia Subway 1 —donde estaba la salida Hoxton/Shoreditch—, dejando atrás un puesto de bocadillos y una floristería, cuya efímera fragancia era una nota de luz en la oscuridad. Al llegar a la otra punta subió por las escaleras hasta llegar a la superficie, donde volvió sobre sus pasos y cruzó la verja de entrada en dirección a los bloques de protección oficial. Sin mirar atrás, de pronto dio un giro de 180 grados y enfiló el corredor, dirigiéndose al metro otra vez. Arriba, abajo. No parecía que nadie estuviera siguiéndolo, pero tuvo buen cuidado de no mirar para cerciorarse. A Shirley tampoco se la veía por ninguna parte.

De vuelta en el coliseo subterráneo, de repente se preguntó si no estaría siendo objeto de una broma pesada, en plan cabrón... Quizá

los demás estaban ahora mismo con ella en el pub, partiéndose de risa después de haberlo enviado a hacer el primo por ahí.

«Que se vayan a la mierda», pensó.

Pero no, aún no. Que se fueran a la mierda dentro de diez minutos, o tal vez veinte. Porque él ahora mismo no tenía ninguna otra cosa que hacer, y siempre le había gustado pasear después del anochecer. Lech Wicinski: sempiterno andarín por calles vacías.

Y aunque estas calles no estuvieran completamente vacías, o no merecieran el nombre de calles, por el momento ya le venían bien.

«Supongo que se estarán preguntando qué hacen aquí, reunidos en la biblioteca.»

El que pronunciaba esas palabras era Poirot; o más bien aquella bala alojada en lo profundo del cerebro de Sid Baker.

Y era un hecho que ella estaba en la biblioteca o, mejor dicho, tratando de esconderse en el estudio. Aunque allí no había reunión alguna, no se veía a ningún otro sospechoso convocado por el investigador belga. Allí tan sólo estaba Sid, y en el exterior había otras personas, fueran quienes fueran.

Había bajado las escaleras mientras aquellos dos venían por el sendero del jardín, y ahora estaba sentada tras la puerta cerrada del estudio, envuelta por el sonido del timbre de la entrada, que iba apagándose a lo lejos. Nada resuena tan fuerte como un timbre en una casa vacía. El corazón le palpitaba con violencia y sentía un extraño cosquilleo en el estómago. El despacho estaba a oscuras. «Aquí no hay nadie...» Volvió a sonar el timbre, y luego llamaron una vez más. Y entonces se oyó un tintineo, el de la ranura del

buzón, e intuyó que aquellos dos estaban arrodillados ante la puerta de entrada, escudriñando el recibidor por turnos.

En la casa volvió a hacerse el silencio, tan sólo interrumpido por el ligero traqueteo del pomo de la puerta.

En un mundo perfecto, aquellos dos se habrían ido sin más. Pero, en un mundo perfecto, a ella no le habrían pegado un tiro en la cabeza.

En el estudio había una estantería con objetos en exposición en lugar de los libros acostumbrados. Ese detalle la había sorprendido. Ella no había llegado a conocer al Viejo Cabrón —así era como lo llamaba River, y de ahí que pensara en el anciano con ese sobrenombre—, pero sabía quién era, y le resultaba difícil imaginar que aquella leyenda del MI5, el hombre que había llevado el timón de la nave mientras sucesivos capitanes nominales ocupaban la Primera Mesa, tuviera por costumbre coleccionar baratijas: una bola de cristal, un pedrusco de hormigón, un trozo de metal que parecía un amasijo...

Pero así funcionaban las vidas, mediante la lenta acumulación de minucias privadas, y lo que importaba era si alguno de aquellos objetos podía usarse como arma. Quizá sí, si quien lo empuñaba estaba en forma. Ella no lo estaba, pero eso no le impidió agarrar la bola de cristal, cuyo peso le pareció reconfortante. Tenía la base apenas lo suficientemente limada para mantenerse en pie. Y estaba vacía. Había esperado encontrarse con el ala de una mariposa o con un sutil fragmento del otoño —un guijarro, una hoja de árbol—, pero nada: cristal y peso. Se agachó junto a la puerta y acunó la bola con las manos intentando convencerse de que la anclaba a la tierra.

Funcionó hasta cierto punto; sin embargo, oyó que llamaban con los nudillos a la puerta trasera de la casa.

Un año o dos antes, un turista se había separado de su grupo en el metro y habían tardado casi tres días y medio en encontrarlo. La historia era tan parecida a un mito clásico que ni siquiera tenía gracia. Lech estaba empezando a experimentar algo parecido. Giró en dirección a Subway 4 —Saint Luke's/Clerkenwell—, pasó por delante de los urinarios públicos y viró a la izquierda. Subió por la pendiente, bajo el puente peatonal, y llegó por quinta vez a la plaza, con sus árboles, sus bancos, sus parterres de flores y sus hileras de bicicletas eléctricas. Aún no llovía, y ahora había menos gente. Era un momento de calma: ese breve lapso que se abre entre el fin de la jornada de trabajo y el inicio de las noches de copas en un día laborable, una versión menos frenética que las noches de copas del fin de semana, aunque no sin su pequeño componente convulso. A veces te aferrabas a las horas periféricas de la jornada porque las centrales te carcomían el alma. Otras veces pasaba a la inversa. Meneó la cabeza con intención de disipar la idea de que sus propios días carecían de asideros sólidos y continuó andando: dejó atrás aquel mural abominable, pródigo en ciervos y druidas, y bajó por las escaleras de vuelta a la penumbra.

Y ahí estaba ese tipo otra vez.

La primera vez que lo había visto, el fulano iba vestido con un impermeable gris. Ahora llevaba uno negro, pero las solapas estaban lo bastante abiertas como para poder ver el interior gris: era una prenda reversible, idónea para cambiar de vestuario en un abrir y

cerrar de ojos. Antes llevaba gafas y ahora no. Daba igual. Le tenía tomada la matrícula. No dejó que se le notara; no alteró el paso ni frunció el labio al llegar al área central y enfilar de nuevo hacia Subway 3: Moorgate y Old Street West (South Side). Empezaba a tener la sensación de que era muy capaz de dibujar el coliseo de memoria, y hasta de llenar el boceto de figuras monstruosas, desharrapadas y babeantes.

Subió las escaleras, esperó dos minutos mirando el reloj —tiempo suficiente para que quien lo seguía empezara a preguntarse si lo había perdido por las calles de alrededor— y luego volvió a bajar por la pendiente.

Había menos gente. Shirley seguía sin aparecer y, a esas alturas, él estaba convencido en un ochenta por ciento de que todo aquello era una puta broma; de que los demás se habían reunido ya con ella en el pub y se estaban descojonando de él.

Eso significaba que tendría que devolvérsela, lo que sin duda acabaría provocando una escalada. Pues bueno, tarde o temprano tenía que llegar ese momento.

Al pasar junto a la columna central volvió a detectar a su sombra, todavía con impermeable negro, pero no se detuvo ni un segundo a mirar. Eso sí, el lenguaje corporal del otro delataba alivio. Muy bien: el tipo había creído por un momento que la había cagado, que se le había escapado.

Ahora —en el próximo minuto, más o menos— apretaría de más para compensar y procuraría no perderlo de vista. En teoría, al menos.

Recordaba esa sensación: durante la fase de adiestramiento había metido la pata más de una vez y, al darse cuenta luego, siempre se

preguntaba si aquélla sería la última, si lo llamarían para una de aquellas entrevistas breves en las que te daban las gracias por tus esfuerzos y te aseguraban que alguien con tus dotes tenía un sinfín de posibilidades por delante: la jardinería, los seguros de vida... o quizá algo relacionado con la informática, pero nada complicado.

Eso sí, de Regent's Park ya podías olvidarte para siempre, y además tenías prohibido volver a hablar del tema. «Firme aquí, por favor.»

El tipo que lo seguía seguramente estaba pensando que aquél era el peor resultado posible. «Créeme», pensó él mientras volvía por Subway 4, «no es lo peor que te puede pasar».

En lugar de salir a la calle, se detuvo a medio camino y entró en los urinarios públicos.

Los golpes en la puerta trasera cesaron por completo, como si esos dos esperasen oír una respuesta. Al ver que no llegaba, volvieron a llamar con insistencia.

Tal vez, si se quedaba quieta y en completo silencio, pararían, pensó Sid. Pero ese razonamiento era el típico de un animal asustado: el instinto que paraliza a un conejo en la carretera, como si así los coches fueran a desaparecer. Y esto último no suele ocurrir.

Las cortinas del estudio estaban abiertas. Ella había tratado de abrir las ventanas el día anterior, con la idea de ventilar un poco la estancia, pero estaban cerradas con una llave que no logró encontrar. Durante una fracción de segundo se vio arrojándose al vacío, como en las películas. En la vida real, eso implicaría acabar convertida en un amasijo ensangrentado sobre el césped.

Y no podía llamar a River. Su teléfono estaba en la casita de Cumbria, o ése fue el lugar donde lo vio por última vez. Cuando hacías lo posible por desaparecer, lo primero que hacías era librarte del móvil.

No podía llamar pidiendo ayuda; no podía salir corriendo para ponerse a salvo...

Así era como morían los conejos.

Ahora mismo estaba descalza; había dejado las zapatillas deportivas bajo el sillón del Viejo Cabrón, de modo que puso la bola de cristal a un lado y reptó hasta hacerse con ellas. Se tumbó de espaldas, se las calzó y anudó los cordones. Con las deportivas puestas se sintió más segura, como si acabara de enfundarse una capa protectora adicional. «*Tch, tch, tch*», dijo la bala. No era tan sólo la voz de Poirot, sino también la de la razón, o eso parecía. Una voz que se complacía en recordarle que toda ilusión de escapatoria era una gilipollez.

Dejaron de llamar a la puerta.

Parapetada tras el grueso sillón, se arriesgó a escudriñar por la ventana. No vio a nadie, como no fuera la sombra de un árbol que movía las ramas en señal de despedida. «Adiós.» Era posible que sólo se tratara de un mal presentimiento.

Pero entonces volvieron a llamar a la puerta.

Aunque esta vez lo que oyó fue más bien un leve chirrido, como si alguien estuviera arañando el cristal con la uña. Se acordó de que la puerta trasera tenía un panel acristalado encajado en un marco de madera. Ella había echado la llave cuando River se había marchado la noche anterior, porque eso era lo que hacías cuando estabas escondida: cerrar bien las puertas. Pero no hacía falta ser ningún

experto para saltarse una puerta con un cristal. Bastaba con que no te importaran demasiado los desperfectos.

El leve chirrido cesó, seguido por el roce del cristal al retirar el círculo recortado.

Sí, la bola de cristal podría ser un arma. Aunque tal vez sería mejor optar por el trozo de metal deformado, que, según le había explicado River, en su día había sido una Luger. La historia de cómo había acabado así tenía que ver con la guerra. Ahora parecía haber sido rediseñada por Dalí, y ella no tenía otro proyectil con que cargarla que el recuerdo de una bala. «*Tch, tch, tch*.»

De la parte de atrás de la casa llegó un nuevo ruido: el del cristal al estrellarse contra las baldosas del suelo. La antigua pistola que sostenía en la mano le resultaba extraña. Llegaba a distinguir lo que en su día seguramente fue el cañón, que ahora estaba enroscado en torno a sí mismo como un lagarto dormido, pero el gatillo había sido engullido por el amasijo de metal. Oyó un clic que atribuyó a la apertura del cerrojo de la puerta después de que una mano se colase por el cristal cortado para liberar el pestillo. Oyó que la puerta se abría y barría los añicos de cristal apartándolos a un lado. Si pudiera resolver la cuestión de la pistola, recordarle lo que antes había sido, no estaría indefensa. La atmósfera de la casa cambió de repente, y la transformación fue perceptible incluso desde el interior del estudio. Escuchó con atención, a la espera de percibir los pasos de los dos intrusos. Aunque sin duda estarían avanzando con mucha cautela al haber entrado ya en la casa, y no podría oírlos. Los misioneros siempre eran cautelosos.

Si pudiera recuperar a su antiguo yo, no estaría indefensa.

El silencio se hizo más denso, como si el esfuerzo de los intrusos por no hacer ruido se estuviera extendiendo sigilosamente por toda la casa.

Pero el sigilo terminó frente a la puerta del estudio.

Ya que estaba en los urinarios, Lech se encerró en uno de los cubículos y procedió a echar una meada.

«En esto se ha convertido mi vida laboral», pensó. «Yo antes era analista de inteligencia; uno de los mejores y más prometedores que había en la oficina central; y ahora me encuentro en un apestoso retrete público, con la esperanza de que uno de mi propio bando asome la patita.»

El destierro a la Casa de la Ciénaga tenía estas cosas.

Acabó y tiró de la cadena, pero en lugar de salir para lavarse las manos, se acercó a la puerta y pegó la oreja. Los ruidos que llegaban del metro eran sordos, abstractos, propios de un acuario. ¿Cuántos hombres se habían encontrado donde él estaba ahora, ansiosos de entablar relación con un desconocido? Cerró los ojos y pensó en la preparación de una focaccia. Se imaginó aporreando la masa y golpeándola de forma repetida, pero la masa se empeñaba en subir una y otra vez.

—Nos interesa identificar a nuestros perseguidores —le había dicho Shirley en el pub—. Hacernos con sus carnets del servicio, sus carteras, sus teléfonos. Y ya puestos, con la calderilla que lleven encima y hasta con las llaves de sus casas. A tomar por culo. Que se jodan.

—Te recuerdo que son agentes en fase de adiestramiento —objetó Lech—. Sin duda serán astutos. Y estarán en plena forma.

—Yo sí que estoy en plena forma.

«Tú lo que llevas es un puto colocón de narices», había estado a punto de replicar. Luego, en el coche, ella había ido dando saltitos en su asiento, sin parar de moverse, sin que las dos pintas de cerveza la hubieran sosegado lo más mínimo.

«Ésta va a acabar incrustada en el techo», había pensado él.

Por eso había decidido que, tal como estaba su compañera, lo mejor para él era quedarse solo y hacer las cosas por su cuenta.

Quienquiera que hubiese entrado después de él en los servicios estaba utilizando uno de los urinarios exteriores. Apoyó la frente contra el dorso de la mano. El otro terminó, anduvo unos pasos y abrió un grifo. Él lo oyó arrancar una toalla de papel del dispensador y secarse las manos. Y después, nada. Ni pisadas, ni el ruido de una respiración. Tan sólo un hombre en unos urinarios públicos, seguramente con una toalla de papel en la mano. «Un hombre vestido con un impermeable negro», pensó. «Una prenda reversible, gris por el otro lado.»

Abrió la puerta, de forma tan repentina como ruidosa, y salió del cubículo.

El otro estaba delante del espejo, estirándose la comisura de un ojo como si se le hubiera metido algo dentro. Quizá tenía algo en el ojo, o igual no —bien podía ser una táctica destinada a ganar tiempo —, pero lo que estaba claro era que no se trataba del hombre con el impermeable, a no ser que se lo hubiera cambiado por una chaqueta en los últimos cinco minutos, y que a continuación también se hubiera cambiado la cabeza. Cuando Lech hizo aparición, el tipo dejó

de toquetearse el ojo y lo miró. Tras un instante de vacilación, Lech se situó frente al espejo y procedió a lavarse las manos.

—Tirar de la cadena es de buena educación —observó el desconocido.

—Ya lo he hecho.

—Claro. —El otro volvió a frotarse el ojo. Estaba contemplando su propio reflejo cuando, de repente, añadió—: ¿Andas buscando compañía?

—Déjame en paz.

—Lo digo porque éste no es el lugar indicado.

—Déjame en paz, he dicho.

—Ahora hay portales en la red. Aplicaciones.

—Vete a cagar.

El desconocido tiró la toalla desechable a la papelera.

—Sólo era un comentario. Hay que ponerse al día, hombre. A no ser que te vayan los sitios como éste.

Se oyeron unas pisadas. Alguien estaba llegando.

—Tengo prisa, adiós —dijo el tipo, y salió justo cuando el hombre con el impermeable negro entraba por la puerta de los urinarios.

Ella se llamaba Jane. Él se llamaba Jim.

Sin más; los apellidos se los ahorraron.

—Y tú eres Sidonie Baker, ¿verdad? Sid para los amigos.

—A nosotros nos encantaría ser tus amigos.

—Sí, ya lo creo.

La puerta se había abierto y aquellos dos habían entrado de una forma que se antojaba irremediable. Como si fueran unos

compradores potenciales y esa casa formara parte de su lista, con sus habitaciones espaciosas y bien ventiladas, aunque probablemente habría que resolver algunas dudas sobre el nivel freático. Y entonces, ¿en qué se había convertido ella, cuyo nombre tan bien conocían? ¿En su agente inmobiliaria?

—River no tardará en llegar —les dijo—. River Cartwright.

—Eso es bueno. Pero cuando él llegue, ya nos habremos ido. Siempre vamos rápido.

—¿Tienes un abrigo, Sid? ¿O una chaqueta? Fuera hace un poquito de frío.

—Es lo normal en esta época del año.

Jane era rubia y Jim, moreno. Sin embargo, si los mirabas de cerca —en lugar de mirarlos, por ejemplo, desde lo alto de una ventana—, ni el uno ni la otra lo eran de forma convincente. Sid sospechaba que se habían pasado una hora en el cuarto de baño del hotel, tiñéndose el pelo con productos comprados en alguna droguería cercana. Iban vestidos igual que la primera vez que los vio, con camisas blancas bajo las chaquetas y abrigos negros, y hablaban animadamente y con mucho desparpajo. No llegaban a recitar un guión, pero improvisaban el diálogo para lo que tenían planificado, y si el efecto era un tanto artificioso, pues qué se le iba a hacer. ¿Qué cabía esperar de dos malos actores?

—Yo no voy a ninguna parte —dijo ella.

—Eso tendrás que reconsiderarlo —indicó Jane.

—Tú no estás bien —explicó Jim—. ¿O ya no te acuerdas? Estuvieron cuidando de ti, en un sitio muy bonito, pero te fuiste antes de lo previsto. Sigues teniendo esos dolores de cabeza, ¿no es así?

—Y van a empeorar sin tratamiento —terció Jane.

—Así que lo que vamos a hacer es dejarle una nota a ese señor Cartwright. Le indicaremos adónde te llevamos, para que pueda ir a visitarte.

—Pero cuanto antes nos vayamos, mejor.

—El tráfico a veces está imposible.

—¿Cómo habéis averiguado dónde estaba? —preguntó Sid.

—Bueno, porque nos presentamos en la casa de la ancianita de al lado y estuvimos charlando un poco con ella.

—Es lo bonito de vivir en el campo, ¿verdad? La gente se fija en lo que sucede alrededor. Si estuviésemos en una ciudad, podrías llevar meses viviendo aquí sin que nadie se hubiera enterado de cómo te llamas.

—Años incluso.

—Así es: años, como dice Jane.

Jane acababa de encontrar la chaqueta de Sid, colgada en el respaldo de una silla.

—Será mejor que dejes eso por ahí. Da la impresión de ser un estorbo; es demasiado pesado.

Sid contempló la pistola inútil en su mano. Menuda arma más estúpida había elegido; aquello era como irse a la guerra empuñando un recuerdo turístico.

«*Tch, tch, tch*.»

El ruido que aquel trozo de metal hizo al caer contra la alfombra sonó un punto agresivo.

—Buena chica —aprobó Jim.

—Mira, esto es lo que vamos a hacer —sentenció Jane—. Vamos a subirnos los tres a ese coche tan bonito y caldeadito que está ahí

fuera, y te llevaremos de vuelta a un lugar en el que cuidarán de ti. A un lugar del que no tendrías que haberte ido.

Sid recuperó la voz.

—Vosotros no venís de allí. No venís de la granja.

—No, cariño. Pero suelen llamarnos cada vez que hay que llevar a alguien de vuelta.

—A alguien que se ha escapado.

—Como tú misma.

Sid pensó que podía llegar corriendo hasta la puerta. Aunque quizá no. Y entonces Jim se ocuparía de ella, o a lo mejor Jane...

«Ha llegado el momento de usar tus neuronas, *ma chère*», dijo Poirot.

«Las pocas que te quedan», agregó la bala.

—O podrías volver a escaparte —le dijo Jane. Se agachó para recoger el trozo de metal y lo acarició un segundo mientras miraba a Sid—. Incluso podrías ir corriendo a casa de la vecina y decirle a la buena señora que vamos a llevarte a un lugar horrible.

Dejó el objeto metálico en el estante.

—Pero esa señora no va a creerte —intervino Jim—. Porque ya nos hemos ocupado de hablar un poco con ella.

—Y sabe que eres una persona inestable —prosiguió Jane—. Una persona muy capaz de hacerse daño a sí misma.

—Por lo que es mejor evitar males mayores.

—No te serviría de nada montar un escándalo. Vamos, ponte la chaqueta.

«Eso de la chaqueta tiene... ¿cómo se dice?... sentido», dijo la bala.

Así que no iba a poder correr hasta la puerta.

Jim le sujetaba la chaqueta para que metiera los brazos en las mangas.

«Tienes que ser como Villanelle, como Lara Croft», estaba pensando ella, pero seguía siendo Sidonie Baker, y Jim no parecía dispuesto a ofrecerle ninguna alternativa.

Acabó cediendo y, al acercarse, notó que la chaqueta la engullía.

—¿Estás lista?

«Más que lista, *foutue*: jodida», sentenció la bala.

Jim abrió la puerta con una pequeña reverencia, como si fuera un mayordomo, y la invitó a pasar.

—Saldremos por la puerta posterior —indicó en una voz tan baja que apenas se oyó.

Jane, la última en salir, apagó las luces. En el cristal de la puerta trasera, una mano experta había abierto un boquete circular para alcanzar el pestillo, descorrerlo y acceder al interior. La salida estaba siendo menos complicada. Mientras la conducían al coche, Sid contempló la casa de la vecina, medio oculta tras la pantalla del seto. Había luces en la casa, pero ninguna señal de movimiento. Esperaba que no le hubieran hecho nada malo a la señora que vivía allí. Tampoco tenían motivo para hacerlo, claro. Pero la historia reciente estaba marcada por los daños colaterales, por la metralla que, con absoluta indiferencia, desgarraba vidas inocentes. Si aún quedaban vidas inocentes en el mundo, claro.

Eso fue lo que pensó ella, pero aquel pensamiento le resultaba demasiado pesado, como si fuera un anuncio del viaje final. Se sentó en el asiento posterior, con Jim a su lado. El cinturón de seguridad estaba demasiado apretado, pero no se molestó en reajustarlo: en la vida había muchas cosas a las que terminabas por resignarte.

Y ahora era el momento idóneo para pegarle un puñetazo a su perseguidor.

Más que nada porque estaba ocupado en echar una meada: uno de los tres momentos primordiales en los que la atención se centra en otras cosas. Aunque su meada era extrañamente silenciosa, lo que significaba que, o bien estaba fingiendo, o bien era uno de esos individuos a los que les resultaba imposible orinar con un desconocido al lado, como le ocurría a él mismo. De manera que tal vez estaba preparándose para un puñetazo inminente y se apartaría con un ágil movimiento cuando él se lanzara al ataque, y entonces él acabaría con una de esas lesiones que se ven en los dibujos animados cuando un puño se estrella contra una pared de hormigón: una mano hinchada, del tamaño de un guante de boxeo, y palpitante como un trombón mudo.

Y no todo quedaría ahí, porque él era más bien especialista en análisis y estrategia, o lo había sido durante su etapa en Regent's Park: su trabajo consistía en recopilar datos, hacer observaciones, incluso analizar de forma obsesiva detalles insignificantes. Un analista perfeccionista, podría decirse. Si hacía falta asestar unos mamporros a alguien, siempre tenía la opción de llamar a otros para que se encargaran. Y no porque él fuera un miedica, sino porque cada uno debía centrarse en sus puntos fuertes. Y además, si estaba equivocado y ese hombre de hecho era un civil, no parecía una buena idea soltarle un puñetazo. Porque, más que el salón de la última oportunidad, la Casa de la Ciénaga era el tugurio de la oportunidad cero. Cualquier error por su parte sería el último dentro del MI5, y endilgarle un puñetazo a un desconocido que estaba en un

urinario público y no se metía con nadie seguramente contaba como error.

De manera que, en lugar de recurrir a la fuerza física, dijo:

—Te he pillado.

El otro no se volvió.

—¿Cómo?

—Que te he pillado.

—No sé de qué me hablas, colega. ¿Te importaría dejarme en paz? Estoy tratando de echar una meada.

—Tú eres de Regent's Park. Se supone que tenías que hacerme un seguimiento sin que te descubriera. Pero mira tú por dónde: te he descubierto.

El del impermeable dejó de mear, o dejó de fingir que estaba meando, o renunció por completo a tratar de mear. Después de subirse la bragueta, se volvió y clavó la vista en Lech.

—No sé qué son estos jueguecitos con los que me vienes, pero más te vale buscar a otro con quien jugar, ¿me explico? Porque si sigues mosqueándome, vas a acabar con la cabeza metida en uno de ésos... —Señaló el urinario a su espalda—. ¿Queda claro? Porque te meto de cabeza —recalcó, y le dio un fuerte empujón en el hombro al encaminarse hacia la salida.

«Ha sido bastante convincente», pensó Lech, quien en otro tiempo se habría hecho a un lado asumiendo que había cometido un error o contemplando, cuando menos, dicha posibilidad. Pero eso era en otro tiempo, cuando tenía la cara de siempre. Antes de que su rostro pareciera el dibujo de un nudo ferroviario hecho por un niño de cinco años.

Identificación, carnet del servicio, cartera, teléfono.

Y ya puestos, la calderilla que llevase encima y hasta las llaves de su casa.

Y a tomar por culo. Que se joda.

—No te has lavado las manos —dijo.

—Vete a la mierda —le espetó el del impermeable negro.

Y él le soltó el puñetazo.

Fue un *uppercut* sin demasiada fuerza, y con el inconveniente de que su objetivo era el lado de la cabeza del tío del impermeable, lo que daba pie a que la peor parada fuese su propia mano. Pero tampoco estuvo tan mal: un cinco sobre diez, quizá, y hasta hubiera podido ser un siete o un ocho si hubiera llegado a conectar. Pero falló por un par de centímetros, pues el otro apartó la cabeza con habilidad, dejando bastante patente que el asalto de un desconocido no le resultaba algo inusual. Estaba mejor adiestrado y también en mejor forma. O sencillamente era mejor. Eso tampoco se podía descartar.

Y a continuación le asestó dos golpes a Lech en el estómago, en rápida sucesión. Él trastabilló hacia atrás, derribando la puerta de un cubículo, y tan sólo logró mantenerse en pie extendiendo las manos y apoyándose en ambas paredes, lo que venía a ser toda una invitación al siguiente golpe...

Un golpe que resultó ser una auténtica maravilla, de los que te acuerdas al despertarte durante meses y meses, y cuyo aniversario celebras escondiendo la cabeza bajo la almohada y llorando en silencio.

Por suerte para él, quien lo propinó fue Shirley, y quien lo recibió, el tío del impermeable.

Cuando River llegó, la casa estaba tan oscura como una frase de una canción de rock. Mientras aparcaba en la cuneta, reparó en las roderas recientes dejadas por otro vehículo. Podía ser algo, podía no ser nada, pero en lugar de recoger las compras que llevaba en el asiento posterior —pan y queso, y algunas otras cosillas que podían gustarle a Sid—, se dirigió a la casa de inmediato, por la parte de atrás. La puerta no estaba cerrada con llave. Y en el cristal había un boquete, practicado de modo primoroso. Esto no era el destrozo de unos gamberros.

—¿Sid?

La casa desocupada respondió de la manera predecible.

—¡Sid!

No tenía sentido intentar pasar desapercibido, así que echó a correr por el pasillo mientras de las baldosas brotaba el recuerdo de una queja de su abuela Rose: «No corras por la casa, cariño.» El estudio se encontraba a oscuras. Sid había estado allí —su manta estaba tirada por el suelo y había un vaso medio lleno de agua junto a un libro abierto en la mesa—, pero ya no estaba.

Corrió al piso de arriba, fue de una habitación vacía a la siguiente. Las paredes desnudas lo contemplaban desde todos los ángulos.

De vuelta en el despacho, hizo lo posible por tranquilizarse y trató de recordar lo que le habían enseñado en sus días de adiestramiento. No había señales de pelea, sino sólo de que alguien había tenido que marcharse de repente. El gran pisapapeles de cristal que le habían regalado al Viejo Cabrón por su jubilación había ido a parar al suelo. Lo recogió, sorprendiéndose como siempre de lo pesado que era, lo escudriñó en busca de respuestas y terminó por devolverlo a su estante. No tenía ni idea de dónde estaba Sid, pero

su chaqueta y sus deportivas ya no estaban allí. Si alguien se la hubiera llevado a la fuerza, no iba a preocuparse por recoger esas cosas. Y si habían ido a buscarla, la vigía de la casa vecina tenía que haberse enterado.

Un segundo después ya estaba aporreando la puerta de Jennifer Knox.

—¡Ay, por Dios! ¡Ay, por Dios! ¡Ay, por Dios!

—Lo siento, no pretendía...

—Es muy tarde.

No tanto, pues aún no eran las ocho, si bien la oscuridad iba abriéndose paso por los caminos cercanos mientras el vecindario empezaba a acurrucarse como una paloma en su nido.

—Lo siento, señora Knox. No la molestaría si no fuese una emergencia, pero tengo que saber si alguien ha venido a la casa de mi abuelo. ¿Ha visto algún coche?

—¿Esto tiene que ver con su amiga?

—Con mi amiga... sí.

—Se ha ido en el coche con los otros dos, no hace ni cinco minutos.

—¿Qué otros dos?

—La pareja de... —bajó un poco la voz—. La pareja del hospital.

—A ver —dijo River—. Me está diciendo que una pareja ha venido.

—Un hombre y una mujer, sí.

—En un coche.

—Sí. De color plateado, creo. O blanco. No es fácil distinguirlos con la luz de las farolas.

La anciana se hizo a un lado para que entrase en la casa y él lo hizo, dejando la puerta abierta. Iba a tener que irse a toda prisa y

no quería obstáculos en su camino.

Pero la señora Knox ya estaba dirigiéndose a la sala de estar.

—¿Le importaría cerrar la puerta para que no se escape el calor, por favor?

Él la cerró y volvió a la sala.

—¿Le han dicho adónde iban?

—Han dicho que esa muchacha no se encontraba bien. ¿He hecho lo que tenía que hacer?

—¿Le han dicho adónde iban? —insistió él.

—La chica lleva días en la casa, y no ha salido ni una sola vez. Yo creía que ya se habían llevado todos los muebles. ¿Dónde habrá dormido, si no hay camas?

—Señora Knox...

—Se han sorprendido cuando les han dicho que la muchacha estaba dentro. Pensaban que no había nadie en la casa.

Él se tomó un momento para sopesar estas palabras. ¿Habían ido en busca de Sid, pero no esperaban encontrarla o ni por asomo habían ido en su busca?

—Pero sabían a quién me refería cuando les he dicho que usted tenía alojada a una amiga en la casa.

—¿Y le han dicho adónde iban?

La otra frunció el ceño.

—Señora Knox...

—Por favor. No me gusta que me presionen.

—Lo siento, pero es importante. Necesito saber adónde se han llevado a mi amiga.

—Han dicho que la trasladaban de vuelta al hospital. Y que no me preocupara si la veía un poco nerviosa, porque llevaba cierto tiempo

sin tomar su medicación.

—¿Ha visto cómo se marchaban con ella?

—Usted no me dijo que esa chica estaba tomando medicación. Debería haberme avisado, ¿no?

—Lo siento. —Improvisó y descartó una serie de cuentos chinos sobre leves dolencias que requerían dosis mínimas de medicación, pero todo esto era perder el tiempo—. ¿Sabe qué dirección tomaban?

—No estoy segura. ¿El hospital dónde queda?

—Hay diferentes rutas —respondió River—. Y tengo que hablar con ellos de inmediato. ¿Por dónde...?

—Carretera abajo —dijo la mujer—. En dirección al pueblo seguro que no, porque en tal caso los faros del coche habrían iluminado mis cortinas...

Que no llegaban a estar cerradas, no del todo. Había un pequeño hueco, frente al que se encontraba una mesita con un cuaderno y un bolígrafo al lado. Nada más verlos, se hizo una visión de conjunto de la vida de la señora Knox, tan nítida que se diría iluminada por un foco. Ahí lo tenía, con eso llenaba sus días vacíos. Sin pedir permiso, atravesó la estancia y agarró el cuaderno.

—Pero, pero... ¿se puede saber qué...?

—¿XTH?

—¡Esto es privado!

—Era lo que ponía en la matrícula, ¿verdad?

—¡Para que lo sepa, yo no me dedico a fisgonear!

—Me da exactamente igual. Es lo que pudo anotar de la matrícula, ¿cierto?

—Mire usted, yo vivo muy sola y...

«¿XTH?»

Habría podido memorizar las letras sin dificultad, pero no iba a hacerle falta.

—Lo siento —dijo, aunque no lo sentía en absoluto.

Arrancó la hoja de la espiral del cuaderno.

—¡No puede hacer eso!

Pero sí que podía, y lo había hecho. Le dio las gracias a la vecina, o se disculpó. O al menos hizo una de las dos cosas, se diría a sí mismo más tarde.

Con las prisas por llegar al coche, no cerró la puerta al salir. Una imagen se grabó en su memoria al marcharse: la señora Knox enmarcada por un rectángulo de luz en el umbral de su casa. Retorciéndose las manos, posiblemente.

—¡¿Dónde te habías metido?!

Shirley se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Estaba al acecho, esperando a que le hicieras picar el anzuelo y lo llevaras a la red.

—Pero no te he visto por ninguna parte.

—Se suponía que no debías verme.

De hecho, Lech habría necesitado una vista sobrehumana para conseguirlo, pues ella estaba bastante lejos, tras decidir deshacerse de su propio perseguidor.

Se le había ocurrido coger la Northern Line hasta King’s Cross para despistarlo, pero se había equivocado de andén y había acabado haciendo un breve e imprevisto viaje hasta Mornington Crescent. Al final le salió bien, porque nadie la siguió en ese recorrido. De hecho,

iba sola en el vagón. Su perseguidor seguiría ahora mismo en algún punto de la línea... a menos que no hubiera habido nadie siguiéndola, claro.

Ése era el problema de esas mierdosas gincanas de adiestramiento de Regent's Park: nadie te decía cuándo empezaban ni cuándo terminaban, si es que terminaban.

Luego, cuando por fin había vuelto a Old Street, se había quedado un momento junto a los tornos y luego había dado una vuelta —abajo y arriba— sin ver a Lech ni, mucho menos, a su perseguidor. Así que había decidido que necesitaba un pequeño estímulo para mantenerse bien despierta y había entrado en los baños a meterse una raya.

Entonces había oído la voz de Lech en los urinarios.

No tenía por qué dar explicaciones sobre lo que hacía allí dentro; bastaba con el hecho de que había estado a su lado cuando las cosas se habían puesto difíciles.

Extendió la mano e hizo un gesto en el aire.

—Fíjate: soy tan intuitiva y rápida como Wonder Woman.

Volvían a estar en un pub, aunque distinto al anterior, después de haber salido del coliseo por caminos separados y volver a reunirse en un callejón contiguo a Shoreditch High Street. El del impermeable negro —al que ella había dejado comatoso golpeándolo con una pequeña cachiporra de cuero— se había quedado recostado en un retrete con las piernas extendidas, de manera que bloqueaba desde dentro la puerta del cubículo. «No se morirá», había sentenciado Shirley tras pensarlo un momento. No tenía formación médica, claro, pero sí considerable experiencia farmacológica.

Lech estaba muy nervioso: los ojos se le iban a la puerta cada vez que alguien entraba en el pub. Cualquiera diría que nunca había dejado fuera de combate a un desconocido en un urinario. Y de hecho, cuando ella le mostró la cachiporra, se le escapó un gemido.

—Esconde eso ahora mismo. Es un arma letal.

—Siempre puedo decir que es un nuevo tipo de consolador.

—Aun así, podrían detenerte.

En vista de que antes no había podido culminar la faena, ella se dirigió al cuarto de baño antes de acabarse la primera jarra de cerveza. Tras volver, con los ojos más brillantes y meneando el trasero, dejó sobre la mesa todo lo que había encontrado en los bolsillos del tío del impermeable negro.

—Joder, Shirley —musitó Lech al tiempo que recogía las llaves y el teléfono y se los metía en el bolsillo—. ¿Y si levantamos una pancarta que diga «somos atracadores»?

—Nadie está mirando.

—Eso es lo que quieres pensar.

Registró la billetera mientras ella aprovechaba para engullir unos revitalizantes tragos de cerveza.

Ya había estado en ese pub. El barrio de Shoreditch era su terreno de juego habitual, aunque ahora igual tendría que llamarlo su campo de batalla —a cachiporrazos—. Se miró los dedos, que le hormigueaban ligeramente. Nada como un buen leñazo para estimular la circulación... Tuvo el impulso de decírselo a Wicinski, pero lo dejó para más tarde: se había puesto verde cuando el del impermeable negro cayó despatarrado.

Un Lech menos verde le preguntó:

—¿Sabes qué no encuentro?

—¿Qué?

—El carnet del servicio.

—Bueno, pues vuelve a mirar.

—He mirado y remirado.

—Ya, pero quizá lo llevaba en el bolsillo del pantalón y no lo he encontrado.

—O no tenía el carnet.

—O se lo había dejado en casa.

—¿Eso a ti te ha pasado alguna vez?

A ella nunca le había pasado: su carnet era prácticamente una extensión de su cuerpo. Siempre existía la posibilidad de que tuviera que enseñárselo a un policía interesado en abortar un trapicheo con drogas, o de que quisiera usarlo para impresionar a alguien. Cosa que casi nunca hacía, por cierto. Como mucho, un par de veces o así.

—¿Y si ese fulano no andaba siguiéndome? —dijo Lech.

—Es casi seguro que sí.

—Pero ¿y si no?

—¿Qué pone en su documentación?

En la billetera había unas cuantas tarjetas de crédito a nombre de D. Walker, pero ningún documento con foto. Y ningún carnet del servicio.

—Llevaba un impermeable reversible —observó Lech—. Se lo ha cambiado de lado cuando lo he perdido de vista un momento. Para que yo no me diera cuenta de que andaba por allí.

—Pues ahí lo tienes. Sin duda te estaba siguiendo.

—A no ser que me equivoque. Es posible que en todo momento llevara el lado negro por fuera.

—¿Y qué estaba haciendo, entonces?

—¿Esperar a alguien?

—¿Y por qué te ha seguido a los servicios?

—Porque se estaría meando —dijo Lech—. Por Dios, ¿qué es lo que hemos hecho?

—Poniéndonos en el peor de los casos —dijo ella—, hemos noqueado a un civil.

—Al que además le hemos robado la billetera y el móvil.

—Bueno, eso también.

—¡Es algo serio!

Y lo era, pero ella consideraba que lo mejor era quedarse con la parte divertida del asunto. Además, técnicamente, en último término siempre se podía atribuir la culpa a Regent's Park.

Por otra parte, si uno se ponía en plan leguleyo, la culpable no era otra que ella misma y su cachiporra de cuero.

—Yo no soy precisamente fácil de confundir con otros —dijo Lech.

—Ni yo —repuso ella.

—Sí, pero a ti el tipo no ha llegado a verte.

Ella lo pensó un momento.

—Igual estás metido en un lío de cojones.

—Gracias.

Shirley contempló el botín en la mesa.

—Será mejor que nos deshagamos de todo esto.

—Se lo podemos devolver al fulano por correo —sugirió Lech.

—Tampoco estaría de más que nos pagase la siguiente ronda —dijo ella.

No parecía que fuese mucho pedir, en vista de que el menda del impermeable los había tenido entretenidos un rato. Pero Lech no

quiso ni oír hablar del tema, y Shirley hizo un mohín de fastidio al ver que la billetera iba a parar con el resto del tesoro al bolsillo de su compañero.

—¿Otra copa? —sugirió.

—Yo me voy a casa —dijo Lech.

—Creo que será mejor que no volvamos a acercarnos por Old Street, al menos durante un tiempo.

Él no le agradeció el consejo, como tampoco le había agradecido que le salvara el pellejo en el retrete. Pero estaba acostumbrada a que nadie la valorara.

Se quedó a tomar otra copa.

8

En esas reuniones a las que asistía menos de lo debido («Me llamo Catherine y soy alcohólica»), siempre le aconsejaban que soltara lastre y no se obsesionara con lo que no podía controlar.

Uno de los efectos secundarios de la adicción —o de la recuperación— era esa sensación de haberle fallado al mundo, como si se hubiera quedado dormida en el momento importante y por su culpa el mundo se hubiese ido al garete. Y, dado el estado del mundo, no era difícil que ese sentimiento se volviese abrumador.

Pero pensar así implicaba avanzar poco a poco en la dirección equivocada. Era mejor ceñirse a los doce pasos de aquellas reuniones. Reparar el daño causado a otros, por ejemplo.

Estaba pensando en Kay White.

En la Casa de la Ciénaga se daba la peculiaridad de que sus ocupantes casi siempre sabían dónde se encontraban todos los demás. Había organizaciones que contaban con auténticas murallas chinas para prevenir la difusión de información confidencial al exterior, pero las paredes de la Ciénaga eran como un queso suizo y estaban llenas de agujeros: literalmente —porque a más de uno le había dado por soltarle un puñetazo al enyesado— y en el sentido de que siempre se producían filtraciones. Los gemidos de los suelos de tablones y los crujidos en las escaleras te decían dónde estaba

cada uno; aquello era un panóptico auditivo, un sistema de sonido que todo lo abarcaba. Y sin embargo, era fácil olvidarse de todos los demás. Las distintas pesadumbres que los caballos lentos acarreaban con ellos, así como la monotonía de sus rutinas diarias, llevaban a que gran parte del tiempo lo pasaran a solas. Algunos más que otros. Kay White, por ejemplo, no le caía bien a nadie. Para empezar, no cerraba la boca ni un segundo, de manera que ninguno de ellos se llevó una sorpresa cuando los traicionó, ni añoró mucho su pérdida una vez que la echaron. Y ahora que estaba muerta, la sensación venía a ser más de lo mismo: aquella mujer no había dejado impronta alguna en ese lugar; no había nada que lamentar, y la ausencia de dolor muchas veces provocaba sentimientos de culpa.

Con intención de mitigarlos, Catherine estaba esforzándose en reparar las cosas mentalmente. La jornada de trabajo se había acabado, pero ella seguía detrás del escritorio, con las manos entrelazadas sobre el regazo y los ojos cerrados. Cualquiera habría dicho que estaba rezando, pero simplemente estaba intentando convocar un recuerdo, tratando de evocar algún momento que hubiera compartido con Kay White, algo que se sobrepusiera al constante ruido de fondo. Pero no había nada sustancial. Cuando Kay se había ido, junto con aquel otro —no recordaba cómo se llamaba—, ella se había sentido aliviada. Y no era cuestión de sentirse culpable por eso. Así era la vida: ibas coincidiendo con un montón de desconocidos que sólo estaban de paso, aunque algunos se quedaran cerca de ti durante años seguidos.

Struan Loy: así se llamaba el otro. Loy había estado en la Ciénaga por la misma época que Kay, y Lamb los había echado a ambos a la vez.

Y Struan Loy también se había sumado a aquel invisible coro formado por los que se habían perdido más allá de las lindes de la memoria. En su caso, la mayoría eran borrachos como ella: otros alcohólicos que habían hecho lo posible por empañar cualquier recuerdo que pudiera tener de ellos, y que habían acabado convirtiéndose en meros borrones macerados en alcohol. Pero entre los olvidados se contaban algunos caballos lentos, y ése era el motivo por el que ahora sentía aquel incómodo sentimiento de culpa. De vergüenza, incluso.

Lo mejor que podía hacer era irse a casa, estaba claro. Pero antes —antes de atravesar el laberinto de bares y pubs de las calles de Londres, antes de enfrentarse a las licorerías, los supermercados y colmados donde se vendía alcohol, antes de pasar por delante de aquellos establecimientos tan tentadores—, antes iba a echar un rápido vistazo a los motores de búsqueda acostumbrados para ver si descubría en qué andaba metido actualmente Struan Loy.

Quizá así tranquilizaría un poco su conciencia, al menos durante un tiempo.

—Vivimos tiempos nuevos, circunstancias distintas, y están surgiendo nuevas alianzas —dijo Peter Judd—. Se trata de una progresión natural y... en fin... necesaria. Una progresión, repito. Y los que no se den cuenta acabarán por sufrir el destino habitualmente reservado a quienes son incapaces de adaptarse a las nuevas circunstancias.

—La derrota política, quiere usted decir.

—La extinción política, quiero decir.

—¡Venga ya! —dijo Diana.

Habría sido estupendo que el canal Go TV efectivamente hubiera hecho una pausa para la publicidad justo en ese momento. Pero no, nada de eso: había continuado vomitando la misma mierda.

—Y usted considera —prosiguió el entrevistador— que Desmond Flint es una de las personas que encarna las nuevas circunstancias sobre las que estamos debatien...

Ella apagó el aparato.

Las apariciones televisivas de Judd no habían disminuido desde su marcha del gobierno, un giro en su carrera política que ciertos comentaristas describían como una caída en desgracia. El hecho era que Judd nunca había aspirado a la gracia divina, por lo que su nueva situación no le había supuesto un gran problema. Por lo demás, la idea de que su influencia se había agotado sólo tenía sentido si se tenía en cuenta la opinión general, pero en la actualidad el buen juicio ya no servía para nada a la hora de hacer predicciones políticas. Los caminos seguidos por los líderes mundiales para acceder al poder —entre los que se contaban la conspiración, el racismo visceral, la fecundidad indeterminada y hacer trampas en el golf— estaban tan alejados de las rutas tradicionales que tan sólo un imbécil osaría efectuar predicciones de futuro. No era de extrañar, por tanto, que Peter Judd siguiera siendo un comentarista político muy popular. Él quizá no era un imbécil, pero sus partidarios a ultranza eran otra cosa.

Ella estaba en su despacho, protegiendo su intimidad con la pared de cristal esmerilado. En la oficina central, el personal del turno de noche se estaba poniendo manos a la obra, prestos a responder a las constantes emergencias de seguridad nacional. Una de ellas,

pensó Diana, estaba teniendo lugar en ese mismo momento: Judd había cumplido las amenazas que había insinuado en su última reunión y había pasado a apoyar el movimiento de los chalecos amarillos. Había quienes aseguraban que eso equivalía a colaborar con el partido nazi. Pero claro, últimamente los nazis contaban con muchos apoyos. El viejo adagio de que convenía aprender del pasado no siempre implicaba el estudio de movimientos históricos de carácter monstruoso a fin de que nunca volvieran a producirse. También podía indicar la intención de perfeccionar sus trayectorias con la esperanza de que la próxima vez salieran triunfadores.

Durante su reunión, Judd había formulado otra amenaza todavía más clara: «Si disgustas a unos hombres ricos y poderosos, harán lo posible por evidenciar su disgusto.»

Y cuando te metías en un callejón sin salida, lo mejor era tomarte un tiempo prudencial antes de volver a asomar la nariz.

Aquella tarde había estado reunida con el equipo de Operaciones, uno de cuyos actuales proyectos de bajo nivel era la infiltración en el movimiento de los chalecos amarillos. Nada demasiado importante: un par de jóvenes que repartían folletos, apilaban sillas de plástico y hacían lo posible por mostrarse útiles. La idea era tener un ojo puesto en aquella tropa, por si las cosas se desmandaban y hacía falta sacar la polla. Pero esa tarde ella les había anunciado que el operativo quedaba en suspenso.

En torno a la mesa redonda, los asistentes a la reunión se miraron con extrañeza.

—¿Le parece prudente? Todo parece indicar que ese movimiento está ganando empuje, y no al revés.

—Y nosotros nos vemos obligados a caminar sobre la cuerda floja —dijo Diana—. Nuestra función es proteger la seguridad nacional, y eso no incluye vigilar con excesivo celo las opiniones disidentes.

—Pero...

—No pretendo abrir un debate al respecto. Sólo estoy explicando cuál será nuestra estrategia.

—Si usted lo dice.

—Pues claro que lo digo. Acabo de decirlo, ¿no?

El ambiente mejoró un poco cuando empezó a exponer los detalles de la nueva financiación, pero la orden de olvidarse de los chalecos amarillos le había dejado un regusto de traición, por lo que se alegró cuando la reunión tocó a su fin. En cualquier caso, era una medida necesaria, pues le daba cierto margen mientras decidía qué hacer con Judd y con Cantor. Seguro que encontraría una salida. Se había metido en un berenjenal, claro, pero llevaba suficiente tiempo en Regent's Park como para confiar en su capacidad de maniobra. Incluso sin escaño en el Parlamento, Peter Judd seguía siendo una fiera peligrosa en la jungla política. Pero ella se había curtido en la Calle de los Espías, donde las fieras peligrosas formaban parte de las bajas diarias.

Judd era rápido a la hora de actuar, había que reconocérselo. Ella no se esperaba que hiciera público su apoyo a los chalecos amarillos con tanta celeridad. Por otra parte, si al final resultaba que había cometido un catastrófico error de juicio al respaldar a Desmond Flint, lo afrontaría con su estilo habitual: fingiendo que aquel apoyo nunca había existido. La obediencia con que la opinión pública lo seguía por vericuetos así era realmente asombrosa.

Josie había interrumpido sus meditaciones justo antes del cambio de turno.

—Me preguntó por Thomas Doyle, un recién incorporado a los Perros.

—Sí.

—Pues ya nos ha dejado.

—Pues sí que se ha ido pronto.

—Había llegado al final de su período de prueba. Estaban dispuestos a aceptarlo, pese a que había suscitado alguna que otra duda con episodios como el de Molly Doran. Le habría bastado con esforzarse un poco en guardar las apariencias. Pero estaba claro que no tenía intención de hacerlo: fue él mismo quien presentó la renuncia.

—Ya veo.

—¿Quiere que siga?

—Envíame su expediente. Si es que podemos llamarlo así.

—Por supuesto. Y hay una actualización sobre ese hombre muerto en un incendio cerca de Leicester. El antiguo agente de Regent's. ¿También se la envío?

—Sí, por favor.

Una vez que Josie se marchó, ella se había puesto a ver noticias, empezando por los informativos serios hasta llegar a Go TV. Había apagado el aparato después de la entrevista a Judd.

Para entonces ya tenía dos mensajes de Josie en la bandeja de entrada del correo electrónico: el expediente de Tommo Doyle y la crónica periodística sobre la muerte de un tal Struan Loy.

Se acordaba de Loy. Era uno de esos tipos que se las dan de bromistas y que, por consiguiente, son un incordio en cualquier

oficina. En todo caso, había acabado incinerado en un contenedor de transporte en las afueras de Leicester. La investigación seguía abierta, pero estaba claro que se trataba de un asesinato. En su momento Loy había sido uno de los caballos lentos, pero eso no tenía nada que ver. La gente puede morir asesinada, los caballos lentos eran gente... En fin, aquello era un diagrama de Venn que podía verificarse en cualquier momento, y que acababa de hacerlo en las inmediaciones de Leicester.

Era poco probable que Jackson Lamb lo viera de esa forma —era bastante propenso a tomarse a la tremenda cualquier señal de peligro—, pero ella tenía otras cosas de las que ocuparse. Y además, Lamb no tenía acceso a las actualizaciones diarias y la prensa de la capital no había informado sobre el suceso. Probablemente ni se enteraría.

—¡No me jodas! —exclamó Jackson Lamb.

Echó la cabeza atrás y se quedó mirando el techo.

—El periódico de Leicester sólo habla de «circunstancias sospechosas» —señaló Catherine Standish.

—¿Un tío que muere quemado en un contenedor de transporte? La verdad, no hace falta ser Shylock Holmes.

Catherine pensó que era mejor hacer como si no lo hubiera oído.

Un observador inexperto seguramente habría pensado que Lamb se disponía a echar una siesta. Tenía los pies en el escritorio, con los dedos asomando por los agujeros de los calcetines y una mano apoyada en el barrigón, como en una jovial ilustración de un libro de Dickens. Pero Catherine, veterana en esas lides, percibía la tensión

que estaba apoderándose de él, y también sabía que, cuando Lamb se ponía a pensar, era como un oso en hibernación. Más valía no molestarlo, a riesgo de perder una extremidad.

De modo que se sentó en la silla para las visitas, la situada junto al montón de envoltorios de comida para llevar, y esperó.

De los pisos inferiores llegaba una sucesión de ruidos sordos. Pasada la hora del cierre, la Casa de la Ciénaga era un hervidero de golpes y ruidos, como si los fantasmas del lugar se pusieran a arañar ventanas y paredes tras la marcha de sus ocupantes. Aunque quizá eso era lo habitual, lo mismo que ocurría en otros sitios, pensó Catherine: nada más que un edificio que se relajaba y se asentaba al caer la noche.

Pensó en Kay White, que se había caído de una escalera en su propia casa.

En Struan Loy, metido en una trampa metálica y gritando hasta quedarse sin aire.

Dos fantasmas más.

Finalmente, Lamb levantó el brazo que le colgaba por un lado del asiento. Desde luego, tenía un cigarrillo en la mano. Se lo metió en la boca y, sin que se supiera de dónde, extrajo un mechero de plástico que se negó a funcionar. Tras mirarlo con decepción un segundo, como si se sintiera herido por su falta de respuesta, lo tiró por encima del hombro y le clavó la vista.

—Conmigo no cuentes —dijo ella.

—Dios mío. Recuérdame para qué sirves, anda.

—Fumas demasiado. Como si creyeras que eso es una virtud.

—Sólo un idiota podría creer algo así.

Mientras se embarcaba en el laborioso proceso de abrir un cajón tras otro y revolver en el interior de cualquier manera, Catherine agregó:

—Regent's Park nos está vigilando de forma intermitente. Y alguien más nos persigue. ¿Cómo se explica que todo esto suceda a la vez?

Por toda respuesta, Lamb hizo girar la rueda de otro encendedor, extraído de las profundidades de algún cajón e igualmente inútil. Volvió a tirarlo por encima del hombro, enviándolo al mismo rincón oscuro que su predecesor.

—Esas dos cosas tienen que estar conectadas —insistió Catherine.

—¿Cómo?

—¡Qué quieres que te diga, no lo sé!

—Pues piénsalo. ¿Cuántos puntos de conexión pueden darse? ¡Por Dios, aquí no hay forma de fumarse un pitillo!

Pero, justo en ese momento, su errante mano acababa de tropezarse con una caja de cerillas. La levantó con aire triunfal, ofreciendo a su interlocutora el panorama de una mancha en el sobaco. Con una diligencia que habría sido la envidia de una ardilla, y hasta de un gordinflón alcoholizado, sacó una cerilla del interior con una sola mano y la prendió, aunque perdió algunos puntos cuando se le cayó la caja abierta mientras llevaba a cabo la operación. Las cerillas restantes salieron despedidas por todas partes, pero la que estaba encendida fue a besar la punta del cigarrillo, y eso era lo que importaba. Una vez cumplida su función, Lamb la tiró por ahí.

—Loy ya no era un caballo lento, ni tampoco White. ¿Cómo se explica que alguien pensara lo contrario?

—Porque ese alguien está operando a partir de información obsoleta —respondió Catherine.

—¿Y de dónde podría proceder?

—Ay, Dios...

—Con eso quieres decir que se te ha iluminado la bombilla, ¿correcto? Si a mí me costara tanto sumar dos y dos, seguiría preguntándome por qué los calzoncillos se me encogen cada vez que estoy mirando porno. —Lamb hizo una pausa para dar una calada, frunció el rostro en presunta muestra de placer y expulsó el humo con la boca abierta, como si estuviera bostezando. A Catherine no le hubiera sorprendido atisbar un pajarito en sus fauces de cocodrilo, ocupado en picotear restos de carne prendidos entre los dientes—. Ser un genio es agotador.

—Tiene que ser difícil.

—Pues sí, y encima tengo que aguantar los desaforados sarcasmos de mis subalternos. —Se incorporó con dificultad en el asiento, hasta quedar más o menos erguido. Nuevas cerillas fueron a parar al suelo—. Hace un par de días conocí a un enano... igual lo he mencionado.

—Algo dijiste, sí.

—Me contó que su amiguito periodista había oído por ahí que Rasnokov, que ahora mismo ocupa la Primera Mesa del GRU, había declarado la guerra a un departamento de Regent's Park, el que se encarga de las ejecuciones sumarias. Muy bonito, precioso. Salvo por el pequeño detalle de que los de Regent's no tienen un departamento de ese tipo. Regent's Park puede ordenar un asesinato de forma puntual, claro, y a veces contrata a profesionales de la zona, como hizo para lo de Kazán. Así que el GRU se encuentra

con el mismo problema que George Bush tuvo en su día. ¿Cómo le declaras la guerra a algo que no existe físicamente? —Hizo una pausa para dar otra calada—. Respuesta: lo haces de todas formas y rezas a quien coño haga falta para que nadie lo descubra.

—Nos han llamado muchas cosas —dijo Catherine—, pero nunca nos han acusado de estar especializados en ejecuciones.

—Eso nadie lo piensa. Pero una vez que te ponen una etiqueta, los hechos dejan de tener importancia. A esos sujetos les han dado nuestros nombres y les han indicado que somos los objetivos a batir, y en ésas andan. Mientras le rompían el cuello a Kay White, seguramente se dieron cuenta de que la amiga tenía más de Mary Poppins que de Modesty Blaise, pero ¿y qué? A ellos les pagan por hacer un trabajo, no por ocuparse de los detalles.

—Pero ¿quién nos ha puesto esa etiqueta? Algo me dice que la cosa viene de lejos, de muy lejos. ¿Es posible?

—Me gusta pensar que he hecho muchos enemigos por ahí —reconoció Lamb—. Pero, vamos a ver, ¿a estas alturas de la vida? Ni siquiera yo mismo me pondría en los primeros lugares de una lista de personas a las que valdría la pena liquidar. Antes vendría la mitad de los ministros del gobierno. Por no hablar del capullo que inventó la cerveza con sabor a frutas.

—Estoy segura de que el GRU lo ve de forma parecida. Pero, en uno u otro caso, lo que es evidente es que esa lista tiene que proceder del archivo de Molly.

—Ajá. No puede provenir de los registros actuales, porque no aparecemos en ellos. Y aunque esté obsoleta, se solapa bastante con la lista actual. Si White y Loy aparecen en ella, Cartwright y Guy sin duda también. Por no hablar de ti y de mí.

—Y de Roddy.

—No hay mal que por bien no venga. —Lamb soltó una última nube de humo y aplastó el cigarrillo contra el canto de la papelera. Catherine advirtió que no se trataba de una de las aberraciones que había estado fumando en los últimos tiempos. Sólo era un cigarrillo con filtro normal y corriente.

Lamb se fijó en su mirada.

—¿Qué pasa?

—Nada. Estaba preguntándome qué vamos a hacer ahora.

—Reunirlos a todos antes de que aparezcan nuevos fiambres —indicó él.

Catherine Standish había enviado la orden de activación, pero Ho estaba seguro de que en última instancia provenía del propio Lamb.

«Tumba de Blake. Ahora.»

Se quedó mirando el mensaje de texto durante cinco segundos, como si esperase que se autodestruyera. Finalmente tecleó su respuesta:

«Afirmativo.»

Lo pensó unos segundos y envió otra más:

«De PM.»

Por si Standish no lo había captado a la primera.

Al cabo de un momento, ya estaba listo para entrar en acción. «Disponibilidad operativa absoluta. Preparado para el Rod-eo», pensó. Y volvió a pensarlo, porque ésta era nueva. Lo de Rod-eo, claro.

En el más puro estilo cowboy.

La tumba de Blake quería decir Bunhill Fields, el cementerio situado no muy lejos de la Casa de la Ciénaga. Blake estaba enterrado allí, pero eso daba igual. Lo fundamental era que el equipo se reunía en aquel punto cuando un zurullo colosal estaba al caer y no convenía encontrarse en la propia Ciénaga. Era la zona de emergencia. Y al recibir una llamada de ese tipo tenías que dejarlo todo y dirigirte allí de inmediato sin más, porque si te convocaban junto a una tumba, más te valía hacer lo posible para que no se convirtiera en la tuya.

(Una breve imagen pasó por su mente: la de Lamb con su cuerpo exánime en brazos. Parecía trastornado, miraba al cielo. «¿Por qué?», se lamentaba. «¿Por qué...?» Por la razón que fuese, iba disfrazado de Batman, mientras que él, o más bien su hermoso cadáver, llevaba el disfraz de Robin. Todo muy raro.)

Pero en fin... Cuando Lamb hacía saber que necesitaba hablar con su equipo, todos tenían claro lo que en realidad quería decir: que a quien necesitaba era a él. Los demás estaban para hacer bulto, y no había nada malo en ello, pero lo que Lamb quería era tener a su mejor agente al lado. Los demás eran sólo un adorno.

Y ésa era la parte del trabajo que más le gustaba: la parte en que podía explotar las aptitudes aprendidas en la universidad de la calle. Pues Roddy Ho era el Duque de lo Digital, y eso todo dios lo sabía. Era el Máquina del Monitor, el Oráculo del Ordenador, pero también muchas otras cosas. Cuando se encontraba alejado de sus pantallas, se convertía en un Capo de las Calles, un Rey de las Aceras, un no sé cuántos de la Ciudad. Revolvió en la taquilla hasta dar con su segundo mejor par de zapatillas (el segundo mejor par siempre era tu mejor par, y eso lo sabía hasta el más tonto, pues era el que te

calzabas cuando la cosa se ponía chunga), y luego se enfundó la sudadera con capucha azul oscuro. Caradura y capitoste, carismático y capitán, estaba hecho todo un crack. Esto último sí que sonaba bien. El Crack de la Ciudad.

Con una economía de movimientos nacida de la práctica, se preparó para la acción: con las zapatillas en los pies y el pelo ligeramente despeinado, salió a por todas al pasillo. Sólo tuvo que volver sobre sus pasos un par de veces: la primera para quitarse la sudadera azul y ponerse otra negra —más propia de un ninja—, y la segunda para asegurarse de que había cerrado bien la taquilla con llave. Y ahora sí que sí: ¡que empezara el espectáculo!

Nada de ir en coche: había que desaparecer del radar. Lo que hacías era rendirte a la ciudad, dejar que te absorbiera poco a poco y te llevara adonde tenías que ir. Si había alguien siguiéndote ahí fuera, tal vez te mantendría un instante en el punto de mira, pero enseguida te desvanecerías y se quedaría sacudiendo la cabeza, preguntándose qué demonios acababa de pasar.

Después volvería a apostarse en el mismo sitio, aguardando a que reaparecieras, sin comprender que ya habías pasado por allí y te habías ido; que no proyectabas sombra alguna, que te habías deslizado por las calles como un susurro y que tu paso silencioso era un himno a las energizantes y oscuras virtudes de Londres.

De manera que, si los de Regent's Park se habían jurado seguir la pista de RodMan, más les valía poner toda la carne en el asador, pues el Rodinator no dejaba huellas a su paso. Les resultaría más fácil dar con un jirón de humo en mitad de un huracán: Roddy era el Jefazo de las calles.

Aun así, parecía que iba a llover, de modo que al final pilló un autobús.

Cuando le llegó la notificación, Lech Wicinski se preguntó qué diablos significaba aquello, pero Catherine no reaccionó ante su meditada respuesta —¿¿¿CÓMO???—, por lo que al final llamó a Shirley.

—Acabo de recibir un mensaje un poco raro.

—«Tumba de Blake», ¿no? Yo también. Significa que tenemos que ir hacia allí ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Tú crees que Lamb se ha enterado?

—¿Enterarse de qué?

Joder.

—De que le pegamos una tunda a un civil y luego le robamos sus cosas.

—Ah, eso. —Guardó silencio un instante—. ¿Y para qué iba a convocarnos junto a la tumba de Blake para algo así? Nada más fácil que pegarnos una bronca de cojones en su despacho a primera hora de la mañana.

«Una bronca de cojones», pensó él. Por su parte, más bien estaba pensando en la secuencia policía-detención-juicio-encarcelamiento. Shirley se lo tomaba con más calma, tal vez porque las drogas le impedían pensar con claridad, aunque, por otra parte, quizá se basaba en su experiencia personal. Seguramente no era la primera vez que un caballo lento dejaba a alguien malparado y se largaba tan tranquilo. Había oído rumores al respecto: algo sobre un político, un andamio y una lata de pintura. Claro que aquello tenía más pinta

de accidente que noquear a un civil con una porra y luego birlarle el dinero, por lo que era de suponer que Shirley no había estado involucrada en aquel episodio.

—¿Qué suele implicar que nos convoquen junto a la tumba de Blake? —preguntó.

—¿Qué es lo que pasa, quieres decir?

—Sí... bueno... eso.

—Quiere decir que la mierda ha ido a parar al ventilador y está a punto de salpicarnos a todos.

—Entonces ¿por qué pareces tan contenta?

—Bueno, es más divertido que irse a la camita temprano —respondió ella.

Lech interpretó que la tumba de Blake era el equivalente del Protocolo Apocalipsis establecido en Regent's Park, por el que todos los agentes estaban obligados a abandonar el edificio, borrarse del mapa y reagruparse en diferentes ubicaciones de la ciudad. Y, por supuesto, en el caso de la Ciénaga, con un solo punto de encuentro sobraba y bastaba. Si hubiera varios, los caballos lentos no pasarían de ser unos cuantos grupos integrados por un único individuo, lo que de hecho venían a ser el resto del tiempo.

El protocolo también exigía que te borraras del mapa y estuvieras ilocalizable: sin teléfono móvil, sin vehículo, sin que nadie te siguiera... Así que cogió su móvil y sacó las baterías y la tarjeta SIM. Si en la Casa de la Ciénaga había problemas serios, lo mejor era no quedar en evidencia. Por otra parte, si se trataba de una especie de broma pesada urdida por Lamb, quería tener la posibilidad de volver a casa en un Uber, así que se lo metió todo en el bolsillo. A continuación se miró en el espejo, como solía hacer en los últimos

tiempos —vaya desastre; aquellas heridas nunca iban a cicatrizar— y salió del piso en el mismo momento en que Shirley, que seguía en el pub de Shoreditch, pedía un vodka para el camino. En cinco minutos se plantaba en Bunhill Fields, ¿no? En diez como máximo. Shirley tenía claro que el breve texto recibido era un mensaje de emergencia, pero, a ver, ¿de qué emergencia estábamos hablando? Y si al final resultaba ser una de las gordas, en tal caso necesitaría meterse otro chupito entre pecho y espalda.

Seguía estando nerviosa por lo ocurrido. Al darle vueltas al asunto, se daba cuenta de que tanto ella como Lech habían tenido suerte: él, porque ella había aparecido en el momento preciso, justo cuando el pavo del impermeable negro iba a dejarle la cara peor de como la tenía, y él y ella, los dos, porque nadie había aparecido en el retrete mientras arrastraban al fulano noqueado al interior del cubículo. Dos golpes de suerte consecutivos, que quizá suponían el final de su racha de mal fario. Quizá esta vez podría emparejarse en el trabajo sin que su nuevo compañero tuviera fecha de caducidad.

Y no porque su última pareja hubiera sido su mejor amigo ni nada por el estilo. De hecho, si lo pensaba bien, era posible que su antiguo compañero ni siquiera se hubiera dado cuenta de que formaban una pareja.

Pero bueno, ¿y qué más daba si tenía pareja o no?

Era un pensamiento que había estado reprimiendo desde hacía tiempo, aunque le rondaba sigilosamente por la cabeza. Su vida amorosa volvía a ir de maravilla —llevaba ya seis días liada con la misma persona—, y tampoco es que estuviera desesperada por volver a compartir despacho con alguien. Más bien se decía que, cuando le llegara la hora, lo último que quería era desangrarse a

solas en una ladera cubierta de nieve. Quería tener a alguien cerca, alguien que tomara su mano o repitiera su nombre. Y no es que fuera supersticiosa. No tenía la menor intención de morir pronto. Pero allí las intenciones no contaban, como sus colegas muertos habrían podido testimoniar. O el mismo Blake, ya puestos. Dudaba que ese Blake hubiera escogido su tumba de antemano. Un día estás pensando en lo que vas a hacer el fin de semana y al siguiente te encuentras con que ese fin de semana nunca va a llegar.

En cualquier caso, si Lech era el que iba a ocupar el puesto vacante, seguramente era mejor que le ahorrase algunos detalles.

Se bebió el chupito de vodka de un solo trago y dejó el vaso en la barra. El pub estaba medio vacío, y no le había parecido que nadie la observara al entrar. Por si las moscas, se quedó a la espera un par de minutos en el portal de una tienda, revisando las aceras con una mano en el escaparate para mantener el equilibrio. Ese último vodka no había sido una buena idea. En todo caso, la gente decía que cuando estabas borracha lo veías todo doble, y ella ni siquiera veía a una persona siguiéndola, menos aún a dos. Eso significaba que estaba sobria y que nadie la perseguía. Aguardó un minuto más, lo necesario para respirar hondo varias veces y entrar en calor dando un par de saltitos mientras agitaba las extremidades al compás, y salió a la acera otra vez. Tardaría cinco minutos, diez como máximo. Probablemente sería la primera en llegar.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Louisa.

—Yo también me lo pregunto —dijo Catherine.

El hecho de que no hubiera nadie más en las inmediaciones tampoco era una sorpresa, pues el cementerio cerraba sus puertas a última hora de la tarde. Lo extraño era que Louisa hubiese llegado la primera, pues era la que tenía que hacer un trayecto más largo hasta allí. Claro que había hecho caso omiso del protocolo y había ido en coche, lo que podía explicar el asunto. Una cosa era permanecer incomunicada y borrarse del mapa, y otra muy distinta pasarse horas haciendo el primo en el transporte público. Ella vivía muy lejos del centro porque el alquiler era más asequible, no porque le encantara viajar en metro o autobús.

—¿Alguien te ha seguido? —le preguntó Catherine.

—Estoy bastante segura de que no.

—¿Bastante segura?

—El otro día detecté a aquel tipo, y desde entonces he sido cuidadosa. O paranoica, si lo prefieres. No creo que me hayan seguido. ¿Por qué?, ¿qué es lo que pasa?

—Mejor esperamos a que lleguen los demás.

—¿Cómo es que Lamb no ha venido contigo?

—Vendrá. Por él no te preocupes.

Louisa le echó un vistazo al vestido de Catherine. Le llegaba hasta los tobillos, como de costumbre, y las mangas se inflaban en las muñecas. Standish solía dar la impresión de ir disfrazada de muñeca victoriana, un atavío que a pocas personas les quedaría bien, pero había que reconocer que Catherine era una de ellas. Por otra parte, aquel vestido no era el más indicado para encaramarse por la verja de un cementerio...

—Lamb tiene una llave —reveló Catherine.

—Ya lo sé.

—Y ha dejado la puerta abierta.

—¿Cómo has adivinado que me estaba preguntando precisamente eso? Y si Lamb ha estado por aquí, ¿cómo es que ya no está?

—Mira, viene alguien.

Era Lech.

—¿Sabíais que hay dos tumbas de Blake?

Era cierto. Una pequeña lápida vertical indicaba que los restos de William Blake, poeta y pintor, yacían en algún punto cercano, pero una segunda lápida de mayor tamaño y en horizontal transmitía mayor certidumbre sobre la ubicación de sus restos.

—Ya. Y están a unos veinte metros la una de la otra —apuntó Louisa.

—Sí, lo sé.

—Entonces probablemente nos habríamos visto de todas formas, al margen de que estuviéramos esperando junto a una u otra.

—Sí, claro. Lo decía por decir.

La oscuridad era indulgente con los estropicios faciales: los piercings poco meditados, los tatuajes aberrantes producto de la ebriedad y los recargados maquillajes propios de los nuevos románticos eran menos perceptibles en la penumbra y no parecían tan ridículos. Sin embargo, las cicatrices de Lech empeoraban en la oscuridad. Lo primero que pensabas al verlo era que lo mejor sería encender la luz. Seguramente no era justo meterlo en el mismo saco que a todos aquellos que, de forma voluntaria, habían decidido convertir sus rostros en materia de barraca de feria, pues no había sido él quien había tenido la idea de grabarse la palabra PEDÓFILO en la cara. Pero sí que había tomado la iniciativa de intentar tapar aquella palabra con cortes hechos al tuntún, por lo que algo había

tenido que ver con el resultado final. Y ahora mismo parecía estar nervioso, pensó Louisa, como si viniera de pasar una mala tarde, a saber por qué, e imaginara que las cosas tan sólo podían ir a peor. Lo que era un estado mental comprensible después de que Jackson Lamb hubiera hecho sonar la sirena de alarma, pero... en fin, que existía una cosa llamada actitud positiva, ¿no?

Se preguntó dónde andaría River. Ante una convocatoria de ese tipo, lo esperable era que fuese el primero en aparecer.

Y por allí llegaba Shirley, haciendo eses en dirección a la isla central del camposanto, como si hubiera estado bebiendo una copa tras otra después de salir de la oficina. Louisa no solía juzgar a los demás, pero no pudo evitar mirarla con cierta petulancia.

—Ay, por Dios —dijo Catherine nada más ver a la recién llegada—. Bebe un poco, anda —indicó, sacando una botella de agua de algún sitio.

—A tu salud —repuso Shirley, y echó un buen trago—. Todo esto da mucha sed.

—¿A qué te refieres?

—A esto. Sea lo que sea.

El cementerio estaba encajonado entre Bunhill Row y City Road, y todavía podía oírse el constante ruido del tráfico. Shirley había llegado por esa dirección, y Louisa no pudo evitar preguntarse cuántas personas la habrían visto trepar y saltar por la verja y qué habrían decidido hacer al respecto. Probablemente nada.

Y no porque en Londres no hubiera personas con espíritu cívico, sino porque incluso tales personas preferían lavarse las manos cuando una desconocida con una trompa de campeonato procedía a encaramarse por una verja coronada con puntas de flecha.

Y en fin, tampoco estaban pisoteando las tumbas. Dejando aparte a unas cuantas personalidades ilustres, unos muretes separaban a los muertos de los senderos adoquinados.

Shirley estaba escudriñándolo todo mientras repasaba mentalmente la lista de asistencia.

—¿Dónde está Cartwright? ¿Y el mamonazo de Ho? ¿Y Lamb?

—Aquí no están, desde luego —respondió Catherine—. Y otra cosa: ¿te importaría referirte a tus colegas con un poco más de respeto?

—Perdón. El señor Lamb, quería decir.

River aún no había llegado, lo que seguramente significaba que se había ido a la casa del Viejo Cabrón para estar con Sid Baker. Louisa trató de dilucidar qué sentía al respecto, aunque tampoco es que tuviera derecho a opinar.

Sid era un miembro del equipo, pensó; uno de los primeros, aunque antes ya había habido otros caballos lentos y en el futuro seguiría habiéndolos. A no ser que la propia Casa de la Ciénaga estuviera condenada a la extinción. Eso de que los hubieran suprimido de los registros del servicio no era muy tranquilizador.

Oyó un grito ahogado procedente de Bunhill Row, seguido de un sonido extraño, como si algo se desgarrara, y un golpe sordo pero contundente, de esos que se oyen cuando dejas caer desde poca altura a un friki de los ordenadores contra una superficie dura.

Roddy Ho ya estaba en pie cuando ella llegó a su lado. Tenía un bolsillo de la sudadera colgando y el ceño fruncido.

—¿Te has hecho daño?

—Nada de eso. Sólo estaba practicando la técnica de aterrizaje. El truco está en rodar al tocar tierra.

—Claro —convino Louisa—. Por si te lanzan en paracaídas un día de éstos.

De vuelta junto a la tumba de Blake, se apiñaron en torno a Catherine. Shirley seguía medio ida, pero los demás empezaban a impacientarse. El cielo amenazaba lluvia y los árboles se estremecían de vez en cuando con el viento. Los frenos de un coche chirriaron en algún punto de City Road.

—¿Alguien sabe dónde está River? —preguntó Catherine.

—Creo que se ha ido a Kent —respondió Louisa.

—¿A la casa de su abuelo?

—Ajá.

—¿Por qué?

—Por una buena razón —respondió Louisa—. En todo caso, si está en Kent tardará lo suyo en llegar aquí, aunque haya salido enseguida.

Catherine frunció los labios.

—No ha respondido al mensaje de texto.

Según el protocolo, River tendría que haberse deshecho del móvil nada más recibir el SMS. Y si alguien se ceñía al protocolo, era él, pensó Louisa. Iba a decírselo a Catherine, pero ésta se le adelantó:

—Bueno. Lamb me dijo que empezara en cuanto apareciera Roddy.

Ho se hinchó visiblemente.

—¿Podrías repetirnos sus palabras exactas? —preguntó Lech.

—Mejor que no.

—Porque dudo que fueran un cumplido, ¿verdad?

—Cierra el pico, Caracortada —dijo Ho.

—Ya basta. Y esto va para todos...

Louisa pensó que Catherine a veces era clavadita a una maestra de párvulos.

—Veamos. Algunos sin duda os acordaréis de Struan Loy.

—Sí —respondió Louisa.

—No —respondió Lech.

—No —respondió Shirley.

—No —respondió Ho.

Catherine se lo quedó mirando.

—Pues tú tendrías que acordarte, porque Loy coincidió contigo en la Casa de la Ciénaga.

Ho se encogió de hombros.

—¿Qué le ha pasado a Loy? —preguntó Louisa.

Se temía que nada bueno. No era probable que los hubieran convocado para anunciarles que un antiguo caballo lento había ganado el premio gordo de la lotería.

—Ha muerto en un incendio —respondió Catherine.

Una nueva ráfaga de viento sacudió los árboles, que se estremecieron en señal de protesta. *Sss, sss*.

—Bueno, es muy triste, sin duda, pero yo no coincidí con él en la Ciénaga —dijo Lech—. No te lo tomes a mal, pero si la idea es hacer una colecta para una corona de flores, conmigo no cuentes. Y, aparte de eso, ¿a qué viene tanto misterio?

—Porque el incendio fue provocado. Y es el segundo... bueno, el segundo licenciado en la Ciénaga que muere en pocas semanas.

Lech lo pensó un momento.

—Una estadística preocupante —convino.

—De ahí el misterio.

—¿Quién es el otro? —preguntó Shirley.

—Kay White. También estuvo antes de que tú llegaras.

—Yo sí la conocí —dijo Louisa—. Tenía entendido que había sufrido un accidente.

—Sí —respondió Catherine—. Pero un accidente que puede que no lo fuera.

—Nos están dando caza.

—Es una posibilidad.

—¿Lamb también lo cree?

—Lamb piensa que alguien se está vengando por esa ejecución que tuvo lugar en Kazán hace un mes.

—Yo creía que eso era un simple rumor.

—Era un rumor, sí. Pero resulta que es verdad.

—Bienvenidos a la Calle de los Espías —murmuró Shirley.

—Cuando dices que «alguien» se está vengando, doy por sentado que te refieres al GRU —indicó Lech—. ¿Han enviado a un equipo de asesinos?

—Una vez más, es una posibilidad —respondió Catherine.

—Pero ¿por qué vienen a por nosotros? —preguntó Louisa—. Nosotros no tenemos nada que ver con lo sucedido en Kazán.

—Aunque es comprensible que sospechen de nosotros —intervino Ho frunciendo el ceño.

—Esto es cosa de Regent's Park —opinó Shirley—. Nos han metido en la mierda hasta el cuello, como siempre.

—Eso es mucho suponer, ¿no? —dijo Lech—. Una cosa es que nos usen como señuelo para sus agentes novatos, pero de ahí a que Taverner nos haya vendido a los rusos... no lo veo.

—Ya, pero nosotros hemos visto cosas de Lady Di que tú ni te imaginas —dijo Louisa—. Y hay algo más... Han matado a dos

personas que ya no estaban en el equipo, ¿verdad? Eso sugiere que quien sea que esté detrás está trabajando con una lista antigua.

—En la que, aun así, seguimos apareciendo algunos de nosotros —repuso Catherine—. Por eso me quedaría más tranquila si River ya hubiera aparecido. ¿Estás segura de que ha salido de la ciudad?

—Bueno, ahora que lo dices... —señaló Louisa—. Hay algo que tienes que saber.

La interrumpió un ruido como de metal herrumbroso. La puerta de Bunhill Row estaba abriéndose. Un instante después se cerró y se oyeron unas pisadas sobre el camino de losas.

No podían saber quién se acercaba, pero estaba claro que eran dos.

—Dispersaos —ordenó Louisa.

Ella, Lech y Shirley fueron hacia las tumbas situadas a un lado de los muretes, donde podían esconderse entre los árboles. También había algún arbusto pegado al muro: eran escondites para niños, en los que ni por asomo iban a estar a salvo. Si los que habían ido a por Struan Loy y Kay White iban ahora a por ellos, lo tendrían fácil. Louisa se agachó en la oscuridad e hincó la rodilla en tierra, pero, al volverse hacia sus compañeros, vio que Catherine y Ho seguían de pie a plena luz, contemplando algo situado a sus espaldas.

Era Lamb, que se acercaba caminando hacia la tumba. Y no iba solo. Lo acompañaba una joven india cuyo brazo derecho colgaba en un ángulo extraño mientras su mano izquierda aferraba el hombro opuesto, como si quisiera mantenerlo todo en su sitio. Lamb estaba empujándola hacia delante con una delicadeza infrecuente en él, o que rara vez mostraba. La joven tenía el rostro contraído por el dolor y murmuraba algo en voz baja.

—Aquí llega papaíto —anunció Lamb.

Un tanto azorada, Louisa emergió de las sombras. Los otros la siguieron.

—Yo ya sabía que era él —dijo Ho en tono burlón, mirando a Louisa.

—Catherine lo sabía, dirás —matizó ella—. Tú eres lento para reaccionar.

Entretanto, Catherine estaba estudiando a la joven.

—¿Quién es ella, y qué le has hecho? Parece estar lastimada.

—Está perfectamente —respondió Lamb.

—Pues parece estar lastimada —repitió Catherine.

—Le he roto el brazo, vale. Pero por lo demás está perfectamente.

Catherine le clavó los ojos.

—¿Que le has roto el brazo? ¡Por Dios! Hay que llamar a una ambulancia.

—El primero que saque un teléfono queda despedido —dijo Lamb —. Teníais la orden de borraros del mapa y manteneros incomunicados en cuanto hubierais leído el SMS. ¿O tengo que recordaros que sois espías? Toma, sujeta esto.

«Esto» era la joven, y Lamb se dirigía a Lech, a quien no le hizo mucha gracia tener que sujetar a una cautiva lesionada y claramente cabreada.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras Lamb la empujaba hacia él.

—Cabrón —le espetó la desconocida.

—¿Quién es? ¿Y cómo es que le has roto el brazo? —preguntó Shirley.

—Zorra.

—¿Me dejas romperle el otro?

—Aquí nadie va a romperle nada a nadie —intervino Catherine.

—Ésta es de Regent's Park —indicó Louisa.

—Vaya, veo que hay alguien despierto —dijo Lamb—. Gracias, Lara Crocs. Espero que no hayas tropezado con alguna de esas tumbas de ahí detrás. Y sí, ésta viene de Regent's Park, y está aquí por gentileza de Míster Cagada. Nuestro amigo Ho siempre se las arregla para meter la pata, no falla.

Ho volvió a fruncir el ceño.

—Lo que nos está diciendo es que venía siguiéndote a ti, imbécil —tradujo Lech.

—Y tú te has quedado a la espera de que llegaran, para interceptarla —dijo Catherine mirando a Lamb—. Pero ¿por qué has tenido que romperle el brazo?

—Porque si le hubiera roto la pierna, habría tenido que cargar con ella —contestó el otro—. No hay que ser un lince para entenderlo, ¿verdad?

—Tenemos que llevarla a que la vea un médico —insistió Catherine —. No puedes...

—Es una fractura limpia —indicó Lamb—. ¿O crees que soy un aficionado? Tú no te preocupes, que Taverner se encargará de que la atiendan en cuanto le haya transmitido mi mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó la joven.

—Que lo que sea que esté tramando se le está yendo de las manos, y que somos nosotros los que estamos pagando el pato. Díselo a tu jefa. Dile que quiero hablar con ella sobre Kay White y Struan Loy. Dentro de una hora. Ya sabe dónde encontrarme. —Le lanzó una llave a Lech, que la atrapó al vuelo—. Será mejor que la

dejemos salir andando. Ver cómo intenta trepar la verja sería divertido, pero no hay tiempo.

—¿Estás seguro de esto?

—De lo que estoy seguro es de que no quiero oírte hablar.

Durante un segundo, el grupo se quedó inmóvil, como congelado. Luego, todos, salvo Lamb, vieron a Lech alejarse por el sendero con la mujer herida, en dirección a Bunhill Row.

—¿Y has montado este lío sólo para llamar la atención de Taverner? —preguntó Catherine cuando ya habían perdido de vista a Lech y a la mujer.

—También pensé en meterle una cabeza de caballo en la cama —dijo Lamb—, pero la logística era un infierno.

—Sid está viva —anunció Louisa.

Lamb no pareció sorprenderse.

—¿Y Cartwright está con ella?

—Eso creo.

—Entonces quieres decir que Sid estaba viva hace un rato —dijo Lamb—. Y River también. —Se frotó la boca y apareció un cigarrillo —. No sé quiénes son esos cabrones, pero está claro que no son aficionados. Y, como digo, el tiempo corre.

Encendió el cigarrillo y la llama iluminó un instante su rostro.

Louisa pensó en River y se estremeció. Empezaba a llover.

9

El coche avanzaba con lentitud por el camino, o al menos eso sentía Sid. Era como cuando te diriges a una cita que preferirías evitar: las piernas te pesan, las aceras te resultan hostiles, pero el tiempo sigue su ritmo.

La tarde caía rápidamente, como atraída por la extraña gravedad rural. No había alumbrado, pero los faros del coche revelaban detalles de los setos y cancelas, incluso algunos que salían revoloteando al ser iluminados.

«Polillas», pensó ella. «Polillas y mosquitos.» Sin duda había otras perturbaciones a su alrededor, sobresaltos y fugas repentinas, aunque ella no llegase a percibirlas. Las criaturas nocturnas que reaccionaban al paso de aquel gran obús.

Estaba sentada en el asiento trasero, con Jim a su lado. Jane conducía con una calma deliberada, cada uno de sus movimientos perfectamente acompasado con el avance del coche. Jim, con el cinturón abrochado, estaba medio vuelto hacia ella y lucía una expresión de falsa afabilidad. Su cara parecía decir que todo sería mucho más sencillo si conseguían terminar con aquello sin malgastar más aliento: en palabras, en sonrisas, en vida. Pero también dejaba claro que estaba dispuesto a escuchar cualquier súplica que ella

quisiera hacerle, siempre que no esperase que fuera a servir de nada.

Su estancia en el estudio del caserón parecía cosa del pasado, como un paseo por un huerto de frutales en un día del verano.

Aunque fuese con demora, había acabado por caer en la cuenta de que aquel pedrusco de hormigón era un fragmento del Muro de Berlín. Eso explicaba que estuviera expuesto en el despacho del Viejo Cabrón. El anciano había dedicado gran parte de su vida a derribar aquel muro, o eso parecía, visto en retrospectiva. Quizá no había pasado de combatir a aquellos que lo habían erigido, y el muro sencillamente era un indicador del lado en el que él mismo se encontraba. De haber nacido en otro lugar, tal vez habría puesto el mismo entusiasmo a la hora de hacer frente a los valores occidentales. En cualquier caso, al final del largo camino recorrido, el pedrusco había ido a parar a la librería de su estudio, símbolo de una victoria temporal. Pues la historia era cíclica, naturalmente, y con el tiempo se construirían otros muros, y siempre habría quienes creerían que un lado era mejor que el otro y morirían en el intento de averiguarlo. Y a largo plazo, esos muros también caerían, junto con los tiranos que los habían construido, aplastados por el peso de los ladrillos amontonados hasta tan gran altura. Los muros no podían perdurar. Pese a todo, ella estaba pensando que ojalá se hubiera metido en el bolsillo aquel pedrusco de hormigón cuanto aún estaba a tiempo de hacerlo. Usarlo para machacarle la cara a Jim también habría tenido algo de cíclico.

Aunque su peso en el bolsillo de la chaqueta sin duda lo habría alertado, claro. Daban por sentado que ella estaba débil y que era

improbable que se defendiera, pero Jim se habría dado cuenta si ella hubiera intentado sacar aquel ladrillo.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó finalmente.

—Ya te lo hemos dicho —contestó él—. Al hospital.

—No, en serio. ¿Adónde me lleváis?

—Tú confía en mí. De todas formas, da lo mismo —respondió Jim.

Jane quitó las luces largas para no deslumbrar al conductor de un coche que venía de frente y volvió a ponerlas en cuanto el carril se despejó de nuevo. Sid vislumbró un campo, y un árbol solitario con las ramas enredadas en una maraña de malevolencia. Luego, el árbol desapareció.

Y el final, fuera como fuese, estaba cada vez más cerca.

Desde el otro lado del agua le llegaba el sonido de un anciano que murmuraba una canción, repitiendo la misma letra una y otra vez con la misma cadencia, como si estuviera recitando en bucle una oración, y mientras caminaba por el camino de sirga en dirección a Islington, donde el canal desaparecía bajo un túnel, a Diana le vino a la mente un recuerdo que no fue capaz de definir del todo. Había llovido, tan sólo brevemente, pero lo suficiente para avivar unos olores escondidos que endulzaban el aire de la noche. Las casas flotantes bordeaban el camino; algunas de ellas se usaban como plataformas flotantes para lo que, en la penumbra, parecían ser unos artefactos dibujados por Heath Robinson y concebidos para que las barcazas pudieran salir volando; sin embargo, a la luz de la mañana, esos artefactos se transformaban en simples bicicletas, regaderas, contenedores de reciclaje y bandejas de semillero. De las

casas situadas al otro lado del canal llegaban los ruidos ocasionales de la vida familiar: retazos de voces y música. Sin embargo, con la salvedad de un corredor solitario, el camino de sirga estaba desierto, y ella se encaminaba al banco más alejado, el que estaba justo a este lado del túnel. Allí la esperaba Jackson Lamb.

Desde el camino parecía un vagabundo exhausto, y ella se preguntó por un momento si sería el emisor de aquel rezo murmurado. Sus zapatos eran como dos bultos llenos de marcas y arañazos, los bajos de su pantalón estaban raídos y su gabardina parecía haber sido confeccionada con la ajada vela de un barco pirata. Ella tenía claro que el olor a cigarrillos y whisky iría imponiéndose a medida que se acercara a él, neutralizando los delicados aromas liberados por la lluvia; también sabía que, a pesar de su aparente tranquilidad, Lamb habría detectado su presencia en cuanto ella había puesto el pie en el camino de sirga. Y durante medio segundo creyó atisbar, no sin inquietud, a un segundo Lamb escondido bajo el caparazón del que tenía delante, como si el Lamb auténtico estuviera posando y su visible decrepitud no fuera más que la argucia de un escultor.

Lo mejor era pasar a la ofensiva. En realidad, lo mejor era no estar cerca de él en absoluto, pero Lamb le había enviado como telegrama a una aprendiz de espía hecha polvo, y a ella no le había quedado más remedio que acudir a la cita.

—Le has fracturado el brazo a mi agente —dijo, sentándose en el banco tan lejos de él como le fue posible.

Lamb abrió los ojos.

—Te dije que dejaras de joder a mi gente.

—¡Estamos hablando de una chica de veintitrés años, por Dios!

—Y le habría hecho lo mismo a un hombre de cuarenta. A eso se le llama ser feminista. —La miró con detenimiento—. Cambiando de tema: «Es posible que haya cometido un error, Jackson», ésas fueron tus palabras exactas. Pero ¿sabes qué pasa? Que mi listado de bajas no para de crecer, está hinchándose como la polla del primer ministro en una entrega de premios de un colegio de monjas. Así que... ¿te importaría explicarme cuál fue exactamente tu error? ¿O prefieres que intente explicártelo yo?

Cambió de postura al decirlo y, durante un incómodo instante, ella se preguntó si iba a sacar un cuchillo.

Pero no: ése no era el estilo de Jackson Lamb.

Se volvió hacia él y dijo:

—No hay Primera Mesa que no cometa un error de vez en cuando, eso va con el cargo. Pero lo que está pasando con tus antiguos agentes no se sabe de dónde viene. No tiene nada que ver con las operaciones en curso. Así que lo mejor para todos sería que te quitaras de en medio y dejaras este asunto en mis manos, en manos de Regent's Park. —Notó que el párpado le temblaba y confió en que Lamb no se hubiera dado cuenta—. Entiendo que todos os habéis borrado del mapa. Es lo más sensato. Seguid así hasta que os indique que pasó el peligro y al resto de tu equipo no le pasará nada.

—Es un alivio oírlo. ¿Y ahora vas a darme un besito para que duerma tranquilo?

—Tienes que confiar en mí, Jackson.

—Es curioso. Siempre que oigo la frase «tienes que confiar en mí» tengo la sensación de que alguien está meándose en mi zapato. En fin, como íbamos diciendo: has cometido un error. ¿Todo esto tiene

algo que ver con ese club en Wigmore Street? ¿El que dirige Maggie Lessiter?

—Lessiter hace lo posible por ponerle sordina al asunto —respondió ella.

—Toma, lo mismo que yo ahora. —Se tiró un pedo, un solo de trompeta de tres notas, y volvió a acomodar la nalga en el asiento—. Pero, no se sabe cómo, terminó por correrse la voz.

—Por Dios, Lamb, ¿alguna vez has considerado la posibilidad de imitar a un ser humano?

—No he conocido a ninguno al que valga la pena imitar. —Se metió un cigarrillo en la boca, pero no lo encendió, tal vez temiendo que la atmósfera entrase en combustión—. Ese club lo frecuentan los pijos salidos de los colegios privados más elitistas, ¿no es así? Les sirven comida inglesa al viejo estilo, y la directora les pega en los nudillos con una cuchara de madera cuando se pasan de la raya. Y se divierten montando rifas cuyo premio es ser el próximo primer ministro del país.

—Es verdad que alguna vez me he acercado a comer por allí —reconoció Diana—. ¿Qué tiene de malo?

—Tiene de malo que has estado metiendo mano en la caja del dinero. Porque nadie monta una ejecución en el extranjero, y menos aún en Rusia, sin contar con un montón de pasta para hacerlo. Y teniendo en cuenta que el «ya sabes cuándo» nos está saliendo por un ojo de la cara, todo el mundo sabe que no hay dinero disponible para según qué aventurillas del MI5. Así que cuando diste luz verde a esa operación en Kazán, lo hiciste con un maletín lleno de billetes usados. ¿Y qué mejor sitio que el club de Lessiter para encontrar el maletín salvador?

—Eso es pura fantasía.

—La pureza no tiene nada que ver con esto. Sabemos que estuviste en el club: Ho se encargó de comprobar tus registros en Uber. —Lamb negó con la cabeza—. De verdad. Se supone que eres la Espía en Jefe, pero pasas tan desapercibida como una avioneta con un cartel publicitario. En fin, me interesaba averiguar por dónde andabas cuando empezaste a usar la Ciénaga como campo de tiro, y con quién te estabas relacionando.

Ella apartó la mirada y contempló la profunda oscuridad del túnel en el que se adentraba el canal, o del que salía. Como la mayoría de las cosas, era cuestión de perspectiva.

—Estás mezclando dos cosas distintas —dijo—. Lo que les pasó a White y a Loy no tiene nada que ver con eso.

Lamb había encontrado un mechero por algún lado y, finalmente, encendió el cigarrillo.

—Como digo, recurrí a Ho. Hay que reconocérselo: es un capullo integral, pero un capullo con talento. Cualquier día nos monta un numerito con pelotas de ping-pong. En fin, le pedí a Ho que comprobara quién había podido estar almorzando en el club los mismos días que tú, ¿y a que no sabes con qué tarjeta de crédito se encontró? —Exhaló el humo, asegurándose de que lo dirigía hacia ella—. La de Bullingdon Fopp: una agencia de relaciones públicas hecha a medida para cretinos con dinero de todo el mundo y dirigida por un tal Peter Judd. ¿Y por qué no me sorprendió ver ese nombre? Ese individuo es el emblema de la política británica: aguanta más presión que el perineo.

Ella arrugó la nariz.

—Supongo que quieres decir que es inmune al desgaste.

—Tú supón lo que te dé la gana. Lo que quiero decir es que ese tipejo me provoca arcadas y...

—¡Por Dios, Lamb! —Negó con la cabeza—. Judd es miembro de ese club. El hecho de que estuviera allí no significa nada.

—Ya, claro. Te diré lo que pienso: Peter Judd financió la operación en Kazán, probablemente por motivos personales, y no porque esa ejecución le interesara en particular. Lo fundamental era el poder y la influencia derivados de haber comprado a la Primera Mesa.

—No me ha comprado.

—Uy, qué va. Diana, hazme caso: Judd es tu puto amo y señor. Ahora mismo te tiene en sus manos.

Un pequeño tumulto tenía lugar un centenar de metros canal abajo: unos patos estaban haciendo de las suyas. Ella dejó que aquel ruido la distrajera un momento, como si su total irrelevancia fuera una vía de escape; como si ese ruido le recordara que, en ese mismo instante, el mundo albergaba un millón de situaciones distintas, de modo que su propia situación no tenía nada de especial. Pero era difícil mantener esa ilusión con Jackson Lamb a su lado. Ya había un hueso roto, y era posible que pronto se rompieran más cosas. Y, de repente, reconoció aquella especie de letanía en bucle que antes se había filtrado desde una de las casas flotantes. Era el himno *La sangre de Cristo nunca me ha fallado*, pero envuelto con tanta delicadeza en la penumbra que se confundía con los demás ruidos de la ciudad: el terco optimismo de alguien con una enfermedad terminal.

Lamb interrumpió sus pensamientos:

—Le abriste la puerta a Judd y ese sujeto ahora va a poner a la venta todo lo que no esté bien clavado al suelo, como hacen siempre

los de su calaña. Y la Casa de la Ciénaga no está bien clavada en absoluto. Así que haz el favor de olvidarte de esos putos patos un minuto y concentrarte en lo que importa. Te cargaste a una agente del GRU, y los del GRU se lo han tomado a mal, por lo que se han propuesto vengarse para igualar el marcador. Y gracias a Peter Judd, o a otro como él, han decidido que la Ciénaga encaja a la perfección con sus propósitos.

Tiró el cigarrillo en dirección al canal, convirtiéndolo en un minúsculo cohete que dejaba estrellas a su paso, hasta que se convirtió en un simple silbido apagado.

—Así está la cosa. Y como soy la mar de sociable y comunicativo, te cuento lo que voy a hacer. Voy a darte una oportunidad de decidir de qué lado estás. Y te doy una pista. Ese equipo de asesinos no se anda con miramientos, ¿verdad? Pues yo tampoco.

Tirar aquel cigarrillo en la oscuridad de la noche había sido un error, pues no se lo había acabado ni de lejos. Pero al momento tenía otro entre los dedos, con el que apuntó a Taverner como si fuera el cañón de un arma de fuego.

—Ya puedes ir contándome lo que hay.

Y ella hizo exactamente eso.

Tras recibir el mensaje de texto enviado por Catherine —«Tumba de Blake. Ahora mismo»—, River apagó el móvil y le quitó la batería con una sola mano, dejándolo todo en el asiento del copiloto. Había desaparecido del mapa. Era lo indicado.

Hay situaciones en las que todos los estados de ánimo pueden coexistir: el miedo y la furia, el dolor y la excitación, el asco, el

asombro y un repentino y profundo apego por algo que quizá ha quedado atrás. Él había echado de menos a Sid durante aquellos últimos años, aunque no se había dado cuenta hasta ese momento; y el descubrimiento venía acompañado de la certeza de que podían haberle arrebatado de nuevo a su antigua compañera. Por eso estaba conduciendo demasiado rápido en la oscuridad mientras el cielo se oscurecía, pasando del azul al casi negro, y el carril que tenía delante, estrechado por las luces de sus faros, se convertía en un canal que se retorcía sin parar, flanqueado por borrosas masas verdosas. Estaba preparado para frenar en cuanto fuera necesario, pero no quería hacerlo porque estaba desesperado. Los otros le llevaban unos minutos de ventaja, a bordo de un coche posiblemente blanco. ¿¿¿XTH??? La matrícula apenas tenía importancia. El primer coche que apareciera ante sus ojos tenía que ser el que estaba persiguiendo. No había pasado por ningún punto en el que se pudiera dar la vuelta sin ir a parar a un campo de cultivo en tinieblas.

«Se han sorprendido cuando les he dicho que la muchacha estaba dentro. Pensaban que no había nadie en la casa.»

Dos personas «del hospital» habían ido al caserón buscando a alguien, igual que antes hicieron en Cumbria, aunque ahora no esperaban encontrar a Sid, lo que sin duda significaba que a quien andaban buscando era a él. Aquello daba que pensar, pero no era el momento: lo que tenía que hacer, primero que nada, era alcanzar a aquellos misioneros antes de que hicieran lo que fuese que hacían. Dudaba que se dedicaran a salvar almas, aunque quizá sí a liberarlas de la carne.

Miedo y furia, dolor... y excitación. Porque no podía negar que todo aquello le resultaba estimulante: el placer de la persecución en caliente, de una misión en curso. Parecía que hubiera pasado una década desde su breve paso por Regent's Park y, sin duda, las jornadas interminables en la Ciénaga lo habían corroído lentamente, porque incluso en aquel momento, con la vida de Sid Baker en peligro, una parte de él se alegraba de que aquello estuviera sucediendo. Intentó ahuyentar ese pensamiento, pero no fue capaz. Se alegraba porque, desde su destierro de Regent's, su vida no era la que le correspondía, aquella para la que su abuelo lo había preparado. El Viejo Cabrón nunca había aspirado a ocupar la Primera Mesa: prefería ser el que movía los hilos en la sombra, pero se había propuesto que él alcanzara ese puesto. Era un sueño tácito, que se expresaba en forma de silencios puntuales cuando le contaba viejas historias, pero nunca se había dado cuenta de que lo que su nieto quería en realidad era formar parte de aquellas historias; ansiaba el peligro, no la satisfacción de mover las piezas del tablero. No quería convertirse en un narrador de historias; quería protagonizar esas historias. En los últimos años había tenido la oportunidad de entrever hasta qué punto era necesaria una gran frialdad para planificar la destrucción de un enemigo, pero ahora estaba descubriendo que la acción exigía un cierto grado de perversidad: el placer adictivo de desprenderse de todo escrúpulo y entregarse a la cacería, incluso cuando un ser querido estaba en peligro.

Era lo que estaba pensando cuando tomó la curva demasiado rápido y se encontró con que un coche venía de frente.

Los patos pusieron fin a su cónclave con cierta acritud y se dispersaron aún de mala leche. Mientras Diana terminaba de explicar sus tratos con Peter Judd y los ángeles de la guarda, sus graznidos se fueron perdiendo entre los demás sonidos del anochecer: el tráfico más o menos lejano, la charla inconexa de los peatones en la calle, que la espesura de los árboles hacía tan incomprensible como el lenguaje de las aves.

Después de que la novata Ashley Khan —en su sexto mes de entrenamiento y sin garantías de que hubiera un séptimo, en vista de lo sucedido esa noche— se presentara en su despacho, había sopesado la posibilidad de enviar a los Perros para que le llevaran a Lamb por las malas. Pero la realidad se impuso: si éste estaba fracturando huesos para dejarle patente que iba en serio, era señal de que estaba realmente cabreado. Lo que significaba que sabía que alguien estaba dando caza a antiguos miembros de su equipo y que estaba buscando a alguien a quien culpar del asunto. Y, en vista de su talento para armar follón, y de que ella estaba en la cuerda floja, lo más prudente era que se lo contara ella misma, para evitar que lo averiguase por su cuenta.

La marcha de los patos había dejado el canal tan revuelto como una cama sin hacer, pero la calma volvía poco a poco mientras ella miraba hacia allí.

—Así que Judd no es el único —dijo Lamb al cabo de un momento —. Resulta que hay una galería de los horrores detrás de todo esto.

—Hombres de negocios. Emprendedores. Personas que se preocupan por la seguridad de nuestro país.

Se dio cuenta de la vacuidad de esas palabras en cuanto las pronunció, y Lamb seguramente también, pues su respuesta

inmediata fue echarse un segundo pedo.

—Judd se la tiene jurada a la Casa de la Ciénaga —dijo a continuación—. Si no recuerdo mal, la última vez que nos vimos las caras se quedó sin su mayordomo. —«Mayordomo» no era la mejor palabra para describir a Seb, el antiguo correveidile, esbirro y matón a las órdenes de Peter Judd, aunque era cierto que no se le había visto el pelo desde hacía mucho tiempo—. Pero me pregunto con qué puto propósito ha montado todo esto —prosiguió Lamb—. Eso de patrocinar una ejecución, pues bueno, puedo entenderlo: le sirve para que comas de su mano, y seguro que le gusta verte menear el culo a su alrededor.

—Yo no como de su mano ni meneo el culo.

—Eso díselo a su polla tiesa. Pero no entiendo qué gana vendiendo a mi tropa al enemigo. La jugada está tan meditada como un mensaje de Trump en las redes sociales. No tiene sentido enfrentar a dos grupos opuestos cuando el que se va a llevar el leñazo eres tú.

—Judd no está detrás de eso —dijo Diana.

—¿Y entonces quién?

—White y Loy son agua pasada. Los dos están fuera de nuestros registros, y hasta los registros están fuera de nuestros registros desde que hice que borraran a la Casa de la Ciénaga. Eso significa que la información de la que dispone ese equipo del GRU, si es que realmente es del GRU, procede del archivo de Molly Doran.

—Gracias. Hasta ahí había llegado yo solito.

—Y Judd nunca ha tenido acceso a ese archivo.

—Y ahora vas a decirme quién sí.

—Uno de los ángeles... de los patrocinadores. Su nombre es Damien Cantor. Es un playboy de los medios de comunicación que ha crecido con internet y se ha graduado en YouTube con matrícula de honor. Él...

—Su currículum me importa una mierda.

—Ya, pero ¿te suena el canal Go TV? Es la niña de sus ojos.

—¿La niña de sus ojos? ¿Y cómo vino al mundo? ¿Es que ese fulano se folló a un canal de teletienda?

—Judd quería que Cantor se sumara al proyecto porque tiene dinero en cantidad —explicó ella—. Y lo que de verdad lo motiva es tener influencia. Lo que quiere es marcar el paso de la agenda política, sin limitarse a informar sobre ella, pues así funcionan las cosas hoy día: si tienes un canal de noticias es como si fueras el dueño de medio gobierno.

—Ya veo. Otro puto Rupert Murdoch de andar por casa. Lo que nos faltaba.

—También es un narcisista y un engreído. O sea que lo tiene todo para llegar a primer ministro un día de éstos. Lo que explica que no pudiera resistir la tentación de hacerme saber que me tenía cogida por los pelos.

Lamb soltó un silbido, como si estuviera impresionado.

—En cambio, yo he tenido que interrumpir la siesta para hacértelo saber.

—Vete a la mierda, Jackson. Y dame uno de ésos, anda. —Quería decir un cigarrillo, pero no tardó en darse cuenta de su error. Lamb se quitó el que tenía encajado en la boca y se lo pasó. Tras un ligerísimo titubeo, ella lo aceptó. Él cogió el pitillo que llevaba en la oreja y encendió los dos. Una vez concluido el numerito, ella

continuó—: Cantor me dijo que un antiguo miembro de su equipo de seguridad había entrado a trabajar en Regent's Park. Al mirar su expediente, vi que había tenido un encontronazo con Molly cuando ella lo sorprendió merodeando por su archivo. Cosa que no suele gustarle.

—Cierto. Es muy capaz de darte una patada en el culo.

—Creo que lo que sigue te va a gustar. Ese individuo la llamó «lisiada».

En lugar de responder, Lamb fijó la vista en una de las casas flotantes amarradas al otro lado del canal. Un destello tras sus cortinas sugería la presencia de una vela encendida en el interior, o quizá de un televisor, o de un iPad... de hecho, podía ser cualquier cosa.

—Ese tipo se llama Tommo Doyle —prosiguió ella—. Y probablemente tuvo tiempo de fotografiar la carpeta de la Casa de la Ciénaga al completo mientras estuvo en el archivo. Por orden de Cantor, claro. Porque Cantor estaba al corriente de la existencia de la Ciénaga: Judd le habló de vosotros.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que existía, que yo había borrado vuestros expedientes, que estaba usando a tu equipo como blanco para prácticas de tiro... Seguramente pensó que la Ciénaga era una mercancía que podía venderse a buen precio.

—Y lo que más le gusta a un ricachón es enterarse de que algo está en venta.

—Ya empezaba a correr el rumor de que en el Kremlin estaban rabiosos por lo sucedido en Kazán y que pretendían vengarse, declararle la guerra a nuestro departamento de ejecuciones

sumarias. Pero resulta que nosotros no tenemos un departamento de ese tipo, por lo que se encontraron asestando golpes en el vacío. —Hizo una pausa—. A Cantor le da igual la ideología. Pero aspira a ser una figura importante, y estamos hablando de unos tipos que fueron capaces de robar unas elecciones a la Casa Blanca. Si les ofrecía una válvula de escape para su rabia, una que fuera viable, ¿qué estarían dispuestos a darle a cambio?

—Claro. Les dio de desayunar a los tigres sin preguntarse a quién se comerían para el almuerzo —observó Lamb—. El puto desgraciado. Y por eso hay antiguos miembros de mi equipo que se caen de unas escaleras o mueren incinerados. Aunque era de esperar que los de GRU reparasen en que nuestro listado de personal está escrito con tinta desvaída en un papel amarillento.

—¿Y a ellos qué más les da? Lo que les interesa es que se vea que hacen algo. Que nosotros lo veamos. Que Rasnokov lo vea. Que la propia Reinona en Jefe lo vea. Bienvenido al mundo de las *fake news*, Jackson. Llevas demasiado tiempo metido en la Casa de la Ciénaga. Y las cosas se han puesto feas ahí fuera.

—Siempre lo fueron —dijo él.

Las palabras se esparcieron por la mente de River, cada una tan desprovista de vida como una mosca en el parabrisas, aunque todavía perceptibles en medio del caos:

«Mierda. No. Sid.»

Pero, mientras todo estaba sucediendo, no había palabras, sólo movimiento. Se quedó en blanco mientras sus manos y pies pensaban por él: pisó el freno con brusquedad y el coche derrapó de

tal forma, tan de golpe, que no tuvo más remedio que dar un volantazo mientras el automóvil giraba sobre sí mismo, camino de la colisión como un animal de dibujos animados intentando evitar lo inevitable, tirando hacia un lado mientras sus patas intentan ir hacia el otro. El parabrisas se llenó de luz y de repente se quedó a oscuras. Se oyó un ensordecedor chirrido de metal contra metal y todo se descolocó y volvió a colocar en otro orden. Ya no estaba en movimiento. El coche contra el que había estado a punto de chocar se encontraba cruzado en el estrecho carril y el suyo frente al morro, lo que significaba que uno de los dos había dado un giro de 180 grados. Tenía la sospecha de que había sido él.

En su día había hecho un salto en paracaídas supervisado por soldados. «De apertura baja», lo llamaban: debía tirar de la cuerda en el último momento posible. Aún recordaba el impacto de sus pies contra el suelo. Ese recuerdo seguía grabado en la mayor parte de sus huesos, incluidos los huesecillos de los oídos y los pulgares. Ahora sentía algo parecido. La buena noticia era que el *airbag* había funcionado.

Hundió la cara en aquella masa blanda y luego la arrancó del volante. Se desinfló con un ruido como los que solía producir Lamb.

—¡Tío, tú estás loco! ¡Serás gilipollas!

El otro conductor se había acercado a él y estaba de pie junto a la ventanilla.

—Lo siento —murmuró él.

—Ahora mismo llamo a la policía, ahora mismo llamo a la policía... ¡estás loco!

—Lo siento.

—¡Porque hay que estar loco para ser tan gilipollas!

Él asintió con la cabeza. Era lo mínimo que podía hacer. Era un loco gilipollas, estaba claro, no hacía falta discutirlo ni perder más tiempo. Pisó el acelerador e intentó recrear su giro repentino. Hacerlo a propósito resultó mucho más difícil, sobre todo con un desconocido furioso gritándole insultos. Pero lo logró, y al momento estaba alejándose de allí sin dejar de ir demasiado rápido por un camino estrecho y oscuro, pero con la certeza de que algo se había modificado en su interior instantes antes del choque que no había llegado a producirse; algo de lo que se había dado cuenta sólo en ese momento, como cuando metes la mano en un armario atiborrado de ropa y acabas sacando justo la prenda que no sabías que estabas buscando.

El final resultó ser un claro a un lado de la carretera. Un pequeño estacionamiento entre los árboles desde el que, según imaginó Sid, un sendero llevaría a algún lugar pintoresco, interesante o histórico. Ahora mismo ella no estaba de humor para ninguna de estas cosas. Aunque era poco probable que sus preferencias personales fueran a tenerse en cuenta.

—Ya casi estamos —dijo Jim mientras Jane aparcaba en el punto más alejado.

«¿Y ahora qué?», preguntó Sid. Al momento se dio cuenta de que no había llegado a articular las palabras en voz alta. Se aclaró la garganta.

—¿Y ahora qué?

—Nada que deba alarmarte.

—Ya. Pero ¿qué?

Jane habló por primera vez en mucho rato:

—Entre esos árboles hay un lago. Una laguna, mejor dicho. En el mapa lo describen como un sitio bonito.

—«Una zona de belleza natural» —intervino Jim—. Como suele decirse en estos casos.

—Vamos a echar un vistazo, ¿te parece?

Hay una palabra para describir las preguntas que no exigen respuesta. Pero no por ello Sid dejó de darla:

—Yo con vosotros no voy a ninguna parte.

Jim se echó a reír.

—Has venido hasta aquí. ¿Qué más da hacer un centenar de metros más o menos?

—Está oscuro.

—Tenemos una linterna. Y junto a la laguna habrá un poco más de luz. El agua la refleja.

—¿Sabéis lo que estoy pensando? —intervino Jane—. Yo creo que un bañito nos vendría bien a los tres para despejarnos un poco. ¿Cómo lo ves?

La pregunta estaba dirigida a Jim, que respondió de inmediato:

—¿Un baño nocturno? ¿Y por qué no? El agua al principio estará un poco fría, pero uno enseguida se acostumbra.

—No tengo bañador —dijo Sid.

Parecía tener problemas para controlar el volumen de su voz. Las palabras salían de su boca un tanto burbujeantes, como si hubiera estado inhalando helio. Era lo que pasaba cuando estabas cerca del final: las cosas más cotidianas iban perdiéndose. La última vez que había muerto todo había sucedido de golpe, por lo que no llegó a sentirse nerviosa. Esta vez, sin embargo, había demasiados avisos.

Iban a asesinarla. No sabía por qué, pero le parecía que ninguna razón iba a resultarle aceptable, incluso si se la explicaban de forma pormenorizada.

—Nos bañamos en pelotas —dijo Jim—. ¿Por qué no? Somos todos adultos, ¿no es cierto?

Extendió la mano y desabrochó el cinturón de seguridad de Sid. El cinto le rozó los pechos al enrollarse de nuevo.

—Y si no —dijo él, y por primera vez su voz sonó como era en realidad, no la de un vicario jovial, sino la de un intruso frío como el hielo—, podemos acabar con todo esto aquí, en el coche. No será tan limpio, pero si lo prefieres, lo hacemos.

Se había vuelto hacia ella, y sus ojos se encontraban a escasos centímetros. Los miró fijamente, pero no vio nada en ellos.

—Muy bien —dijo.

Jim ladeó la cabeza ligeramente, como formulando una pregunta muda.

—Mejor acabemos aquí, en el coche —respondió ella, ajustándose la manga.

—Supongo que te das cuenta de que, si esto sigue prolongándose, pronto no me van a quedar ni dos espías a los que putear —dijo Lamb. Aspiró y exhaló una bocanada, una delgada nube que fue alejándose sobre el canal.

—Os habéis borrado del mapa —dijo ella, retomando un estribillo previo—. Seguid así. Todos vosotros. Dentro de pocos días, una semana como mucho, los caballos lentos podréis salir a pastar con tranquilidad otra vez. Porque vamos a encontrar a ese equipo de

asesinos y los vamos a enviar de vuelta a casa en un sobre acolchado.

—Estás arrebatadora cuando mencionas artículos de papelería. —Lamb se giró para mirarla. Su cara era la cara de la luna, llena de cráteres, promontorios y manchas grisáceas—. White y Loy ya no están, y no los voy a echar de menos. Pero Sid Baker también aparecía en esa lista, y eso es otra cosa.

—Baker está muerta —repuso ella, aunque sin mucha convicción.

—Estaba muerta —convino él—. Ésa es la versión oficial. Pero, a la vez, tú necesitabas hacer constar en los registros que en realidad no lo estaba, por si lo sucedido se volvía contra ti. No lo olvidemos: quien la cagó hasta el fondo fuiste tú, con el resultado de que a Sid por poco la matan. Y por eso te ocupaste de dejar una carpeta con la verdad metida en algún rincón del archivo de Molly, allí donde se suponía que nadie iba a mirar. Porque se supone que ahora todo el mundo digitaliza los datos por defecto, ¿no es así?

—Todos menos tú.

—En efecto, sólo lo hago si no me queda más remedio.

Ella dio una larga calada.

—No es la primera vez que la Primera Mesa esconde cosas entre el papeleo, ni va a ser la última. De manera que sí, es verdad, me propuse mantener a Baker fuera de la circulación. Y la he mantenido bien segura durante todo este tiempo. Con un nuevo nombre y un nuevo historial, en una bonita casa en el norte.

—Algo me dice que te preparas para venirme con un «pero» monumental.

—Ha desaparecido. El lechero que se ocupaba de ella nos lo notificó hace un par de días.

—¿Y qué hiciste?

—La notificación me ha llegado hace pocas horas.

—Es lo que más me gusta de Regent's Park. Todo funciona como un reloj suizo. ¿Es posible que en esa carpeta constara el lugar exacto donde estaba escondida? Déjalo, no te molestes en responder. Pero ¿has averiguado adónde ha ido y para qué?

—Lo estamos investigando.

—Voy a ahorrarte la investigación. Está en la casa de David Cartwright. ¿El nombre te suena? El antiguo flautista de Hamelín del servicio. Él tocaba y todo dios bailaba al son de su música.

—¿Y por qué Baker iba a dirigirse allí?

—Porque un espía en fuga siempre busca la ayuda de otros espías, y Sid era amiga de River Cartwright. Y la dirección principal que consta en el expediente de River es la de la casa del abuelete, por la sencilla razón de que el muchacho ahora mismo vive de alquiler, con un contrato de seis meses. Cosa que Sid seguro que sabía, porque en su día probablemente ojeó el mencionado expediente. Y resulta que los malos de esta película también lo saben, gracias a tu amigo Cantor. De manera que están a punto de llevarse dos por el precio de uno. Cuando se presenten a por Cartwright, también van a encontrarse con Baker. —Hizo una pausa —. Me has entendido, ¿verdad? No tengo ganas de repetir esta puta parrafada.

—En la carpeta no constaba la dirección de Baker —respondió ella —. Pero sí la del centro donde la habían estado tratando.

—Fantástico. Así ¿cómo demonios no iban a encontrarla?

Ella examinó el cigarrillo que sostenía entre los dedos: ya no era más que ceniza pegada al filtro.

—Mandaré a un equipo para que se ocupe.

—No te molestes. Cartwright sabe que nos hemos borrado del mapa. El chaval seguramente es idiota, pero, de entre todos los idiotas a mi cargo, es el único que se sabe de memoria los protocolos a seguir. De manera que se habrá esfumado llevándose a Sid con él.

—A no ser que el equipo del GRU haya llegado antes.

—Ya, claro. Si es el caso, será cuestión de enviar a un equipo de limpieza industrial.

Ella apagó lo que quedaba de su pitillo.

—Me doy cuenta de que estás furioso. Pero ahora todo está bajo control, o pronto va a estarlo. De manera que no montes uno de tus follones, Jackson. Escóndete donde sea con una caja de botellas de Talisker hasta que pase la tormenta y puedas salir a la calle, aunque lo más seguro es que antes te mates bebiendo.

—Me encanta oír tus palabras de ánimo. Es como si alguien me ofreciera un vaso con agua fresca. Un mamón que acabara de pegarle fuego a mi casa, por poner un ejemplo.

—Ah, y otra cosa —dijo ella—. Dos de los tuyos le han dado una paliza a un civil esta noche. Y le han robado la billetera y el móvil.

—Todos hacemos lo que podemos para llegar a fin de mes —reflexionó Lamb—. Pero ¿cómo sabes que eran dos de los míos? Tampoco es que yo tenga el monopolio de los atracos.

—Porque uno de mis agentes estaba siguiendo a Wicinski, y me ha informado de que lo había visto moviéndose por los urinarios públicos de la estación de Old Street. De hecho, ha hablado con él. Y diez minutos después, Wicinski ha salido a toda prisa, en compañía de... y cito: «Una marimacho rechoncha.» Supongo que se refería a

Dander. Entre los dos habían dejado a la víctima metida en un cubículo de los servicios.

Lamb lo pensó un momento.

—Lo de rechoncha tiene un pase. Pero yo nunca diría que Dander es una marimacho. En todo caso, un marimacho. Tu agente tiene muy poca consideración.

—Que yo sepa, el robo con lesiones sigue siendo un delito grave. Por lo que, en cuanto la Casa de la Ciénaga vuelva a entrar en funcionamiento, espero que esos dos despejen sus escritorios y se las arreglen con la policía.

—¿Despejar sus escritorios? Dander más bien dejará un cagarro humeante encima del suyo.

—Más trabajo para el personal de limpieza.

—Volviendo a esa movida con Judd y sus angelitos —dijo Lamb como si no la hubiera oído—. Te has metido en una trampa para osos, supongo que lo sabes, ¿no?

—Puedo manejar la situación.

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé.

—Que tengas un buen funeral. —Lamb le tendió la palma de la mano y agregó—. Entretanto, voy a necesitar tus llaves.

—Vas a necesitar mis llaves. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que me he borrado del mapa, según lo convenido, lo que significa que necesito una casa segura. Por razones obvias, no me fío de la capacidad de Regent's Park para hacer una tostada en una tostadora eléctrica, y menos aún para impedir que me frían a tiros. De forma que, si me dejas las llaves de tu casa, por la mañana te ahorrarás tener que barrer los cristales rotos.

—¡Tú a mi casa no vas!

—Acabo de explicártelo. Cristales rotos.

—Por los clavos de Cristo —dijo ella, sorprendiéndose de su propia expresión. Y sacó su llavero, del que extrajo dos llaves. Luego le dio una dirección que no era la suya.

—Hemos estado invirtiendo en el mercado inmobiliario, ¿eh?

—Vas a dejarlo todo como lo encontraste, ¿entendido?

—Es mi filosofía de vida —convino él cogiendo las llaves.

Estaba claro que el coche había sufrido daños. El ruido del motor denotaba cierto sufrimiento: lo que había empezado como un golpeteo discreto se estaba convirtiendo rápidamente en un traqueteo irritado. River había pasado por delante de varias casitas de campo sin cruzarse con más vehículos, y tampoco vio rastro de luces traseras cuando el camino se enderezaba de vez en cuando. No tenía ni idea de dónde estaba. Probablemente había recorrido aquellos parajes en bicicleta de niño, pero las curvas y revueltas se habían borrado de su memoria. Hasta era posible que ya hubiera acabado alguna vez en una de aquellas zanjas. Bien estaba haber tenido una prueba previa.

Notaba un nudo cada vez más apretado en el estómago. Respiraba con dificultad y rechinaba los dientes. La emoción de los minutos previos se había desvanecido por completo para dejar paso al miedo. Miedo a no encontrar a Sid; miedo a encontrar su cadáver. Había estado a medio segundo de chocar de frente contra aquel coche; de haberle faltado un átomo de suerte, estaría muerto o herido de gravedad. Y lo que le fuera a pasar a Sid le pasaría

inexorablemente, si no le habría pasado ya. Y ni siquiera sabría que él había intentado impedirlo.

Un disparo partió la noche en dos, pero no era más que el motor de su coche. El chirrido convertido en traqueteo alcanzaba nuevas cotas.

Y entonces, algo de color gris plomo brilló entre los árboles a su izquierda, y él se acordó de un pequeño lago, un área de pícnic. Recordaba haber ido allí de niño, y aminoró la velocidad al tomar la siguiente curva, que era bastante larga, con la repentina convicción de que allí había un lugar donde estacionar, por detrás de una hilera de árboles. Ese pensamiento todavía se estaba formando cuando la realidad lo confirmó: un *déjà vu* que adquiría presencia física. Salió de la carretera, condujo en la oscuridad y se detuvo a veinte metros de distancia de otro vehículo aparcado en solitario. Era plateado, con una matrícula que acababa en XTH. Las puertas estaban abiertas, pero en el asiento trasero había alguien. Alguien que no se movía.

Apagó el motor y durante uno o dos segundos sólo fue consciente de lo fuerte que sonaba su respiración.

El airbag seguía tirado bajo el volante, por lo que el pie se le enredó un poco al salir. El corazón le latía muy aprisa y las piernas le temblaban a medida que se acercaba al otro coche, pensando: «No, por Dios, otra vez no...», acordándose de la sangre en la acera la última vez que Sid había muerto.

—Mejor acabamos aquí, en el coche —dijo Sid, y clavó el abrecartas del Viejo Cabrón en la mandíbula de Jim.

La sorprendió lo fácil que había sido, aunque la sorpresa de Jim fue aún mayor. Como seguía teniendo abrochado el cinturón de seguridad, no cayó hacia delante, sino que se desplomó hacia un lado. Farfulló algo sin sentido y murió.

Jane se puso a gritar.

Ella abrió la puerta y salió como pudo.

Y de pronto estaba lejos, corriendo por un sendero que llevaba al borde de la laguna. La velocidad era fundamental. Quizá Jane se detendría a comprobar si lo de Jim tenía remedio, aunque ella tenía claro que no lo tenía. Ni siquiera se había molestado en tratar de sacar la hoja, de tan profundamente clavada como estaba.

El cuerpo de Jim tan sólo llevaba unos segundos enfriándose, pero sin duda cada vez estaría más frío.

Los árboles fueron espaciándose y, poco después, llegó a la laguna. El sendero trazó una curva y fue a parar a un angosto embarcadero de madera lamido por las aguas, en cuyo extremo había una caseta de madera sobre unos puntales de madera: un observatorio de pájaros. No era mucho mayor que una cabina telefónica, por lo que Jane seguramente podría derribarlo con sus propias manos. Así que Sid siguió avanzando por la orilla, viró a la izquierda, corrió unos metros más y acabó por agacharse y meterse entre los árboles, que la atacaron con sus ramas bajas, azotándole el rostro y las manos. Ella se detuvo y ellos se calmaron.

Iba vestida con ropas oscuras. Podía confundirse con las sombras. Pero a esas alturas había agotado la suerte de toda una vida. Y también se había quedado sin arma.

Recordó la mirada de Jim al comprender que estaba muriéndose. Una mirada escandalizada, antes que aterrada.

Todo estaba en silencio.

No había pájaros, ni tráfico, tan sólo el rumor del viento al deslizarse sobre la laguna. Era de esperar que por aquellos andurriales hubiera alguna pareja de amantes, o de bebedores, o las dos cosas a la vez. O que al menos hubiera algunos imbéciles deseosos de magrearse o de olvidarse de todo por otros medios. Pero allí tan sólo estaban Sid y Jane. Una Jane que ahora vendría a por ella, armada y motivada a más no poder, pues esto ya no era un trabajo, era algo personal. A saber qué clase de relación tóxica existía entre esos dos, pero en cualquier caso se había terminado, y no cabía duda de que Jane querría vengarse, por lo que era probable que Sid acabara muriendo en este lugar desconocido.

Una idea que la llevó a apretarse contra el tronco del árbol, como si tratara de fundirse con él, volverse invisible, convertirse en árbol.

«*Tch, tch, tch*», dijo la bala, y un disparo partió la noche en dos.

Ella gimió, pero no había sido un tiro, sino un coche que pasaba. Abrió la boca para gritar pidiendo ayuda, pero la cerró de golpe. Un grito atraería a Jane, a quien le bastaría un momento para terminar el trabajo. Pues en eso se había convertido ella: en un trabajo inacabado. Como un suelo por barrer o un plato por lavar. «A la mierda», pensó. «*Tch, tch, tch*», intervino la bala.

«A la mierda con ella también», zanjó Sid.

Podía volver al sendero y seguir corriendo, aunque dudaba que fuera a parar a alguna parte. Seguramente daba la vuelta al lago, de tal forma que volvería a encontrarse en el punto de partida. Pero ¿acaso no era eso lo que sucedía con la mayor parte de los caminos? Con sus propios viajes, por ejemplo. Al huir de Cumbria había supuesto que River iba a mantenerla a salvo. Por la razón que fuera,

River era un anclaje seguro en un revoltijo de cosas dispersas: un par de zapatos metidos en un armario, ya inservibles, pero que no te decides a tirar. El suelo de un despacho sembrado de desperdicios... Un café horroroso, bebido en un automóvil de noche... «¿Por qué has venido aquí...?» «No se me ocurrió ningún otro lugar. Y tú eres de fiar.»

Era imposible comprender por qué la mente se aferraba a determinados recuerdos.

—¡Maldita puta!

Jane la agarró por el brazo y, tras arrastrarla hasta el sendero, la arrojó al suelo y le propinó una violenta patada. Ella intentó rodar sobre sí misma para amortiguar el impacto, una lección aprendida durante su adiestramiento en las colchonetas de Regent's Park y supuestamente grabada a fuego en su memoria, pero acabó desplomándose como un saco lleno de arena mojada, pues el golpe la había dejado sin aliento.

Cuando abrió los ojos, Jane era una borrosa silueta luminosa que se abrillantaba y oscurecía al ritmo de su corazón. Jane se agachó para que ella, su víctima, la oyera bien.

—Si quisiera, podría pegarte un tiro ahora mismo. O matarte poco a poco con mis propias manos. Pero al final vas a acabar en esas aguas y vas a morir con los pulmones reventados, ¡porque ése era el plan!

Las palabras «ése» y «plan» le sirvieron para marcar el compás, acompañándose con la culata de la pistola y con la cabeza de Sid haciendo las veces de tambor.

«*Tch, tch, tch*.»

El mundo desprendía destellos grises y blancos, como un recuerdo borroso de una película de terror, y a ella le dolía la cabeza, al igual que las rodillas y el resto del cuerpo.

—Parecías tan pequeña e inofensiva, tan jodidamente débil... con aquel trozo de metal retorcido en las manos como si fuera tu única arma.

Otro golpe. Otro destello. Ella notó que le crujían los dientes.

—Y pensar que todo el rato llevabas ese puto cuchillo escondido en la manga...

Ella intentó decir algo, pero las palabras le salieron pastosas, como si estuvieran hechas de barro.

Jane le dio una sacudida.

—¿Qué estás diciendo?

Soltó un escupitajo y farfulló:

—Jim me ha ayudado a ponerme la chaqueta. Ha sido él quien ha permitido que me llevara el cuchillo.

«Tienes que ser como Villanelle, como Lara Croft...»

Había sido Sid Baker, pero la de otro tiempo, no la de ahora.

—¡Levántate de una puta vez!

Jane la arrastró de vuelta al embarcadero, agarrándola por el cuello de la chaqueta con la misma mano con la que empuñaba la pistola, apretando el cañón contra su oreja. A ella los pies apenas le respondían; tenía la impresión de estar a punto de caerse, pero aun así fue avanzando.

La pasarela que conducía al observatorio de aves era sólida, de construcción reciente. A mitad de camino, Jane volvió a estamparla contra el suelo.

—Tendría que destriparte como a un pescado y hacer que te comieras tus propias entrañas.

«Puedes tomar prestado mi abrecartas. Lo dejé clavado en la quijada de tu amante.» Pero las palabras no llegaron a aflorar. Tenía bloqueada la garganta.

Por allí tendría que haber algunos observadores de aves, grupos de aficionados a los pájaros, a la espera de que se iniciase el canto matutino. Pero aún no había llegado la madrugada; tan sólo estaba haciéndose un poco tarde.

Entonces Jane se arrodilló a su lado y le apretó la espalda con una mano mientras tiraba de su cabello con la otra, obligándola a levantar la vista.

—Esto es lo que vas a ver mientras te mueres: mi cara riéndose de ti y de todos tus amigos muertos.

—Tu amigo tenía la mandíbula blandita —dijo ella—. La hoja ha entrado como si nada.

Jane le estrelló la cabeza contra el maderamen y luego la empujó hacia el otro lado de la pasarela. Con violencia, hizo que asomara la cabeza por el borde. El agua estaba alta y le devolvió la mirada, como una manta con pliegues interminables salpicada de lentejuelas, de reflejos que ni se sabía de dónde procedían. Ella sólo acertaba a ver los escasos centímetros situados bajo sus ojos, pero aquella imagen se extendía hasta llegar al final de la vida. Y de pronto desapareció, pues su cabeza estaba bajo el agua, empujada por la mano de Jane.

«Vas a morir con los pulmones reventados...»

Intentó dar una patada, pero Jane estaba encima de ella, con una rodilla en su espalda y apretando con una mano su brazo derecho

contra los maderos del embarcadero. Tenía la sensación de que todo aquello estaba ocurriendo en una zona horaria diferente. Mientras tanto, contenía el aliento, al tiempo que Hércules Poirot resollaba en su interior. «*Tch, tch, tch*», dijo. «*Pch, pch, pch*», dijo después. «*Kch, kch, kch*», soltó finalmente. El agua le presionaba la cabeza con fuerza y los recuerdos empezaban a desgajarse de la masa de su pasado: la bola de hierro que remataba los postes de su primera camita, el abrigo que llevaba puesto el primer día que fue a la escuela... Algo ardía dentro de su pecho. Si ella lo permitía, engulliría todos sus recuerdos: aquella hoja de papel de color en la que había pegado unas estrellitas doradas y dibujado un caballo muy simpático... Lo más sencillo sería abrir la boca para respirar de una vez y dejar que el agua fría del lago apagara aquel incendio. Ya no se acordaba de por qué estaba allí, pero todos los caminos llevaban al punto de partida, ¿no? El papel coloreado se arrugó y se volatilizó, sumándose a todas las cosas de las que ya no se acordaba. Y de repente Jane la soltó y ella estuvo a punto de dejarse caer al agua, porque parecía la consecuencia lógica. Pero con los restos de voluntad que todavía le quedaban se echó atrás, y el hecho de inhalar una bocanada de aire le pareció un acontecimiento extraordinario: inusual, sin precedentes, merecedor de una vela votiva. Sentía dolor al respirar y el pecho le seguía ardiendo, pero durante un minuto se quedó allí tendida, jadeando y mirando las nubes. A un metro de distancia, Jane estaba tomándose un respiro en su empeño de matarla a ella para matar a River en su lugar.

Tras adentrarse en el sendero entre los árboles, River llegó a la orilla del lago que recordaba de cuando era pequeño, o que creía recordar, porque descubrió algo nuevo: un embarcadero de madera de unos diez metros de longitud que llevaba a una pequeña cabaña, probablemente un observatorio de aves. El caso era que, ya fuera que aquel embarcadero estuviera situado apenas por encima del agua, o bien que las aguas del lago estuvieran altas, aquello permitía que una mujer estuviera ahogando a Sid, sumergiéndole la cabeza bajo la superficie con la rodilla hincada en su espalda.

Sid estaba viva, pues pataleaba, aunque a duras penas.

Un rayo de luz iluminó un objeto plateado en el maderamen: una pistola. La mujer la había dejado de lado para ahogar a Sid con ambas manos. Él tardó unos segundos en procesar la imagen, pero cuando lo logró ya estaba a mitad de camino.

La mujer se volvió hacia él con una expresión que era puro cálculo: ¿acababa lo que estaba haciendo o abordaba la nueva tarea, tal vez más urgente? Abandonó lo que tenía entre manos, dejando a Sid tan aturdida como un pez fuera del agua, y se abalanzó sobre la pistola. Pero el pie de él llegó antes y la envió volando hacia la cabaña. Rebotó contra la puerta y cayó sobre el entablado.

Él intentó rematar la faena dándole a ella una patada en la cara, pero perdió el equilibrio. La mujer estaba de rodillas, a una altura idónea para soltarle un puñetazo en los huevos, pero él se estaba tambaleando, así que el puñetazo fue a darle en el muslo, que de inmediato se le entumeció.

Se dio la vuelta y se agachó para coger el arma, pero ella ya estaba de pie, y le lanzó una patada que le dio en el hombro porque

apartó la cabeza justo a tiempo.

Era su turno, y se abalanzó sobre ella, haciéndole un placaje de rugby, para evitar que cogiera la pistola. Ambos cayeron al suelo; él encima. Notó que ella intentaba hincarle la rodilla entre las piernas y las cerró con fuerza al tiempo que le asestaba un cabezazo en la nariz. La sangre salió a borbotones. Entonces, la mujer abrió las manos y se las estampó en ambas orejas a la vez. Sintió que la cabeza le estallaba.

La apartó de un empujón y, durante una fracción de segundo, sus miradas se cruzaron. Uno de los dos iba a matar al otro. El que se hiciera con la pistola era el favorito.

Ella estaba más cerca.

Se puso a cuatro patas e intentó alcanzar el arma, pero él se recuperó a tiempo y se le echó encima de nuevo. Intentó agarrarla por el cuello de la chaqueta para estamparle la cabeza contra los tablones, pero ella rodó sobre sí misma y lo desequilibró hasta el punto de que por poco fue a parar al agua. Volvió a estirarse para coger la pistola, pero él la cogió por la muñeca y, cuando ella intentó darle un codazo en la cara, le respondió con una violenta dentellada.

Ella aulló con rabia y él se abalanzó de nuevo sobre ella y alargó la mano en dirección a la pistola, pero dos rápidos puñetazos en el costado frenaron su movimiento. Ahora fue él quien intentó darle un codazo en la cara. Y acertó. Ella dejó de agarrarlo por un instante y esta vez sí alcanzó el arma, pero antes de que pudiera utilizarla, la otra le asestó un puñetazo en la garganta.

Él sintió un espasmo por todo el cuerpo, dedos incluidos, y de pronto la pistola se disparó y un súbito fuego artificial se recortó contra el oscuro telón de fondo. La bala podía haber ido a parar a

cualquier lugar. Y otro tanto pasó con el arma, pues, antes de que ella pudiera arrebatársela de la mano, él la lanzó con todas sus fuerzas hacia la oscuridad. El chapoteo, cuando cayó al agua, se mezcló con el eco del disparo.

Todavía pugnando por respirar, y con la sensación de tener la cabeza envuelta en plástico, trató de liberarse, pero estaba de espaldas contra los maderos y ella, con el rostro lleno de sangre y los dientes rechinando, se apretaba contra él con la fuerza de una amante.

Le dio dos puñetazos en la cara provocándole un dolor punzante, pero antes de que pudiera asestarle un tercero, él arqueó la espalda con violencia y la apartó... Durante un segundo se sintió tan liviano como una pluma. Tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse. Quedaba trabajo por hacer. Se puso en pie como pudo, perdió el equilibrio y volvió a tropezar con el observatorio de aves, pero no cayó.

Ella también se había puesto en pie, y acababa de adoptar la postura del dragón agazapado, o tal vez la del tigre volador. Ya iba a abalanzarse contra él cuando algo la detuvo: Sid Baker, que se había aferrado a sus piernas como una niña pequeña enrabietada.

Él dio un paso al frente y le asestó a la mujer un puñetazo en el rostro. Ella cayó hacia atrás, tropezó con Sid y acabó estampándose contra el maderamen.

Se abalanzó sobre ella mientras Sid seguía sujetándole las piernas. Pataleaba como una posesa, pero la otra no la soltaba. Él le hincó la rodilla en el estómago, le rodeó el cuello con las manos y apretó. Era como luchar contra un pez. La mujer se arqueaba, se sacudía, hacía

lo imposible por asestarle un nuevo puñetazo; finalmente lo sujetó por las muñecas intentando zafarse de su agarre.

Él llevaba las de ganar, pero consiguió liberar una pierna, pateó a Sid en la cabeza y se zafó. Rodó sobre sí misma y reptó medio metro, pero él se le echó encima otra vez, dispuesto a rematar la faena, a hacer las cosas bien. ¿Bien? ¿Eso estaba bien...? De pronto fue consciente del jaleo que estaban armando: gritos, gruñidos, jadeos de dolor...

La mujer estaba boca abajo sobre los tablones, con él sentado a horcajadas sobre su espalda. Y el agua estaba allí, frente a ellos. Hacía un momento, ella había intentado ahogarlo. Era una posibilidad, ¿no? La arrastró hacia delante y, al comprender su intención, ella intentó impedírselo, pero no le sirvió de nada, porque poco después ya eran dos los que estaban empujando su cabeza hacia abajo.

Fue él quien acabó por hundirle la cabeza en el agua, como si estuvieran ejecutando un espantoso remedo de ceremonia baptista, mientras ella agitaba los brazos con desesperación tratando de agarrarse a algo, lo que fuera; al final, consiguió cogerle una oreja y tiró de ella como si quisiera arrancársela, clavándole las uñas.

Pero él no aflojó ni un milímetro porque no se lo podía permitir, y Sid aferró a la mujer por la muñeca, le apartó la mano y se la sujetó con fuerza. Sus pies empezaron a repiquetear contra los maderos, transmitiendo un mensaje en morse: una vaga sucesión de vocales que expresaban a saber qué. Ella no había muerto antes, así que desconocía ese territorio. Y las letras iban espaciándose, de tal modo que el mensaje iba haciéndose cada vez más fragmentado, como si lo que la mujer estaba viendo —fuera lo que fuese— superase su

capacidad para describirlo. Tras un último y débil intento de resistencia, de pronto todo se sumió en el silencio. Se acabó. En realidad, nunca se acabaría, pero se había acabado.

Él se tomó su tiempo antes de soltarle la cabeza: un minuto más, por si acaso.

No hubo una reanimación repentina, ni una de esas resurrecciones de última hora que vemos en las películas.

Él se apartó del borde, todavía de rodillas. Todos sus músculos temblaban. Sid también se había alejado un poco, arrastrando los pies. Entre ambos había cierta distancia, pero respiraban al unísono, con jadeos entrecortados. Él notó que estaba empapado de arriba abajo. De sudor y de sangre. Del agua del lago. Si esto se repetía alguna vez, estaba claro que debía llevar ropa de recambio. Tenía náuseas. Y justo cuando lo estaba pensando, Sid empezó a vomitar. Él se limpió la boca como hubiese sido él quien hubiera vomitado.

A espaldas de ambos, a lo lejos, ululó un búho. Y a continuación, desde la orilla contraria, otro le respondió: *uhú, uhú, uhú*. La vida seguía.

10

Las multitudes tienden a contagiarse de la emoción dominante. En los últimos años, los jóvenes habían salido a la calle, indignados por el daño que sus mayores le habían hecho al planeta, sí, pero también impulsados por la esperanza. Para otros, en cambio, la rabia seguía siendo la salida más fácil.

Esa noche, los chalecos amarillos se habían concentrado en torno a Oxford Circus. El tráfico seguía fluyendo, pero los manifestantes tenían claro su derecho a ocupar las aceras, y su presencia había terminado por extenderse a las cuatro esquinas del cruce, bloqueando los accesos al metro.

La hora punta, sin embargo, ya había pasado, y no había señales de contramanifestantes convocados por quienes estaban igual de furiosos, aunque por motivos diametralmente opuestos. De modo que los chalecos amarillos siguieron con lo de siempre: consignas repetidas hasta la saciedad, sarcasmos a gritos y repentinos estallidos de cánticos desafinados. Entretanto, la tomaban con sus enemigos habituales: los demasiado bien vestidos, los claramente indigentes, los inequívocamente extranjeros, los ciclistas, los conductores que hacían sonar el claxon con desprecio, los que lo hacían en señal de apoyo, las mujeres que iban en grupo, las que iban en pareja, las que iban solas y cualquiera cuya pigmentación se

apartara del ideal cromático de los chalecos amarillos, que se consideraban muy blancos pese a que el tono dominante entre ellos era más bien un gris enfermizo.

La escena podría haber tenido lugar en cualquier ciudad británica, en cualquier rincón de Europa. Pero bastaba con levantar la vista por encima de las cabezas de los furiosos para comprender que aquello sólo podía ser Londres: los hermosos edificios londinenses recortados contra un cielo londinense sin estrellas.

No lejos de allí —Regent Street arriba, a este lado de Portland Place—, un taxi negro redujo la velocidad: el pasajero le había indicado al conductor que se detuviera un momento mientras hacía una llamada por el móvil.

—Ayer lo vi en el informativo de la tele —dijo el taxista.

—Hay que tener presente que la cámara siempre te añade unos kilos de más.

—Supongo que espera que le dé las gracias por lo que declaró.

—A ver, yo nunca espero que me den las gracias. Lo único que espero es que me paguen lo que me deben, con puntualidad. —Peter Judd se movió en el asiento para mirarse en el retrovisor central. Se llevó la mano libre a la papada y estiró el cuello. Sus facciones se tensaron y se vio rejuvenecido. Mmm.

—Querían saber si estarías dispuesto a concederles una entrevista —dijo al teléfono.

—Estaría encantado.

—Les he dicho que no.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Aún no estás preparado, Desmond. Puedo llamarte Desmond, ¿verdad? Si te llamo Flinty, parecerá que soy un idiota. O un

comentarista deportivo. Que viene a ser más o menos lo mismo.

—¿Qué quieres decir con eso de que no estoy preparado? —respondió el otro—. Llevo meses dando entrevistas.

—A los becarios llenos de granos que escriben para periódicos gratuitos y a los pajilleros de internet. Go TV no será la BBC, desde luego, pero al menos sus presentadores son profesionales y no van a darte la razón porque sí. Si dices que crees recordar que *Downton Abbey* la escribió Jane Austen, no van a asentir encantados. No como en aquel programa en el que te entrevistaron el otro día... ¿Cómo se llamaba? ¿*Gran Bretaña mola* o alguna gilipollez parecida?

—*Una Inglaterra nueva*.

—Gracias.

En Oxford Circus, sin motivo aparente, uno de los manifestantes, cuyo jersey rojo era visible debajo de su chaleco reflectante, levantó un contenedor de periódicos gratuitos hasta hacía un momento lleno de ejemplares del *Evening Standard* y lo lanzó contra el curvado escaparate de una tienda de ropa.

El proyectil rebotó en el cristal entre abucheos y algunas risas.

Judd aflojó la papada y su rostro volvió a reflejar su edad.

—¿Me estás diciendo que necesito un cursillo de cultura general antes de salir a vender mi proyecto para el futuro del país? —preguntó Flint.

—No estaría de más. Pero no, lo que digo es que tenemos que asegurarnos de que te llamen para hablar de lo que sabes, y no de cosas que puedan dejar patente... en fin, ciertas lagunas.

—¡Lo que hay que oír!

A Judd le sonó a protesta de trámite. No lo sorprendió: las campañas de Flint se basaban precisamente en eso.

—Y supongo que tienes una idea de cómo debo enfocar esos temas, ¿me equivoco? —siguió Flint.

—Yo siempre tengo ideas, Desmond. Por eso me buscan tanto.

—Ahora mismo se diría que estás en medio del tráfico.

—Lo estoy —confirmó Judd—. En un taxi, viendo a tus tropas ejecutar sus maniobras nocturnas. Es un espectáculo extraordinario, más o menos como ver a unos ancianos reservistas bailando danzas folclóricas con intenciones maliciosas.

—¿Por qué siempre me dices cosas que no entiendo a la primera?

—Será porque estudié en buenos colegios. Pero probemos de otra forma: te conviene acercarte a esta manifestación.

—Ya he estado antes. Y es una protesta pacífica, como de costumbre.

—Bueno, sí. De momento —dijo Judd mientras el del jersey rojo volvía a alzar el contenedor de metal y lo estrellaba de nuevo contra el escaparate—. De momento.

Las paredes blancas eran indicio de una conciencia tranquila, o eso quería suponer Catherine. En su época más oscura, en aquel retiro de Dorset al que el MI5 enviaba a su personal con problemas, sus noches habían sido febriles: soñaba que estaba atrapada en una casa de cristal cuyas habitaciones cambiaban de forma sin ofrecer salida. Y durante los días en que aprendía a asumir su nueva realidad —«Me llamo Catherine y soy alcohólica»—, había acabado ansiando un refugio austero, sin adornos. Un lugar sin rastro de su vida anterior, ni de otras vidas. Un lugar donde pudiera convertirse en otra persona. Una casa vacía.

Pues bien, ahora estaba en una.

La coqueta y pintoresca casita a la que Lamb los había llevado, en una callejuela adoquinada próxima a Cheyne Walk, en el elegante barrio de Chelsea, tenía las paredes blancas con las que había soñado. Paredes blancas, y poco más. La cocina era funcional —una nevera que zumbaba, un horno sin estrenar—, pero no había muebles, alfombras ni cuadros; sólo ventanas que enmarcaban la ciudad ofreciendo un panorama cambiante según las distintas horas del día. Aquella casa era un lienzo en blanco. Pequeña, pero impoluta. Aún intacta.

—Vaya joyita —comentó Lamb—. Seguro que alguien tuvo que ponerse a cuatro patas más de una vez para conseguir las llaves.

Louisa, Lech y Shirley echaron un vistazo: en el piso de arriba, dos dormitorios y un cuarto de baño. En el de abajo, la cocina y la sala de estar. «Debe de valer como dos millones de libras», pensó Louisa, que desde que se había hipotecado veía todo como una agente inmobiliaria. Lech y Shirley, de alquiler en Londres, la miraban como quien mira un palacio: un sitio al que se entra, pero donde no se vive sin una revolución, un meteorito o una plaga de por medio.

Mientras tanto, Lamb se había sentado en la repisa de la ventana del salón. La luz dibujaba un halo dorado alrededor de su corpulenta figura. «Igualito que Enrique VIII», pensó Catherine. «Con peor vestuario, claro. Pero con la misma propensión a hacer lo que le da la gana sin importar quién acabe decapitado.»

Roddy Ho había encontrado un enchufe en un rincón y estaba cargando su portátil. Eso no cuadraba con las órdenes de borrarse del mapa, pero Ho sin duda habría puesto los ojos en blanco ante cualquier insinuación de que su presencia en la red podía ser

detectada. «Es lo que tiene Roddy», pensó Catherine. «Es incapaz de abrir una puerta sin hacerse daño u ofender a una mujer, pero con un teclado delante es capaz de hacer maravillas, incluso con los ojos cerrados.»

Los demás fueron reapareciendo. La casa estaba limpia, tal como les habían asegurado: sin micrófonos ni trampas de ninguna clase.

—¿Y los vecinos? —preguntó Louisa.

—Les diremos que somos de control de plagas, que hemos venido a desratizar y que es posible que estemos aquí unos días —indicó Lamb. Luego se volvió hacia los demás—. Y bien. Vosotros dos: Dildo Bolsón y Capitana Cocaína. Me cuentan que os ha dado por atracar a un turista.

—Ha sido un accidente.

—Pensábamos que era de Regent's Park.

—Ya, pero Taverner dice que no. Lo que significa que esta vez la habéis cagado hasta el fondo. De forma que ya podéis ir montando vuestra fiestecita de despedida. Yo no voy a poder asistir, por cierto. Tengo previsto pasarme esa noche bebiendo a solas en mi despacho.

—Íbamos a devolverle las cosas a ese tipo —dijo Shirley frunciendo el ceño.

—¿Y esto es lo prioritario ahora mismo? —intervino Lech—. De acuerdo: hemos metido la pata a base de bien, pero hay unos sicarios que están matando a gente.

—River sigue sin dar señales —recordó Louisa—. Igual que Sid.

—Cartwright se ha borrado del mapa —indicó Lamb—. Puede que se haya acordado de lo que le enseñaron en el adiestramiento o puede que se lo hayan cargado. Lo descubriremos cuando

reaparezca... o cuando empiece a apestar. A todo esto, yo también tengo mis propios problemas, no creáis. ¿Alguien me deja un mechero?

—Por una vez y sin que sirva de precedente, ¿te importaría no contaminar el aire? —replicó Catherine.

Lamb se la quedó mirando como si acabara de invocar a una criatura imposible; un unicornio, por ejemplo, o un vegano que no se jactara públicamente de serlo.

—¿Y eso de qué serviría?

—Todos respiraríamos mejor.

—De qué me serviría a mí, quiero decir.

—No pareces sorprendido de que Sid siga con vida —observó Louisa.

Lamb había sacado un cigarrillo de la nada, pero se contentó con encajárselo sobre la oreja.

—Lo que más me sorprende es que algunos sí estéis sorprendidos. Sid era la única del equipo que tenía la inteligencia suficiente para mirar a ambos lados antes de cruzar la calle.

—Gracias.

—Un placer. —Hizo una pausa—. Por otra parte, es lo bastante mema como para recurrir a Cartwright en busca de ayuda. Eso viene a ser como pedirle consejo al príncipe Andrés a la hora de hacer amigos.

—Chascarrillos aparte —dijo Catherine—, ¿tienes algún plan? Porque si lo único que vamos a hacer es mantenernos fuera de la circulación, más vale que decidamos dónde duerme cada uno.

—Por mi parte, estaré encantado de compartir cama con quien sea —respondió Lamb, levantando una nalga y soltando un cuesco

largo y sonoro.

—Hay tres habitaciones, y somos seis —indicó Ho—. Lo mejor será dormir por parejas.

—Sigue soñando —le dijo Louisa.

—Un equipo de sicarios del GRU anda liquidando a caballos lentos de ayer y de hoy —intervino Lech—. Quizá deberíamos centrarnos en eso.

—El chico no va desencaminado, aunque tenga la cara hecha un poema —reconoció Lamb—. ¿Alguien tiene algo más que proponer? Recordemos que toda sugerencia es bienvenida. —Recuperó el pitillo de la oreja—. Lo que no es bienvenido es hacer el gilipollas y venir con las sandeces de siempre.

—¿De cuántos sicarios estamos hablando? —preguntó Shirley.

—¿Cuántos payasos caben en un coche?

—Los del GRU operan por parejas, ¿no es así? —dijo Catherine—. Y han dejado pasar cierto tiempo entre un ataque y otro: primero Kay; luego Struan, un par de semanas después.

—Si fueran más de dos ejecutores, seguramente habrían podido liquidarlos a los dos a la vez —apostilló Louisa—. Y nosotros tendríamos menos margen de reacción.

—Yo no llegué a conocer ni a Kay ni a Struan —apuntó Lech.

—Ya —repuso Louisa—. Pero vamos a fingir que su muerte nos importa, ¿vale?

—Lo que quiero decir es que ellos estuvieron en la Casa de la Ciénaga antes de que yo llegara. Y resulta que yo no aparezco en ningún registro como miembro del equipo porque Taverner hizo que eliminaran nuestros expedientes en el mismo momento en que yo me incorporé.

—Yo tampoco llegué a conocerlos —dijo Shirley.

—Por eso lo digo, ¿os dais cuenta de quiénes son los únicos caballos lentos que de verdad han desaparecido del mapa? Shirley y yo. Porque si esa gente está basándose en unos registros obsoletos, no tienen la menor idea de que existimos.

—Queda claro que con una gestión eficiente del personal se consiguen resultados —sentenció Lamb—. Quien os oyera pensaría que sois unos estrategas de tomo y lomo, y no un hatajo de inútiles y tarados. —Se despegó con esfuerzo de la repisa de la ventana—. Los sicarios de Moscú están operando a partir de una lista que le robaron a Molly, en la que no aparecen ni la Bolli ni el Carabollo. De manera que sí, tenemos la ventaja de que a esos sujetos les importáis aún menos que a nosotros, lo que ya es decir. Por supuesto, dicha ventaja se esfumará en cuanto los dos vayáis a parar a la cárcel por atracar a un turista.

—Ese tipo estaba merodeando por unos urinarios públicos —recordó Shirley—. Yo creo que andaba buscando plan con otro de su cuerda.

—En tal caso estaríamos hablando de un delito de odio —dijo Lamb con expresión compungida—. Hay cosas que ya no son admisibles.

—¿Y cómo crees que podríamos aprovechar esta ventaja? —preguntó Catherine—. No irás a decirme que piensas enviar a Lech y a Shirley a enfrentarse a unos asesinos profesionales.

—Oye, pues sería una forma de quitarnos dos pesos de encima —dijo Lamb—. Pero no, no era lo que estaba pensando. Lo que estaba pensando era...

—River y Sid —sugirió Louisa.

—Lo que estaba pensando era que por aquí cerca tiene que haber algún garito de comida para llevar. Pero vale, sí, una vez que la Bolli y el Carabollo me haigan traído algo que zampar, igual no estaría de más que fueran a buscar a los dos caballos lentos que faltan.

—Podéis coger mi coche —dijo Louisa—. Siempre y cuando no conduzca Shirley.

—¿Qué tiene de malo mi forma de conducir?

—Pues que careces de las habilidades básicas para hacerlo.

—También necesitaré algo de beber —dijo Lamb—. Y un mechero.

Louisa apuntó la dirección del Viejo Cabrón en un papel y le explicó a Lech dónde tenía aparcado el coche mientras Shirley iba y venía nerviosamente. Roddy había vuelto a concentrarse en su portátil. Catherine contempló el panorama y tuvo la repentina sensación de que todo aquello le resultaba extrañamente familiar. Incluso Lech, el último en incorporarse a la Ciénaga, encajaba bien en el grupo. Aunque sus cicatrices estaban a la vista, había otras cosas que bullían en su interior, buscando una salida. Se acordó de J. K. Coe y de cómo su trauma, largo tiempo soterrado, había condicionado su vida. Y pensó: «Esto no es bueno para nadie.» Meterlos a todos, encerrarlos en la Casa de la Ciénaga, no era bueno para nadie. Sólo les daba ocasión de alimentar viejos hábitos o de adquirir otros nuevos, igual de malos. Pero era un poco tarde para hacer esa reflexión. Lech acababa de coger las llaves de Louisa y Shirley le estaba metiendo prisa para salir.

—Y no atraquéis a más desconocidos —aconsejó Lamb mientras salían, con un cigarrillo sin encender colgándole del labio.

—Es «hayan», por cierto —comentó Catherine.

—¿De qué me hablas?

—Se dice «hayan». Eso de «haigan» es un vulgarismo.

—Pues vale, lo que haiga falta, joder.

«No dejes a la vista la presa que has abatido.» River ahora no recordaba si la frase era de Bond, de Bourne o de *El rey león*, pero parecía una buena idea, así que entre los dos medio cargaron, medio arrastraron el cadáver de Jane de vuelta a su coche. El sendero parecía el doble de largo que antes, y la noche, el doble de ruidosa. Cuando un vehículo redujo la marcha en la carretera al otro lado de los árboles, a ambos se les aceleró el pulso.

A mitad de camino, Sid tropezó y se cayó. «Estoy bien», dijo. Saltaba a la vista que no lo estaba, de manera que River se echó el cadáver al hombro y terminó el trayecto dando traspiés. En las películas, meter un cadáver en un maletero parece fácil, pero la ropa empapada de Jane se enganchó en el mecanismo de cierre. Su piel se había vuelto como de cera, y tenía cierto aspecto extranjero del que carecía en vida, como si el papel que había estado interpretando se hubiera quedado en el agua.

No era un pensamiento para compartir. River logró por fin desenganchar la tela, y el cuerpo se desplomó en el maletero como un saco de verduras. La muerte era una verdadera cabrona: le quitaba la gracia tanto al muerto como a quien lo había matado.

Jim —así lo llamaba Sid—, por su parte, era ya sólo una carcasa. Costó sacarle el abrecartas de la mandíbula.

—También deberíamos meterlo en el maletero.

Pero Jane ocupaba casi todo el espacio, y doblarla más estaba fuera de su alcance. Así que River se limitó a desabrochar el cinturón

de seguridad de Jim y dejar que su cuerpo se desplomara hasta el suelo del coche.

—Canta bastante, ¿no?

La voz de Sid no pasaba de ser un murmullo lejano.

—No nos queda otra. Y nadie va a fijarse mientras el coche esté en movimiento. Yo conduzco éste, tú conduces el mío. ¿Estás en situación de conducir?

Resultó que no lo estaba.

—Tenemos que volver a la casa. Llamaré a Lamb, para que hable con los de Regent's Park. Ellos se ocuparán del asunto. Pero aquí no podemos dejar a estos dos. Por esta zona viene mucha gente.

En efecto, era probable que alguien pasara por allí en cualquier momento, pero daba lo mismo. A Sid le temblaban las manos de forma incontrolada. Ni siquiera habría sido capaz de manejar unos cubiertos, y menos aún el volante de un automóvil.

—Muy bien —dijo River.

Plan de contingencia: notificaría a Regent's Park dónde estaban los cadáveres.

Iba a coger el teléfono cuando se acordó del mensaje de texto enviado por Catherine. Con todo lo que había pasado, se le había olvidado.

«Tumba de Blake. Ahora mismo.»

—Mierda.

—¿Qué? —preguntó Sid—. ¿Pasa algo?

—Tiene gracia... nos hemos borrado del mapa.

—¿Nosotros dos?

—Los de la Ciénaga al completo. Yo diría que la cosa tiene que ver con estos dos.

Otro coche se acercaba, la luz de los faros acariciaba los árboles. Sid se estremeció, pero el vehículo no aminoró la marcha. Cuando pasó de largo, la oscuridad que dejó tras él dio la impresión de ser más densa.

—Muy bien —repitió River—. Los dejamos aquí y nos vamos a casa. Me pondré en contacto con Lamb desde allí.

Hablaría con Lamb cuando ya no estuviera junto a un coche con sus dos pasajeros muertos.

No era lo ideal, pero la noche entera había distado de serlo. Una vez sentado al volante, se percató de que sus manos, las mismas manos que había usado para hundir la cabeza de una mujer bajo el agua y mantenerla allí hasta matarla, también temblaban. Iba a decir algo, pero se calló. No estaba seguro de qué iba a decir exactamente.

—¿River?

—Ese abrecartas perteneció a Beria —dijo él.

—¿El abrecartas?

—El que te has llevado del estudio.

—Ah.

—Mi abuelo pagó una pequeña fortuna por él.

—¿Quién es Beria?

—Da igual. Luego te cuento.

Los faros de su coche apuntaron al de los asesinos. Pero hacía falta acercarse mucho y escudriñar por la ventanilla para reparar en el cadáver metido dentro, y abrir el maletero para dar con el segundo cuerpo. Se puso en marcha y dejó la escena atrás, rumbo a la casa del Viejo Cabrón.

En otro coche, camino del mismo sitio, Shirley abrió la guantera.

—¡Mira, unas gafas de sol! Oye, ¿qué habrá querido decir Lamb con eso de la Bolli y el Carabollo?

—Eh, cosas de Lamb... —musitó Lech—. Olvídalo.

Shirley se puso las gafas. Le cubrían la mitad de la cara.

—¿Me parezco a Jennifer López?

«Más bien a Jeff Goldblum en *La mosca*», pensó él.

Habían comido algo por el camino, después de dejar una tonelada de comida india para llevar en la coqueta casita. Ella se había ofrecido a conducir «hasta que salgamos de la ciudad; así iremos más rápido», pero, ateniéndose a las instrucciones de Louisa, Lech respondió que no, gracias. Para empezar, porque ya iba bastante acelerada. Y para acabar, pues también. No estaba seguro de que ella estuviera de acuerdo, pero las llaves las tenía él, y eso era lo importante.

La casa del Viejo Cabrón estaba en las afueras de Tonbridge, en el condado de Kent. La lluvia se había desplazado hacia el oeste y la hora punta había quedado atrás. Bien mirado, había peores formas de pasar la noche, de no ser por la compañía y por el mal presentimiento que lo embargaba.

Todavía con las gafas puestas, Shirley preguntó:

—¿Hasta qué punto crees que estamos metidos en un lío?

—A ver. Tú y yo hemos atracado a un tío en un urinario. Y todo el mundo parece saberlo, así que el lío es de los gordos.

—Al menos no lo hemos matado.

—Y con eso te conformas, ¿no?

—Todo irá bien.

Daba la impresión de estar tranquila.

—¿Es una corazonada o sabes algo que yo no sé? —preguntó Lech.

—Nosotros estamos en la Ciénaga, no en Regent's Park. Lamb es muy libre de despedirnos cuando le dé la gana: no necesita un pretexto. Pero lo que no va a permitir es que Taverner nos eche.

—Ya, pero hay un pequeño detalle: Taverner es su jefa.

Ella se rió al oírlo.

Jugueteó con las gafas, dejando que le colgaran de las orejas y se posaran en la barbilla.

—¿Qué se siente? —llevándose un dedo a la cara.

—¿A qué te refieres?

—A eso de destrozarte la cara.

—Muy empoderador. Deberías probarlo.

—¿Te arrepientes?

Lech tocó fondo el día que Lamb le entregó la navaja de afeitar. «Siempre te queda otra opción, además de la sutura y la cirugía plástica.» Los puntos de sutura le habrían dejado la cara hecha un mapa, y no podía permitirse pasar por el quirófano con el sueldo que cobraba. Hizo lo que Lamb le sugería. ¿Qué otra le quedaba? ¿Cubrirse el rostro de vendajes como si fuera el hombre invisible? Ahora que lo pensaba, igual habría funcionado. Pero ni por asomo iba a debatir todo eso con Shirley, así que se limitó a gruñir y se concentró en adelantar al camión de delante. La llovizna emborronaba el parabrisas.

—Entonces —preguntó al fin—, ¿tú no llegaste a conocer a esa tal Sid?

—No. Ya estaba muerta cuando entré en la Ciénaga.

—O no.

Shirley se encogió de hombros.

—Le pegaron un tiro en la cabeza. Es posible que siga viva, pero dudo que sea la misma de antes.

«Eso pasa mucho últimamente», pensó Lech. Y en voz alta, añadió:

—Entonces, ¿tú crees que Lamb va a sacar el garrote para defendernos?

En la risa de Shirley se notaba el influjo del alcohol.

—Lamb con un garrote en la mano... ¡no quiero ni imaginarlo!

Lech tampoco quería imaginarse a Shirley con un objeto contundente en la mano. En lo referente a los objetos cortantes, era difícil que alguien le hiciera tanto daño como el que se había hecho a sí mismo.

—Eso sí, Taverner se pasó tres pueblos al borrar la Casa de la Ciénaga de los registros —consideró Shirley—. De manera que sí, yo creo que Lamb le hará alguna jugarreta. No porque nos quiera a su lado. Sólo para impedir que ella nos saque de allí.

Lech pensó: «Y éste es el mundo en el que ahora me muevo. Un mundo en el que las decisiones no se toman atendiendo al bien común o a la causa más justa, sino en el que todo se reduce a joder a tu rival, por mucho que tu rival sea de tu mismo bando.»

Shirley volvió a revolver en la guantera y encontró un paquete de chicles.

—¿Alguna vez has tenido un *déjà vu*?

—Algo me dice que pronto voy a tenerlo.

—Vamos a mirar en el maletero —dijo ella—. Quizá Louisa se haya comprado una llave inglesa nueva. —Al ver que Lech arqueaba las cejas, añadió—: Nunca se sabe.

Al tercer intento, el contenedor de periódicos viejos atravesó el escaparate y los chalecos amarillos acogieron el consiguiente estrépito de cristales contra el suelo con un rugido de aprobación. Como si el escaparate de marras hubiera sido lo único que los mantenía a raya, procedieron a invadir la calzada en masa, deteniendo en seco el tráfico que hasta ese momento circulaba a duras penas, de modo que tanto Oxford Street como Regent Street no tardaron en quedar bloqueadas por una fila de autobuses y taxis, taxis y autobuses, mientras los cabriolés a pedales subían a las aceras. Desde lejos, todo aquello tal vez podía parecer una celebración en marcha —del aniversario del Brexit, pongamos por caso—, pero visto de cerca era palpable un sustrato de violencia. Un simple escaparate roto tampoco era para tanto, claro. Pero sí daba la impresión de ser un comienzo.

Por una extraña casualidad, un equipo de televisión estaba en la zona desde el primer momento, a pesar de que los informativos últimamente apenas prestaban atención a los chalecos amarillos, que habían pasado a ser considerados otra molestia en las calles, parecida a los adoquines sueltos o a los recaudadores de fondos para organismos benéficos de toda clase. Sin embargo, el canal Go TV había enviado una furgoneta a última hora de la tarde, y su personal estaba allí, grabando imágenes del tumulto incipiente. Por la ventanilla del taxi, Peter Judd los contempló con creciente interés mientras iban adentrándose entre el gentío, más que nada porque uno de los miembros del equipo tenía justo el tipo de piernas que a él le gustaban: largas y pegadas al cuerpo de una mujer.

El ruido ascendía y descendía, como una ola rompiendo en el mar.

—El taxímetro sigue corriendo, jefe —indicó el taxista.

—No sabe cómo le agradezco que me lo recuerde. Pero no tiene importancia, se lo aseguro.

—Es su dinero.

—Que pronto será de usted.

La promesa alegró al taxista, o por lo menos le soltó la lengua.

—Veo que estos payasetes le interesan. Los chalecos amarillos.

—Mmm.

—Bueno, jefe. He dicho que son unos payasetes, pero algo de razón tienen. Porque si uno lo piensa, son la voz del pueblo. A ver si me explico, las cosas están fatal, ¿o no es así? Están fatal desde hace unos cuantos años. Esto de los políticos es un puñetero circo. Y uno se pregunta: ¿quién es el gobierno para decirnos lo que debemos hacer?

—Es una pregunta sorprendentemente perspicaz. Pero voy a pedirle un favor.

—Lo que usted diga, jefe.

—Que se calle, salga del coche y espere cinco minutos fuera. Voy a celebrar una reunión.

Que comenzó veinte segundos después, en cuanto llegó Desmond Flint.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó mientras subía al taxi.

—Es extraño, ¿eh? —Judd sonrió ampliamente—. Se diría que tu gente tiene ideas propias y todo.

—A ver. Esto no es... una concentración pacífica. No están siguiendo mis instrucciones. —Cerró la puerta—. Esto que está pasando, esto... La policía está empezando a ocupar Oxford Street. La gente va a pensar que somos una panda de delincuentes.

—Es lo que acostumbra a suceder cuando alguien quebranta la ley —indicó Judd—. Pero tú no te inquietes. Toma esto, anda.

Le pasó una petaca de plata. Flint la cogió, mirándola sin comprender.

—Es poco probable que el ministro del Interior haga intervenir a la policía sin la autorización del primer ministro. Y como a éste suele ser difícil localizarlo cuando hace falta tomar una decisión, tenemos un poco de tiempo —dijo Judd.

—Esto no es casualidad. Aquí hay alguien que está creando problemas de forma deliberada. Yo no tengo nada que ver. Esto es cosa de... ¿cómo los llamabas? ¿Agentes procuradores?

—*Agents provocateurs* —respondió Judd.

—Y me dijiste que te habías ocupado del tema, que habías convencido a los del MI5 para que los retirasen de la circulación. Y ahora me encuentro con esto. ¡Y con cámaras de televisión delante, por Dios!

—Bebe un poco —sugirió Judd—. Te calmará los nervios.

Flint contempló la petaca y, finalmente, se la llevó a los labios. Tras dar un buen trago, dijo:

—Pensaba que ibas a ser mi padrino en la política. Hoy mismo me lo has dicho, apenas hace unas horas. ¡Y ahora me encuentro con esto, con que mi movimiento, el movimiento que yo puse en marcha, está a punto de pegarle fuego al puto centro de Londres! ¿Y qué es lo que has estado haciendo entretanto?

—Verás —respondió Judd—. Me he encargado de que alguien se cargue un escaparate. —Levantó la mano para no ser interrumpido —. Sí, ya sé lo que vas a decir. Que eso seguramente se consigue

con una simple llamada de teléfono. Pero hay que saber a quién llamar, amigo mío. Hay que saber cómo hacer las cosas.

—¡Tú estás mal de la cabeza, colega! ¡Estás como una puta regadera!

—Y la misma persona a la que llamé para pedirle prestado un lanzador de contenedores de metal fue la que organizó la llegada del primer equipo de televisión: el equipo de Go TV. Ya te había hablado de ese canal, si mal no recuerdo. Y ahora pórtate como un buen chico: toma otro trago de brandy, que es de los buenos, y pásate un peine por el pelo. Porque será mejor que entres en acción antes de que empiecen a quemar cosas de verdad, no metafóricamente. Si empezamos con los incendios, la imagen que se va a transmitir será... ¿cómo decirlo?... propia de tiempos más sombríos.

—¿De qué demonios estás hablando?

—El canal Go TV no está aquí para filmar unos disturbios, Desmond. Ha venido para filmarte a ti.

—¿A mí?

Judd señaló a la multitud con la barbilla. El alboroto había ido a más.

—Sí, a ti. Querías tener la oportunidad de lucirte, ¿no es así? Pues te la estoy ofreciendo en bandeja. —Se echó hacia delante para abrir la puerta del taxi—. Tu destino está esperándote. Ya me darás las gracias después. Toma este trasto y úsalo. Ah, y déjame el brandy. Gracias, muy amable.

Peter Judd no se molestó en disimular la meticulosidad con que refregó el borde de la petaca antes de beber de ella. Pero Desmond Flint ya estaba fuera del taxi y tenía muchas otras cosas en que pensar como para ofenderse.

River estacionó en un área de descanso situada a menos de un kilómetro de la casa. Sid le pasó el teléfono desmontado y él le insertó la batería y lo encendió.

—Si todos os habéis borrado del mapa, lo lógico es suponer que Lamb también habrá desconectado el móvil, ¿no?

Él se acordó de la última vez que Lamb había apagado las luces de la Ciénaga. Tras hacerse con los móviles de todos, los tiró por el desagüe. Eso sí, se tomaba mayores libertades con las pertenencias ajenas que con las suyas.

—Pronto lo averiguaremos —se limitó a responder.

Lamb contestó al séptimo timbrazo.

—¿Y ahora qué cojones pasa?

—Soy yo.

—Así que no te han matado aún.

—Por lo visto no.

—¿Y qué hay de Baker?

—Si la hubieran matado, ya te lo habría dicho.

—Entonces, ¿estás rompiendo el protocolo sólo para decirme que por fin has logrado bajarle las bragas?

—Alguien vino a por ella. Dos álguienes.

—¿Y?

—Han dejado de ser un problema —respondió River.

—Vaya, pues eso les pasa por meterse con mis cachorrillos en celo. —Hizo una pausa—. Entendido. Bien hecho. A menos que fueran simples encuestadores, limpiaventanas o algo por el estilo. Aunque, incluso en ese caso, esta noche no seríais los primeros en ensañaros con un civil.

River no sabía a qué se refería, pero le daba igual.

—Los hemos metido en un coche. Hay que ocuparse de ese coche cuanto antes.

—Así que ahora me tomas por un aparcacoches a tu servicio.

—Jackson, no estoy de puto humor.

—Ya lo veo. ¿Se supone que me llamas desde algún lugar concreto?

«Desde el culo del mundo», pensó él.

—He pensado que lo mejor era alejarse cuanto antes de esos dos...

—Los dos que hay que reciclar —completó Lamb.

—Eso mismo. Y bien, ¿seguimos borrados del mapa o puedo estar seguro de que Regent's Park va a hacer lo que le toca?

—No. Volved a vuestro punto de partida. Wicinski y Dander se dirigen hacia allí ahora mismo.

—¿Y luego?

—Luego ya se me ocurrirá algo. Una pregunta: ¿esos dos... eh... reciclables, están más o menos a la vista? ¿Alguien podría reparar en ellos pronto?

—Esperemos que no.

—Claro. ¿Cuándo se ha visto que la esperanza nos falle?

Cortó.

—Si alguien ha estado escuchando, pensará que no es más que una charla cualquiera de un miércoles por la noche —apuntó Sid.

Había más energía en su voz.

—Lamb sabe que estás viva —dijo River—. Probablemente siempre lo ha sabido.

—Vaya, veo que el hombre sigue siendo muy suyo.

—Si acaso, es más suyo que nunca.

—Ha mencionado dos nombres. ¿Quiénes son?

—Wicinski y Dander. Lech y Shirley.

—Y los ha enviado a casa de tu abuelo. Señal de que se preocupa por ti, por los dos.

—No estoy seguro de que la preocupación tenga nada que ver. —Volvió a quitarle la batería al móvil—. Para él todo es un juego. Sólo está moviendo las piezas del tablero.

—Es lo que tu abuelo solía hacer, ¿no?

—No hay comparación.

—Si tú lo dices.

—Vaya, pero es que ni de lejos. —Frunció el ceño, sin motivo aparente, y preguntó—: ¿Estás bien?

Sid se miró las manos. Ya casi no le temblaban.

—No dejaba de oír una voz... —dijo—. Una voz que estaba en mi cabeza.

—Tranquila. Eso nos pasa a todos.

—Cállate. Era... he llegado a pensar que era aquella bala la que estaba hablándome. La bala que me dispararon. Era como si hablara conmigo.

River se puso en marcha con los ojos puestos en la oscura carretera.

—Tranquila —repitió.

—Sólo que de repente, cuando esa mujer estaba sujetándome la cabeza bajo el agua, ha sido como si la voz se ahogara...

«*Tch, tch, tch. Pch, pch, pch*...»

—Desde entonces no he vuelto a oírla.

«*Kch, kch, kch*.»

River siguió conduciendo. La carretera empezaba a resultarle familiar, con las curvas acostumbradas, las rectas de siempre... Algunas ramas de los árboles que flanqueaban la carretera pendían sobre la calzada, recortadas y remodeladas por la circulación regular de un autobús.

—No soy un experto. Pero es posible que un trauma anule otro trauma...

—¿En serio? ¿No eres un experto?

—Cállate.

—Lo digo porque quien te oyera pensaría que te pasaste siete años en la Facultad de Medicina.

—Yo te veo bien —dijo él—. Tal vez es cuestión de que vuelvas a empezar.

Ella sonrió y volvió a mirarse las manos.

—Gracias, por cierto.

—No hay de qué.

—Esa mujer iba a matarme.

—Ya lo sé. Pero te las has arreglado bastante bien por tu cuenta.

—No sé si «bien» es la palabra más adecuada.

—Era ella o tú.

—Sí, lo sé.

—Y no quiero que vuelva a pasarte nunca más.

Se hizo a un lado para facilitar el paso de un coche que venía de frente, enfilaron otra curva y llegaron a casa.

—Así que están vivos —dijo Catherine.

—La noche es joven.

—¿Por qué has hablado de «unos reciclables»? —preguntó Louisa.

—Parece ser que nuestros dos sicarios se han tropezado con Romeo y Julieta y, maravilla de maravillas, han salido más bien maltrechos. —Lamb negó con la cabeza—. Menos mal que no soy aficionado a las apuestas, porque hubiera perdido hasta la camisa.

—¿Y los dos están bien?

—Esperemos, ¿o acaso tengo cara de doctor?

—Entonces, todo ha terminado —dijo Catherine.

—Sí, claro. Total, sólo han mandado a un comando de asesinos para darnos caza. Y como no soy rencoroso, aquí no ha pasado nada.

—La verdad es que me moría de ganas de entrar en acción —terció Roddy.

Todos se lo quedaron mirando.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? —dijo Louisa finalmente.

Estaban en una habitación sin mesas y con el suelo cubierto por un caótico amasijo de bandejas de aluminio y tapas de cartón, de tenedores y cuchillos de plástico. El olor a pintura fresca que flotaba en el ambiente como una promesa intacta se mezclaba ahora con el aroma de los platillos indios —baltis y bhajis, dhansaks y dhal— y con el del humo de cigarrillos, pues Shirley le había llevado a Lamb un mechero de plástico, y cuando Catherine había reaccionado abriendo la ventana, Lamb se la había quedado mirando como si se tratara de la primera escaramuza en lo que prometía ser una guerra prolongada.

—¿Y tú sabes quién es ese «alguien» que acabas de mencionar? —preguntó Louisa.

—Su secuaz es un antiguo Perro llamado Tommo Doyle. Pero el alguien de marras es un playboy de los medios de comunicación. Como el malo de una película del 007, sólo que con un nombre vulgar y corriente.

—¿Y ese nombre es...?

—Damien Cantor. —Lamb fijó la vista en Ho—. Tienes preparada tu caja de magia, espero.

—Siempre —confirmó Roddy.

—Excepto cuando no. Pero vale, tráeme a Damien Cantor.

Roddy lo miró sin comprender.

—Que le traigas información sobre ese hombre —clarificó Catherine.

—Y dile que lo haga con rapidez, ya puestos —indicó Lamb.

A Roddy no le hizo falta la traducción de esa última orden, pues ya estaba yendo hacia el ordenador.

—Recuerdo haber leído algo sobre ese Cantor —dijo Catherine—. Es el propietario del canal Go TV. Lo describen como el nuevo Richard Branson.

—¿Acaso no hemos sufrido ya bastante?

—Es un hombre muy influyente.

—Y se propuso comprar más influencia todavía vendiendo al enemigo la Casa de la Ciénaga. —Dio con otro cigarrillo—. Así que me disculparás si no voy volando a suscribirme, o lo que sea que haya que hacer hoy en día para ver la puta tele.

—¿Y Taverner sabe que ese tipo nos vendió? —preguntó Louisa.

—Sí que lo sabe, pero la pobre ahora mismo se encuentra con que sus cojones corren peligro. Y aún no sabe qué hacer al respecto.

—Si alguien está chantajeándola, es señal de que no es digna de ocupar el cargo —terció Catherine.

—Si el hecho de que te chantajeen basta para que te pongan en la calle, nos encontraremos con vacantes por todas partes, empezando por aquí y acabando por Downing Street —sentenció Lamb—. Lo que tampoco es mala idea, qué quieres que te diga. En fin, no tengo tiempo ni para fumar un pitillito con tranquilidad, y encima quieren que me ponga a limpiar los establos de la orgía. —Puso cara de mártir, encendió el cigarrillo y, sin duda por la fuerza de la costumbre, tiró por encima del hombro el mechero, que se precipitó por la ventana abierta—. De manera que, si os parece, nos ocuparemos de esos cabronazos de uno en uno, ¿entendido?

—Oliver Nash está al frente de la Comisión de Supervisión —recordó Catherine—. Tendríamos que hablar con él.

—Nash es un burócrata. Si le pido que se ocupe de vaciarme los cubos de la basura, lo que hará será privatizar la tarea y sacarla a concurso. Taverner, en cambio, es de las que pelean hasta el final, justo lo que te interesa que haga una Primera Mesa. Además, en su día esa mujer y yo compartimos unas cuantas cosas.

—Pero ¿no trató de hacer que te mataran?

—No he dicho que fueran cosas bonitas.

Roddy levantó la vista y, con aire pomposo, notificó:

—Cantor vive en la torre Needle.

Louisa, quien tenía sus propios recuerdos de ese rascacielos, apuntó:

—¿Cómo? ¿Dices que vive allí?

—Es donde tiene las oficinas. Pero también tiene un apartamento privado.

—Ho viene a ser como mis páginas amarillas personales —dijo Lamb—. Bueno, para no ofender, dejémoslo en páginas a secas.

—¿Y qué planes tienes? —preguntó Catherine—. ¿Plantarte en la guarida de Cantor y soltarle cuatro frescas?

—El niñato igual se nos resfría. Mejor lo mato directamente.

—Si estás planeando un asesinato, ya puedes olvidarte de nosotros. Hablo en serio.

—Tú y tus ínfulas de superioridad moral. —Lamb cogió la botella de whisky que Lech le había traído antes de irse, y que él había recibido con grandes muestras de cortesía, como un miembro de la realeza al ser obsequiado con un zurullo—. Tiene que hacer frío en ese sitio tan elevado en el que estás. Eso explica tu frigidez de estos últimos tiempos. Pero, en fin, vayamos al grano: ¿Cantor tiene familia?

—Está casado, con dos hijos —respondió Ho—. Pero viven en Howe, y él casi siempre está en Londres.

—Mejor que en Howe, claro. Debe de ser un hombre sensato. Bueno, sensato entre comillas. ¿Qué es eso de hacer tratos con los servicios rusos de inteligencia? ¿Acaso se propone llegar a primer ministro o algo así? —Desenroscó el tapón de la botella—. No, lo que tengo planeado es ponerme en contacto con este simpático señor Cantor y hacerle saber que está jugando con fuego. —Escudriñó la etiqueta del whisky con atención, como si no acabara de decidirse a probarlo. Luego, inclinó la botella y se sirvió todo un vaso directamente en la boca.

Después, añadió:

—Y resulta que tengo al hombre indicado para hacer ese trabajito.

11

La cuidadosa edición del vídeo conseguía pintarlo como un héroe: Desmond Flint caminando en dirección a la alborotada multitud que se agolpaba en Oxford Circus.

La policía se había apostado en las calles adyacentes, pero centraba su atención en apaciguar el tráfico, más que en dispersar al gentío. Tampoco había habido violencia, salvo por el escaparate roto, aunque sí había ruido, calor y movimiento; esa combinación de ira y de desmesurada sensación de triunfo que puede convertir un concurso de preguntas en un pub en un campo de batalla. Desde la distancia, las líneas del frente no estaban muy claras. El conductor de un autobús había abierto la puerta de su vehículo para entablar una especie de debate con los de fuera, pero era difícil saber si lo que intercambiaban eran opiniones políticas o amenazas. Lo que sí estaba claro era que se trataba de un momento de transición y que las cosas estaban en precario equilibrio. Como sucede en todos los circos, se caminaba sobre la cuerda floja, y el más pequeño desliz podía llevar a que la carpa entera se viniera abajo.

Y entonces Desmond Flint apareció en escena y asumió el protagonismo. Sus primeros pasos tal vez parecieron un tanto vacilantes, pero algo fue cambiando a medida que se acercaba, como si se diera cuenta de que los próximos segundos lo definirían

para siempre. Nadie iba a confundirlo con Gary Cooper —en su caso, estar listo para el partido y solo ante el peligro significaba tener la nevera llena de cervezas y un par de pilas nuevas en el mando a distancia—, pero fue irguiéndose mientras recorría la última veintena de metros y poco a poco empezó a caminar con más aplomo. Tenía un propósito, y se le notaba.

Más tarde surgirían todo tipo de preguntas y especulaciones: ¿De dónde había sacado el megáfono? ¿Acaso lo llevaba siempre consigo, por si las moscas? Pero él se limitaría a esquivar la pregunta, contentándose con decir: «Alguien me lo puso en la mano», sin especificar quién ni en qué momento, y sin mencionar jamás el nombre de Peter Judd. Y cuando la cámara lo captó alzando el aparato y llevándoselo a los labios, la imagen resultante acabó convirtiéndose en un meme pasado por Photoshop una y mil veces: Desmond Flint haciéndole frente a un carro de combate en la Plaza de Tiananmén; Desmond Flint posando el pie en la luna; Desmond Flint de pie en un balcón vestido de blanco papal... «Todos me conocéis. Soy yo, Flinty.»

Más tarde, Peter Judd comentaría:

—La historia universal tiene una política de puertas abiertas. Hasta el más necio puede entrar.

El discurso de Flint a la multitud apareció impreso en varios periódicos británicos al día siguiente, aunque la puntuación variaba en cada uno de ellos.

—Todos me conocéis. Soy yo, Flinty. Y es un orgullo estar aquí, vistiendo el mismo chaleco que vosotros. El chaleco del trabajador británico, nuestro chaleco, el de los que construimos estas mismas calles, estos mismos edificios que os rodean. En el corazón de

Londres, nada menos, en el corazón del que en otro tiempo fue un orgulloso imperio. Y sé muy bien por qué estáis indignados, por qué os entran ganas de arrasar con todo. A mí también me pasa. A mí también. Porque, en los últimos tiempos, todos hemos visto que la palabra que nos corresponde por derecho de nacimiento, la palabra «Gran», la que viene antes de «Bretaña», ha sido pisoteada y arrastrada por el barro... ¿o acaso no es verdad? Llevan años mintiéndonos y tratándonos como a seres inferiores. Y estoy tan indignado como vosotros, podéis creerme. Hemos caminado hombro con hombro, hemos bebido de los mismos termos de té. En noches como ésta y en noches peores también, en noches frías y lluviosas, hemos aguantado el frío y la lluvia porque teníamos claro que estábamos haciendo lo correcto, que nuestras voces debían ser escuchadas por esos que están calle abajo: los de la BBC, a quienes tendría que darles vergüenza hablar en nombre de Gran Bretaña, y también por los que están calle arriba, en Westminster, donde los peces gordos se pasan el día con la nariz metida en la nata. Y vamos a seguir haciéndolo, compañeros. Y compañeras también, claro que sí. Vamos a seguir haciéndolo hasta que llegue el día en que dejen de fingir que nos escuchan y abran sus malditos oídos de una vez por todas. Y cuando eso suceda, me encargaré personalmente de hacerles saber cuáles son nuestras exigencias. Porque confiáis en mí para hacerlo, ¿verdad? ¡Estoy seguro de que confiáis en mí!

En la breve pausa que se permitió a continuación, un silencio fugaz se apoderó de las calles durante medio segundo antes de que llegara la respuesta: un murmullo que fue creciendo hasta transmutarse en un rugido, acompañado por los golpes de los pies contra el suelo y por el palmear de las manos contra la chapa de los

coches y autobuses. Calle arriba, apoyado en el taxi, Peter Judd asintió con satisfacción, apreciando la oportunidad de los tiempos establecidos por Flint: lo de ese hombre quizá no podía llamarse oratoria, pero sí causaba el efecto deseado.

—Gracias, gracias... No sabéis lo que significa para mí saber que tengo vuestro apoyo en las batallas que están por llegar. Porque eso es lo fundamental. Pero ahora mismo... ahora mismo lo que quiero es que lo dejéis por esta noche. Quiero que disolváis esta concentración perfectamente legal de ciudadanos con ideas afines y volváis a vuestras casas. Me han dado garantías de que se os permitirá salir de la zona pacíficamente, y también me han asegurado que la policía va a emplearse a fondo para identificar a esos saboteadores, a esos agentes provocadores que se las saben todas y que han venido esta noche con el propósito deliberado de causar disturbios. Ésa no es nuestra gente. Ése no es nuestro mensaje. Esa gente es el enemigo, y ha venido aquí con la intención de hacer creer que somos violentos, que nuestra protesta es una protesta violenta. Y no lo es. Todos sabéis que no lo es. Lo único que queremos es que escuchen nuestras voces, y ahora mismo hemos de dejar claro que las víctimas somos nosotros, que lo único que andamos buscando es que se haga justicia. No vamos a permitir que el enemigo se infiltre en nuestras filas y mancille nuestro movimiento.

La naturaleza de tales «agentes provocadores que se las saben todas» también iba a ser materia de especulación en la prensa; igual que las garantías que Flint decía haber recibido, cuya procedencia era tan misteriosa como el origen del megáfono. Cuando empezaron a formularse estas preguntas, sin embargo, las respuestas ya

carecían de relevancia: una vez que los tienes pillados por los titulares de prensa, como solía decir Judd, haces lo que quieres con sus pollas.

—Eso es. Marchémonos todos a casa. Lo de esta noche ha sido muy productivo porque hemos demostrado que no nos dejamos pisotear y que sabemos mantener la calma cuando nos provocan. Hoy podemos irnos con la cabeza bien alta porque pronto volveremos, ¿no es así? Volveremos. Gracias. Que la paz os acompañe y que Dios os bendiga.

Estas últimas palabras eran más propias de un telepredicador que de un sindicalista, pero daba lo mismo: los vítores enfervorizados con que fueron acogidas pusieron fin a la velada y la multitud empezó a dispersarse. Unos cuantos se detuvieron para saludar a Flinty o darle unas palmaditas en la espalda, pero nadie se hizo el remolón. Era mejor no tentar a la suerte ni analizar demasiado a fondo lo que parecía ser una clara victoria. Hay cosas que es mejor no examinar detenidamente.

A esas alturas había ya numerosos equipos de televisión por la zona —y decenas de teléfonos móviles habían recogido el discurso de Flint—, pero la gente de Go TV había sido la única en estar presente desde el primer instante, justo cuando alguien había destrozado un escaparate. Aun así, por mucho que el pequeño incidente tuviera un lugar destacado en la cobertura del canal, curiosamente la cámara no había llegado a captar en ningún momento el rostro de aquel alborotador.

El suéter rojo fue encontrado en una papelera después de que el gentío se dispersara, pero la policía nunca llegó a identificar al que lo llevaba puesto.

Los dos coches llegaron a la casa del Viejo Cabrón casi en el mismo momento. River acababa de brindarle un respiro a su maltrecho vehículo cuando los faros del coche conducido por Lech aparecieron en sentido contrario, esculpiendo una larga silueta verde en la oscuridad.

Sid agarró a River por el codo.

—Todo en orden —dijo él al ver que se trataba del coche de Louisa. Y aunque no tenía muy claro que fuera así, porque también había visto que sus ocupantes eran Lech y Shirley, añadió—: Son de los nuestros.

Los cuatro se encontraron en el sendero del jardín. Consciente de que tanto él como Sid ofrecían un aspecto lastimoso, mojados y magullados como estaban, hizo las presentaciones con brevedad.

—Así que tú eres la chica muerta —dijo Shirley.

—Gracias, muy amable.

—No, lo digo en el buen sentido.

Sid miró a River.

—Veo que la Casa de la Ciénaga no ha cambiado.

—No mucho, la verdad.

Lech frunció el ceño.

—¿No sería mejor que entráramos? Es tu casa, ¿no?

«Mi casa, sí», pensó River. Le había llevado cierto tiempo, pero por fin tenía la sensación de que aquélla era su casa. Los condujo al patio trasero y apartó con el pie los cristales rotos mientras les sujetaba la puerta. Reparó en que Lech llevaba el móvil en la mano y comentó:

—Creía que nos habíamos borrado del mapa.

—Bueno, según vayan las cosas. Sabes que hay un equipo del GRU ahí fuera, ¿no?

—Sí, nos hemos dado cuenta.

Entraron en el estudio y Sid se dirigió de forma automática hacia el sillón del Viejo Cabrón. Encendió la lámpara de pie y la estancia adquirió un agradable resplandor amarillento, una calidez que parecía irreal después de los acontecimientos de aquella noche. Era como si los actores principales se hubieran reencontrado en el escenario tras haber dado muerte a los secundarios entre bastidores. River reparó en el olor a agua del lago que emanaba de Sid. Sin duda, él olía igual.

—¿Habéis estado nadando? —preguntó Lech—. ¿O luchando en el barro?

—Nos habían encontrado —explicó Sid—. Me habían encontrado.

—Vaya...

—Y ya no son un problema —dijo River.

—Ah, pues genial, ¿no? —apostilló Shirley.

Lech arqueó una ceja.

—¿Crees que hablamos en broma? —inquirió River.

—Tan sólo estoy haciéndome a la idea —dijo Lech—. Yo soy analista, nunca he trabajado sobre el terreno.

Shirley acababa de encontrar la pistola fundida y retorcida.

—¿La habéis dejado así esta noche o ya venía de serie? —preguntó.

River se la quitó y la devolvió al estante.

—Han venido a por nosotros y los dos están muertos. Los hemos dejado en su coche en el lugar del que acabamos de volver.

—¿Han muerto en un accidente de tráfico? —preguntó Shirley.

—No. Nos los hemos cargado y los hemos metido en su propio coche —aclaró River.

Algo en su tono hizo que incluso la propia Shirley se abstuviera de pedir más detalles.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lech.

River notaba que su cuerpo se quejaba. Las recientes magulladuras empezaban a despertar. Tenía los músculos acalambrados y adoloridos. Había estado hundiendo la cabeza de aquella mujer en el agua hasta que dejó de existir. Era algo con lo que iba a tener que cargar en adelante, pero pensaba que no le resultaría tan difícil: esa mujer quería matarlos a él y a Sid.

Había sido una cuestión de supervivencia, literalmente.

Sí, con el tiempo olvidaría, pero ahora tenía que lidiar con el rastro de dolor que la lucha había dejado en él, y lo único que quería era descansar y dormir. Por un lado, agradecía que Lech y Shirley hubieran ido a echar una mano, incluso le agradecía a Lamb que los hubiera enviado, pero lo único que quería en ese momento era que todos menos Sid se fueran a tomar por saco y lo dejaran en paz.

Aun así, sabía que debían terminar el trabajo.

—Más vale que recuperemos ese coche antes de que lo encuentre alguien.

En el despacho tenuemente iluminado, las cicatrices en la cara de Lech podían pasar por una barba incipiente.

—¿Nos hacemos con él y entonces... qué?

River pensó que podían empujarlo a las aguas del lago para que se perdiera entre las plantas acuáticas. Era una solución muy de Hollywood, pero que en la vida real acabaría en un fiasco: el coche

quedaría a medio sumergir, a la vista de los curiosos, y ellos mismos acabarían calados hasta los huesos.

—Lo traemos aquí —indicó—. Y cuando volvamos a estar en el mapa, los limpiadores podrán llevárselo.

El mejor tipo de problema era el que podía resolverse mediante la oportuna intervención de unos especialistas sobradamente cualificados.

—Yo conduzco —dijo Shirley.

—Aún estás borracha —objetó Lech.

Shirley le hizo una mueca en plan «¿y qué?», pero Lech no la vio porque estaba mirando a River.

—¿Cómo han quedado los del coche? ¿Están muy hechos polvo?

En lugar de responder, River tomó la mano de Sid.

—No tardaré en volver.

—Te espero aquí.

«Un atisbo de la antigua Sid», pensó él.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo? —preguntó Shirley.

—Por ahí hay una tetera y unas bolsitas de té —dijo River—. A ver si se te ocurre algo.

Soltó la mano de Sid y salió de la casa con Lech. Hacía bastante frío; no le habría venido mal cambiarse de ropa... si hubiera tenido algo que ponerse, claro. Los destellos de la lucha junto al lago seguían centelleando en su mente y no pudo evitar un estremecimiento. Frunció el ceño y, para disimular, preguntó:

—¿Qué ha pasado en la ciudad?

La pausa subsiguiente fue lo bastante larga como para que supusiera que no había sido el único en tener una noche movidita.

Finalmente, Lech explicó:

—Lamb le ha cantado las cuarenta a Taverner. Y ahora estamos en una casa segura.

—¿Todos están bien?

—Los hemos dejado comiendo comida india.

—¿Has guardado el ticket de compra?

—Se lo he dado a Lamb —respondió Lech—. ¿Por qué?

—No, por nada —dijo River, pensando que no era el momento de explicarle que nunca en la vida le iban a reembolsar los gastos.

El trayecto le pareció más breve esta vez, aunque Lech no se acercaba ni de lejos a las velocidades suicidas que había alcanzado él. Tuvieron que hacerse a un lado en un par de ocasiones para dejar pasar a otro coche que venía de frente. Antes había tenido mucha suerte: sólo un susto con otro vehículo. Y sólo dos asesinos. Podría haber sido peor, y ahora estaba a punto de serlo, porque cuando Lech tomó el desvío hacia el aparcamiento entre los árboles, los faros mostraron movimiento. Ahora había otros tres vehículos: dos en el extremo más alejado, y uno más junto al coche con los cadáveres, en torno al cual se distinguían tres siluetas.

—Mierda... —masculló. Se acordó de la caseta sobre el embarcadero del lago y aventuró—: ¿Serán observadores de aves?

—Eh... no exactamente —respondió Lech—. Creo que éstos han venido a follar.

«Y resulta que tengo al hombre indicado para hacer este trabajito», había dicho Lamb. Así que Louisa volvía a internarse en el metro, entre gente que salía de copas o del cine, el público de los teatros, los empleados de tiendas nocturnas y quienes enlazaban un turno

de limpieza o mantenimiento con el siguiente. «En el metro siempre se sabe si es de día o de noche», pensó. La iluminación era constante, la temperatura apenas variaba; y aun así siempre sabías si era de día o de noche.

Roderick iba con ella, no porque ella necesitara ayuda, sino porque Lamb no tenía ganas de tenerlo cerca.

Mientras esperaban en el andén, se puso a mirar los anuncios de bancos, agencias inmobiliarias y servicios en línea. Te ofrecían créditos a unas tasas de interés fijadas por Satanás. Eso le recordó la cara que había puesto Lamb al hablar con River por teléfono, y su silencio cuando oyó que el equipo de sicarios había sido eliminado. No le había dado más detalles, pero River no iba armado y, en esas circunstancias, improvisar no resultaba fácil.

Entretanto, la gente iba y venía del trabajo, salía a tomar algo y se endeudaba cada vez más. Ella tenía un pie en ambos mundos: era propietaria de su propio piso, conducía su propio coche y había abatido a tiros a más de uno. Pero nunca le sobraba dinero a fin de mes, el importe de su futura pensión no pintaba bien y ahora su propio equipo se había borrado del mapa, había unos cadáveres por ahí y Lamb tenía un plan.

Un tren entró en la estación, y ella miró de reojo a Ho, que estaba absorto en la contemplación de un anuncio de griferías para cuartos de baño protagonizado por la consabida fémina con poca ropa. Ho había respondido que no cuando Catherine le había preguntado si se acordaba de Kay White o de Struan Loy, pero ella habría apostado lo que fuera a que se acordaba muy bien de Sid Baker. Sid era inteligente, y aunque eso probablemente no contara mucho para Ho, también estaba buena, y eso sí entraba dentro de sus prioridades.

Cuando una tía buena andaba cerca, Ho se la comía con los ojos. Ella había reparado en que, en esas ocasiones, movía los labios como murmurando algo para sí mismo, como si en su cerebro revoloteara una inaudible voz en *off*. A veces le daba curiosidad saber qué decía, pero por lo general prefería ignorarlo. Lo mejor era no tener ni idea de lo que pasaba por la cabeza de Roderick Ho, como si fuera el código de lanzamiento nuclear o el historial de navegación en red del primer ministro.

El tren se detuvo ante ellos, y mientras subían, ella susurró señalando con un gesto rápido a los demás pasajeros:

—Es mejor que no nos sentemos juntos. Nunca se sabe.

Ho asintió. Justo iba a sugerir eso mismo. El metro era territorio peligroso desde siempre, ¿no? Había que permanecer alerta y ser de lo más astuto para detectar a otro profesional. Tan astuto como él mismo. Por su parte, iba camuflado a la perfección: sudadera negra con capucha, vaqueros negros... Un poco clásico, sí, pero discreto. Y aunque proyectaba cierto aire transgresor —porque de eso no podía librarse—, al menos no iba pregonando a los cuatro vientos que era un espía. Nunca se ponía una gorra de béisbol, por ejemplo. Cerca de su casa había un cartel del ayuntamiento sobre las familias de acogida que decía: NO TODOS LOS SUPERHÉROES LLEVAN CAPA. «Joder, pues claro», había pensado él. «¿Y Spiderman? ¿Y el Capitán América? ¿A quién se le ocurre escribir una memez semejante?» Aunque, bueno, en el cartel había una verdad de fondo: no hacía falta vestir como un superhéroe para serlo. Lo importante era mantenerse siempre alerta. Dar siempre la mejor versión de ti mismo. Como cuando se lo había montado para atraer a aquella espía novata a la trampa tendida por Lamb. Si habían llegado hasta allí era gracias a él: a Roddy *el*

Rodillo, que, como siempre, abría paso a toda máquina para que Lamb consiguiera lo que necesitaba. Y que ahora estaba operando en el metro con la concentración absoluta que lo caracterizaba. Ni un momento de respiro. Probablemente la gente pensaba: «Este tío no tiene botón de apagado; con RodMan no hay quien pueda.» A lo mejor no estaría de más llevar una gorra de béisbol con el logo adecuado... En su barrio había una tienda donde hacían impresiones en camisetas y demás, y no sería mala idea acercarse por allí y pedir que le estampasen un eslogan en la gorra: ESPÍA EN ACCIÓN. Sería un pequeño chiste privado, pues todo el mundo daría por sentado que llevaba esa gorra para hacerse el gracioso, sin darse cuenta de que, bajo esa aparente normalidad, había un cerebro siempre alerta...

Alguien estaba dándole pataditas en el pie.

—¡Eh!

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

—Es nuestra parada.

Subieron las escaleras y salieron de la estación. La noche había caído y las calles habían cambiado de dueños. Durante el día, la gente aún procuraba guardar las formas; de noche, ya no hacía falta. Los pocos peatones que seguían por allí a esas horas o bien ya se habían gastado todo el dinero que llevaban encima o iban demasiado borrachos para darse cuenta de que les estaban metiendo la mano en el bolsillo.

Se cruzaron con unos cuantos hombres de mediana edad con chalecos amarillos que comentaban los acontecimientos de la noche; el nombre de Flinty surgía una y otra vez. No tardaron en dejar atrás la arteria principal, cuyos restaurantes protegían las mesas de la acera con mamparas de metacrilato, y se internaron en calles

laterales flanqueadas por una mezcla de viviendas y pequeños negocios. En las puertas de éstos había carteles desvaídos: SASTRERÍA Y CONFECCIÓN A MEDIDA, COMPRAMOS ORO, SERVICIOS DE LIMPIEZA... Uno de los escaparates exhibía un collage de anuncios inmobiliarios: pisos, casas en alquiler. La puerta que buscaban estaba justo al lado.

—¿Cómo se llamaba el tipo? —preguntó Ho.

—Tú limítate a tocar el timbre —respondió Louisa.

Era una hora intempestiva para recibir visitas, así que el inquilino podía haber salido o estar ya acostado. Pero no parecía ser el caso, porque ella no tardó en oír pasos en la escalera. Lamb le había dado una descripción bastante precisa, de modo que no se sorprendió cuando el hombre abrió la puerta y los observó desde abajo.

—¿Eres Reece Nesmith? —preguntó ella.

—¿Y vosotros quiénes sois?

—A nuestro jefe ya lo conoces, o eso tengo entendido. ¿Podemos pasar?

—Y bien. ¿Qué te parecen las vistas?

«Las vistas» eran las de un hotel cercano a la sede de la BBC, uno de los favoritos de Peter Judd, en buena medida por el bar de la decimoquinta planta.

Le fascinaba el panorama de Londres, sobre todo al anochecer, cuando la ciudad se desplegaba a sus pies como una constelación de poder e influencia: una acumulación de riqueza y propiedades destinada para el disfrute de quienes podían contemplarla desde las alturas.

Justo lo que él estaba haciendo en ese momento, copa de brandy en mano.

Desmond Flint se tomó unos segundos antes de responder:

—Pienso que... parece muy caro.

Él se echó a reír.

—No te equivocas.

—Y que está fuera del alcance de la gente normal.

—Vamos, por favor. —Le puso la mano en el hombro, invitándolo a ocupar uno de los sillones—. La gente que se conforma con la normalidad se lo tiene merecido. Y todo lo que sale caro se puede comprar y vender. Como dice aquel chiste: ya sabemos que estás en venta. Ahora sólo estamos discutiendo el precio. Lo cual nos lleva directamente a lo sucedido esta noche. —Judd tomó asiento en el sillón opuesto, con Londres a su izquierda—. Y bien, ¿qué te ha parecido?

Flint volvió a mirar a su alrededor antes de responder. No llegaba a sentirse como en casa, pero empezaba a relajarse. Sin duda, el brandy ayudaba un poco.

—Me ha parecido... distinto.

—¿En qué sentido?

—Simplemente distinto.

—Ya veo. Déjame que te explique una cosa. Hasta ahora te habías limitado a decirle a esa gente que hiciera lo mismo que ya estaba deseando hacer. Y se te daba bien, pero eso era jugar a béisbol: bastaba con lanzar la pelota. Esta noche, en cambio, tenías que convencerlos de que no hicieran algo que se morían de ganas de hacer. Eso ya es críquet. Hace falta más sutileza, más precisión. Y sí, claro que hay diferencia. Una diferencia enorme, porque esta noche

no te has limitado a señalar de dónde venía el viento: has ejercido el poder.

—¿Me estás diciendo que podrían haber decidido no hacerme caso?

—Siempre cabía esa posibilidad.

—Y entonces ¿qué hubiera pasado?

—¿Qué te hubiera pasado a ti, a mí, o a todos esos preciosos escaparates de Oxford Street?

Flint se quedó callado; Judd bebió un sorbo de brandy, asintió en señal de aprobación y continuó:

—Si no te hubieran hecho caso, yo ahora mismo estaría contemplando unas vistas mucho más animadas, eso seguro. En cuanto al resto, supongo que tú estarías sentado en la parte posterior de un furgón policial, un montón de escaparates habrían acabado hechos añicos y toda la credibilidad que pudieras haber tenido ante la opinión pública se habría desvanecido de forma irreparable. ¿He respondido a tu pregunta?

—Mira que eres cabrón.

Judd adoptó un aire casi modesto.

—La cosa no se habría ido de las manos si tú no hubieras enviado a alguien para que se liara —añadió Flint.

—Oh, vamos, por favor. Si los hubieran dejado a su aire, esos tipos habrían acabado por cocinarse y devorarse entre sí. Una cosa es jugar la carta sentimental de cara al público, Desmond, pero no me vengas a mí con la dignidad de la clase trabajada y demás pamplinas. No ha existido jamás un currante que no estuviera dispuesto a hundirle una pala en la cabeza al vecino a cambio de una cerveza gratis y un polvo. Así que sí: eché un poco de gasolina

al fuego, pero me limité a acelerar las cosas sin intervenir directamente. Y, en cualquier caso, desde esta noche tu valor está en alza, así que no vale la pena preocuparse por lo que podría haber pasado. Y escucha, porque esto es importante: no estás sujetando bien la copa. Abrázala con la mano, así. ¿Lo ves? El brandy tiene que calentarse. Lo ideal es beberlo a temperatura corporal.

Desmond Flint reacomodó la mano en torno a la copa de licor y preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que mi valor está en alza?

—Que está subiendo como la espuma. Significa que los periódicos van a hacer cola para hablar contigo. Sospecho que ahora mismo los de la BBC se mueren de ganas de hacerte una entrevista en profundidad. No hay nada que les guste más que lamerles el culo a los nuevos líderes, ¿no lo sabías? Lo que nos sitúa en el lugar idóneo para dar el siguiente paso. Y decidir dónde vas a darlo, en qué circunscripción precisa.

—¿Estás sugiriendo que me presente a las elecciones?

—Por supuesto.

Flint negó con la cabeza.

—A mí no me van las elecciones. Y a mis seguidores tampoco. El motivo por el que hemos llevado nuestros argumentos a las calles es que hemos perdido la fe en los políticos. Gran Bretaña es un país fracasado, y la podredumbre empieza por arriba, eso cualquiera puede verlo. El Parlamento no sirve para nada, es un desastre.

—Ah, sí, tus seguidores. Te han traído hasta aquí, lo cual es muy amable por su parte, pero pronto te darás cuenta de que ya no necesitarás tanto su aprobación. Evidentemente, seguirá haciendo falta que seas fiel a tus raíces y todo eso, pero la única forma de

ascender es mirando hacia arriba. Y eso supone contar con el apoyo de los que hasta ahora te consideraban inferior y te ignoraban. Y para írtelos ganando, lo primero que hay que hacer es ganar unas elecciones.

—Pero ya he dicho que...

—Y yo he escuchado tu objeción, la he considerado y la he archivado en la «I» de «ignorar». ¿Qué te parece el brandy?

—Yo... está bien, está bien.

—Buena respuesta: está bien. No es magnífico. —Hizo una pausa para confirmar su veredicto, paladeando el licor—. No es magnífico. Y a ver si nos entendemos: cuando he hablado de elecciones, tú de inmediato has pensado en el Parlamento. Pero yo de hecho estaba pensando en las elecciones municipales. —Hizo una nueva pausa—. O sea, en que te presentes a alcalde.

—¿Alcalde de Londres?

A Judd se le escapó una risita.

—¡Ja! ¡Muy buena! Ah, pero hablabas en serio... Bueno, pues de acuerdo, en Londres. Alcalde de Londres, ¿por qué no? Es muy ambicioso, sin duda, pero tenemos dos años para prepararlo, y Bernard Shaw convirtió a una florista callejera en una gran dama en menos tiempo en su *Pigmalión*, así que no hay por qué arredrarse. —La mirada de incomprensión que provocó la última afirmación habría desanimado a un hombre menos seguro de sí mismo, pero Judd simplemente sonrió y alzó su copa—. Dos años —repitió, y mantuvo la copa levantada hasta que Flint brindó con él.

Más tarde, después de que Flint se marchara, pidió un segundo brandy y volvió a contemplar las vistas. Unos minutos antes había dicho que probablemente habrían estado mucho más animadas si

aquella turba no hubiera hecho caso a lo que Flinty le pedía, pero, en realidad, salvo por cuatro chalados que se dedicaban a derribar estatuas, dudaba que una turba británica fuera capaz de dar rienda suelta a su rabia como era debido. Quizá habría habido algún que otro escaparate destrozado y coches incendiados —algunas cabezas sangrando, algunas costillas fracturadas...—, pero la cosa no habría tardado en degenerar en una orgía de hurtos al por mayor. El saqueo era el *modus operandi* habitual de las turbas británicas; eso venía de fábrica, y lo que comenzaba con una indignación justificada inevitablemente terminaba con tiendas saqueadas en las principales calles comerciales. Cosa que a él le parecía perfecta. Uno podía confiar en que el británico de a pie, llevado por su naturaleza humana —para no ser injustos—, renunciaría a la revolución a cambio de un par de televisores de pantalla plana. En vez de aristócratas alineados contra un muro, lo que seguía eran unos cuantos magistrados haciendo horas extras durante unas semanas, algunos artículos llenos de indignación en la prensa seria y, finalmente, todo el mundo volvía a contar los días que faltaban para Navidad.

En cualquier caso, los tiempos estaban cambiando, eso estaba claro. No mucho tiempo atrás, la sola idea de que un individuo como Desmond Flint se presentara a la alcaldía de Londres —por no hablar de que tuviera posibilidades de éxito— habría provocado estruendosas carcajadas en cualquier cenáculo de Islington. Ahora, en cambio, cuando llegase el momento de anunciar su candidatura, a los izquierdistas de salón seguro que les daba algo. El *statu quo* había saltado por los aires haciéndose añicos, ya fuera por avaricia, idealismo, malevolencia o pura incompetencia (ya daba igual), y

mientras unos lloraban sus pérdidas y se lamían las heridas, los más listos aprovechaban las mil y una oportunidades que se abrían ante ellos, dispuestos a recomponer aquellos añicos a voluntad.

—Por la recomposición —murmuró, llevándose la copa a los labios.

No era magnífico, simplemente estaba bien, pero lo mejor estaba por llegar.

Dogging. Sexo en público. River no sabía gran cosa al respecto, excepto que existía: gente que follaba en coches estacionados mientras otros miraban. Era posible que aquella actividad implicara otras cosas, pero para conocer los detalles tendrías que haberla practicado o conocer a personas que lo hubieran hecho, y no se le ocurría nadie que cumpliera esos requisitos. O que lo hubiera mencionado, al menos.

—¿Cuál es el coche que nos interesa? —preguntó Lech.

River se lo señaló, y el otro aparcó a unos metros, haciendo que los espectadores se volvieran a mirar como zombis atraídos por el movimiento. La mayoría estaban agrupados al fondo del aparcamiento, donde un coche se balanceaba al ritmo de la actividad que se llevaba a cabo en su interior. El corrillo en torno al coche de los cadáveres —Jim en el asiento trasero, Jane en el maletero— lo formaban dos hombres y una mujer, los tres con ropa de senderismo. «Salgo un rato a dar un paseo, cariño», imaginó River que les habían dicho a sus parejas. «Voy a observar pájaros.»

Como era de esperar, en el interior de ese vehículo concreto no había señal alguna de actividad, pero aquel trío parecía absorto de todos modos.

Lech apagó el motor.

—Sabes que tienes una pinta desastrosa, ¿no? —le dijo a River.

—Si te parece, dejamos para luego los consejos sobre vestimenta y demás.

—No seas capullo. Quiero decir que me dejes hablar a mí.

Salió del coche y River lo siguió.

Estaba oscuro y el terreno era irregular. Uno de los hombres tenía una linterna, pero apuntaba al suelo, de modo que la luz era indirecta y sólo iluminaba tenuemente la zona. El tipo estaba de espaldas a Lech y a River, pero se dio la vuelta al oírlos llegar. Los otros dos, un hombre y una mujer, estaban de pie al otro lado del coche. Tal vez eran pareja.

Lech se dirigió al hombre con la linterna.

—¿Hay algo interesante?

Los tres cruzaron miradas con extrañeza y enseguida apartaron la vista del coche. River supuso que existía una especie de protocolo que debía respetarse. Para empezar, no se fomentaba la charla.

No le hacía ninguna gracia acercarse. Tenía el pelo sucio y la cara magullada, y aquellos tres probablemente se preguntarían si se había metido en problemas. Pero no le hicieron mucho caso. Toda su atención estaba puesta en Lech, y los tres recularon cuando éste se inclinó y miró por la ventanilla del coche. Un instante después, él hizo lo mismo.

El cadáver de Jim estaba tal como él y Sid lo habían dejado: tumbado boca abajo en el hueco entre el asiento trasero y los delanteros. Era un bulto oscuro con algo de blanco en las manos y la cara, esta última manchada o simplemente en la sombra.

River hizo lo posible por verlo tal como lo vería una persona cualquiera —alguien que pasara por allí o un vecino del pueblo aficionado al *dogging*—, pero Jim daba la impresión de estar muerto, y bien muerto, por mucho que lo miraras.

La mujer habló en voz baja:

—Estábamos preguntándonos si... ¿Quizá convendría hacer una llamada?

—Anónima, claro —propuso uno de los dos hombres—. También podemos... en fin, irnos y ya está. Y avisar más tarde.

Lech se incorporó.

—A éste lo que le gusta es difuntear —afirmó—. No me digáis que no sabéis lo que es.

—¿Difuntear?

—Hay quien lo llama «hacerse el fiambre». El nombre lo dice todo. —Adoptó un tono paciente, como si estuviera dirigiéndose a niños pequeños—. La idea es quedarte tan inmóvil como puedas, sin apenas respirar. Algunos incluso fingen tener una herida y todo.

—Yo veo sangre por ahí.

—Pues claro.

—Pero es que... parece como si estuviera muerto de verdad.

—Sí, sí; se nota que es de los que saben.

River pensó que Lech sonaba como un experto. «Tú déjame hablar a mí», le había dicho. Y tenía razón.

—¿Y cuánto tiempo siguen así?

—El que haga falta, como tiene que ser —afirmó Lech.

—Sigo sin verlo claro —dijo el primero de los hombres—. Yo creo que deberíamos llamar a alguien.

—Claro, y vais a quedar como unos señores. Porque igual está muerto de verdad, en cuyo caso vosotros tres habéis estado mirando su cadáver tranquilamente durante no se sabe cuánto tiempo; o igual no lo está, y entonces no habréis hecho más que joderle la noche a todo el mundo.

—Vale, vale, tampoco hace falta usar ese lenguaje.

Sin levantar la voz, los tres se pusieron a debatir la cuestión.

Lech volvió a echar una mirada por la ventanilla y, finalmente, dijo:

—Mirad, si lo que a vosotros os va es el sexo normalito, por nosotros no hay problema. Pero hemos venido de bastante lejos, así que haced el favor...

El trío se reagrupó al otro lado del coche sin decir nada. River estaba contando los latidos de su propio corazón —«ocho, nueve, diez...»—, más acelerados de lo que deberían. Se preguntó si alguno de esos tres llegaría a oírlos, hasta que cayó en la cuenta de que, en vista de las circunstancias, lo normal era que el corazón se te acelerase un poco, ¿no?

Oyó el sonido de una cremallera al abrirse.

Al cabo de otros veinte segundos, uno de los tipos dijo:

—A mí esto no me pone.

Lech replicó en tono áspero:

—En el coche del otro lado hay más movimiento. Quizá sea más de tu agrado.

Los otros intercambiaron una mirada.

—Yo soy más tradicional —reconoció la mujer.

Lech se encogió de hombros.

—«Para gustos, colores»...

—Así que mejor me voy y...

La desconocida retrocedió un paso y finalmente se dio la vuelta y echó a andar hacia el grupo situado en el otro extremo.

—Bueno, yo creo que me voy con ella... —dijo el primer hombre.

El segundo se apartó al cabo de un momento, pero se detuvo y miró atrás:

—El tío es muy convincente, eso hay que reconocerlo.

River y Lech se quedaron a solas.

—Buen trabajo —dijo River unos segundos después.

—Voy a tener que desinfectarme la cabeza.

—Por cierto, ¿eso lo has hecho tú? Lo de abrirte la bragueta, quiero decir.

—Y ha funcionado, ¿eh?

—Lo digo porque puedo darte un momento, si necesitas...

—Vete a la mierda. ¿Tienes las llaves?

River tenía las llaves.

—Vale. Pues siéntate al volante y ponte en marcha.

River se metió en el coche mientras Lech volvía al de Louisa.

Algunos de los congregados en el otro extremo del aparcamiento se los quedaron mirando al salir, pero la mayoría de ellos estaban ocupados en otras cosas.

12

Había infracciones, había delitos y traiciones, pero también cosas que no tenían perdón de Dios.

—Cuando encuentre al que me ha robado el mechero, se va a enterar —dijo Lamb.

En Chelsea, la luz del amanecer había estado colándose por la callejuela y ascendiendo por los muros y cañerías de la casa segura, y en ese momento entraba en las habitaciones sin cortinas, mezclándose con los olores de comida para llevar y las pestilencias nocturnas. Tan sólo encontró compañía en la sala de estar, donde tenía lugar una espera más o menos silenciosa.

Louisa estaba sentada en un rincón con las piernas cruzadas, en una postura de yoga relativamente chapucera —término cuya mera mención proyectaba delirantes imágenes en su cerebro agotado—. Catherine, a su lado, daba la impresión de encontrarse de rodillas, aunque también podía ser una ilusión óptica causada por su vestido largo. En todo caso, tenía una expresión tranquila e imperturbable en el rostro. «Hay momentos en los que los adictos en recuperación alcanzan unos niveles de serenidad con los que los demás no podemos ni soñar», pensó Louisa. «Los muy cabrones...» En cuanto a Roderick Ho, lo habían despachado en busca de otro mechero, o de unas cerillas, o de cualquier cosa que fuese capaz de generar una

llama, para ahorrarle a Lamb el esfuerzo de tener que hacer todo el trayecto hasta la cocina y encender el pitillo en uno de los fogones y a los demás el fastidio de tener que oír hablar del tema.

Louisa estaba pensando que, en vista de las circunstancias, Reece Nesmith III estaba haciendo gala de bastante entereza. Sobre todo teniendo en cuenta el recibimiento que le había dispensado Lamb, sugiriendo que él era el elemento más problemático de todos, y no el que más problemas tenía.

—Vaya, ya tenemos aquí al increíble hombre menguado —había dicho, y Reece lo había fulminado con la mirada.

Cuando ella y Ho habían ido a buscarlo a su piso, parecía de lo más vulnerable. Se los había quedado mirando como si fuesen la vanguardia de una banda de matones, pero su actitud había cambiado en cuanto habían mencionado el nombre de Lamb.

No era probable que Reece tuviera ganas de volver a verlo, más bien debía de querer escuchar lo que tuviera que contarle.

En todo caso, se había calzado las botas —lo cual había incrementado su estatura en unos cuatro centímetros— y se había puesto un grueso chaquetón de paño como los que usaban en otro tiempo los obreros británicos.

Una vez en el metro, entre cuyos pasajeros había algunos chalecos amarillos que volvían a casa desde Oxford Circus, ella había tenido la impresión de que Reece había adquirido una capa protectora adicional contra la que rebotaban tanto las miradas hostiles y las crueldades murmuradas entre dientes como las sonrisas amistosas.

Era evidente que, de estar en los zapatos de aquel hombrecillo, ella necesitaría una capa parecida.

—Aquí estoy —le había respondido Reece a Lamb—. ¿Qué querías?

—Bueno, mejor esperamos a que hayan vuelto todos, así me ahorro la papeleta de tener que explicar las cosas a dos grupos de idiotas distintos.

—¿O sea que pretendes que me quede por aquí hasta que te dé por hablar?

Lamb había sonreído mostrando todos los dientes.

—Eso mismo. Y pensar que hay quien dice que los enanos son lentos de entendederas. —De pronto había dejado de sonreír y había mirado el cigarrillo apagado que tenía entre sus dedos—. Por cierto, ¿dónde demonios se ha metido el agente Cero Cero a la Izquierda, si se puede saber?

—Por favor, que no te oiga llamarlo así —había intervenido Catherine.

—¿Por qué? ¿Puede tomárselo a mal?

—Puede pensar que hablas en serio.

Reece se los había quedado mirando.

—Tengo la sensación de haberme metido en un circo.

—Me alegra ver que te sientes como en casa —había dicho Lamb, tras lo cual se habían quedado todos más o menos en silencio durante un muy buen rato. Finalmente, Lamb miró hacia la puerta y dijo—: Vaya, ¿alguien viene a visitarnos?

Todos se pusieron tensos, pero transcurrieron seis largos segundos antes de que llamaran. Catherine hizo amago de levantarse, pero Louisa fue más rápida. Eran Lech Wicinski y Shirley Dander. Esta última, desaliñada y ojerosa como si hubiera aprovechado para sobar un rato en el coche y se hubiese despertado

con resaca. En cuanto a Lech, nunca era fácil saber cómo estaba o en qué andaba pensando. A Louisa le parecía que, tras haberse cubierto con una coraza de navajazos, estaba aprendiendo a esconderse detrás.

—¿Cómo está River? —preguntó mientras los seguía al salón. Y, un segundo después, añadió—: ¿Y Sid?

—Un poco maltrechos. Pero bien. —Louisa se lo quedó mirando como si esperara oír más, pero él se encogió de hombros—. Él estaba bien, al menos. A Sid casi no la vi. Shirley estuvo más tiempo con ella.

—La pobre no se acordaba de casi nada —dijo Shirley—. De lo del disparo en la cabeza, quiero decir. Pero ahora tiene un estilo propio. Tiene un surco por este lado... —Se señaló la sien izquierda—. La verdad es que mola un montón.

—¿Y no están heridos?

—A ver, está claro que han tenido que lidiar con una buena pelea. Pero nosotros antes también. —Shirley señaló a Lech—. Y nadie nos ha preguntado cómo estábamos.

—Lo que hicisteis fue sacudirle a un desconocido —puntualizó Louisa—. No es exactamente lo mismo.

—¡Tampoco era un total desconocido! —repuso Shirley—. Lech había hablado con él antes de que la cosa se complicara.

—Si hay algo que no soporto son los actos de violencia gratuita —dijo Lamb—. A ver, ¿cómo es que los otros dos no han venido con vosotros?

—Aún no estaban preparados para volver.

—Ah, no estaban preparados... Si hubiera sabido que estaba organizándoles una escapada rural, les habría cobrado comisión. —

Se volvió hacia Lech—. ¿Qué habéis hecho con los reciclables?

—Los hemos dejado metidos en su coche delante de la casa de Cartwright. Nos pareció un lugar seguro.

—¿Y por qué no llamamos a Regent's Park? —dijo Shirley, todavía algo alterada y deambulando por el salón—. Son ellos los que se encargan de hacer desaparecer los cadáveres.

Catherine le lanzó una mirada de reproche.

—Te das cuenta de que en esta habitación hay un civil, ¿verdad?

—Yo no me preocuparía mucho por el amigo —dijo Lamb—. Todo esto está muy por encima de él.

—Tú siempre metiéndote con los que están por debajo.

—Un poco de comprensión, por favor. En este caso, apuntar hacia arriba sería absurdo.

Reece no pudo contenerse más:

—¿Podemos pasar a los chistes de gordinflones?

—Eh, oye, tampoco es cuestión de entrar en ataques personales —repuso Lamb, mirándolo como si se hubiera ofendido.

Lech dio un paso hacia Reece.

—No nos han presentado. Lech Wicinski —dijo.

Pero sus palabras se cruzaron con las de Shirley, que hasta ese momento no se había fijado en Reece:

—¿Eres un nuevo fichaje? Lo digo porque aquí encajarías de maravilla.

—Lo que no es precisamente una hazaña —comentó Lamb—. Y ahora que cada uno ha dicho la suya, ¿qué os parece si nos centramos en lo que interesa? —Hizo una pausa—. ¿Por dónde empezamos? ¿Alguna propuesta?

Catherine puso los ojos en blanco y volvió a intentarlo:

—¿Os parece prudente hablar de todo esto delante del señor Nesmith?

—Bueno, el chaval ya sabía más de todo esto antes de que nosotros nos enteráramos siquiera —recordó Lamb—. Porque los rusos asesinaron a su novio, no sé si lo sabéis... Ah, por ahí viene Superratón...

Ho acababa de aparecer en el umbral y, en cuanto puso un pie en el salón, Lamb la emprendió con él:

—Te envié a comprar un mechero, no a inventar uno.

Ho parpadeó varias veces.

—Las tiendas estaban cerradas.

—No hago más que oír excusas. Venga, suelta el mechero. Y quédate con el cambio.

—Pero... si lo he pagado con mi propio dinero.

—Ah, en ese caso dame el recibo.

Ho se lo entregó de inmediato.

—Gracias. —Lamb prendió el papelito con el mechero y luego encendió el cigarrillo con el papelito en llamas, que después tiró al suelo—. ¿Por dónde íbamos?

—Igual sería buena idea no pegarle fuego a la casa —sugirió Catherine.

Reece pisoteó lo que quedaba del papel hasta apagar la llama.

—Esas dos personas muertas, las que están en un coche, no serán las mismas que mataron a Andréi en Moscú, ¿no? —dijo.

—Lo dudo. El GRU no anda precisamente corto de personal. —Lamb estudió su cigarrillo un segundo—. Pero el que dio la orden de matarlo es el mismo que envió a un equipo de ejecutores para que se encargara de la Casa de la Ciénaga, de forma que tenemos un

enemigo común. ¿Y sabes lo que suele decirse sobre los enemigos comunes, taponcito mío?

—Que te jodan —respondió Reece.

—Esto último ha tenido su gracia —dijo Shirley—. ¿Qué tal si nos quedamos con el chico?

—En ese caso te tocaría sacarlo a pasear —respondió Lamb—. Oye, ¿y qué es eso que no paras de manosear?

Era un encendedor de plástico.

—Lo he encontrado en la acera —dijo ella.

Lamb fulminó al grupo con la mirada.

—No creáis ni por un momento que voy a pasar esto por alto. Si permitiera que unos payasos de pacotilla como vosotros se burlasen de mí, acabaríais por perderme el respeto.

—No quiero ni imaginármelo —dijo Catherine en voz baja.

Lech ya no podía más:

—No hacemos más que darle a la lengua sin parar y aún no hemos aclarado nada. ¿Qué hay que hacer?

—Lo que hay que hacer es desborrarnos del mapa —indicó Lamb —. Porque, como acabamos de comprobar, el GRU ha enviado más de un equipo de ejecutores.

—¿Hay otro en circulación?

—Tiene que haberlo —respondió Lamb—. Y está más cerca de lo que pensáis.

A las seis de esa mañana, en la campiña de Tonbridge y aún medio grogui, River fue trastabillando al baño y terminó por despertarse de golpe al ver su imagen en el espejo. Parecía que se hubiera caído de

un árbol. Tenía la cara hinchada y las manos llenas de costras de mugre y heridas. Se las lavó hasta que le hormiguearon por el frío, aunque, por debajo de la piel, en lo más profundo de su ser, los huesos, los nudillos y las articulaciones seguían estremeciéndose con el recuerdo de lo que habían hecho la noche anterior: sujetar bajo el agua la cabeza de aquella mujer hasta que murió ahogada.

Salió del baño y empezó a recorrer la casa. Se había ido volviendo más pequeña conforme él crecía, pero ahora volvía a parecer grande. En parte porque estaba vacía y en parte porque cualquier vivienda, la que fuese, daba la impresión de ser enorme ahora que vivía de alquiler en un apartamento de una sola habitación en la ciudad. Y también, por supuesto, porque su pasado y sus recuerdos se acrecentaban día tras día, y casi todos ellos se encontraban en ese lugar, en esa casa. Incluso las ausencias contaban historias. Las constelaciones de minúsculos agujeritos en las paredes eran lo único que quedaba del arte que en su día las adornaba. Recordaba haber encontrado a su abuela Rose en ese mismo rellano en una ocasión, contemplando un grabado, un escueto bosquejo a lápiz de la puerta de una casa cubierta de hiedra. No se le ocurrió preguntarle qué era lo que estaba mirando —porque él también creía ver lo que su abuela veía—, pero ahora se arrepentía de no habérselo preguntado.

También conservaba recuerdos de lo que el Viejo Cabrón había visto y pensado, aunque algunos se habían ido borrando con el tiempo. Últimamente se había puesto de moda grabar a la gente mayor mientras aún seguía viva para conservar sus historias, y él había llegado a plantearse registrar los recuerdos que conservaba de su abuelo, pero había descartado la idea casi en el mismo instante en que se le ocurrió. El Viejo Cabrón jamás lo habría permitido, y

hacerlo a escondidas habría sido una traición en toda regla. Así que lo único que tenía era aquella biblioteca. Si su abuelo había puesto por escrito sus recuerdos alguna vez, debían de estar ocultos allí, en alguna parte. Aquello era un palacio de la memoria convertido en un lugar real.

Un espacio al que él, ahora, añadía sus propios recuerdos, como quien pinta sobre un lienzo usado. Sid seguía dormida, acurrucada en el sillón. Resultaba reconfortante verla en paz después de lo ocurrido la noche anterior. Recordó cómo había salido tras ella al volante de su coche destartalado; cómo había estado a punto de empotrarse contra el vehículo que venía de frente. «Cuando alguien a quien quieres está en peligro...» Eso era lo que había pensado: alguien a quien quería corría peligro. Y ahora Sid dormía en el estudio donde él se había criado.

Su teléfono estaba en la mesa, con la batería y la SIM en su sitio, aunque nadie lo había usado desde que lo había vuelto a encender: ni una sola llamada, ni un mensaje de texto. Lo cogió, miró a Sid y pensó en hacerle una foto, pero entonces se dio cuenta de que no sería muy apropiado hacerlo sin su consentimiento. Aun así, ya que tenía el móvil en la mano, aprovechó para hacer un vídeo del estudio: las estanterías del Viejo Cabrón, sus libros y recuerdos, el grabado de *La ronda de noche* sobre la chimenea... Era un vídeo de seis segundos que terminaba con la imagen de Sid acurrucada en el sofá. Vale, tampoco era muy apropiado, pero siempre estaba a tiempo de borrarlo. Volvió a comprobar si había algún mensaje. Nada, cero. De repente se acordó de que había dos cadáveres metidos en el coche que él mismo había aparcado fuera y se

preguntó qué demonios estaba haciendo. Parecía un colegial enamorado. Se metió el teléfono en el bolsillo y salió de la casa.

El automóvil estaba aparcado en la parte de atrás, donde lo había dejado. Había cubierto con una manta el cadáver encajonado bajo el asiento trasero —en aquel momento le pareció una estrategia muy astuta—, y al escudriñar por la ventanilla tan sólo alcanzó a ver un bulto informe: todo lo que quedaba de un aspirante a asesino. Un asesino experimentado, de hecho. Un especialista en esas cosas, no como él mismo. No se molestó en abrir el maletero. Era evidente que nadie se había pasado por allí a buscar a esos dos. Flexionó los dedos y volvió a sentir el hormigueo en las manos; aún podía sentir el tacto de la cabeza mojada de esa mujer. Lo mejor que podía hacer era preparar un buen desayuno.

Antes de entrar, sin embargo, echó un vistazo al entorno. El jardín que tanto había cuidado su abuelo había vuelto a su estado salvaje, el predilecto de la naturaleza; las malas hierbas superaban en altura a las plantas que con tanto esmero se habían cultivado y el césped estaba salpicado de margaritas y dientes de león. En algún lugar, debajo de aquellos parterres ahora asilvestrados, yacía el lienzo que David Cartwright había esbozado, y tal vez algún día volvería a ver la luz. Aunque era poco probable que fuera él quien lo recuperara.

Se dirigió hacia la parte delantera. «Es tu casa, ¿no?», le había preguntado Lech. «Mi casa, sí», había pensado él. Y en ese momento, por primera vez, se dio cuenta de que era verdad: ahora era su casa. Siempre sería la casa en la que había crecido, siempre sería su hogar, pero hasta ahora había sido la casa de su abuelo, un sitio en el que simplemente había vivido. Y ahora era suya... ¿De verdad iba a venderla? Estaba claro que era lo más sensato. Pero

ahora que estaba ahí fuera, de pie, con Sid durmiendo en el viejo estudio, lo que estaba claro y lo sensato adquirían otro matiz. La mayor parte de su vida estaba ahí dentro. Dar por sentado que el resto se hallaba en otro lugar de repente le parecía absurdo.

Un par de noches atrás, al considerar su futuro, se había imaginado con una mano puesta en el pomo de la puerta, listo para adentrarse en lo que la siguiente estancia le deparase.

Y bien. Allí estaba.

Tenía las llaves en el bolsillo, así que, para variar, decidió entrar por la puerta delantera. La abrió.

Dio un paso adelante y se adentró en su futuro.

Damien Cantor estaba mirando las imágenes grabadas en Oxford Circus sentado en la isla de la cocina, donde solía desayunar: un bloque con una encimera de mármol que pesaba un poco menos que una vivienda adosada. Con el café delante, movía el pie al ritmo de una melodía mental que se acompasaba a la perfección con las imágenes que se reproducían en la pantalla de su portátil. El vídeo aún no se había emitido —aunque ya habían anticipado algunos fragmentos a partir de las cinco de la madrugada—, pero iba a protagonizar uno de los momentos estelares del informativo de las ocho. Algunas tomas eran de baja calidad, pero casi mejor, porque dejarían claro al espectador que todo aquello era real, que había sucedido de verdad. La secuencia que le gustó más fue la que retrataba el instante en que el cubo metálico atravesaba el escaparate. El equipo de televisión había conseguido grabar la silueta borrosa del responsable, el tipo del jersey rojo bajo el chaleco

amarillo, sin llegar a captar su rostro. Esto de volver a tener a Tommo Doyle a sueldo era magnífico.

También lo era que Peter Judd le debiera un favor. Él había fingido que el favor era mutuo —que él era el primero en tener la exclusiva, a cambio de que Flint, el hombre de Judd, acaparara los titulares—, pero ambos sabían que las cosas no eran exactamente así. Judd ansiaba convertirse en un hacedor de reyes, y la última vez que hubo uno sin el respaldo de un canal de televisión todos los implicados llevaban levita. De manera que Judd estaba en deuda con él. Así funcionaba el mundo.

Se levantó, se desperezó, se sirvió otra taza y se quedó contemplando la ciudad unos segundos: el perfil de sus rascacielos en el horizonte era un imán para los turistas; su clima, un fallo del sistema. Pero, por Dios, la de dinero que pasaba por allí. Fluía a raudales un día tras otro. Y no sólo en las altas esferas.

Ese apartamento, situado en el piso cuarenta —el piso perfecto para un soltero, aunque nunca lo llamaba así delante de su mujer—, le salía por dos ojos de la cara, pero valía la pena por la vista. Y no sólo por lo que veías, sino porque sabías que muy pocos podían disfrutar de ella. Sí, claro, en lo alto había un mirador, pero su única función era mostrarles a los demás lo que nunca iban a tener. En cierto sentido, eso los animaba a soñar a lo grande, pero en otro sentido mucho más amplio les decía que se fueran a tomar por saco. Era un gran partidario del sistema que le había permitido enriquecerse, pero también creía que, una vez en la cima, lo más inteligente era retirar la escalera de ascenso. Si todos tenían éxito en la vida, entonces nadie lo tenía. Cualquier otra cosa era básicamente puro comunismo.

El móvil sonó, interrumpiendo su momento filosófico del día.

El que llamaba era el guardia de seguridad del vestíbulo en el turno de la mañana: un tal Clyde, o Claude, o algo así. Pero ¿qué quería?

—Tiene visita, señor Cantor.

A esas horas no tenía ninguna visita en su agenda... El tal Claude o Clyde parecía un jugador de rugby samoano, y desde luego no había conseguido el empleo tras someterse a un test de inteligencia, pero a ver: eran las siete de la puta mañana, joder. Tendría que estar sufriendo una emergencia inducida por la viagra para estar esperando a alguien a esas horas.

—¿Este visitante le ha dado su nombre?

—Dice que viene de parte de... —Hubo un diálogo ininteligible—. De parte de una tal Diana Taverner.

«Vale», pensó. Eso sin duda iba a añadir un poco de picante a una mañana que prometía ser sabrosa de por sí.

—Gracias, Clyde. Hágalo subir.

—Me llamo Clifton, señor.

—Sí, claro... hágalo subir. Al apartamento, no al despacho.

Los ascensores eran rápidos, pero no tanto. Tenía tiempo de acabarse el café antes de que su visitante apareciera.

En cierto sentido, todo líder quisiera hacer pedacitos a su rival y lanzarles esos pedacitos a las fieras; pero en otro, se siente más próximo a sus rivales que a sus propios colegas.

Mientras Diana Taverner hablaba con Vasili Rasnokov, notaba que se entendían realmente bien. Probablemente así sería su relación

con Jackson Lamb si se encontraran en bandos opuestos, por mucho que Lamb y ella aún no hubieran llegado al extremo de llevar un recuento de los cadáveres que intercambiaban.

—Has enviado a un equipo a nuestro país, Vasili.

—¿Un «equipo»?

—Y no es la primera vez.

—Nuestros ciudadanos tienen libertad de movimiento, Diana. Como os pasaba a vosotros antes del Brexit, ¿recuerdas? Y en tu país hay tantas cosas hermosas que admirar... ¿Quién podría culpar a alguien por querer pasar su tiempo libre visitando vuestras legendarias atracciones?

—Por favor. Esa gente no ha venido a admirar nuestra arquitectura. Ha venido a pintar grafitis en nuestras paredes.

—No me suena esa expresión.

Claro que le sonaba.

Diana estaba en la azotea de Regent's Park. El teléfono no era de los de usar y tirar, o al menos no exactamente, pero sí era un dispositivo que sólo empleaba para llamar a Rasnokov —actual ocupante de la Primera Mesa en el GRU—, cosa que nunca hacía desde su despacho. A su alrededor, y por debajo de ella, la ciudad iba generando esos ruidos incoherentes de primera hora de la mañana, a veces discernibles como procedentes del tráfico o de las persianas metálicas que subían o bajaban, lo que significaba que la urbe aún no había decidido qué ánimo preciso iba a mostrar durante aquella jornada: si el radiante y alegre que denotaba energía y ganas de hacer cosas, o el hosco y descuidado que traslucía escaso interés en establecer contacto visual.

Ella tenía muy claro cuál era su propio ánimo en aquel momento.

—Por nuestra parte estamos preocupados por un suceso lamentable —dijo Rasnokov—, un asesinato cometido dentro de nuestras fronteras. No hace mucho, una mujer joven, una secretaria del GRU, fue ejecutada en las calles de su ciudad natal.

—¿Una secretaria? —repuso ella—. No me digas.

—Perdón, esta última expresión no termino de entenderla. ¿Estás pidiéndome que te confirme lo sucedido?

—No, no hace falta.

—Me alegra oírlo. Al parecer, al principio se creyó que aquella mujer había sido víctima de un atraco que salió mal o algo parecido, pero eso despertó las sospechas de los investigadores, porque allí ese tipo de crímenes son mucho menos frecuentes que en Occidente. Muchísimo menos frecuentes, de hecho. Así que revisaron el caso con lupa y llegaron a la conclusión de que aquel asesinato en particular había sido obra de extranjeros. Y de unos extranjeros que además eran... ¿cómo los llamáis vosotros? ¿«Mercenarios»? No. Hay una palabra más exacta.

—Sicarios.

—Eso mismo, gracias. Sicarios extranjeros. Puedes suponer nuestra inquietud ante la situación. Eso de que una de nuestras ciudadanas haya sido víctima de unos criminales, de unos asesinos profesionales, llegados del extranjero, nos parece algo insólito. Nuestro presidente ha insistido en que tales acciones no pueden quedar impunes.

—¿Y alguien se encargó de recordarle que lo sucedido fue la respuesta a una provocación anterior?

—A nuestro presidente le interesan mucho los detalles, sobre todo cuando se trata de algo sucedido en nuestro territorio. Y lo sucedido

era toda una afrenta a uno de nuestros organismos de seguridad nacional. Esa clase de insultos deben recibir la respuesta apropiada, ¿no crees?

—Por eso mismo dimos un paso al frente. El episodio que describes fue en sí mismo una respuesta mesurada y apropiada a una afrenta que no podíamos dejar pasar. Y tú lo sabes mejor que nadie.

Rasnokov no respondió y ella aprovechó el silencio para caminar hasta el borde del edificio y mirar hacia abajo. Le gustaba pensar que era inmune al vértigo, pero eso de contemplar a personas tan diminutas, que además ignoraban ser observadas, de hecho la mareaba un poco.

Dio un paso atrás.

—¿Y adónde crees que nos llevará todo esto? Si seguimos por este camino, por este intercambio repetido de respuestas apropiadas, ¿tú crees que la cosa va a acabar bien?

El silencio se prolongó.

Tenía claro que iba a ser una jornada larga. Los chicos y chicas del centro de operaciones habían estado trabajando durante toda la noche, peinando las cámaras urbanas de seguridad, revisando el sistema de reconocimiento automático de matrículas y aprovechando todo lo que la inteligencia del Cuartel General de Comunicaciones del gobierno podía ofrecer. Y aun así, el equipo responsable de que Kay White se cayese de una escalera, de que Struan Loy muriese incinerado y de que Sidonie Baker se llevara tal susto como para esconderse incluso del MI5, seguía sin localizar. La última vez que dos de los peores y más salvajes agentes del GRU habían cruzado las fronteras del Reino Unido lo habían hecho pertrechados con

pasaportes numerados secuencialmente. Lo que a primera vista parecía un error de principiantes, pero, en retrospectiva, se había considerado una auténtica provocación. Sus actuales sucesores no habían sido tan descarados en su proceder y, salvo por los asesinatos, no habían dejado rastro alguno. O al menos ninguno que el centro de operaciones hubiera podido detectar todavía.

Finalmente, Rasnokov se decidió a hablar:

—Supongo que nadie nos está escuchando, ¿no?

—No por mi lado, Vasili.

El ruso titubeó de nuevo.

—Seguramente lo mejor es que reconozca que la decisión de... ¿cómo decirlo...? La decisión de visitar vuestras maravillosas catedrales fue tomada por alguien situado por encima de mí. Y tal vez hubiera sido mejor no haberla tomado.

El hecho de que lo reconociera sorprendió a Diana. El mensaje implícito, sin embargo, no la sorprendió en absoluto.

Rasnokov era perfectamente capaz de recurrir a la violencia, pero ella nunca lo había tenido por un loco. Y el que había puesto en marcha el primero de los atentados tenía que ser un loco.

—No podías esperar que nos quedásemos de brazos cruzados, Vasili. Como acabas de decir, una acción de ese tipo supone toda una afrenta.

—Por aquí se especulaba que tu servicio carecía de los recursos necesarios para poner en marcha una respuesta tan complicada y costosa.

—En tal caso, vuestras especulaciones resultaron ser erróneas, ¿no crees? No andamos tan cortos de pasta como suponíais.

—¿«Cortos de pasta»?

—Escasos de fondos.

—Ah, sí. «Cortos de pasta...» Tiene su gracia.

—Me alegro de que te guste. Y bien, ¿qué pasa con vuestros actuales... turistas? ¿También te los endosaron desde arriba?

Interpretó el silencio de Rasnokov como un asentimiento.

La jornada iba a ser larga, sí, pero esa conversación le brindaba un atisbo de esperanza. Si conseguía resolver el tema del equipo de ejecutores del GRU, podría concentrarse en sus otros problemas. Acordar una tregua implicaría que los rusos se salieran con la suya sin consecuencias, eso estaba claro, pero no supondría una humillación pública. Las muertes «accidentales» de unos antiguos espías a los que nadie conocía —y que la prensa apenas había llegado a mencionar— no habían causado el revuelo que habría provocado el asesinato público de un civil. Nadie echaba de menos a un caballo lento.

Excepto Jackson Lamb, claro. Pero ése era un problema del que ya se ocuparía más tarde.

Rasnokov se había tomado su tiempo, pero finalmente dijo:

—Nuestros turistas actuales, sí... Bueno, es un hecho que, en estos tiempos que corren, con la preocupación por el medio ambiente y esas cosas, este tipo de viajes de placer son un poco inadecuados. El planeta no puede permitírselo. Quizá habría sido mejor que se hubieran quedado en casa.

Diana respiró hondo.

—Entonces, ¿por qué no los llamas para que regresen? Ésa sería una buena solución.

—Sí, sería una buena solución. Pero me preocupa que su regreso a casa no sea tan plácido como nos gustaría. Últimamente se dan

muchas demoras, y esos turistas podrían encontrarse con algún que otro inconveniente.

—No te preocupes por eso. Las cosas no están tan mal como antes y es posible que puedan viajar sin contratiempos.

—Eso sería lo mejor para todos. Pero tengo que preguntarlo: ¿qué clase de tasa adicional habría que pagar a cambio de esa garantía?

Era positivo que Rasnokov diera ese paso, pues le ahorraba el engorro de formular la petición ella misma.

—Verás, Vasili. Siempre me ha resultado interesante mirar las fotos de las vacaciones de otras personas, ¿a ti no? Me pregunto si tienes alguna en particular que pudieras compartir conmigo.

—De eso ni hablar —dijo Damien Cantor. Guardó silencio un momento y enseguida añadió—: ¡Es imposible que tú seas un espía!

Reece Nesmith III se lo quedó mirando.

—Nunca he dicho que lo fuera.

El apartamento de Cantor daba la impresión de ser un decorado de película: el mobiliario combinaba a la perfección, los libros en las estanterías estaban dispuestos por colores, había grabados y pinturas en otros estantes y, en la espaciosa cocina, una isla central con una encimera de mármol tan descomunal como para practicar patinaje artístico sobre ella. Pero lo fundamental eran las vistas. Londres se extendía ante ellos, y desde allí podías ver hasta el último rincón: sus torres y puentes, sus alturas y bajuras, sus problemas y prerrogativas... Desde allí divisabas incluso los confines de la ciudad. Llegabas a ver dónde terminaba Londres.

Y en una película, pensó Reece, ésa sería la guarida perfecta para un genio del mal que pudiera estar planeando precisamente eso: el fin de la ciudad.

De pronto, Cantor hizo chasquear los dedos como si acabara de recordar algo:

—Pero yo a ti te conozco... sí. Tú eres el que andaba dándole la lata a Bud.

Era cierto. Bud Feathernet era el presentador estrella de los informativos de Go TV, y Reece había logrado localizarlo en un restaurante gracias a Twitter. Después se había presentado en el reservado donde estaba cenando y había conseguido contarle lo ocurrido con Andréi: que había sido asesinado por orden del presidente ruso. Si eso no daba para un titular explosivo, ¿qué podía darlo? Pero Bud Feathernet resultó ser un muro infranqueable. Andy pertenecía a la clase de periodistas de investigación que acaban muertos. Feathernet, en cambio, era de los que algún día terminarían presentando su propia tertulia en *prime time*. Y aquella noche le tocó interpretar el papel del periodista que mandaba echar a Reece del restaurante.

—Me lo contó al día siguiente, en nuestra reunión matinal: un chalado había armado un pequeño escándalo mientras él intentaba cenar tranquilamente. No es la mejor forma de hacer amigos e influir en la gente.

—Ni siquiera quiso escucharme.

—Pues claro que no. Mira, si tu novio no hubiera sido ruso, igual habríamos tenido entre manos una buena historia. Y si en vez de tu novio hubiera sido tu novia, pues aún mejor. Pero, francamente, a mis espectadores lo tuyo, tal cual, les habría importado una mierda.

Además de enano, eres estadounidense, eres gay... Lo mejor es que lo subas a YouTube. —Se había puesto de pie, para subrayar la diferencia de altura—. Y bien, le has dicho a Claude que tenías un mensaje de Diana Taverner.

—Creo que se llama Clifton.

—Claro, claro, eso es lo primordial: aprenderse los nombres de la gente que está a tu servicio. Por supuesto, en cuanto te he visto me he dado cuenta de que has recurrido a una mentira para que te dejaran pasar. La única razón por la que no he ordenado que te sacaran de aquí de inmediato es que quiero averiguar cómo sabías que sería una buena idea mencionar ese nombre concreto. Desembucha.

Reece sonrió.

—No trabajo para Taverner. Pero sí que traigo un mensaje para ti.

Estaba empezando a disfrutar de todo aquello. Se había pasado semanas aporreando una puerta tras otra, contando su historia a personas que se negaban a escuchar. El que más caso le había hecho era Jackson Lamb, al que por otra parte todo le daba igual. «Mira, la gente se muere. Mejor que te vayas haciendo a la idea.» Pero algo había pasado de pronto. Le habían dado una palanca con indicaciones precisas de cómo usarla. Lo que sin duda no iba a devolverle a Andy, pero sí dejaría maltrechos a los responsables de su muerte. Era lo que Lamb le había dicho, al menos.

—Cantor no va a tenerme miedo —había dicho él.

—No —convino Lamb—. Bueno, tal vez le preocupe tropezar contigo, pero está claro que no va a echarse a temblar de buenas a primeras.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

—Ablandármelo un poquito, con eso bastará —había indicado Lamb.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó Cantor.

Reece respondió:

—Hiciste que tu hombre de confianza robara información de Regent's Park sobre cierto departamento del MI5. Una información que luego hiciste llegar a la inteligencia rusa.

—¿La inteligencia rusa? ¡Por Dios!

—A ver, seguramente fingiste que no sabías con quién estabas tratando, pero cuando transmitiste esa información, sin duda sí sabías en qué manos terminaría.

—Supongamos que no estás diciendo idioteces. ¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Bueno, soy de esos que oyen cosas que a los demás se les escapan. Digamos que sé mantener la oreja pegada al suelo.

Al decir esto último, le dedicó una peineta mental a Jackson Lamb.

Cantor había cogido una taza de café vacía y ahora parecía sopesarla entre las manos.

—¿Estás amenazándome con una especie de chantaje? Lo digo porque Taverner no va a escandalizarse mucho con esa información. Podríamos decir que estoy en su círculo de confianza. ¿Tú sabes cómo funciona esto?

Reece pensó: «Atente al guión. Conténtate con comunicarle lo que Lamb quiere que escuche y lárgate de aquí. Da igual si te cree o no. Tú estás limitándote a sembrar la semilla.»

Finalmente, dijo:

—Taverner ordenó esa ejecución en Kazán.

Cantor lo miró con asombro, aunque no tanto como para dejar caer la taza.

—Ya lo sé. Estuve presente en la celebración.

—Eso puso furiosos a los de Moscú...

—Genial.

—... y ahora están usando la información que les facilitaste para vengarse. Han estado asesinando a algunas de las personas que constaban en el expediente que robaste. —Reece subrayó cada una de las siguientes palabras—: Agentes del servicio secreto británico.

Cantor se puso pálido.

—No me lo creo. Si eso estuviera pasando, ya lo sabría.

—Sólo si Taverner quisiera que lo supieras. Y a Regent's Park no le interesa que nada de esto se haga público. Aunque eso no significa que no vayan a hacer algo al respecto.

—¿Qué quieres decir con «hacer algo al respecto»?

—Sólo tienes que atar cabos. Eres responsable de los asesinatos de unos cuantos agentes de Regent's Park. ¿Tú crees que tu circulito de confianza te va a echar una mano para que salgas bien librado de una cosa así?

—Todo eso es una patraña.

—¿Qué exactamente? ¿Lo de que tu hombre fotografió el expediente o lo de que se lo entregaste a tus contactos rusos?

—Vale. He tenido suficiente. Es hora de que te largues.

Pero Reece tenía una última bala en la recámara:

—¿Y sabes qué es lo más gracioso?

—Todo lo que me has contado —replicó Cantor—. Es una fantasía de cabo a rabo.

—No, lo gracioso es que Taverner está decidida a hacerte picadillo. Y, por otra parte, resulta que ese equipo ruso que anda dejando cadáveres por todas partes está convencido de que eres su mejor amigo. Si tienes suerte, igual vienen a verte antes de que lo haga la gente de Regent's Park.

—Vete a la mierda.

Al llegar a la puerta, Reece se volvió y añadió:

—Yo en tu lugar no me acercaría demasiado a esas ventanas. Regent's Park sabe dónde encontrar a tiradores de primera.

Estaba seguro de que haría falta un carro de combate para romper ese cristal, pero no venía mal que Cantor pensara que podría haber un francotirador dirigiéndose hacia allí.

Una vez concluida la llamada, Diana se quedó en la azotea y arrojó otra colilla al pequeño montón que se acumulaba sobre la superficie plana de una rejilla de ventilación. El día iba tomando forma: soleado, con intervalos sombríos. Su propio ánimo era prácticamente el opuesto. No le hacía ninguna gracia tener que cancelar la cacería del comando enviado por Moscú. La amnistía era una concesión excesiva, por mucho que las víctimas hubieran sido antiguos inquilinos de la Casa de la Ciénaga, demasiado poca cosa para un funeral en la Capilla de los Espías. Debería haber habido represalias. Y si Lamb se enteraba del trato que acababa de cerrar, probablemente las habría, y quizá desproporcionadas y fuera de lugar.

Pero también había algo de luz: ahora, Cantor estaba en sus manos. Si hubiera creído que podía salirse con la suya, habría

dejado que Vasili Rasnokov pensara que no sabía quién había robado el expediente de la Casa de la Ciénaga, pero eso no habría colado. Si Rasnokov la hubiera considerado incapaz de descubrir algo así, habría estado demasiado ocupado partiéndose de risa como para atender la llamada. De modo que no había forma de darle la vuelta a Cantor y usarlo para alimentar a Moscú con un festín de mentiras. En lugar de eso, tenía al propio Cantor, porque Rasnokov seguro que tenía fotos de las vacaciones: todo el mundo hace fotos cuando se va de vacaciones. Y probablemente también grabaciones de audio y vídeo de Cantor entregando el expediente robado a sus amiguitos rusos del mundo de las plataformas digitales, porque las Reglas de Moscú y las Reglas de Londres coincidían en una cosa: en cuanto entregabas secretos, tú mismo pasabas a ser mercancía valiosa. Cantor iba a descubrir por las malas que es imposible darle de comer a un gato una sola vez: en cuanto lo haces, el gato pasa a ser tu dueño para siempre.

Aquellas mismas reglas indicaban también que nunca había que quemar a un informante en terreno rival, pero Rasnokov era un espía de la vieja escuela, y ni por asomo iba a dejar tirado a su equipo en otro país, por mucho que estuviera formado por asesinos con una misión en la que él nunca había creído. Quería que los llevasen de vuelta porque era lo que había que hacer. Llevabas de vuelta a los tuyos o los enterrabas tú mismo. Y si con eso perdías a un informante en el terreno, pues qué se le iba a hacer.

Y oculto en todo aquello había otro rayo de sol: Rasnokov acababa de reconocer que él no habría mandado a su gente al campo de batalla si no lo hubieran presionado desde arriba.

Aquello era más que un simple rayo de sol; casi prometía un verano. Desde luego, era tentador suponer que en el muro moscovita estaba abriéndose una grieta, pero también era posible que Rasnokov sencillamente quisiera hacerle creer en su existencia sólo para asegurarse de que sus agentes regresaban sanos y salvos. Así que, por supuesto, todo eso merecía una reflexión, pero no en ese momento preciso. Porque ahora tenía otros huevos que cocer. Dio la espalda al paisaje, sacó su teléfono principal y marcó el primer número de su lista de contactos.

—Necesito verlo —dijo, y al cabo de un momento añadió—: A las cuatro. Sí. Gracias.

Colgó y se metió el móvil en el bolsillo.

Lo siguiente que haría sería cancelar la búsqueda del equipo de ejecutores, lo que sin duda suscitaría murmullos de desconcierto. Pero la Primera Mesa no tenía por qué escuchar a la gente: su función era dar órdenes. Y si todo lo demás salía como ella esperaba, con intervalos sombríos o no, se las arreglaría para volver a salir vencedora al final del día.

Siempre y cuando nadie lo estropeara todo, claro.

13

Una nota manuscrita pegada en el escaparate daba las gracias a amigos y clientes, les deseaba toda clase de bendiciones y se despedía de ellos. Luego repetía el mismo mensaje en polaco, o eso parecía. Fue todo lo que Shirley Dander alcanzó a leer antes de ponerse de rodillas. A un lado, Roderick Ho fingía hablar por el móvil mientras ella trasteaba con lo que Lamb había descrito como «un juego de ganzúas universales capaz de abrir cualquier cerradura estándar». Lo había dicho con absoluta seguridad, pero la promesa empezaba a parecer tan fiable como uno de sus discursos motivacionales.

—Putas ganzúas... —murmuró ella.

Al teléfono, Ho hablaba con un interlocutor inexistente:

—Os he dado unas instrucciones y lo que espero es que las cumpláis de inmediato, ¿queda claro o no?

—Se supone que hemos de pasar desapercibidos, no montar un numerito —musitó ella.

Como era un día laborable por la mañana y las calles estaban llenas de gente, Roddy Ho se había decantado por vestuario de camuflaje, y además llevaba una tablilla sujetapapeles que Catherine Standish había encontrado por ahí. Según Shirley, con ese conjunto parecía más bien un instructor de autoescuela presa de los nervios,

pero él le había contestado que de eso ni hablar, porque él tenía la cabeza tan fría como, como...

Seguían pasando los minutos.

Ninguna de las malditas ganzúas funcionaba.

—... como la nevera de Samuel L. Jackson.

—¿Qué?

—Así de fría tengo la cabeza.

—Se supone que estás al teléfono, no hablando conmigo.

Volvió a concentrarse en el dispositivo.

—No hay nada de qué preocuparse —indicó—. Sólo es una empleada a la que, de vez en cuando, hay que soltarle un par de bofetones...

—Ni en tus sueños más locos.

Ella había llevado peinados con más peligro que cualquier amenaza que pudiera soltarte Roderick Ho.

La siguiente ganzúa tampoco funcionó.

—¿Van a volver a abrir?

—¿Perdone?

Quien le había hecho esa pregunta era una anciana con el carrito de la compra.

—La tienda del Viejo Miles —respondió la señora señalando la puerta.

Ella miró a Ho, quien se suponía que estaba a su lado para labores de distracción, pero estaba demasiado absorto en su llamada telefónica imaginaria. Pensándolo bien, tal vez era la conversación más significativa que había mantenido en mucho tiempo. Igual terminaba por concertar una cita consigo mismo para tomar algo en un bar.

—Somos de Protección Civil —respondió ella—. Hemos venido a ver cómo está el... el socavón.

—Uy, ¿es que podemos caer por un agujero?

—Es muy posible —respondió ella, justo en el momento en que la tercera ganzúa se insertaba a la perfección con un sonido agradable, como el de la tapa de un frasco de mermelada al abrirse—. Por precaución, se recomienda mantenerse a distancia.

—Vale, tengo cosas que hacer —dijo Roddy al teléfono—. Te dejo. Salud, hermano. —Y puso fin a la llamada.

Después siguió a Shirley al interior y cerró la puerta de la calle tras él.

La tienda apenas llevaba un par de días cerrada, pero dentro reinaba una atmósfera de final irreversible tan espesa como una nube de polvo. Despojadas de artículos a la venta, las estanterías se veían desvencijadas e inestables, como si pudieran venirse abajo en cuanto alguien les pusiera dos dedos encima, y la zona del mostrador, que durante décadas había ocupado la caja registradora, era de un color siete veces más claro que la superficie circundante. Shirley negó con la cabeza. Raras veces entraba en una tienda con más de dos años de antigüedad. De hecho, evitaba en lo posible cualquier comercio, salvo cuando era nuevo y anunciaba ofertas por apertura o cuando estaba a punto de echar el cierre y liquidaba existencias.

Tras el mostrador había una puerta que llevaba a las escaleras mencionadas por Lamb. Se dirigió a ellas de inmediato.

Ho dejó la tablilla sujetapapeles en el suelo y la siguió. A la chica le había costado lo suyo abrir la puerta de la calle, pero estaba claro que Lamb lo había previsto, pues en el momento de hacerle entrega

del juego de ganzúas a ella, y no a él, lo había mirado una fracción de segundo y le había hecho un ligerísimo guiño que nadie más en el mundo habría podido detectar. «Tengo clarísimo que eres más capaz de colarte por esa cerradura que un fantasma bien engrasado, pero vamos a dejar que la chavala tenga la oportunidad de lucirse.» Aquello era un gesto de consideración por parte de Lamb, porque todo el mundo sabía que los hombres eran más mañosos que las chicas para las cosas prácticas. Los datos y las estadísticas lo dejaban muy claro, colega.

Al subir por las escaleras, resultó que había tres puertas más, dos de ellas abiertas. Había llegado el momento de asumir el mando. Levantando una mano con firmeza, le indicó a Shirley que se detuviera mientras con la otra agarraba el pomo de la puerta cerrada.

Lo hizo girar y, con un movimiento fluido, empujó.

—Está cerrada con llave.

—Ya. ¿Y si se abre hacia fuera?

Tiró del pomo y la puerta se abrió sin dificultad, dejando ver un retrete, por suerte desocupado.

—Joder —dijo ella—, eres más listo que el moño de un hípster.

Las otras dos habitaciones también estaban vacías, con tablones desnudos que crujían bajo los pies y un persistente olor a tabaco. En la del fondo había una persiana metálica echada sobre la ventana y asegurada con un candado. Perfecto: nadie podría mirar desde fuera.

—A ver, pásame el material.

Ho dejó caer la mochila que llevaba al hombro.

Shirley abrió la cremallera y se puso a trabajar.

El ambiente en el estudio era eléctrico. Londres tenía un nuevo héroe, el apaciguador de disturbios Desmond Flint, y sólo Go TV tenía su número. Ya estaban anunciando una entrevista en exclusiva; Peter Judd les había prometido una charla en antena con su protegido antes de que terminara la semana. Una conversación destinada a demostrar que el antiguo Señor Cabreado de la política británica había salido por fin de su crisálida: ahora era un hombre con cosas sensatas que decir sobre el estado de ánimo del país y con arrestos suficientes para hacer que las cosas sucedieran.

Cantor ya había recibido llamadas de varios periódicos serios interesados en «ampliar la cobertura», es decir, en subirse al carro. Muy bien, allá ellos. Pero él no tenía la cabeza en eso. Seguía sin poder quitarse de encima la visita de primera hora de la mañana.

«Yo en tu lugar no me acercaría demasiado a esas ventanas. Regent's Park sabe dónde encontrar a tiradores de primera.»

Era una tontería, un farol de lo más patético: Taverner nunca se plantearía enviarlo al otro mundo. Eso ni en sueños, vaya.

De acuerdo, él se había tomado sus libertades con ella, y sí, Tommo Doyle se había hecho con una carpeta de Regent's Park, pero todo aquello formaba parte del juego, aunque fuera haciendo trampas. Cosa que Taverner sabía. Y era posible que él hubiera transferido las fotos de dicha carpeta a unos contactos de los medios de comunicación extranjeros —unos contactos rusos, vale—, pero los negocios no entendían de fronteras, y siempre había favores que intercambiar. Nadie podía responsabilizarlo del uso que alguien pudiera dar a según qué información. Y, además, esas ventanas estaban muy altas; haría falta un helicóptero... un satélite. En pocas

palabras, él estaba demasiado arriba como para que alguien pudiera derribarlo. Estaba fuera del alcance de todos.

—¿Damien? Alguien quiere hablar con usted.

—¿Eh?

—Tiene una llamada por la línea uno.

Pulsó una tecla.

—¿Quién habla?

—¿Señor Cantor? —La voz tenía un sonido gutural, como si su interlocutor tuviera algo atorado en la garganta—. Es un placer saludarlo.

—¿Y usted quién es?

—Soy su nuevo mejor amigo, señor Cantor.

—Mi nuevo mejor amigo —repitió.

—Sí. Y lo llamo para hacerle saber hasta qué punto está metido en la mierda y lo que puede hacer para no salir malparado.

Esforzándose en no pensar en ventanas, se hundió en la butaca y escuchó lo que el otro tenía que decir.

Al terminar la llamada, Lech se metió el teléfono en el bolsillo y miró a Louisa.

—Vaya.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó ella.

—Yo diría que no se ha tragado nada de lo que le he dicho.

—Bueno, en realidad es lo que quiere que tú creas.

—Hablas como una espía —musitó él.

—Me alegro de oírlo. —Louisa cogió su propio teléfono—. Ahora me toca a mí.

A las 10.43 —Catherine acababa de mirar el reloj— Lamb se puso a toser y no paró durante ocho minutos. Ella poco podía hacer al respecto. Al parecer, Lamb consideraba aquellos ataques parte del precio de su estilo de vida, así que ¿por qué no iba a aceptarlo ella también? Enjuagó uno de los vasos de plástico de la comida para llevar, lo llenó de agua, lo dejó junto al codo de Lamb y permitió que siguiera expulsando los pulmones a su ritmo.

A las 10.51 le preguntó:

—¿Te encuentras mejor?

—Estoy bien.

—Esto ha sido tu versión personal de una sesión de aeróbic, ¿no?

—Es mi organismo, que expulsa las sustancias tóxicas.

—¿Y cómo sabe tu organismo cuándo tiene que parar? —Le pasó un pañuelo de papel—. ¿Cuándo fuiste al médico por última vez?

—En los tiempos del primer Doctor Who. ¿Me he perdido algo desde entonces? —Lamb se secó la cara, cogió el vaso, se bebió la mitad, se dio cuenta de lo que era, frunció el ceño con disgusto y se terminó el resto—. ¿Dónde está el adorno de jardín?

—Si te refieres al señor Nesmith, ha salido.

—¿Y le he dado permiso para salir?

—A lo mejor lo confundes con alguien que trabaja para ti.

Lamb se lo pensó un instante y terminó asintiendo.

—Sí, puede ser. Con esa pinta de desgraciado y de perdedor, es posible que me haya confundido.

—Y aun así ha hecho lo que le pediste. ¿De verdad te parece buena idea?

Lamb, que acababa de encontrar un cigarrillo con el que calmarse, interrumpió la búsqueda del mechero.

—Vas a tener que concretar un poco más.

—Me refiero a este juego con Cantor. Ese hombre es problema de Regent's Park, no nuestro. Y no creo que Taverner piense dejarlo irse de rositas, precisamente.

—Bueno, a mí me gusta ganar a largo plazo —dijo Lamb—. Pero también me gusta ganar a corto. Además, Taverner tiene más problemas de los que imaginas. No puede ajustar cuentas con Cantor hasta estar segura de que las consecuencias no van a salpicarla.

Encontró el encendedor justo cuando su móvil empezaba a sonar, y se quedó mirándolo un segundo, como si no tuviera clara la procedencia de aquel ruido. Finalmente, sacó el móvil del bolsillo y respondió:

—¿Qué?

Era Roderick Ho, dedujo Catherine. Lamb adoptaba una expresión peculiar cada vez que se veía forzado a escuchar a Ho; la misma, de hecho, que adoptaba al verse forzado a escuchar a todos los demás, sólo que más acentuada. Cuando Ho terminó, le dijo:

—Si lo he entendido bien, estás diciéndome que habéis hecho lo que os he ordenado. ¿Por qué eres incapaz de decírmelo sin rodeos?

Escuchó un momento en silencio.

—Ah, ya entiendo. Sí, claro, es una explicación perfectamente razonable.

Catherine arqueó una ceja.

—¿«Una explicación perfectamente razonable»?

—Dander estaba hablando por detrás de él. Dice que Ho es tonto del culo.

—Es un alivio ver que el equipo está tan cohesionado. —Hizo una pausa—. Pero seguimos sin saber nada de River.

—Así es —respondió Lamb—. Pero imagino que la chavala y él tendrán cosas que contarse. Tú ya me entiendes... ¿o no?

—Me preocupa que no vuelva.

—¿Y por qué no iba a volver?

—No sé lo que pasó anoche, pero debió de ser traumático. Y el chico lleva tiempo pasando por una mala racha: la muerte de su abuelo, todo este caos de por aquí... Puede que haya llegado a su límite.

—No me digas.

—El año pasado estuvo a punto de irse. No nos dejó de milagro.

—El muchacho es un espía. Lo lleva en la sangre.

—Y ahora Sid ha reaparecido.

—Por eso digo que igual tienen mucho que contarse. A ver si nos entendemos, lo que quiero decir es que... —Se interrumpió de golpe —. ¿Y ahora qué pasa?

Catherine tardó unos segundos en oírlo también: alguien estaba abriendo la puerta. Y tenía llave, así que sólo podía ser Diana Taverner, que apareció un instante después, se detuvo en el umbral y negó con la cabeza.

—Ayer este lugar estaba impoluto.

Lamb adoptó un gesto compungido.

—Así son los jóvenes de hoy: piensan que mamá se ocupará de limpiarlo todo.

—A veces me pregunto cómo lograste sobrevivir cuando trabajabas infiltrado. Si la Stasi quería encontrarte, le había bastado con seguir el rastro del caos que ibas dejando a tu paso —dijo

Diana; luego se volvió hacia Catherine—: ¿Cómo puedes soportar esto?

—Porque en su época probé otras cosas y no funcionaron.

—Suena razonable —repuso Diana, indicándole con la cabeza que ya podía irse—. Los adultos tenemos que hablar.

—Ella se queda —dijo Lamb.

—No me parece que...

—Se queda.

Diana hizo una mueca de exasperación, pero prosiguió como si Catherine no estuviera allí:

—He hablado con Rasnokov. Está dispuesto a llevarse a sus Perros de aquí.

La expresión de Lamb no cambió en absoluto.

—De manera que ya podéis desalojar este sitio.

—Ahora que empezaba a cogerle cariño. Y Vasili ¿qué se lleva a cambio? A ver si lo adivino: unos salvoconductos para sus caniches del alma.

—Al menos así evitaremos más líos.

—Salvo por la sangre en las paredes. Justo lo que provocó todo este embrollo, ¿o no es así?

—Las circunstancias cambian.

—O sea: te has dado cuenta de la cagada monumental que montaste financiando Kazán y ahora todo lo demás queda aparcado hasta que arregles ese asunto.

Diana miró a Catherine.

—Por mí no te preocupes —dijo ella—. Yo no le hago el menor caso cuando está sobrio.

Lamb prendió el cigarrillo y apagó el mechero agitándolo como si fuera una cerilla.

—Diana invitó a unas cuantas celebridades a embarcarse en el navío de Regent's Park. Los famosillos de marras pagaron el pasaje de su bolsillo, muy rumbosos ellos, pero ahora exigen llevar el timón.

—Eso no va a pasar.

—Si tú lo dices. Pero los piratas son como son. No admiten un no por respuesta.

El teléfono de Lamb volvió a sonar. Sin apartar los ojos de Diana, se lo tiró a Catherine, que lo pilló al vuelo.

—Hola, Lech. Sí. Pero cuéntame. —Hizo una pausa—. Gracias. Ahora se lo digo.

En lugar de devolver el teléfono, se lo quedó, aferrándolo con fuerza.

—Y bien, ¿qué te han dicho?

—Que ya han hecho las dos llamadas previstas.

—¿Llamadas? —intervino Diana—. Se supone que os habéis borrado del mapa. Y ahora que lo pienso... —Miró en derredor de forma histriónica—. ¿Dónde está el resto de los inadaptados?

Lamb soltó una risotada.

—Llamarlos inadaptados es hacerles un favor, créeme.

—¿Qué te traes entre manos, Jackson?

—Tú puedes declarar una amnistía, pero yo no voy a hacerlo. ¿Te suena una carpeta que Cantor hizo llegar al otro lado del Telón de Acero? ¿Una que llevaba el título «La Casa de la Ciénaga»?

—¿«El Telón de Acero»? ¿En serio?

Lamb exhaló una nube de humo.

—Una buena metáfora es para siempre.

Ella negó con la cabeza con fatiga.

—Ya no sé cómo decirlo. Lo último que necesito en estos momentos es tu ayuda. —Miró a Catherine—. ¿Aún no has aprendido a controlarlo?

—Voy tomando notas.

Diana volvió a encararse con Lamb.

—Cantor está metido en la mierda hasta las cejas. Rasnokov tiene un vídeo en que aparece entregando esa carpeta a sus contactos. Un vídeo, repito. Le pueden caer cinco años, como poco. Y mira, lamento que haya muerto gente, en serio, pero lo que está en juego es más importante, de manera que olvídate de lo que sea que estés tramando. Rasnokov está dispuesto a tender puentes.

—Pues tiene una forma curiosa de demostrarlo.

—Todos tenemos jefes políticos con los que lidiar.

—Habla por ti. —La ceniza del cigarrillo cayó sobre su regazo, pero él no se inmutó—. En fin, al final me has convencido. Quieres vía libre para los del equipo de ejecución y yo no voy a ser un estorbo. De hecho... —Hizo una pausa para aplastar el cigarrillo contra el suelo—... creo que en alguna parte tengo una caja en la que cabrán todos. Así os ahorráis los gastos de devolución.

Diana lo miró fijamente.

—¿Qué has hecho?

—Justo lo que tendrías que haber hecho tú. Quitarlos de en medio.

Catherine se aclaró la garganta.

—Bueno, encargar que los quitaran de en medio —prosiguió él—. Ya sabes, es el secreto de toda buena gestión. Así que puede que

Rasnokov decida replantearse el acuerdo al que habéis llegado. Pero por Cantor no te preocupes. Eso ya está arreglado.

—¡Pero ¿tú estás mal de la puta cabeza?!

—Como digo, una buena gestora valoraría la iniciativa.

—¿La iniciativa? ¡Soy la Primera Mesa, pedazo de gordo cabrón! ¡Tú me rindes cuentas a mí!

—Y lo haré cuando te ocupes de hacer tu trabajo. Lo que incluye no vender a nuestros agentes.

—¿Agentes? ¿Se te olvida que hablamos de la Casa de la Ciénaga? ¡La Ciénaga es un batallón disciplinario! No, ni eso siquiera: es el sitio al que mandamos a la gente de la que ya no queremos saber nada. A los que preferimos apartar para no tener que molestarnos con ellos. Y tu trabajo consiste en impedir que vuelvan a dar señales de vida. Punto. Eso es todo.

—No, hay algo más —dijo Lamb—. Te dejas una parte.

—¿Ah, sí?

—La Ciénaga sigue siendo una sección del servicio. Y la gente que trabaja aquí trabaja para ti, te guste o no. O trabajó para ti en su momento. Y cuando matan a uno de los tuyos, la responsabilidad es tuya...

—Jackson.

—... y mía.

Catherine apretaba el teléfono de Lamb con tanta fuerza que empezaba a dolerle la mano.

Diana abrió la boca para responder, pero no dijo nada.

—Querías cortarle las alas a Cantor —dijo Lamb—. Pues ya está hecho. Y ahora tampoco necesitas llegar a ningún acuerdo con Rasnokov. Dile que el próximo equipo de asesinos que nos mande

volverá a casa metido en otra caja. Porque no puedes tender puentes sobre los cadáveres de tu propia gente.

Durante unos segundos nadie dijo nada. El único sonido era el clic del mechero de Lamb. Pero ni siquiera tenía un cigarrillo en la mano: se limitaba a encenderlo y apagarlo.

Diana fue la primera en romper el silencio.

—¿Y también piensas matar a Cantor? —le preguntó a Lamb.

—No —se adelantó Catherine.

—Qué aguafiestas... —murmuró Lamb.

—No vamos a matarlo —repitió Catherine.

—Pero tampoco va a seguir husmeando por Regent's Park —dijo Lamb—. Eso corre por mi cuenta.

—Más te vale. —Diana sonaba tensa como el cable de una cortadora de queso—. Y ahora dame las llaves de esta casa y vuelve al agujero del que has salido.

—Claro. Y me llevo conmigo a mi gente.

—Ahora.

—Incluidos Wicinski y Dander.

—Dame las putas llaves de una vez.

Lamb le lanzó las putas llaves.

—Y cierra la puta puerta al salir.

—Discúlpala si se ha puesto un poquitín nerviosa —le dijo Lamb a Catherine en cuanto estuvieron en la calle—. Todavía está metida en apuros con esos piratas.

—¿Un poquitín nerviosa? ¡Pero si echaba espumarajos por la boca! Lo que necesita es ir a un psicólogo.

Lamb acababa de encontrar un cigarrillo, pero el encendedor había vuelto a desaparecer. Mientras se palpaba los bolsillos, dijo:

—Por cierto, ¿qué has querido decir con lo de que «Sid ha reaparecido»? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Te lo explicaría, Jackson —respondió Catherine, levantando la mano para parar un taxi—, pero sinceramente creo que sería perder el tiempo.

La segunda llamada telefónica inquietó a Damien Cantor aún más que la primera.

—Lo llamo desde Regent's Park, señor Cantor. Supongo que sabe lo que representa este edificio.

Esta vez era una mujer.

—Lo que representa ese edificio... Sí, sí, claro.

—Bien. La señora Taverner quiere verlo esta misma mañana.

—¿Esta misma mañana?

—De inmediato. Hemos mandado a un equipo a recogerlo para que no le cueste encontrar la dirección.

—Yo...

—Ah, y una cosa más. Traiga el pasaporte.

—¿Su pasaporte? —preguntó Lech con extrañeza.

—Eso le va a meter más miedo en el cuerpo, ¿no crees? —dijo Louisa.

—A mí me lo metería —reconoció él.

Cantor había vuelto a su apartamento tras salir a toda prisa de la oficina. Lo primero que pensó fue: «Tengo que llamar a Peter Judd.» Judd era su aliado. Pero también lo era de Taverner o, mejor dicho, de cualquiera que pudiera resultarle útil en un momento dado. Y era tan solidario como una serpiente venenosa. Así que no: mejor no llamar a Peter Judd.

«Mete algo de ropa en una bolsa y valora tus opciones.»

El hogar conyugal estaba descartado; era el primer lugar donde lo buscarían.

Y quedarse donde estaba tampoco tenía sentido.

¿Y un hotel? Pero aquello era Londres, una ciudad con más cámaras que palomas, y el MI5 tenía acceso a cualquier sistema de circuito cerrado que le diera la gana revisar. Mostrar su rostro en el vestíbulo de un hotel sería tan discreto como aparecer en un concurso televisivo de máxima audiencia. Lo más indicado era irse de la ciudad, pero tampoco podía usar su coche...

Llamó al piso de arriba.

—Necesito un coche de alquiler, un modelo que no llame la atención. Páguelo con su tarjeta personal, no con la de la empresa. Y hace tres minutos que tendría que estar en la puerta.

—Pero, Damien... ¿pasa algo que yo tendría que saber?

—Lo que tiene que saber es que ese coche debería haber llegado hace tres minutos.

Metió en la bolsa ropa para un par de días. ¿Cuánto podía tardar en arreglarse aquello? Taverner sólo estaba intentando asustarlo, eso era todo. El enano formaba parte del montaje, con aquella historia sobre agentes británicos muertos. Porque aquello era un cuento chino, ¿no? Taverner simplemente lo estaba castigando por

haber ido de gallito. Lo que significaba que el tipo que lo había llamado con acento ruso también era un farsante. «Lo llamo para hacerle saber hasta qué punto está metido en la mierda.» Sólo querían meterle el miedo en el cuerpo.

El teléfono volvió a sonar.

—¿Damien? Su coche está en camino.

—¿Cuándo llega?

—Estará ahí antes de que baje. ¿Seguro que todo va bien? Lo digo porque tiene una reunión prevista...

—Cancélela. Y localice a Tommo. Dígale que me llame.

¿Estaba huyendo? No. Era una retirada estratégica, nada más.

Mientras bajaba en el ascensor, pensó en las imágenes de la noche anterior que estarían emitiéndose en aquel mismo instante en las pantallas de todo Londres. Él marcaba la agenda. Taverner no tenía ni idea de con quién se había metido.

Planta baja. Tuvo que abrirse paso entre la gente que hacía cola para el ascensor turístico hasta llegar a Clyde —¿Claude?—, que sostenía un mando con el logotipo de BMW.

—Está detrás, señor.

—Gracias.

Todo aquello ocurría en cuestión de segundos: empezaba a sentirse como si trabajara para Regent's Park. Había cogido la gorra de béisbol al salir y ahora se la giró, poniendo la visera hacia atrás. Astucia callejera.

El coche estaba donde le habían dicho, y los faros parpadearon cuando pulsó el mando. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, un hombre se le acercó por detrás y le habló al oído:

—No le conviene meterse en ese coche.

Era la voz del primero que había llamado: gutural, ronca, y su propietario tenía la cara a juego. Era como si hubiera perdido en un combate contra un trinchador de cocina.

—Hazme caso. Estoy de tu lado.

Al otro lado de la calle, una mujer salió de entre las sombras y echó a andar hacia ellos.

Había un atasco de tráfico porque siempre los había, porque aquello era Londres, pensó Diana Taverner. Quizá había ciudades en las que los coches circulaban con fluidez, pero seguramente pertenecían a los regímenes más represivos del mundo, donde el Estado controlaba incluso a los conductores, por lo que necesitabas permiso para aventurarte por las calles.

Así que el precio de la libertad de movimiento era, a veces, la imposibilidad de moverte: la frase era ingeniosa, pero ahora mismo eso le importaba un bledo.

Se bajó del taxi para hacer a pie el resto del trayecto. No le vendría mal un poco de tranquilidad para pensar.

Al salir de la casita de Chelsea estaba que echaba chispas, pero no tenía sentido lamentarse por lo que hubiera podido ser y no fue. Y, a fin de cuentas, todo tenía su lado positivo si sabías mirarlo desde el ángulo indicado. Lo que mejor se le daba a Lamb era estar repantigado en su despacho matándose a beber, pero lo segundo que hacía mejor, si le tocaban las narices, era romperles las piernas a sus enemigos. Y en este caso no era ella misma quien saldría malparada, sino Damien Cantor, así que, en cierto sentido, la intromisión de Lamb iba a ahorrarle el trabajo, porque, de un modo

u otro, Cantor era un fusible fundido, ya fuera porque Rasnokov tenía pruebas de sus fechorías o porque Lamb se las había arreglado para que entrara en pánico. En último término, el resultado era el mismo.

Por otra parte, los matones de Rasnokov estaban, al parecer, muertos, y daba igual desde qué ángulo se mirase el asunto: estaba claro quién había devuelto el golpe. Y además estaba aquel resquicio que el rudo había dejado entrever, la insinuación de que alguien desde más arriba le había impuesto aquella represalia. Una muestra de debilidad por su parte, compensada por una demostración de fuerza de la suya. Ése era el equilibrio que ella quería mantener.

Así que era mejor olvidarse de ese asunto. Lo único de lo que ahora mismo tenía que ocuparse era del otro frente de batalla, el patrullado por Peter Judd. Quien estaba convencido de que la tenía comiendo de su mano y al que hacía falta enseñarle que él también iba a acabar hecho fosfatina si persistía en tales delirios.

Le abrieron la puerta del club antes incluso de que llegara a los escalones, y el libro de socios ya la esperaba abierto por la página correspondiente. No hacía falta preguntar si el señor Judd había llegado: su nombre aparecía dos líneas más arriba, cada letra cuidadosamente trazada de una forma que quizá revelaba seguridad en sí mismo y cierta vanidad, aunque a ella le parecía más bien propia de un colegial.

—En el bar, señora —le indicaron.

El bar estaba en el piso de arriba. Pasó cinco minutos en el guardarropa, preparándose para la batalla, y luego fue en busca de Judd. Su intención era entrar golpeando primero.

Judd estaba sentado junto a la ventana, aparentemente absorto en la pantalla del móvil, pero levantó la vista en cuanto ella entró.

—Diana.

Se puso en pie, le ofreció un abrazo y dio la impresión de encontrar divertido que ella lo evitase. En la pantalla de su teléfono estaba Desmond Flint, que miraba fijamente, como si estuviera atrapado allí.

«¿Se dará cuenta de que eso es exactamente lo que ocurre?», se preguntó ella.

—Conque por eso querías que dejara tranquilos a los chalecos amarillos —dijo mientras tomaba asiento—. No porque no quisieras disturbios en las calles, sino porque querías que ocurrieran cuando y como te convenía. Por ejemplo, con Desmond Flint a mano para calmar un poco las aguas. —Negó con la cabeza—. Reconozco que no se me ocurrió que fuera a ser tu hombre de paja. Quizá porque no tiene... ¿cómo decirlo?... aspecto de líder.

—Bueno, bueno. Si esto fuese un concurso de belleza, la mitad de los ministros se habrían quedado sin un solo voto.

—No estaba refiriéndome a su físico.

Un camarero merodeaba cerca. Pidió agua mineral y Judd, que estaba tomándose un gin-tonic en una copa del tamaño de un globo, la miró algo decepcionado.

—Espero que no hayas cometido un error de cálculo —dijo ella—. Porque está más claro que el agua que la gente de Flint, sus partidarios a ultranza, son los que están creando problemas en las calles.

—Negarlo sería complicado, sí, pero reconocerlo tampoco tiene por qué plantear ningún problema. —Peter Judd había adoptado

aquel tono sentencioso con el que tanto le gustaba impartir lecciones a sus inferiores—. Por cada izquierdista vegetariano y biempensante, hay dos personas tomándose una pinta en un pub y pensando que esto es exactamente lo que hace falta. Y Desmond Flint entiende muy bien a esa gente.

—A estas alturas ya deberíamos haber aprendido que, cuando azuzas a una turba, luego no hay manera de controlarla. Y todas las turbas acaban devorándose a sí mismas.

—Tienes mucha imaginación, Diana. Deberías escribir novelas, o pagarle a alguien para que las escriba por ti. —Bebió un sorbo de gin-tonic—. Por lo visto, es lo habitual.

El camarero llegó con el agua mineral, lo que evitó que ella tuviera que responder. Cuando volvieron a quedarse solos, Judd prosiguió:

—En cualquier caso, sería un error subestimar a nuestro Flinty. Puede que no sepa distinguir un cuchillo de pescado de una cuchara sopera, pero habla un idioma que la gente entiende.

—Lo pintas como una especie de Tarzán de los Monos.

—No tengo intención de hacerlo pasearse en taparrabos, pero la comparación tiene algo de cierto. —Se acomodó mejor en el asiento —. Aunque, naturalmente, si la multitud no hubiera respondido a sus llamamientos a la calma, me habría visto obligado a recurrir al plan B.

—¿Y cuál era?

—Tirarlo al puto foso de los leones.

—Pero ahora estás trabajándotelo, preparándolo para cosas más importantes. Tengo claro que te gustaría ser el poder en la sombra, Peter, pero vas a tener que esperar bastante tiempo. Como

sabemos, las últimas elecciones arrojaron un resultado bastante concluyente.

Judd hizo girar la copa en su mano.

—La política es una apuesta a largo plazo. Es innegable que el primer ministro goza de una mayoría sólida, pero estamos hablando de un hombre cuyo historial pone los pelos de punta. No sería el primero cuya meteórica ascensión acaba en golpetazo fulminante en la cabeza. Y es preferible estar preparados para esa eventualidad, ¿no te parece?

—Yo creo que la envidia te corroe. Pero ya que estamos hablando de él, que sepas que voy a verlo esta tarde.

—Lo haces al menos una vez por semana.

Ella se limitó a asentir.

—De manera que no lo habrías mencionado si no tuvieras algún as en la manga. Por favor. No soy uno de esos estetas insufribles que consideran que las mujeres maduritas no deberían enseñar los brazos en público. Adelante, enséñame tus cartas.

—Tengo previsto contárselo todo —aseguró ella.

—Entendido.

—¿Sí? Porque todo es todo, Peter. Una confesión en toda regla.

—He dicho que entendido. Por mucho que me disguste recurrir a las frases hechas, espero que no vayas a dar un paso en falso. Alguna que otra vez has puesto en duda mi sentido de la lealtad, pero en comparación con el primer ministro soy más fiel que un perro labrador. Si el primer ministro llega a pensar que puedes dejarlo en evidencia, aunque sea mínimamente, te tirará por la borda sin pensárselo dos veces.

—Lo sé. Pero también sé que está tan ansioso de disfrutar de la gloria como de evitar que lo culpen de algo. Y como tan elocuentemente viniste a decir la otra noche, este caso puede reportarle una buena dosis de gloria. —Cogió su vaso y prosiguió—: Lo sucedido en Kazán no ha sido publicitado. Es posible que en la Dark Web corran rumores, pero el Kremlin no lo ha mencionado oficialmente porque no le interesa que el mundo sepa que en un momento dado bajó la guardia. Y nosotros tampoco hemos hecho ninguna mención oficial porque oficialmente no ha pasado nada. Pero, de forma extraoficial, puedo hacer que el primer ministro se apunte el tanto.

—«El primer ministro británico ordenó un asesinato planificado por funcionarios del Estado» —elucubró Judd—. Diana, me temo que ése sería el segundo titular de prensa que menos le gustaría al primer ministro. Tan sólo superado por: «¡Que nadie toque mi puto portátil!»

—No hablo de titulares de prensa. Estoy hablando de leyendas. Todo el mundo sabe que el primer ministro se cree la reencarnación de Churchill. El problema está en que no ha logrado convencer a los demás. Pero ésta es su ocasión de hacerse pasar por todo un héroe de guerra, aunque sólo sea en los pasillos de Whitehall. Si se corre la voz de que autorizó de forma tácita la ejecución en Kazán, te aseguro que los funcionarios que de verdad cortan el bacalao van a mirarlo con otros ojos en las reuniones de más alto nivel. Y nada le haría más ilusión que ser visto como un líder guerrero por los altos mandos de las fuerzas armadas. Quienes, dicho sea de paso, ahora mismo lo ven como un cruce entre un presentador de concursos y un yeti de dibujos animados.

Judd asintió pensativo, como si estuviera evaluando una jugada de ajedrez.

—Es arriesgado, no obstante. Podría volverse en tu contra. ¿Estás segura de que te interesa dar ese paso?

—Sí, sí: reconocerlo todo. Admitir abiertamente que recurrí a fuentes de financiación alternativas para montar una operación encubierta de la que, en última instancia, el primer ministro puede beneficiarse. Sí, yo creo que funcionará. Como es sabido, alguna vez ha dejado claro que no le gustan las trabas burocráticas.

—Si con eso quieres decir que ha llegado a limpiarse el culo con la ley, sólo puedo estar de acuerdo.

—De manera que nuestro trato se termina aquí. Sé que tú te planteabas este proyecto a largo plazo, y yo te agradezco tu ayuda. Pero no vas a seguir utilizándome como correa de transmisión para dirigir el MI5 a distancia, Peter. Eso se acabó, para siempre.

Judd volvió a asentir.

—Nada me gusta más que verte empuñar la fusta, Diana. Noto que me sube la adrenalina. —Levantó la copa, pero en lugar de proponer un brindis, dijo—: Pero tengo que corregirte en un pequeño detalle. Has usado las palabras «reconocerlo todo». Eso no es muy exacto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Me limito a señalar que no puedes aportar al primer ministro todos los detalles de nuestro acuerdo por la simple razón de que aún no los tienes. Y una vez que los tengas, pues... —Sonrió o, como mínimo, enseñó los dientes—. Una vez que los tengas, creo que no vas a tener ningunas ganas de reconocerlo todo, y menos aún ante

el primer ministro. —Dejó la copa en la mesa—. ¿Quieres que te pida una bebida de verdad? Creo que te va a hacer falta.

Ya avanzada la mañana, Sid se despertó sola y murmuró:

—¿River?

Pero nadie respondió.

Estuvo a punto de repetir su nombre un poco más alto, aunque cambió de idea. Todo permanecía en silencio y, a medida que los recuerdos fragmentarios de la noche anterior empezaban a recomponerse en su cabeza —el instante en que le clavó el abrecartas en la mandíbula a aquel hombre; el momento en que ahogaron a la mujer en el lago—, le pareció preferible no romperlo. Tenía hambre. Comer algo le sentaría bien.

Pero River no estaba en el baño, como comprobó enseguida, ni había regresado al estudio cuando volvió allí. Lo siguiente que hizo fue abrir las cortinas y dejar entrar la luz del día. Era como recargar una batería. Las habitaciones a oscuras se volvían sombrías, casi inútiles. Necesitaban luz para recordar lo que eran. Y la misma idea podía aplicársela a sí misma. En momentos así le costaba no tocarse la cicatriz de la sien. Los susurros de la bala habían desaparecido. La voz de Hércules Poirot ya no seguía en su cabeza. Quizá regresara más adelante, pero de momento estaba sola.

Sola, de vuelta en el mundo y con decisiones que tomar.

Y ya había tomado unas cuantas, de hecho. Para empezar, no iba a volver a Cumbria, ni tampoco iba a retomar la identidad que le habían asignado durante la fase de recuperación. Era la identidad de una no persona, un mero cascarón carente de relleno. Tampoco

había sido Sid Baker durante esos días, o lo había sido a una escala tan reducida que nadie habría podido notarlo. Había sido un personaje ausente del escenario cuyo diálogo no iba más allá de unas simples pausas en la conversación general. La acción había estado desarrollándose en otra parte. Y después de lo sucedido el día anterior, ya no quería volver a tener nada que ver con la acción.

No obstante, creía estar preparada para ser Sid Baker otra vez.

La noche anterior había estado hablando con Shirley Dander, después de que River y Lech Wicinski se marcharan de regreso al escenario de toda aquella carnicería.

—¿Y dices que has estado viviendo en esta casa?

—Me he quedado un tiempo.

—¡Pero si está llena de libros!

Shirley lo dijo como si aquello entrara en contradicción con el concepto que ella tenía de vivir en algún sitio, o hasta de quedarse un tiempo en él.

—Al menos aíslan un poco del frío, ¿no? —apuntó ella.

—¿Tú has matado a esos dos?

—No.

—¿Lo ha hecho River?

—Hemos tenido suerte, eso es todo.

—Ya, claro. Pero estamos hablando de asesinos profesionales, no sé si me explico. El número de personas que tuvieron suerte antes que vosotros se reduce a cero.

«Pues será que tuvimos mucha suerte», pensó ella al oírlo. Pero Shirley parecía impresionada.

A Jane y a Jim los habían enviado a Inglaterra en una misión de represalia por algo que Regent's Park les había hecho a los rusos,

explicó Shirley. «Cojón por cojón», añadió, con una sonrisa malévola propia de Jackson Lamb. ¿El crimen cometido por los del Park? Ejecutar a una de las responsables del desmán cometido el año anterior, una operación chapucera que ella había estado siguiendo por la prensa durante su estancia en Cumbria. El objetivo a batir en ese último caso era una pareja de rusos exiliados, pero dos civiles británicos habían penetrado accidentalmente en la línea de fuego y uno de ellos había muerto. El método de asesinato escogido por los rusos acaparó titulares de prensa por todo el mundo: untar el pomo de una puerta con una sustancia tóxica llamada novichok.

En fin, cierto que ella había regresado al mundo, pero ése era el mundo con el que se encontraba.

Shirley Dander parecía algo inquieta y nerviosa, tal vez iba colocada. Las cicatrices de Lech Wicinski estaban a plena vista, pero él seguía ocultándose tras ellas. Min Harper estaba muerto, así como otros que habían llegado después, pero Louisa Guy seguía formando parte de los caballos lentos, Roderick Ho continuaba siendo Roddy Ho y Catherine Standish seguía llevando las llaves encima. En cuanto a Lamb, ella sólo podía suponer que no había cambiado —dejando aparte los daños que hubiera podido infligirse a sí mismo—, pues sin Jackson Lamb la Casa de la Ciénaga no existiría.

La Ciénaga era el escenario, y ésos eran los actores, y durante el tiempo que ella había estado recuperándose de su herida en la cabeza, River había seguido en la obra, por lo general atado a la misma rutina de siempre —el papeleo, las tareas sin sentido, el trabajo monótono y agotador—, pero de vez en cuando, muy de tarde en tarde, encontrándose él también en primera línea de fuego.

Y ella sabía muy bien lo que significaba estar en una situación crítica. Lo había descubierto unos años atrás, mientras yacía en una acera mojada por la lluvia. Y la noche anterior había pasado por una situación similar, mientras la pareja a la que River y ella acabarían matando unas horas después hacía girar el pomo de la puerta delantera y cortaba el cristal de la puerta trasera, como unos personajes malignos en un cuento de hadas para adultos. Y luego se la habían llevado por la fuerza. «Podemos acabar con todo esto aquí, en el coche. No será tan limpio, pero si lo prefieres, lo hacemos.» Toda una sentencia de muerte...

Se levantó del sillón del Viejo Cabrón y se desperezó. Una ráfaga de viento hizo vibrar el cristal de la ventana, y ella se sobresaltó levemente, como si aquello fuera un eco de la pesadilla de la víspera, cuando el timbre había sonado y vuelto a sonar; cuando había oído traquetear la ranura del buzón y se había imaginado a aquellos dos arrodillados frente a la puerta, turnándose para observar el recibidor.

En la casa volvió a reinar el silencio, roto únicamente por el leve traqueteo de un pomo.

Y entonces la idea la golpeó de repente.

El pomo traqueteando...

¿Dónde estaba River?

Había un atasco de tráfico porque siempre los había, porque aquello era Londres. Lo más seguro es que más de uno habría pensado lo mismo aquella mañana. Cantor iba tumbado en el asiento trasero, y quien conducía era el hombre sin nombre cuyas mejillas estaban

surcadas de cicatrices: un aviso para navegantes de que las decisiones erróneas tienen consecuencias nefastas.

El sonido de una bocina produjo más bocinazos. Aquello también era Londres: todo el mundo quería hacerse oír, aunque no tuviera nada que decir.

—¿Alguien nos sigue? —preguntó él.

El conductor emitió un ruido extraño a modo de respuesta, así que repitió:

—¿Alguien nos sigue?

—*Nyet*.

—¿Y esa mujer quién era?

Sabía la respuesta, pero igualmente necesitaba oírla.

—Regent's Park.

De modo que sí: Taverner había enviado a su gente a por él.

«Taverner está decidida a hacerte picadillo.»

Era posible que hubiera cometido un error de cálculo, como le había dicho Diana.

La mujer que había aparecido de pronto frente al Needle no había podido cruzar la calle a causa del tráfico, y el hombre con las cicatrices había aprovechado esa demora para llevárselo por la esquina y meterlo en un coche de un empujón. A veces las cosas sucedían tan rápido que parecían una buena idea. Y ahora estaban en movimiento otra vez, aunque con paradas constantes, siguiendo un patrón arrítmico, y su cabeza rebotaba en el asiento mientras intentaba reconstruir su reflexión de hacía poco: Taverner iba de farol para que tuviera miedo hasta de las sombras. Sin embargo, las sombras parecían ser más sólidas cada vez, y ahí estaba él, muerto de miedo.

El coche dio un giro muy cerrado, y el conductor se disculpó con acento gutural:

—Lo siente.

—¿Adónde me llevas?

El tipo se encogió de hombros de forma audible.

—A un lugar seguro.

—¿Por qué?

—Tú ayudas, nosotros ayudamos.

«Pero yo no tenía intención de ayudaros», pensó él. «Me limité a intercambiar unos favores. No tenía intención de acabar escondido en un coche para que no me capturase el servicio secreto británico.»

Los errores de cálculo tienen consecuencias nefastas...

El otro volvió a hablar:

—No preocupes. Mi gente y la tuya acabarán ponerse de acuerdo. Y podrás volver tus informativos y también ayudando mi gente, ¿verdad? Tranquilo, todo bien.

—Yo no... yo no trabajo para tu gente. Me limité a hacerle un favor a un contacto, eso fue todo.

—Pues seguirás haciendo un favor.

—No, eso no... se trata de un malentendido. No pienso haceros ningún otro favor.

Hubo un pequeño silencio, seguido por:

—No es buen momento decirme esto. No mientras ayudándote.

El coche se detuvo con brusquedad y él atisbó por la ventanilla a un joven de origen chino dando saltitos en la acera como si estuviera reservando una plaza de estacionamiento.

—Hemos llegado —indicó el conductor.

Estaban en el Soho, en una calle que le resultaba familiar, pero de cuyo nombre no se acordaba, pues su mente seguía dando vueltas. Se bajó del coche. Había gente por todas partes —por algo estaban en Londres—, aunque nadie les prestaba atención, o si lo hacían, se las arreglaban para hacerlo con disimulo. Una puerta abierta llevaba al interior de una tienda al parecer abandonada.

—Rápido —instó el otro.

Y él entró con rapidez. Cruzó la puerta y se encontró en un local comercial abandonado. El joven chino había desaparecido, pero una mujer bajita y rechoncha se hallaba ante él.

—Arriba —indicó, con un acento alemán propio de una película de serie B.

Él empezaba a tener un mal presagio, como si en efecto se encontrara en una película de serie B.

—¿Qué es lo que hay arriba?

—No hay tiempo para preguntas. Te están buscando.

El conductor había cerrado la puerta de la tienda y estaba apoyado en ella.

—Yo no...

—Ahora.

Las escaleras crujieron. En lo alto había un pequeño rellano: un retrete, dos habitaciones más... La mujer lo condujo a la situada en la parte trasera.

—Estás en una casa segura —explicó.

El hombre con las cicatrices había subido tras ellos.

—Sí, aquí estarás salvo.

—Tengo que hacer unas llamadas —dijo él—. Acabaré enseguida, sólo necesito diez minutos.

Sacó el teléfono mientras lo decía, pero la mujer rechoncha se lo arrebató de inmediato.

—No.

—Pero yo...

—No.

Miró en derredor. No había moqueta y la ventana estaba cubierta por una persiana metálica. La única iluminación la proporcionaba una bombilla desnuda que colgaba de un cable. No había muebles, ni tampoco calefacción.

Y a sus pies, recién atornillada al suelo de tablones, había una argolla metálica unida a unas esposas.

—Aquí estarás salvo, siempre que no moverte —dijo el hombre.

—Cosa que no va a pasar —aseguró la mujer.

Se puso de rodillas y, antes de que él pudiera evitarlo, cerró una de las esposas en torno a su tobillo izquierdo.

—Pero ¿qué demonios...?

—Agua —dijo el hombre mientras sacaba una botella de dos litros de detrás de la puerta.

—Y una botella vacía —dijo una voz desconocida. La mujer a la que había visto frente al Needle de pronto estaba allí, con otra botella de dos litros con el tapón desenroscado—. Aunque seguro que acabarás llenándola.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué estáis haciendo? —preguntó él. Tenía la boca seca.

—Vamos a dejarte reflexionar sobre tus actos —respondió el hombre de las cicatrices. Ahora su voz era normal, sin rastro de acento eslavo.

—A mí siempre me recomiendan que reflexione —comentó la mujer rechoncha poniéndose en pie. De pronto su acento también había cambiado—. Lo que pasa es que nunca tengo tiempo de hacerlo.

—Pero tú no vas a tener ese problema, porque vas a tener tiempo de sobra —afirmó la otra mujer.

El joven chino que había estado reservando una plaza junto a la acera también había hecho acto de presencia. Y era el único que seguía ateniéndose a un guión de película de serie B.

—Te pasaste de listo al tratar de jugar con nosotros, colega.

La segunda mujer le lanzó la botella vacía.

—Puedes gritar tanto como te dé la gana —indicó—. Porque si alguien llega a oírte, no te hará ni caso.

—¿Y vosotros quiénes sois?

El joven chino se volvió hacia él.

—Somos de la Casa de la Ciénaga —dijo, y al momento agregó—: Hasta la vista, *baby*.

Y se marchó con los otros escaleras abajo.

Él tiró de las esposas, pero la argolla no se movió de donde estaba.

Y la mujer no iba desencaminada: cuando gritó, tan fuerte como pudo, nadie le hizo ni caso.

—Es maravilloso ser miembro de este club, ¿no te parece?

—No cambies de tema.

—Digo esto para ilustrar lo que voy a decir. Presta atención.

El camarero se acercó con otro gin-tonic para Judd y una copa grande de chablis para Taverner, quien resistió la tentación de bebérsela de un trago.

«Me limito a señalar que no puedes aportar al primer ministro todos los detalles de nuestro acuerdo por la simple razón de que aún no los tienes.»

—Me hace gracia la placa del vestíbulo que dice que este club lo fundó hace cincuenta y tantos años un fulano cuyo nombre no recuerdo, pero que había sido condecorado con la Cruz de Victoria. Es un detalle encantador, ¿no? No cabe duda: si vas a contar una mentira, mejor que sea una mentira tan grande como para ocupar todo el lateral de un autobús.

—Al grano.

—Bueno, ambos sabemos perfectamente que este club tiene menos de veinte años y que su fundadora fue una tal Margaret Lessiter, quien, si no me equivoco, fue a la misma universidad que tú. Era una de las alumnas más destacadas, ¿verdad? Junto con aquel tío que consiguió llevar un banco a la quiebra y la hija de aquel estafador que se dedicaba a hacer de celestina para algún que otro miembro de la Casa Real. Una promoción estelar, desde luego. Las reuniones de antiguos alumnos tienen que ser la bomba.

—No estoy segura de que asistan a ellas. ¿Qué quieres decir con esto?

—Que la placa de la entrada no lo cuenta todo. —Judd cogió su copa—. Como pasa con mi propia pequeña empresa, Bullingdon Fopp.

La agencia de relaciones públicas que Judd había estado dirigiendo desde su salida del gobierno.

—Verás, Diana, yo necesitaba financiación para poner el negocio en marcha. Una vida dedicada al servicio público no te deja demasiado dinero en el banco.

—Claro. Aunque tu carpeta de activos inmobiliarios pesa más kilos que un bungalow. No sigas fingiendo que tu servicio público te ha impedido amasar una fortuna.

—Siempre hay gente que tiene envidia de los emprendedores. Pero creo que no has reparado bien en algo que he dicho antes, no he visto que tus antenas se movieran.

Sí que se habían movido.

«Me limito a señalar que no puedes aportar al primer ministro todos los detalles de nuestro acuerdo, por la simple razón de que aún no los tienes...»

Taverner cogió su copa de chablis. Sabía muy bien que uno podía ahogarse en un palmo de agua. Hacerlo en un palmo de vino empezaba a parecer una buena opción.

—Tienes tus propios patrocinadores —replicó. El sonido de su voz era forzado, poco natural, como si aún estuviera metida en un ensayo. Con un poco de suerte, el director no tardaría en gritar: «¡Corten!»

—Cuyos nombres concretos no constan en el papeleo —confirmó Judd—. A la hora de invertir, es preferible hacerlo con discreción. ¿Cuántos usuarios del transporte público saben quién es el dueño de las vías por las que circulan los trenes, o a quién pertenece la energía que mantiene encendidas las luces de sus casas? —Hizo un vago gesto con la mano libre, señalando el suelo, las paredes, el techo—. O, ya puestos, ¿quién es el dueño de la mitad del centro de Londres? ¿De los edificios nuevos y de los viejos? Los nombres que

aparecen en los títulos de propiedad carecen de importancia. —Se inclinó hacia delante—. ¿Sabes por qué los ricos son tan devotos de la soberanía nacional? Porque con ella se sacan un dineral cuando las condiciones del mercado son favorables.

—Explícate de una vez.

—El cuarenta por ciento del capital inicial de mi compañía provino del extranjero.

—Del extranjero.

—Sí, de bastante lejos.

—Recurriste a dinero de los chinos para montar Bullingdon Fopp.

—El gobierno tampoco hizo ascos a ese dinero a la hora de reflotar la industria del acero.

—La compañía que organizó la financiación del operativo en Kazán —recordó ella.

—Entre los diversos usos que le has dado a ese dinero.

—Mira que eres cabrón, tienes que estar loco.

—De manera que eso de sincerarte con el primer ministro seguramente no te conviene; ¿verdad? Me explico: ese hombre ha hecho carrera tomándole el pelo al electorado, pero una cosa es engañar a la gente y otra que te la cuelen a ti. Y si se entera de que su servicio de inteligencia montó una ejecución no sancionada oficialmente con dinero extranjero, pues... Lo que el primer ministro no soporta es que lo dejen en evidencia y que todo el mundo vea hasta qué punto es imbécil. Así que dudo mucho que vayas a conseguir esa absolución que tanto ansías.

Diana empezaba a experimentar una especie de sensación extracorporal, como si se hubiera desgajado de sí misma y estuviera flotando en el éter, abrumada por emociones demasiado intensas, la

principal de las cuales era la conmoción. Estaba pensando en aquellas visitas guiadas, organizadas para que los desconocidos pudieran ver los pasillos exteriores de Regent's Park. ¿Acaso le había estado abriendo las puertas al enemigo de par en par sin darse cuenta? ¿Había quemado sus propias defensas y permitido la entrada de una potencia extranjera?

—Estás muy tensa —observó Judd—. Respira hondo y acábate ese vino. Eso siempre ayuda.

—Eres un puto demente, ¿sabes?

Lo dijo sin levantar la voz, pero sus ojos echaban chispas.

—Ándate con cuidado. No te interesa que alguien pueda oírnos.

—Nos has metido a todos en una situación imposible: a mí, a Regent's Park, al puto país entero. Esto podría llevar a una guerra, ¿te das cuenta? A una guerra de verdad, a escala descomunal.

—No te me pongas melodramática.

Ella más bien sentía impulsos homicidas.

—¿«Melodramática»? Acabas de decirme que metiste dinero de los chinos en una operación del servi...

—No, Diana. Lo que hice fue meter dinero, simplemente, en una operación del servicio, y el dinero no entiende de fronteras. Así que relájate un poco.

—Esto va más allá de la traición. ¡Es un puto golpe de Estado!

—Otra vez te me pones melodramática. Venga, acábate esa copa. Enseguida vamos a almorzar, y ya nos tienen preparada una botella de zinfandel bien fresquita. —Engulló una dosis considerable de gin-tonic—. Mis patrocinadores no están al corriente de nuestro acuerdo con... eh... con los ángeles, y menos aún de mi posible implicación en tu reciente aventura en Rusia. Así que tú no te preocupes. No

tengo previsto poner en peligro la seguridad nacional. —Sonrió como lo haría un caimán—. Por así decirlo, soy mi propia muralla china: la discreción personificada.

—Y derribarás esa muralla con un bulldozer cuando te convenga.

—La cuestión es que de momento no me conviene. No mientras tú y yo sigamos manteniendo una buena relación. Considéralo como una especie de acuerdo tácito.

A ella le temblaba la copa en la mano; no mucho, pero lo suficiente para que él lo notara. Bebió un trago ansiando que el vino se transmutara en brandy, whisky o cualquier bebida alcohólica de esas que servían en los chiringuitos de la playa muchas décadas atrás.

—Tú querías ser primer ministro —dijo—. Es lo que siempre has querido. Y ese otro tipo que está hecho de la misma pasta que tú se ha hecho con el cargo y te ha chafado la guitarra. Ésta es tu forma de vengarte, ¿verdad?

—¿Mi forma de vengarme? No, Diana, todo esto lo he hecho porque soy como soy. Nada ha cambiado. Tengo unos planes y tú vas a ayudarme a hacerlos realidad sin que nadie tenga por qué enterarse. Me doy cuenta de que no estás del todo contenta con algunas de las personas a las que recluté, pero...

—De Cantor ya nos hemos ocupado.

—¿En serio? Yo iba a hacerte una oferta, pero, como siempre, te has adelantado. De manera que sí, vamos a ser discretos y cuidadosos, y ese coro angelical cantará en armonía cuando se le pida que lo haga. Mis patrocinadores, que son simples hombres de negocios, nada que ver con el aparato del Estado, seguirán sin saber nada sobre cualquier acuerdo al que podamos llegar en privado, y

no hace falta que la atmósfera se enrarezca por culpa de rumores sobre la relación financiera de esos señores con el MI5. Siempre y cuando, como digo, tú y yo sigamos manteniendo una buena relación. —Le tendió la mano con la mano abierta, invitándola a levantarse y seguirlo—. Y bien. Es la hora de la verdad. ¿La alianza sigue en pie?

Ella se acabó la copa sin apartar los ojos de él. Judd le tenía preparada una botella de zinfandel bien fresquita, y seguramente también unas cuantas sorpresas más. A partir de ahora iba a marcarle cada paso hasta que ella consiguiera recuperar la iniciativa. Y eso no parecía algo que fuera a ocurrir en los próximos minutos.

Durante años había estado a las órdenes de Ingrid Tearney, quien de vez en cuando le daba consejos. «Si no puedes escoger a tu enemigo, escoge bien el momento.» Con ese adagio en mente, y sin apartar la vista de Judd, le dio la mano.

—Buena chica. ¿Te parece que vayamos al comedor?

Como un caballero, dejó que ella lo precediera por el camino.

Finalmente, Sid encontró a River en la cocina. Había ido al pueblo mientras ella seguía dormida, y había vuelto poco después con las provisiones acostumbradas —pan, queso, leche, café...—, que ahora estaban a la vista en la encimera de la cocina mientras que él mismo se hallaba en el suelo, derrumbado.

Encontró su móvil en uno de los bolsillos de los vaqueros, la batería en otro. Seguía estando borrado del mapa, cosa en la que ella trató de no pensar. «La batería hay que insertarla así», les dijo a sus manos, que respondieron con torpeza; el móvil se cayó y tuvo

que repetir la operación. «Las teclas se pulsan así.» Llamó al 999 de emergencias y luego se acordó de que había unos protocolos a seguir, unos números a los que telefonear cuando un miembro de Regent's Park estaba en apuros. River no era miembro de Regent's Park, o al menos no exactamente, pero estaba en apuros, así que tampoco era cuestión de andarse con minucias. De forma que también llamó a Regent's Park, cuyo número seguía constando en lo alto de la lista de contactos de River, como si nunca se hubiera producido una ruptura. «Un agente nervioso», explicó. «Un ataque con una sustancia tóxica.»

A continuación se puso de rodillas junto a él. Se suponía que, en situaciones como ésa, debías hacer una serie de cosas: postura de recuperación, masaje cardíaco, reanimación boca a boca, pero recurrir a cualquiera de esas opciones podía suponer su propia sentencia de muerte. «Un agente nervioso, un ataque con sustancia tóxica.» Lo más práctico: ponerse un traje de protección biológica y quedarse a la espera en algún lugar del condado vecino. Pero en vez de eso, se puso de rodillas junto a él y lo sostuvo en brazos mientras las palabras daban vueltas en su mente como carretas de pioneros en una película del oeste: «No te mueras, no te mueras, no te mueras...» Era una de esas instrucciones inútiles, propiciadas por el amor, que se hacen trizas al chocar con la realidad. Todo el mundo se muere.

Nunca supo a ciencia cierta cuánto tiempo pasó hasta que llegó la ambulancia. Pero oyó mucho antes el ulular de la sirena, como si un espíritu recién liberado estuviese cerniéndose sobre ella, aullando entre los árboles y gritando a través de los setos antes de detenerse en aquella casa, tan hechizable como cualquier otra, tan parecida a

cualquier otra, que sólo por casualidad era donde River había crecido. Una casa con ventanas perfectamente corrientes, un tejado en buen estado, un jardín en su día cuidado con cariño y unas hiedras que seguían creciendo en torno a su puerta envenenada.

Y ese aullido después va desapareciendo, se aleja por los caminos vecinales, las carreteras, la autopista, hasta volver al punto de partida, porque los finales terminan por engullir a los inicios, por lo que resulta imposible distinguirlos entre sí. Ese mismo día, un poco más tarde, o tal vez a primera hora del día siguiente —en cualquier caso, mucho después de que haya anochecido—, Louisa Guy está destrozando un par de zapatillas nuevas mientras corre bajo la lluvia que se ha abatido sobre Londres como un castigo, y el sonido de sus pisadas contra el camino de sirga encuentra un eco sordo en su corazón: «No te mueras.»

A todo esto, en la lúgubre cocina del lugar donde vive por lo pronto, Lech Wicinski está de nuevo haciendo una focaccia, o cuando menos aporreando la masa con los puños. Bajo la luz cruda de un tubo fluorescente —que chisporrotea a cada momento, como si en su interior hubiera insectos eclosionando—, sus cicatrices se revelan como cortes de cuchilla provocados uno a uno, no como el caótico campo de batalla que suelen parecer. Bajo esa luz, su rostro parece un primer borrador, un manuscrito provisional lleno de tachones y garabatos, aunque en realidad es el texto final: una versión que ya no va a mejorar. Es imposible saber qué piensa él al respecto, pero lo cierto es que sigue aporreando la masa en la

encimera mucho después de que haya llegado el momento de dejarla reposar.

Está tan absolutamente concentrado como, a cierta distancia de allí, Roderick Ho ante la pantalla de su ordenador. Y es que el Rodillo se encuentra en un paisaje devastado, metido en un charco de sangre que le llega a los tobillos, combatiendo con unos humanoides pertrechados con armas nada humanoides: una mezcolanza de espadas, picas y hachas cuyos mandobles y tajos él elude como puede. O, mejor dicho, no él, sino su avatar: una versión ligeramente modificada del Roddy Ho 1.0; más alto, con las facciones cinceladas, el pelo más lustroso y el cuerpo más musculado; un macho alfa en un mundo omega —y está seguro de que no ha invertido la posición de dichos conceptos.

«No te mueras», le ordena a ese nuevo Roddy, a sabiendas de que es una orden innecesaria, pues el Rodinator es una fuerza indestructible que se mueve con tanta agilidad como Luke Skywalker y pronuncia frases lapidarias. Sus labios esbozan una sonrisa cuando recuerda lo que le dijo a Damien Cantor al despedirse: «Somos de la Casa de la Ciénaga. Hasta la vista, *baby*.» Aunque la sonrisa se desvanece enseguida cuando se acuerda de que Cartwright no ha vuelto a la Ciénaga, y antes de que haya tenido tiempo de procesar ese pensamiento, la cabeza de su avatar sale despedida dando volteretas por un campo de batalla sembrado de cráteres, rodando sobre el barro, entre los escombros, con gracia, como si estuviera en la pista de baile donde Shirley está bailando otra vez, o sigue bailando, porque ella en cierto modo nunca deja de bailar.

Ella baila hasta cuando duerme —cosa que hace de vez en cuando, cuando no le queda más remedio—. En un momento en que

nadie la mira, despega los pies de la pista un segundo, y su cuerpo bien poco aerodinámico desafía la gravedad, y durante ese breve lapso se siente a gusto consigo misma, como si el contacto con la tierra fuera la causa de su insatisfacción y de su constante necesidad de un pequeño colocón. Por cierto, este colocón está llegando a su fin, como sucede con todos, pero ella sigue bailando y, como siempre que lo hace, va recitando la letra de la canción en silencio, como quien murmura una plegaria.

Catherine Standish está haciendo lo mismo: diciendo unas palabras que no van dirigidas a nadie en particular, porque quiere creer que las palabras ganan poder simplemente por el hecho de decirlas en voz alta, y cabe la posibilidad de que, al decir «no te mueras», el mundo entero se someta a esa orden, aunque también es posible que se niegue a escucharla.

Desde luego, las palabras dichas en voz alta no han tenido ningún efecto perceptible en la situación de Damien Cantor, pues sigue allí donde los caballos lentos lo dejaron, esposado a una argolla de hierro en una habitación vacía. Ahora mismo está dormitando con la cabeza apoyada entre dos botellas de plástico medio llenas, y sus sueños, plagados de ruido y alboroto, no difieren tanto de las imágenes del juego de guerra que hace las delicias de Roddy Ho.

Son retazos caóticos de información secreta, cuyo significado sigue siendo tan escurridizo como el de las notas que Andréi insertó entre las páginas de sus libros, un batiburrillo que Reece Nesmith III está tratando de ordenar en este mismo instante. Pero algunas de las notas garabateadas por Andréi están en ruso, y otras resultan tan ilegibles que es como si lo estuvieran, por lo que no tarda en tirarlas por los aires creando una breve tormenta de papel. «No

tendrías que haberte muerto», piensa. Es una exhortación dirigida al pasado y, por lo tanto, con menos probabilidades de ser escuchada que una dirigida al presente.

«Hay pensamientos que es mejor sofocar antes de que prendan.» Esa idea ronda la cabeza Diana Taverner cuando se levanta de la cama y baja por las escaleras sin hacer ruido para encontrarse con que las luces de seguridad del exterior están encendidas. Un zorro huye del jardín, como atestigua el sonido de sus garras al trepar por la valla.

Ella está sumida en un limbo insomne, y no sabe con seguridad si es el final de un día o el principio del siguiente; en todo caso, tiene la certeza de que tanto el pasado como el futuro le traerán sinsabores. Es culpa de Peter Judd, quien se las ha arreglado para comprometerla de tal manera que no puede negarle nada. Pero ningún problema es insuperable, aunque algunas soluciones puedan parecer desagradables a primera vista. «Lo fundamental es seguir manteniendo la compostura», decide en el momento justo en que las luces de seguridad se apagan.

Por una curiosa coincidencia, Tommo Doyle recobra la conciencia en ese instante. Está seguro de que la víspera estuvo en un pub del East End, pero ahora se encuentra en un contenedor de basura. No es capaz de reconstruir lo ocurrido, aunque algunos detalles empiezan a aflorar entre una bruma de dolor físico. Recuerda a un gordo de pelo grasiento y con la papada erizada de pelillos que entabló conversación con él en el primer pub de la noche, y con el que siguió bebiendo sin descanso hasta que, al salir del último pub —ahora lo recuerda bien—, lo llevó a un callejón sin salida y le rompió las piernas.

«¿Y ahora quién es el lisiado?», preguntó antes de tirarlo al contenedor como si fuera un mueble inservible.

Algo parecido ocurrirá con los muebles, las alfombras y los libros —tan cuidadosamente ordenados— de la casa del Viejo Cabrón: irán a parar a un contenedor. Si entre sus páginas se escondían mensajes en clave —lo que no es descartable, dada la identidad de su propietario—, esos secretos se perderán para siempre.

Luego cubrirán el edificio entero con lonas, como si fuera una obra de arte, sólo que, en este caso, los «artistas» llevarán trajes de protección y no batas de pintor, y finalmente, desmontarán la fachada ladrillo a ladrillo para erradicar cualquier rastro de la sustancia tóxica untada en la entrada.

Ya sin fachada, la casa quedará expuesta a la intemperie. Si las casas mueren, esa probablemente lo hará. Otras resisten, pese a todo.

De vuelta en el presente, en Aldersgate Street, en el barrio londinense de Finsbury, la Casa de la Ciénaga ha resistido otro día, pese a haber sido borrada del mapa. Sigue siendo la pesadilla de un agente inmobiliario, con sus cañerías llenas de filtraciones y sus maderas descascarilladas, pero aun así, incluso a estas horas, ejerce una atracción sobre sus ocupantes, uno de los cuales se acerca ahora desde una dirección inesperada y desaparece por el callejón que da a la parte trasera.

Si fuera posible ver a través de las paredes, poco después se distinguiría una sombra, una silueta voluminosa recortada por el resplandor de un cigarrillo cuya brasa asciende piso a piso, dejando tras de sí pequeñas cicatrices de luz y calor. Cuando la sombra

alcanza la última planta, el cigarrillo se consume, pero no sin darle vida a otro con su último aliento.

Y aunque el fumador no pronuncia palabra, en las habitaciones oscuras y vacías de abajo se produce un eco que se extiende por toda la Casa de la Ciénaga: «No te mueras.» Dura apenas un rato, hasta que sólo se oye el final de la frase, «mueras», que persiste un instante más —«mueras... mueras»— y luego cesa.

Agradecimientos

Es posible que los lectores reconozcan en *La Casa de la Ciénaga* ecos de los acontecimientos ocurridos en Wiltshire entre marzo y julio de 2018, cuando cuatro personas fueron envenenadas —una de ellas mortalmente— con el agente nervioso novichok. Sin embargo, deben tener en cuenta que esta novela es pura ficción. Hay detalles que se han modificado radicalmente, y ninguno pretende ser exacto.

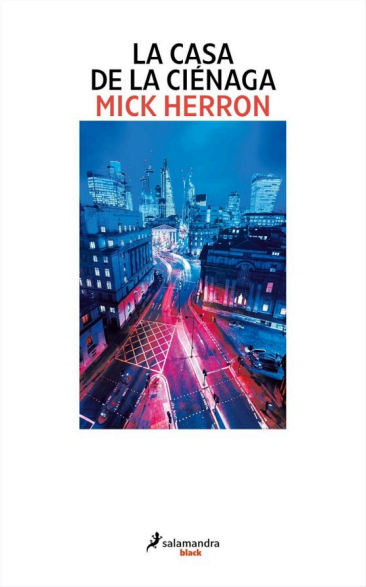
Por otra parte, quizá convenga añadir que la novela se terminó en marzo de 2020, más o menos una semana antes de que el Reino Unido entrara en confinamiento. De ahí la ausencia en sus páginas de distanciamiento social, mascarillas, sesiones de ejercicio con Joe Wicks y otros aspectos de la vida real durante el verano siguiente.

Mi más sincero agradecimiento, como siempre, a todo el equipo de John Murray y Soho Press por sus incansables esfuerzos en mi favor; a Juliet Burton y Micheline Steinberg por su constante atención; a mis amigos y colegas escritores por su compañía y apoyo; a libreros y bibliotecarios por iluminar la oscuridad; y a los lectores, por hacer que todo merezca la pena. Un agradecimiento especial a Mark Richards, por la enorme diferencia que supuso en mi carrera y por dejarme en tan buenas manos.

MH

Oxford, agosto de 2020

Llega a las librerías y a las pantallas la nueva entrega de «Slow Horses» de Mick Herron, Premio Pepe Carvalho de Novela Negra 2026



En un Londres convulso, marcado por la inestabilidad política y el auge del populismo, los miembros de la Casa de la Ciénaga afrontan una amenaza inédita: han sido borrados. Los registros oficiales que certificaban su existencia han desaparecido de los servidores de Regent's Park. Lo que en apariencia podría ser un simple ajuste administrativo pronto adquiere un cariz inquietante cuando los «caballos lentos» descubren que las pérdidas en sus filas y ciertos accidentes recientes no son tan fortuitos como parecen. Mientras la cúpula del MI5 maniobra para proteger sus propios intereses, Jackson Lamb comprende que la Casa de la Ciénaga ya no es sólo un destino para agentes fracasados, sino una pieza prescindible

dentro de un juego mayor. En un sistema dispuesto a sacrificar a los suyos para preservar la estabilidad política, los desterrados del servicio secreto deberán averiguar por qué han dejado de existir… y quién se beneficia de su desaparición.

Con *La Casa de la Ciénaga*, Mick Herron confirma su lugar central en la renovación de la novela de espionaje contemporánea. Su escritura combina precisión narrativa y una ironía implacable que desnuda las contradicciones del poder británico sin perder nunca el pulso del thriller. Lejos del heroísmo clásico del género, Herron se detiene en la burocracia, en los errores y en las zonas grises de la lealtad institucional, construyendo personajes incómodos pero profundamente humanos. El resultado es una novela tensa y aguda que demuestra que, en el espionaje moderno, el mayor peligro rara vez viene del enemigo exterior.

La crítica ha dicho:

«Un thriller absorbente.»
Ian Rankin

«Un Herron más oscuro y más inquietante. El humor sigue ahí, pero la sátira es aún más incisiva.»
Ann Cleeves

«Tal vez la mejor aventura de Jackson Lamb hasta la fecha, y eso es mucho decir.»
Christopher Brookmyre

«La mejor novela de la serie hasta la fecha. El humor es frecuente y eficaz, el ritmo excelente, y los giros de la trama encajan con una precisión poco habitual en el género.»
Times Literary Supplement

«Confirma a Mick Herron como el mejor novelista de espías en activo.»
NPR

«Tramas diabólicas y cinismo exaltado, páginas llenas de ingenio sardónico, personajes que rozan lo surrealista. […] Herron aborda todo esto con un humor negro vibrante y un conjunto de personajes cuya apariencia y modales serían exagerados en cualquier otra época.»
The Wall Street Journal

«Herron hace un trabajo magnífico manteniendo en el aire las múltiples líneas narrativas de una historia que es a menudo absorbente y aún más a menudo hilarante.»
Publishers Weekly

«Una vez más, Herron capta mejor que nadie el drama y la comedia de la batalla entre espías y burócratas.»
Kirkus Reviews

Mick Herron (Newcastle upon Tyne, 1963) estudió en el Balliol College y reside en Oxford. Autor de reconocido prestigio en el género negro (ha sido finalista de los premios Macavity, Barry, Shamus, Gold Dagger e Ian Fleming Steel Dagger de la Crime Writers' Association, y ganador del Pepe Carvalho en 2026), ha vendido más de cuatro millones de ejemplares en todo el mundo. Entre su amplia producción destaca la serie protagonizada por Jackson Lamb y sus «caballos lentos», traducida a más de veinte idiomas, seguida por más de un millón de lectores y llevada con gran éxito a la televisión, con Gary Oldman y Kristin Scott Thomas como protagonistas. Salamandra ha publicado las siete primeras entregas de la saga: *Caballos lentos*, *Leones muertos* (Gold Dagger Award), *Tigres de verdad*, *La Calle de los Espías* (Ian Fleming Steel Dagger Award), *Las reglas de Londres*, *En el país de los espías* y *La Casa de la Ciénaga*, además de la novela independiente *Las horas secretas*.



Título original: *Slough House*

Primera edición: octubre de 2026

© 2021, Mick Herron
The right of Mick Herron to be identified as the Author of the Work has been asserted by him in accordance with the Copyright, Designs and Patents Act 1988.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Antonio Padilla Esteban, por la traducción

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de David Litman
Imagen de la cubierta: Freepick

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley

24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19456-01-4

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La casa de la ciénaga

Capítulo 1

Primera parte. En pos de los caballos

- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte. Caballos que se muerden la cola

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mick Herron

Créditos